DR. MANUEL VIDAL

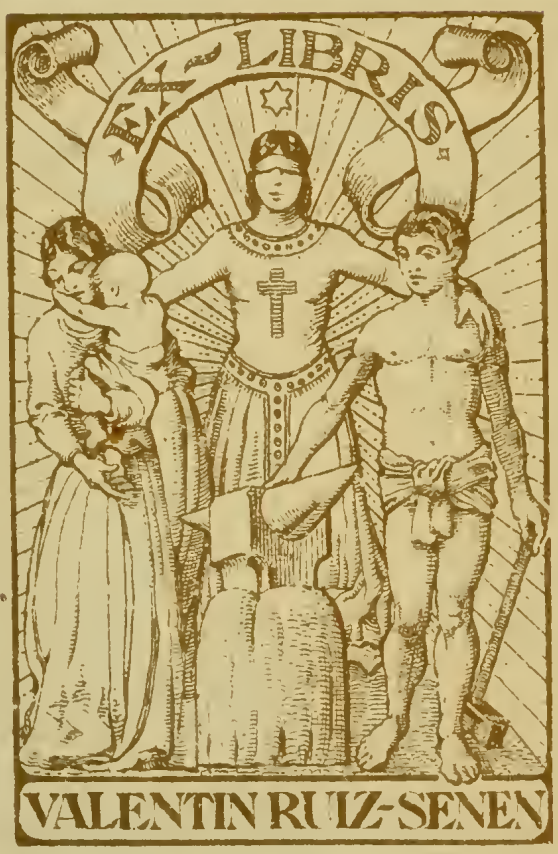
ANTOLOGIA DE APÓLOGOS CASTELLANOS

DE CIEN ESCRITORES Y POETAS MORALISTAS

Viuda de Rico

Travesia del Arenal núm. 1

Grupo: Literatura
N.º orden 5.101
N.º sección 1.707
Estante: 29 24
Tabla: 8 4
Libro: 25



THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF CALIFORNIA
LOS ANGELES

ANTOLOGÍA DE APÓLOGOS CASTELLANOS

Publicada con la aprobación de la *Censura eclesiástica.*

Hecho el depósito que dispone la Ley, se reservan todos los derechos que corresponden al Autor.

Antología
de
Apólogos Castellanos

de cien escritores
y poetas moralistas,

para uso de educandos
y educadores.

Por Manuel Vidal, Pbro.
::Dr. en Filosofía y Letras::

MADRID
VIUDA DE RICO
Travesía del Arenal, 1 y Pontejos, 8.
1911

IMPRENTA DE E. BAENA, *Caridad, 29 (Pacífico).*

Al Excmo. Señor

Don Eduardo Cobián,

eminente Jurisconsulto gallego, Ministro de Hacienda; como como homenaje de admiración por sus talentos, virtudes y extraordinaria cultura, y en prueba de gratitud.

Manuel Vidal.

Madrid, 1.º de Octubre de 1910.

1350505

A los educandos.

Queridos niños:

Sé que os gustan mucho los cuentos de Andersen, Schmidt, P. Coloma, Trueba, P. Muiños y otros ilustres escritores que tuvieron especial predilección por vosotros, y se han preocupado de vuestra felicidad, dedicándoos las más bellas y sentidas páginas.

También á mí me inspiráis una profunda simpatía, y no pudiendo ofreceros un libro de cuentos, por la sencilla razón de que no tengo talento para inventarlos, os dedico de un modo especial á vosotros, esta Colección escogida de apólogos, escritos en nuestra hermosa lengua por sabios autores.

Me consideraría feliz si los leyeseis, pues, aunque no son precisamente cuentos, acaso os deleiten tanto como si lo fuesen, y desde luego, os serán más provechosos, porque, sin daros cuenta, os inclinarán al cumplimiento del deber, fuente única de la verdadera alegría que dilata vuestras almas, las robustece y hermosea.

El apólogo es una narración poética, breve y sencilla, revestida al propio tiempo de cierta acción dramática, en la que hacen de personajes los animales, las aves, los insectos, los peces, los árboles y las flores; y hasta los seres inanimados, como la tierra, el viento, el mar, los ríos, los edificios y las rocas; y aun los artefactos más usuales, como la olla, la aguja, el lápiz y el fuelle; las ideas astractas, la vejez, la mentira y la verdad, los miembros del hombre, lengua, ojos, manos y oídos, y, por último, á veces, el hombre mismo, alternando con algunos de aquellos seres personificados.

Desde luego, comprenderéis que, tomadas estas poéticas ficciones al pie de la letra, son sencillamente ridículas y absurdas. Por el contrario, resultan bellísimas y encantadoras considerándolas desde el punto de vista del Arte, que ha ideado este procedimiento para expresar determinadas enseñanzas de un modo inte-

resante y agradable; y faculta ampliamente á los escritores y poetas para dar vida á todos los seres del mundo universo, dotándoles de inteligencia, palabra y movimiento, atribuyéndoles conciencia, sentimientos y pasiones, y haciéndoles, en fin, capaces de realizar acciones humanas, más ó menos conformes con su naturaleza, instintos ó propiedades.

Así es como debéis leer estas bellas ficciones; teniendo siempre presente este alto privilegio, que desde los más remotos tiempos de la antigüedad clásica disfrutaron, no sólo los autores de apólogos, sino también toda suerte de artistas literarios.

También hay apólogos en que solamente interviene el hombre, y entonces pueden ser más ó menos verosímiles.

Algunos confunden indebidamente el apólogo con la fábula. Verdad es que los preceptistas no han precisado bien sus diferencias, pero desde luego, se caracterizan en que la fábula puede ser satírica, burlesca, jocosa ó de mero entretenimiento; mientras que el apólogo encierra siempre una verdad moral, una máxima educativa ó una enseñanza provechosa. Yo creo que todo apólogo es fábula, mas no viceversa.

Tal es el carácter de las bellas narraciones

de este libro que tengo el gusto de presentaros. Acaso no tarde mucho tiempo en poder ofreceros otro de más importancia. Mientras tanto, me despido de vosotros, con un cuentecillo, como quien dice un apólogo, que refiere á modo de introducción el insigne autor de las *Aventuras de Gil Blas de Santillana.*

Caminaban juntos y á pie dos estudiantes desde Peñafiel á Salamanca. Sintiéndose cansados y sedientos, se sentaron junto á una fuente que estaba en el camino. Después que descansaron y mitigaron la sed, observaron por casualidad, una lápida sepulcral, que á flor de tierra se descubría cerca de ellos, y sobre la lápida unas letras medio borradas por el tiempo y por las pisadas del ganado que iba á beber á la fuente. Picoles la curiosidad y lavando la piedra con agua, pudieron leer estas palabras castellanas:

AQUÍ ESTA ENTERRADA EL ALMA
DEL LICENCIADO PEDRO GARCÍA

El más mozo de los estudiantes, que era vivaracho, y un sí es no es atolondrado, apenas leyó la inscripción, cuando exclamó riyéndose á carcajada tendida: «¡Gracioso disparate!... *¡Aquí está enterrada el alma!* Pues qué, ¿una alma puede enterrarse? Quién me diera á conocer al ignorantísimo autor de tan ridículo epitafio.»

Su compañero, que era más juicioso y reflexivo, dijo para sí: «Aquí hay misterio y no me he de apar-

tar de este sitio hasta averiguarlo.» Dejó partir al otro, y sin perder tiempo, sacó un cuchillo y comenzó á socabar la tierra alrededor de la lápida, hasta que logró levantarla. Encontró debajo de ella un bolsillo; abrióle y halló en él cien ducados con estas palabras en latín: *Declárote por heredero mío á tí, quien quiera que seas, que has tenido ingenio para entender el verdadero sentido de esta inscripción.*

Alegre el estudiante con este descubrimiento, volvió á poner la lápida como antes estaba, y prosiguió su camino á Salamanca, llevándose consigo el alma del licenciado.

Pues bien, amigos míos: sabed que bajo las blancas y ténues lápidas de papel en que están impresos estos apólogos (las cuales podéis remover sin las molestias que se impuso el discreto joven de la fuente), hallaréis un tesoro de enseñanzas morales y sociales, para realizar el bello ideal de la felicidad, bien supremo de la vida, que solamente puede adquirirse por medio de la virtud y el sacrificio.

Manuel Vidal.

A los educadores.

Longum est iter per praecepta; per exempla breve et efficax.

SÉNECA.

Las fábulas que llaman apólogas, juntamente enseñan y deleitan.

CERVANTES.

Se ha dicho que el empleo del apólogo para amenizar las lecciones de educación moral de los niños, es un método demasiado rudimentario, propio solamente de la infancia de las sociedades.

Esta es una opinión enteramente gratuíta que nadie ha tomado en cuenta, porque la rechazan de consuno la lógica más elemental, la historia y la experiencia.

Por grande que sea el desarrollo de la cultura humana, jamás podrán cambiarse las leyes de nuestra naturaleza psicológica, ni por lo tanto, la poderosa influencia que las bellas ficciones tienen sobre la imaginación, la cual

dando forma sensible á las ideas y facilitando su enlace, contribuye eficacísimamente á la formación de nuestros conocimientos.

Platón, concedía á Esopo en su República ideal, un puesto que negaba á Homero. Sócrates, quería que las nodrizas enseñasen á hablar á los niños contándoles las fábulas del célebre moralista griego, y dedicó los últimos días de su vida á ponerlas en verso. Aristóteles, contaba el apólogo entre los argumentos oratorios. No podrá ciertamente decirse que estaba en la infancia aquella civilización que tales sabios produjo, y cuyos filósofos, artistas y poetas, todavía hoy nos sirven de modelos.

El hecho de que casi todos los escritores y poetas moralistas de todas las literaturas hayan cultivado el apólogo, no solamente en las primeras épocas de su formación, sino también en los tres últimos siglos, que es precisamente cuando más fabulistas florecieron, nos prueba así mismo su gran utilidad para la educación moral, no menos que su importancia literaria.

La experiencia de cada día nos demuestra con evidencia palmaria, cómo las bellas ficciones halagan la impresionable imaginación de los niños, y cuanto ayudan su tierna inteligencia para comprender las verdades, así científicas como morales.

En una palabra, desde Horacio y Quintiliano, hasta el último de nuestros pedagogos, no habrá uno solo que no esté persuadido de la inmensa eficacia que da la amenidad al discurso, y de que el instruir deleitando es el más bello y excelente de los métodos.

No debo insistir más sobre verdades tan notorias; pero, ya que de apólogos se trata, permitidme os demuestre la eficacia que éstos tienen para despertar el interés y mantener la atención, no ya de los niños, sino de toda suerte de oyentes, con un apólogo, acaso relación de un hecho verídico, que nos cuenta el viejo Esopo y reproducen varios escritores y fabulistas modernos (1).

Demades, prestigioso orador griego, viendo un día en gran peligro á su patria, subió á la tribuna de la plaza pública de Atenas, dirigiendo al pueblo un entusiasta discurso. A pesar de la extraordinaria importancia del asunto que lo motivaba, muchos de los oyentes no tardaron en cansarse poniéndose á charlar unos con otros, y hasta hubo quienes se entretuvieron viendo los juegos de los niños.

---

(1) Entre otros, D. José Castro y Serrano en su discurso de recepción en la Academia Española, acerca del arte de ser ameno en los discursos, y D. José María Asensio en el prólogo á las fábulas de la Excma. Sra. Doña Antonia Díaz de Lamarque.

Notando esto el orador, dijo de repente: – «En cierta ocasión, viajaban juntos la diosa Ceres, una anguila y una golondrina.»

Como por encanto, todos los oyentes guardaron silencio absoluto y Demades continuó diciendo:

«Fueron andando... andando... hasta que llegaron á orillas de un río. La anguila lo pasó á nado, y la golondrina de un vuelo.»

Viendo el orador entonces que una profunda expectación reinaba en todo el auditorio, prosiguió:

«Pues iba diciendo que...» Pero al momento, mil voces le interrumpieron: «Y Ceres, ¿como pasó el río? ¿Qué hizo Ceres?»

«Ceres, replicó, estuvo esperando á que guardaseis silencio y me prestaseis atención á lo mucho y muy importante que tengo que deciros.»

Yo pregunto: ¿Qué sucederá á los niños cuando esto sucede á los hombres?

M. V.

A todo el que leyere.

OBSERVACIONES

HACE algunos años que viene indicándose la conveniencia de una antología de apólogos castellanos, los cuales, según la frase de un escritor (1), yacen aquí y allí esparcidos como flores en un prado, del mismo modo que lo estaban las interesantes producciones de la musa popular, antes de la formación de los *Romanceros*; y hasta hoy, según mis noticias, no se ha hecho ninguna.

Mi propósito al publicar la presente, es contribuir á vulgarizar nuestros notables cultivadores de este bello género literario, algunos de los cuales, pueden competir con los mejores del extranjero (2), y que, sin embargo, á ex-

(1) D. Braulio Mellado. Estudio sobre el apólogo.

(2) Sobresalen especialmente los nuestros, por la fecundidad y originalidad, que es el principal mérito tratándose de un género tan explotado en todas las literaturas desde la antigüedad clásica.

cepción de cuatro ó cinco, están relegados al olvido, siendo únicamente patrimonio de los doctos y del escaso número de aficionados á este linaje de estudios.

Como al propio tiempo que dicho fin literario, puede esta antología realizar otro de más importancia desde el punto de vista educativo, he excluído los apólogos cuya intención moral ofrezca la menor duda, los satíricos y burlescos, que se proponen principalmente ridiculizar los vicios y defectos humanos, y aun los que enseñan ciertas reglas prácticas de conducta, muy celebradas de los espíritus vulgares y positivistas, pero de nigún modo, de los que solamente tienen por norte de sus actos las grandes ideas y sentimientos morales.

En cambio, he prodigado dentro de las limitaciones de diversa índole á que debo someterme, todos aquellos apólogos que presentan unidas la bondad del fondo y las bellezas de la forma.

Confieso que, en algunos casos, he tenido sólo en cuenta la importancia educativa del pensamiento, incluyendo algunos autores y apólogos que no brillan ciertamente por su mérito artístico, y que con seguridad hubiera

excluído un crítico de más ilustrado criterio que el mío. Pido indulgencia por la que he usado en este punto, en atención á que, repito, puede realizar este libro otro fin importantísimo además del puramente literario (1).

Por este motivo, no he vacilado en incluir unos cuantos ejemplos históricos, que solamente en sentido muy lato pueden considerarse como apólogos, pero que responden á la índole educativa de los mismos.

También he intercalado un pequeño número de fábulas y cuentecillos recreativos para suavizar la severidad del carácter general de la obra, algunos de cuyos apólogos, por amena que sea su forma, no dejan de ser austeros.

La mayor parte de dichos ejemplos, fábulas y cuentos festivos, pertenecen al libro primero de *Escritores moralistas anteriores al siglo* XVI, los cuales figuran aquí, más bien, como curiosidad literaria y lingüística.

Los lectores para quienes carezca de interés este aspecto, pueden prescindir de dicho libro y comenzar la lectura en el segundo, pág. 45;

(1) Aún desde este punto de vista no he dejado de tener algunas razones para incluir á determinados autores, como D. M. Fermin de Cidon y el Marqués de Casa-Cagigal, que escribieron, el uno *Fábulas mitológicas*, y el otro *Fábulas militares*, y cuyo propósito tiene desde luego, el mérito de la novedad, aunque en el desempeño sus autores no hallan estado afortunados, el primero sobre todo.

si bien me permito recomendarles, que no dejen de leer los magistrales apólogos del *Infante Don Juan Manuel*, que á pesar de su carácter arcáico, son interesantísimos y ejemplares, y en ningún tiempo dejarán de serlo.

Por su importancia especial, ya desde el punto de vista literario, ya del educativo, he dado alguna más extensión al número de apólogos de varios autores, tales como al citado *Don Juan Manuel*, príncipe de los escritores moralistas de la Edad Media; *Sebastián Mey*, único fabulista de la época clásica, cuyo libro es de tan extraordinaria rareza, que según el autorizado testimonio del Señor Menéndez Pelayo (1) no se conocen más que dos ejemplares, uno en la Biblioteca Nacional de París, y otro en la nuestra; el *P. Francisco Aguado*, excelente escritor del siglo XVII que tradujo los curiosísimos apólogos de S. Cirilo el Filósofo, verdaderos modelos en su género, y casi tan desconocidos como los de *Mey*, aunque se ha hecho de ellos una segunda edición á fines del siglo XVIII; *D. Luis Folgueras*, á quien deben perdonarse algunas deficiencias de forma, en gracia á su festivo ingenio, que recuerda al-

(1) *Orígenes de la novela*. T. II, 7.° de la *Nueva Biblioteca de Autores españoles*.

gunas veces á *Juan Ruíz*, aunque sin la duda que ofrece la intención moral del famoso Arcipreste; el *P. Cayetano Fernández*, á quien sus bellísimas *Fábulas ascéticas* dieron fama de hablista y poeta, y la entrada en la Real Academia Española; *D. Juan Eugenio Hartzembusch*, escritor, dramaturgo y literato de tal renombre que hace innecesarios los elogios; *D. Felipe Jacinto de Sala*, autor de dos libros de fábulas, en las cuales se hace difícil la elección, pues casi todas son notables por la delicadeza de sus asuntos y moralejas; y en fin, la célebre criminalista gallega *Doña Concepción Arenal*, la laureada poetisa *Doña Antonia Díaz de Lamarque*, el popular latinista *D. Raimundo Miguel*, un señor *D. F.* de *C.* y *R.* cuyo nombre y apellidos siento ignorar, y algunos otros más, á quienes el discreto lector no les negará, seguramente, la justicia de tal distinción.

De *Iriarte* y *Samaniego*, nuestros dos grandes maestros de la fábula, he tomado un número insignificante á causa de ser los más conocidos.

Los notables apólogos de cierta extensión que tenemos en nuestra literatura, tales como la *Batalla campal de perros y lobos*, de Alonso de Palencia, uno de los principales escritores del

renacimiento literario del siglo XV, el *Coloquio de los perros, Cipión y Berganza*, del inmortal autor del *Quijote*, y el famoso *Apólogo de la Ociosidad y el Trabajo*, de Luis Mejía prologado por el Maestro Alejo de Venegas é ilustrado por Francisco Cervantes de Salazar (1); no caben en los estrechos límites de esta antología (2). Sin embargo, á causa de su extraordinaria importancia educativa, veré de reproducir un pequeño fragmento del *Coloquio* del primer novelista del mundo, y aunque sea el último en forma de apéndice, intentaré hacer un ligero resumen de la moralidad y argumento del *Apólogo* de Mejía, ya que no pueda ser un extracto completo de su brillante disertación acerca de los males de la ociosidad y las excelencias de la virtud y el trabajo (3).

---

(1) «*Apólogo* es una poesía y buena ficción que debajo de la corteza exterior encierra el buen ejemplo con que se informan y reforman las buenas costumbres, y porque apólogo es una especie de poesía, es bien que sepamos que la *poesía* no es falsedad de sentencia, más es una racionalidad en que leemos los entendimientos secretos, que debajo de tal ficción racional se encerraron.» Son palabras del maestro Venegas.

(2) También son curiosos los *Apólogos dialogados* escritos en su lengua nativa por el brillante historiador de la *Sublevación y guerra de Cataluña* D. Manuel Melo: *Relogios parlantes, Escritorio avariento, Visitas das fontes*, y *Hospital das letras*.

(3) Los jóvenes que deseen leerlo íntegro, pueden pedirlo en la Biblioteca Nacional con la asignatura 2-56065.

Aunque se trata de una colección de apólogos castellanos, creo indispensable presentar unas cuantas muestras del ingenio de *Esopo*, el padre de la fábula como género literario, y el modelo, acaso insuperable, que trataron de imitar, más ó menos, casi todos los escritores y poetas moralistas que la han cultivado en el transcurso de tantos siglos.

De fabulista latino, *Fedro*, el más antiguo y célebre de sus imitadores, no reproduciré más que cinco ó seis apólogos, porque siendo temas obligados de traducción en todas las aulas de latinidad, están en extremo vulgarizados.

La estrechez del espacio de que dispongo, no me permite dar cabida á otros fabulistas clásicos, ni aun á nuestro compatriota Julio Higinio.

También me parece oportunísimo un capítulo ó libro de fabulistas extranjeros, y ojalá que los reducidos límites de este volumen me permitieran extenderlo á mayor número de apólogos, y especialmente de autores, porque de esta suerte, podría obtenerse una conclusión ventajosa para nuestra Literatura, que en este

modesto género como en otros de más alta importancia, nada tiene que envidiar á las extranjeras (1).

Entre los ingleses, no pudiendo elegir á Juan Dryden á causa de la extensión de sus fábulas, opté por *Gay*, en cuyo campo espigó con admirable éxito nuestro Samaniego.

De los franceses, no era dudosa la elección: *La Fontaine*, que entre ellos lleva todavía la palma de la fábula, á pesar de los graves defectos que se le imputan, aparte de su poca originalidad en la invención de asuntos (2).

De los alemanes, se imponía el famoso *Lessing*, que se distingue por la concisión de sus apólogos, y sobre todo, por presentar medio encubiertas las moralejas, con el fin de que los lectores se deleiten en deducirlas por sí mismos.

---

(1) Remito el lector al volumen que la popular *Biblioteca Universal* dedica á *Fabulistas extranjeros*, traducidos en verso por D. Angel Lasso de la Vega, el cual, á pesar de sus escasas dimensiones, da una idea de cómo trataron estos asuntos un considerable número de autores.

(2) Lamartine ha escrito una tremenda sátira contra las fábulas de su compatriota; pero aparte de lo que pueda haber de exageración en esta diatriba, es lo cierto que *La Fontaine* manifestó constantemente un cinismo increíble al tratar los asuntos más serios, llegando él mismo á burlarse de sus propias enseñanzas; presentó la moral como se practica generalmente y no como debe practicarse; y en fin, ultrajó sus canas escribiendo cuentos obscenos, lo que no puede ser más indigno de un moralista, siquiera sea literario.

De los fabulistas italianos elegí con delectación al poeta *Luis Clasio*, del cual he reproducido mayor número de apólogos que los demás, porque no existe que yo sepa ninguna traducción castellana de los mismos, y son, por lo tanto, completamente desconocidos para casi todos mis jóvenes lectores.

Termino este libro con tres ó cuatro apólogos de *Fenelón,* no precisamente por su mérito, sino por tratarse de la firma de un educador tan insigne.

Era mi propósito, presentar los dos mencionados libros de fabulistas clásicos y extranjeros, por medio de prestigiosos escritores castellanos que pudieran servir de modelos; pero no existiendo, ó no teniendo á mano más que tres ó cuatro traducciones de los fabulistas elegidos, he tenido que improvisarlas, debiendo advertir que, si bien he respetado escrupulosamente los argumentos y la intención de sus autores, las traduje con bastante libertad, por las diferentes ventajas que esto ofrece, y poder darles en nuestra lengua la sencillez de lenguaje, movimiento y colorido que reclaman esta clase de narraciones.

En cuanto á la ortografía y morfología, he reproducido al pie de la letra los autores anteriores al siglo XVI, ya porque la lengua no estaba todavía definitivamente formada, ya porque, de lo contrario, se desvirtuarían el candor, la elocuente sencillez, y en general, los peculiares caracteres de aquélla.

Para facilitar su lectura, como esta obrita se destina principalmente á personas que no tienen obligación de estar versados en el castellano antiguo, pondré al final una breve nota lexicográfica, con el significado de las palabras arcaicas menos conocidas (1).

Los escritores y poetas posteriores al siglo XV, toda vez que la lengua ya adquirió todo su desarrollo, y que de seguir la ortografía y formas de cada autor, daría lugar á una confusión no pequeña, están ajustados, salvo rarísimas excepciones, á la forma actual, que sobre ser la más sencilla y razonable, cuenta con la sanción de la Real Academia de la Lengua; autoridad indispensable en estas cuestiones, ya que en todos los órdenes de la vida

(1) A los jóvenes á quienes interese la lectura de nuestros antiguos escritores y poetas, pueden ver en la manual *Gramática Histórica* de D. José Alemany, una escogida colección de extensos trozos de las principales obras anteriores al siglo XV, incluso el encantador *Poema del Cid*, la más preciada joya de nuestra antigua poesía.

tiene que haber un tribunal superior, que en determinados casos, ponga término á las apasionadas disputas de los hombres.

La conveniencia de adoptar dicho procedimiento respecto á reproducción de los escritores antiguos y de los posteriores al siglo XV, acaba de ser magistralmente expuesta y defendida por el sabio académico D. Emilio Cotarelo y Mori en una de sus últimas obras: *Fonología Española*.

PARA que al propio tiempo que los educandos se distraen con estas bellas narraciones, puedan observar el desenvolvimiento y progresos de nuestra lengua, desde mediados del siglo XIII, en que tiene ya vida propia, hasta el presente, he procurado que en esta modesta antología, estén representadas todas las épocas de la Literatura castellana.

Por este motivo, he tenido que recurrir á los escritores que, sin ser fabulistas, han ilustrado sus obras con algunos apólogos, especialmente novelistas y poetas dramáticos, lo cual es de todo punto necesario desde mediados del siglo XV hasta el XVIII, en que la influencia oriental del apólogo, fué sustituída por otras influencias literarias.

Por fin, es mi deseo que las amenas páginas de estos cien escritores y poetas moralistas, contribuya no sólo á la educación de los niños y los jóvenes, sino también á inculcarles la afición á la lectura de nuestros admirables autores clásicos, ya por ser una de las glorias más legítimas y edificantes de la Patria, ya porque, en general, el estudio práctico de la literatura, que puede hacerse por vía de solaz sin perjuicio de los estudios especiales de cada uno, es elemento indispensable de cultura general, fuente copiosa de puros goces y nobilísimas satisfacciones, y sobre todo, disciplina altamente educadora, pues tiene un misterioso poder para perfeccionar y elevar el espíritu, por medio del culto de la belleza, en el que se han formado los grandes artistas, los grandes santos, los grandes sabios y todos los hombres beneméritos de la Historia.

El Autor.

ÍNDICE

cronológico de autores y apólogos. (1)

Apólogos.	Págs.
Autor anónimo de la versión castellana de Calila y Dimna.	
I.—La gulpeja é el atambor.....	1
II.—Del cuervo é la culebra.....	2
III.—Del cuervo é la perdiz.....	2
Don Sancho el Bravo.	
IV.—Capítulo que fabla que todos que home cuenta por amigos, que non son todos iguales...	3
Infante Don Juan Manuel.	
V.—De lo que aconteció á la golondrina con las otras aves cuando vió sembrar el lino.....	6
VI.—De lo que acontesció á una mujer quel' decían doña Truhana.	8

(1) Los cinco apólogos que llevan asterisco están equivocados; atiéndase al número de la página y al de los apólogos anterior y posterior.

Apólogos. Págs.

VII.—De lo que acontesció á los dos caballeros con el león..... 10
VIII.—De lo que acontesció á un home que por pobreza et mengua de otra vianda comia atramuces.. 14
IX.—De lo que contesció al conde Ferrant González con Diego Layner..... 16
X.—De lo que contesció á don Pedro Meléndez de Valdés cuando se le quebró la pierna.... 18
XI.—De lo que facen las formigas para se mantener cuando cogen el pan para guardarlo... 21
XII.—De la respuesta que dió el conde Ferrant González á sus gentes después que hobo vencido la batalla de Hacinas..... 24

Arcipreste de Hita.

XIII.—Ensiemplo del mur de Monferrado et del mur del Gudalaxara..... 26

Clemente Sánchez Vercial.

XIV.—La discrepción..... 28
XV.—El hombre y el ruiseñor..... 29
XVI.—La embriaguez..... 30
XVII.—La fe á Dios..... 31
XVIII.—La gratitud..... 32

Apólogos. Págs.

XIX.—El perdón..... 33
XX.—La soberbia de Alexandre.... 34
XXI.—La paciencia..... 34
XXII.—La culebra..... 35
XXIII.—El castigo..... 36
XXIV.—El ratón y la rana..... 36
XXV.—Amor á la patria..... 37

Autor anónimo de la versión castellana del LIBRO DE LOS GATOS.

XVI.—Enxemplo de lo que acaesció entre la gulpeja é el lobo.... 38
XXVII.—Enxemplo de las avejas con los escaravacos..... 39
XXVIII.—Enxemplo de la gallina con el milano..... 40
XXIX.—Enxemplo del perro con el junco..... 41
XXX.—Enxemplo de la gulpeja con el marinero..... 41
XXXI.—Enxemplo del simio..... 42
XXXII.—Enxemplo del mur que cayó en la cuba..... 42

Fr. Antonio de Guevara.

XXXIII.—Los perros de Licurgo..... 45
XXXIV.—Cleóbulo y Biton..... 46

Juan de Malara.

XXXV.—La Zorra y los Toros..... 47

Apólogos. Págs.

Doña Oliva Sabuco de Nantes Barrera.

XXXVI.—El hombre más feliz del mundo. 48

Mateo Alemán.

XXXVII.—La Verdad y la Mentira..... 49
XXXVIII.—El Cuadro puesto al revés.... 54

Francisco López de Ubeda.

XXXIX.—El Deseo y el Consejo..... 55
XL.—La Zorra y las Sardinas..... 56
XLI.—Júpiter y la Rana..... 58

Miguel de Cervantes.

XLII.—El loco por la pena es cuerdo. 59
XLIII.—Cipion y Berganza..... 60

Sebastián Mey.

XLIV.—La Raposa y la Rana..... 62
XLV.—El Cuervo y la Raposa..... 62
XLVI.—El León y el Ratón..... 64
XLVII.—La Rana y el Buey..... 65
XLVIII.—El Grillo y la Aveja..... 65
XLIX *.—Las Liebres y las Ranas..... 66
XL.—La Raposa y el León..... 67
XLI.—La Vieja, las Mozas y el Gallo. 68
XLII.—El Pastor y el Lobo..... 68
XLIII.—La Raposa y el Espino..... 69
XLIV.—Los Ratones y el Cuervo..... 70
XLV.—El Mentiroso burlado..... 70
XLVI.—El Doctor y el Capitán..... 71

Apólogos. Págs.

Baltasar Gracián.

XLVII.—La pretensión del Burro..... 72

Andrés Ferrer de Valdecebro.

XLVIII.—Los Lirones y la Encina..... 76
XLIX.—La Golondrina y el Ruiseñor.. 76

F. Benito Feijóo.

XLX.—El Hombre y el León..... 77

Baltasar de Alcázar.

LXI.—La curiosidad de Mercurio... 78

Lope de Vega.

LXII.—El Congreso de los Ratones.. 79
LXIII.—El Niño de la Concha..... 80

Bartolomé L. de Argensola.

LXIV.—El Ratón de la ciudad y el del campo 82

Antonio Mira de Mescua.

LXV.—La Cigarra y la Hormiga..... 85

Tirso de Molina.

LXVI.—La consulta del León..... 85

Calderón de la Barca.

LXVII.—El hombre más pobre..... 87

Apólogos. Págs.

P. Francisco Aguado.

Apólogos de San Cirilo el Filósofo.

LXVIII.—El León y la Zorra..... 90
LXIX.—La Reclamación del oido..... 92
LXX.—El Laurel, la Oliva, la Palma y el Naranjo..... 94
LXXI.—El Aire y la Tierra..... 96
LXXII.—El Alma y el Cuerpo..... 97
LXXIII.—La Voluntad y la Razón..... 99
LXXIV.—La Caña silvestre y la Caña de azúcar 101
LXXV.—La Zarza y la Higuera..... 102
LXXVI.—La Paloma y el Lodo..... 104
LXXVII.—La Araña y la Aveja..... 105
LXXVIII.—La Calabaza y la Palma..... 107
LXXIX. -El Sol y las Tinieblas..... 108
LXXX.—El Pescador y la Ballena..... 110
LXXXI.—La Aveja y el Mosquito..... 112
LXXXII.—La Oveja y el Ciervo..... 114

D. Tomás de Iriarte.

LXXXIII.—El Burro flautista..... 117
LXXXIV.--Los dos Conejos..... 118
LXXXV.—El Pato y la Serpiente..... 119
LXXXVI.—El Manguito, el Abanico y el Quitasol..... 120
LXXXVII.—El Buey y la Cigarra..... 121
LXXXVIII.—El Té y la Salvia 121

Apólogos. Págs.

D. Félix María Samaniego.

LXXXIX.—Las Moscas..... 122
XC.—El Cuervo y la Serpiente..... 123
XCI.—El Cazador y la Perdiz..... 123
XCII.—El Viejo y la Muerte..... 124
XCIII.—El Asno cargado de reliquias. 124
XCIV.—El León y el Ratón..... 125
XCV.—Los dos navegantes..... 126
XCVI.—La Pava y la Hormiga..... 127
XCVII.—La Muerte..... 129
XCVIII.—La Paloma..... 130
XCIX.—El Pastor 130
C.—El Tordo flautista..... 130

D. J. A. Ibáñez de la Rentería.

CI.—El Pavón..... 132

M. Fermín de Cidón.

CII.—La Envidia..... 132

F. Ramón de Valvidares.

CIII.—El Conejo y la Liebre..... 133

D. Luis Folgueras.

CIV.—El Perro y la Luna..... 134
CV.—El Lirón risueño..... 135
CVI.—El Onmiscio..... 137
CVII.—La Espiga y la Patata..... 137
CVIII.—¡.....! 138
CIX.—El Pino y la Retama..... 139

Apólogos. Págs.

CX.—La Ballena y las Sardinas.... 140
CXI.—Las dos Pulgas..... 142
CXII.—Arrogancia ridícula..... 143
CXIII.—La Calabaza..... 143

D. Nicolás Fernández Moratín.

CXIV.—El Arroyo..... 145

D. José Iglesias de la Casa.

CXV.—El Aguila y la Zorra..... 147

Conde de Noroña.

CXVI.—La Gota de agua..... 148
CXVII.—La Greda olorosa..... 148

D. Manuel María de Arjona.

CXVIII.—La Zorra escarmentada..... 149

D. Juan Bautista Arriaza.

CXIX.—El Ruiseñor, el Canario y el Buey 150

D. Dionisio Solís.

CXX.—Los dos Gallos..... 150
CXXI.—El Mochuelo y la Paloma..... 152

D. Vicente R. de Arellano.

CXXII.—El Cuerdo y el Necio..... 154

D. Pablo de Jérica.

CXXIII.—El Deseo y el Goce..... 154

Apólogos. Págs.

CXXIV.—El Amor y el Pudor..... 155
CXXV.—El Cuco y el Grajo..... 155

D. Vicente G. de la Huerta.

CXXVI.—El Loco de Chinchilla..... 156

D. Melchor de Jovellanos.

CXXVII.—La Encina y la Caña..... 158

Marqués de Casa-Cagigal.

CXXVIII.—La Batalla de los Mosquitos... 161
CXXIX.—El Lince y el Topo..... 163
CXXX.—El León y el Tigre..... 164

D. Ramón de Pizón.

CXXXI *.—Los dos Ratones litigantes y el Gato juez..... 167
CXXXII.—El Raposo con piel de perro.. 169
CXXXIII.—El Elefante y el Gozque..... 169

D. Rafael José Crespo.

CXXXIV.—El Ciego..... 170

D. Cristóbal de Beña.

CXXXV.—La Golondrina y el Jilguero.. 170
CXXXVI.—El Loro, el Gato y la Vieja... 171

D. Manuel María Cambronero.

CXXXVII.—Los dos Jilgueros..... 173

D. Angel Casimiro de Govantes.

CXXXVIII.—El Topo y el Ratón..... 175

Apólogos. Págs.

D. José María Gutiérrez de Alba.

CXXXIX.—El Burro coronado..... 176

D. F. de C. y R.

CXL.—Las Mariposas y el Elefante.. 178
CXLI.—El León y sus vasallos..... 180
CXLII.—El Esparto y el Peregil..... 181
CXLIII.—La Avispa y la Cantárida..... 182

D. Antonio Trueba.

CXLIV.—El Mendigo, el Jornalero, el Comerciante, el Marqués, el Rey y el Autor..... 183

D. Carlos de Pravia.

CXLV.—La Mosca y la Araña..... 186

D. José Manuel Tenorio.

CXLVI.—Los dos Espinos..... 187
CXLVII.—El Fuelle y el Carbón..... 189
CXLVIII.—Lorencito y su bastón..... 190

D. Pascual F. Baeza.

CXLIX.—El Teórico..... 190
CL.—El Camello y la Hormiga..... 191
CLI.—Las dos Golondrinas..... 191

Doña Concepción Arenal.

CLII.—El Río y el Arroyo..... 193
CLIII.—El Hierro y el Topacio..... 195

Apólogos. Págs.

CLIV.—El Lobo murmurador..... 195
CLV.—Los dos Perros..... 196
CLVI.—Los dos Caballos..... 197

D. José Santa Coloma.

CLVII.—El Chopo..... 200

D. Francisco Garcés Marcilla.

CLVIII.—La Chispa de Fuego..... 201
CLIX.—La Vegiga y el Alfiler 202
CLX.—La Caña de Azúcar..... 203

D. Miguel A. Príncipe.

CLXI.—El Ateo y el Pozo..... 205
CLXII.—La Mano derecha y la izquierda. 205
CLXIII.—La Antorcha..... 207
CLXIV.—Los Ojos y la Nariz.. 208

D. Felipe Jacinto de Sala.

CLXV.—La Golondrina..... 209
CLXVI.—La Abubilla y el Cisne..... 211
CLXVII.—La Violeta..... 213
CLXVIII.—El Veterano y su espada..... 213
CLXIX.—El Armiño y la Rata..... 214

D. José Doncel de Ordaz.

CLXX.—Las Casitas..... 215
CLXXI.—El Mar y los Arroyos..... 217

Apólogos. Págs.

D. Félix de Leon Olalla.

CLXXII.—El Burro enfermo. 218

D. Tomás de Aquino Gallisá.

CLXXIII.—El Aguila imprudente. 219

D. Raimundo Miguel.

CLXXIV.—El Chopo y el Río. 222
CLXXV.—El Sauco y el Brezo.. 224
CLXXVI.—Los dos Bueyes. 226
CLXXVII.—El Pino y el Madroño.. 227
CLXXVIII.—Las dos Peñas.. 229

D. Desiderio Viela.

CLXXIX.—Las dos Nubes. 230

D. Alonso E. Ollero.

CLXXX.—La Veleta y el Viento.. 232
CLXXXI.—El genio del Elefante. 232
CLXXXII.—La Puerta y el Aldabón.. 232
CLXXXIII.—El Moscardón y la Araña.. . . . 233

Doña Micaela Ferrer de Otálora.

CLXXXIV.—El Lorito, El Pavo Real y las Calandrias. 234

D. Carlos Frontaura.

CLXXXV.—La Ostra y los Peregrinos.. . . 237

Apólogos. Págs.

Doctor Thebussem.

CLXXXVI.—La Visita temprano..... 238
CLXXXVII.—La Visita larga..... 239
CLXXXVIII—Los encarguitos..... 240

D. Braulio Mellado.

CLXXXIX.—El Tigre y el Arroyo..... 240

D. Felipe Jacinto de Sala.

CXC.—La Tórtola y el Ave-Fénix... 241
CXCII.—El Granizo..... 242
CXCII.—El Viejo y la Voz..... 243

D. Joaquín de la Puerta.

CXCIII.—El Erizo y la Castaña..... 244

D. Simón Aguilar y Claramunt.

CXCIV.—El Capital y el Trabajo... 245

D. Manuel Ossorio y Bernard.

CXCV.—La Paja en el ojo ajeno..... 246

D. Nicolás Perez Jiménez.

CXCVI.—La Caña común y el Trigo.... 247

D. Ezequiel Solana.

CXCVII.—El Clavo de una herradura... 248

D. Cayetano Fernández.

CXCVIII.—Los Tigres pintados..... 251

Apólogos. Págs.

CXCIX.—El Girasol..... 252
CC.—Las Pompitas..... 254
CCI.—El Tiempo..... 254
CCII.—La Lengua y la Espada..... 256
CCIII.—La Azucena..... 258
CCIV.—El Loro y el Grillo..... 261
CCV.—El Alcides burlado..... 262
CCVI.—Los Náufragos..... 263
CCVII.—La Gotera..... 265
CCVIII.—El Certamen de las Pasiones.. 266
CCIX.—La Zorra en el colmenar..... 268
CCX.—El Leopardo y la Ardilla..... 270
CCXI.—El Incendio..... 273
CCXII.—El Joven y el Anciano..... 275

D. Ventura Ruiz Aguilera.

CCXIII.—El Rico y el Sabio..... 276
CCXIV.—D. Raimundo y su velón..... 277
CCXV.—Las Gotas de Agua..... 277
CCXVI.—Las dos Torres..... 278

D. Juan E. Hartzembusch.

CCXVII.—La Zarza y la Roca..... 279
CCXIII.—El Manzano..... 281
CCXIX.—El Caballo de bronce..... 282
CCXX.—El Cangrejo..... 285
CCXXI.—El Extracto de la Biblioteca... 285
CCXXII.—La Tohalla..... 286
CCXXIII.—El Látigo..... 286

Apólogos. Págs.

D. Ramón de Campoamor.

CCXXIV.—El Mancebo y los Pájaros.... 287
CCXXV.—El Pájaro encarcelado..... 288
CCXXVI.—El Muchacho y el Manzano... 290
CCXXVII.—El Pastor y el Navío..... 291
CCXXVIII.- La Col y la Rosa..... 292

Doña Antonia Díaz de Lamarque.

CCXXIX.—El Girasol y la Palma..... 293
CCXXX.—El Sol y las Nubes..... 294
CCXXXI.—La Niña y la Mariposa..... 294

P. Isla (Gil Blas de Santillana).

CCXXXII *.—El Marranillo..... 297

Fernán Caballero.

CCXXXIII.—Salomón y la Hormiga..... 299
CCXXXIV *.—Las Metamorfosis del Picapedrero..... 300

D. José Alemany (T. del *Panchatantra).*

CCXXXV.—El Pájaro de dos picos..... 303

D. Aurelio Ribalta.

CCXXXVI *.—La Nieve y el Carbonero.... 304

Anderssen, por M. Vidal.

CCXXXVII.—El Patito feo..... 307

P. Van Trich. Por M. Vidal.

CCXXXVIII.—El Cazador de leones..... 211
CCXXXIX.—La Vaca del pobre..... 212

Apólogos. Págs.

Anónimos.

CCXL.—La Fuente..... 313
CCXLI.—El Sabio y el Barquero..... 314
CCXLII.—La Espiga de centeno..... 315

Evelio Doria, por M. Lassa.

CCXLIII.—La Esclava..... 317

Por *Luis de la Guardia.*

CCXLIV.—El mal Escultor..... 318

M. Martínez de la Rosa.

CCXLV.—El Topo y el Gusano de Luz.. 319

Duque de Rivas.

CCXLVI.—El Alamo derribado..... 320

D. José Selgas.

CCXLVII.—La Violeta..... 321

D. Andrés Bello.

CCXLVIII.—La Cometa..... 323

D. Eduardo Benot.

CCXLIX.—El Estornino astuto..... 325

D. Manuel del Palacio.

CCL.—La Pluma, la Mano y la Cabeza. 326

D. José Echegaray.

CCLI.—La Fuente y la Mariposa..... 328

Apólogos. Págs.

Varón de Hervés.

CCLII.—La Roca..... 330

D. Enrique Cantón Alvarado.

CCLIII.—El Zorro y la Hormiga..... 330

D. Ricardo Guijarro

CCLIV.—La Estrella y el Lago..... 336

Esopo, por D. Eduardo de Mier.

CCLV.—Hércules y el Carretero..... 339
CCLVI.—El Pino y la Calabaza..... 340
CCLVII.—La Gallina de los huevos de oro..... 340
CCLVIII.—El Labrador y la Cigüeña.... 341
CCLIX.—El Novillo y el Buey..... 341
CCLX.—Los dos Hermanos..... 342
CCLXI.—El Carbonero y el Blanqueador. 343
CCLXII.—El Muchacho y la Fortuna.... 343
CCLXIII.—El Avaro y el Envidioso..... 343
CCLXIV.—El Tordo y la Golondrina.... 344
CCLXV.—Las Ovejas y el Perro..... 344
CCLXVI.—Los Pescadores..... 345
CCLXVII.—El León y los Toros..... 346
CCLXVIII.—La Hormiga y la Crisálida.... 346

Por *M. Vidal.*

CCLXIX.—El Haz de Varas..... 347
CCLXX.—El Vientre y los Miembros.... 348
CCLXXI.—El Gallo y la Perla..... 349

Apólogos. Págs.

CCLXXII.—La Mujer y la Gallina..... 349
CCLXXIII.—Las dos Cabras..... 350
CCLXXIV.—El Hortelano y el Poderoso... 350

Fedro, por M. Vidal.

CCLXXV.—El naufragio de Simónides.... 351
CCLXXVI.—El Caballo y el Jabalí..... 353
CCLXXVII.—La Zorra y el Cuervo..... 353
CCLXXVIII.—El Aguila y la Zorra..... 354
CCLXXIX.—Demetrio y Menandro..... 355

La Fontaine, por Teodoro Llorente.

CCLXXX.—La Garza Real..... 357
CCLXXXI.—El Sabio y el Rico..... 358
CCLXXXII.—Los dos Perros y el Asno muerto..... 359

Juan Gay, por D. Damián Bilbao.

CCLXXXIII.—El León y el Cachorro..... 360
CCLXXXIV.—El Mastín y el Lobo..... 361

De Lessing, por D. Juan E. Hartzembusch.

CLXXXV.—El Abejarruco..... 363
CCLXXXVI.—La Zarza..... 363
CCLXXXVII.—El Grillo y el Ruiseñor..... 363
CCLXXXVIII.—La Aveja y la Golondrina... 364
CCLXXXIX.—El Pavo Real y el Gallo.... 364
CCXC.—El Hombre y la Aveja..... 365
CCXCI.—El Aguila..... 365
CCXCII.—El Avaro..... 365

Apólogos. Págs.

Luis Clasio, por M. Vidal.

CCXCIII.—El Humo y la Nube. 366

CCXCIV.—El Niño y el Gato. 367
CCXCV.—Las Orejas y la Lengua. 368
CCXCVI.—El Cuervo y el Cazador. 368
CCXCVII.—Los dos Calendarios. 369
CCXCVIII.—La Cigarra y el Grillo. 369
CCXCIX.—La Roca y el Diamante. 370
CCC.—La Cera y el Ladrillo. 370
CCCI.—La Doncella y la Sensitiva. . . . 371

Fenelón, por M. Vidal

CCCII.—La Aveja y la Mosca. 372
CCCIII.—El Dragón y las dos Zorras. . . 372
CCCIV.—El Lobo y el Cordero. 373

Apéndice, por M. Vidal.

Ocia y Labricio. 335

LIBRO PRIMERO

Apólogos selectos de escritores moralistas anteriores al siglo XVI.

(SIGLO XIII)

DE CALILA Y DIMNA

I.—La gulpeja é el atambor.

Dicen que una gulpeja fambrienta pasó acerca de un árbol en que estaba un atambor colgado, et movióse el viento é movió las ramas del árbol de guisa que las fizo ferir en el atambor, et sonó muy fuerte. Et la gulpeja, oyendo aquella voz, gozóse et fué contra allá fasta que llegó ende, et de que vió que su cobertura era de cuero, non dubdó que fuese lleno de carne, et que estaba finchado; et cuidóse que era de mucha carne que habia é de mucha gordez, et fendiólo, é vió que era hueco, et dijo: «por aventura las mas flacas cosas han mayores personas é mas altas voces».

II.—Del cuervo é la culebra.

Dicen que un cuervo habia un su nido en un árbol en el monte, et habia cerca dél una cueva de una culebra, et cada que sacaba el cuervo sus pollos comíagelos; et despues que gelo hobo fecho muchas veces ovo el cuervo gran cuita, et querellóse á un su amigo que era lobo cerval, et contóle toda su facienda, et díjole: quiero ir á la culebra et picarle he los ojos, é por ventura quebrantárgelos he si tú me consejas, et habré esperanza de folgar.» Dijo su amigo el lobo: «¡Ay, qué mala arte es esa que cuidas facer! Trabájate de ál, porque hayas lo que quisieres de guisa que te non faga ella mal, et guárdate que non seas tal como la garza que quiso matar al cangrejo, é mató á sí.»

III.—Del cuervo é la perdiz.

Dicen que un cuervo vió andar una perdiz, é pagose mucho de su andamiento, et ovo esperanza de lo aprender, é non pudo; é cuando se fué, que non pudo aprender, quiso tornar á su andar, que era de primero, é non pudo, que se le habia olvidado. Et así con grant derecho te podrá acaescer otro tal por querer aprender lo que non es pora tí; que dicen que loco es el que se entremete de facer lo que non le está bien, é mudarse de la medida á otra que non le cuadra; ca á las veces acaesce mucho mal á los homes en mudarse de la medida alta á la baja, et así se derraman sus cosas et sus estados.

De los Castigos y documentos del Rey Don Sancho.

IV.—Capitulo que fabla que todos que home cuenta por amigos, que non son todos iguales.

Demandó un sábio á un fijo suyo é díjol': «Dime, mi fijo, ¿cuántos amigos has? ca yo que só tu padre é só el mayor amigo que tú has, é estó en ticmpo que he de morir, que só viejo é de la edat qué tú vees, por ende enantes que me parta de tí, quiero saber cuáles é cuántos son tus amigos que tú ganaste en la mi vida.» El fijo le respondió: «Mio padre, yo he cient amigos muy buenos é de quien fio mucho.» El padre respondió é fué mucho maravillado cuando lo oyó, é díjol': «Mio fijo, ¿é cómo podia esto ser? ca yo he bien cient años, é en todo este tiempo que ha pasado nunca pude haber para mí más de medio amigo; pues tú que agora llegas á edat de treinta años, ¿cómo puedes haber ganado cient amigos? non te engañes en las sus palabras. Ca la mi alma con mancilla irá, si ante que muera tú non pruebas cuáles son aquellos tus amigos ó cuál es aquel medio que yo gané para mí.» El fijo dijo: «Padre, yo probar puedo esto que digo ser verdat.» É el padre le respondió: «Pues que así es, pruébalos en esta manera.

Toma aquel becerrillo chico que tenemos aquí en casa, é degollarlo-has, é desque lo hobieres muerto tájal' á pedazos é métel' en un saco, é desque veniere la noche toma muy encobiertamente aquel saco á cuestas, é fazte muy triste como home que es muy cuitado é ha caido en grand yerro, é ve á casa de cada uno de aquellos tus amigos é dí á cada uno de cómo te acaesció una grant desaventura de matar un home en pelea ascondidamente, é desque lo hobiste muerto, por tal que la justicia de la villa non hobiese á caer en el fecho nin sopiese la verdad de cómo le mataste á tuerto, que por esta razon non lo dejaras yacer allí do moriera é nin lo osarás soterrar, mas que le tajaras á pedazos é que le metieras en aquel saco que traias á tus cuestas, é que les ruegas por Dios é por el amor que tú has con ellos é ellos contigo que te encubran con él en sus casas, é en esto te demostrarán el amor verdadero que contigo han.»

E él fizo aquella prueba, así como le mando su padre, é primero comenzó en un su amigo, en quien él mas fiaba, é demostróle toda la su cuita con que él andaba, é aquel que tenia por mayor amigo respondióle así, é díjole: «Amigo, si tú feciste mala obra porque merezcas mal, lázretelo la tu garganta é non la mia, ca non lo feciste tú por mio consejo, é lo que yo gané viviendo en paz, é non faciendo tuerto á ningund, nin mal, non lo quiero perder por la tu locura. Ve á buenaventura é non entres en mi casa, que grand amor te fago de que encubra la tu maldat.»

Desque esta respuesta le hobo dado el su primero

amigo, fué á probar á cada uno de los otros amigos, é cada uno le respondió como este, é aun peor. E desque él vió el mal recabdo que en cada uno dellos fallaba, tornóse para su padre é contóle todo como habia acaescido, é el padre le dijo: «Mio fijo, vee é prueba agora al mi medio amigo, é verás si lo fallarás tal como los otros.» E díjole cuál era, é cómo habia nombre, é do moraba, é él fué allá é probólo así como á los otros. E desque gelo hobo todo dicho, respondióle el buen amigo así: «Mio amigo, yo só amigo de tu padre, é non seré menos tuyo; é el mio amor non seria complido si á tal sazon como esta non te lo demostrase á este mal tan grande que por tu fuerte ventura te contesció. Amigo mio, entra en la mi casa é sacaré dende á mi mujer é á los mis fijos, é apoderarte-he della, é y fallarás que comas é que bebas de aquí á grand tiempo, é estarás encobierto que non sabrán de ti parte, é si yo mas hobiese, mas te daria con buena voluntad, é demas desto aventuraria por tu padre é por tu cuerpo é facienda la mi alma.» El mancebo de que esto oyó gradesciógelo mucho, é contóle de sí todo el fecho como habia pasado, é como le habia fecho aquella prueba por tal de probar á otros que se le habian ofrescido por amigos, é de probar á él del amor que habia á su padre é á él. É el buen amigo le dijo: «Mas me place que sea por prueba que por fecho de verdadt; mas cuando veniese al fecho, esto mismo te faria que te agora fago.» É el mancebo fuése para su padre é contóle todo aquello que fallara en aquel su medio amigo, é él padre gradesciólo mucho á Dios é á aquel

su amigo de lo que demostrara contra su fijo. É dijol' así: «Mio fijo, tú ves cómo estabas engañado fasta aquí de los cient amigos que cuidabas que habias. Por ende, mio fijo, toma este castigo de mí, que nunca fies mucho en el amistad que te alguno prometa, fasta que lo hayas probado, nin lo alabes mucho nin dés grand loor á la cosa que non conosces nin hayas visto, nin fies mucho en palabras fermosas nin apuestas que te digan, fasta que los pruebes por obras.»

(SIGLO XIV)

Del Libro de Patronio y por otro nombre del conde de Lucanor.

V.—De lo que contesció á la golondrina con las otras aves cuando vió sembrar el lino.

El conde Lucanor fablaba un dia con Patronio, su consejero, et díjole así: «Patronio, á mí dicen que unos mis vecinos que son mas poderosos que yo andan ayuntando et faciendo muchas maestrías et artes con que me puedan engañar et facer mucho dapno, et yo non lo creo nin me recelo en ello; pero por el buen entendimiento que vos habedes, quiérovos preguntar que me digades si entendedes que debo facer alguna cosa sobre esto.» «Señor conde, dijo Patronio, para que en esto fagades lo que yo entiendo que

vos cumple facer, placerme-hia mucho que supiésedes lo que contesció á la golondrina con las otras aves.» El conde le preguntó cómo fuera aquello, et Patronio le dijo:

«Señor conde, la golondrina vido que un home sembraba lino, et entendió por su buen entendimiento que si aquel lino naciese, podrian los homes facer redes et lazos para tomar las aves. Et luego fuése para las aves, et fízolas ajuntar, et dijoles en cómo el home sembraba aquel lino, et que fuesen ciertas que si aquel lino nasciese, que se les seguiria ende muy grant dapno, et que les consejaba que antes quel lino nasciese, que fuesen allá et que lo arrancasen, ca las cosas son ligeras de se desfacer en el comienzo, et despues son muy peores et muy graves de se desfacer. Et las aves tovieron esto en poco et non lo quisieron facer, et la golondrina les afincó dello muchas veces, fasta que vió que las aves non se servian desto nin daban por ello nada; et lino era ya tan crescido, que las aves non lo podian arrancar con las alas nin con los picos. Et desque esto vieron las aves que el lino era crescido, et que non podian poner consejo al dapno que se les ende seguian, arrepintiéronse ende mucho, porque ante non babian y puesto consejo; pero el arrepentimiento fué á tiempo que non podia tener pro: et ante desto, cuando la golondrina vió que non querian poner las aves recabdo en aquel dapno que les venia, fuése para el home et metióse en su poder, et ganó dél seguranza para sí et para su linaje, et despues acá viven las golondrinas en poder de los homes et son seguras

dellos, et las otras aves que se non quisieron guardar, tómanlas cada dia con redes et con lazos.

»Et vos, señor conde, si quisierdes ser guardado deste dapno que decides que vos puede venir, apercibidvos et poned recabdo ante que el dapno vos puéda acaescer. Dice un sabidor que si entendieres que te puede venir dapno de alguna cosa, obra con que te asegures della, ca non es cuerdo el que ve la cosa despues que es acaescida: asaz mas es cuerdo el que por una señaleza et por un movimiento cualquier entiende el dapno que le puede venir, et pone y consejo porque non le acaezca dapno.»

Al conde plogo mucho de esto que Patronio le dijo, et fízolo así, et fallóse ende muy bien. Et porque don Juhan entendió que este enxemplo era bueno, fízolo poner en este libro, et fizo estos viesos que dicen así:

En el comienzo debe home partir
El dapno, que le non pueda venir.

VI.—De lo que acontesció á una mujer quel' decian doña Truhana.

Fablaba otra vez el conde Lucanor con Patronio, su consejero, en esta guisa: «Patronio, un home me dijo una razon, et mostróme la manera como podria ser: et bien vos digo que tantas maneras de aprovechamiento ha en ella, que si Dios quiere que se faga así como él me dijo, que será mucho mi pro, ca tantas son las cosas que nascen las unas de las otras, que al cabo es muy gran fecho además.» Et contó á

Patronio la manera como podria ser. El desque Patronio entendió aquellas razones, respondió al conde en esta manera: «Señor conde, siempre oí decir que era buen seso atenerse home á las cosas ciertas et non á las fiucias vanas, ca contescerle-hia como contesció á doña Truhana.» Et el conde le rogó le dijese cómo fuera aquello, el Patronio le dijo así:

«Señor conde, una mujer fué que habia nombre doña Truana, la cual era asaz mas pobre que rica, et un dia iba al mercado, et llevaba una olla de miel en la cabeza, et yendo por el camino comenzó á cuidar que venderia aquella olla de miel, et que compraria partida de huevos, et que de aquellos dineros compraria ovejas, et así fué comprando de las ganancias que faria fasta que se falló más rica que ninguna de sus vecinas, et con aquella riqueza que ella cuidaba que habia asmó como casaria á sus fijos et fijas, et de cómo iria aguardada por la calle con yernos et con nueras, et cómo dirian por ella como fuera de buena ventura en llegar á tan grand riqueza siendo tan pobre como solia ser. Et pensando en esto comenzó á reir con placer que habia de la su buena andanza, et en reyendo dió con la mano en la su cabeza et en su fruente, et entonces cayó la olla de la miel en tierra, et quebróse. Et cuando fué la olla de la miel quebrada comenzó á facer muy grant duelo, teniendo que perdido todo lo que cuidaba que haberia si la olla non se quebrara: et porque puso todo su pensamiento por fiucia vana, non se fizo al cabo nada de lo que ella cuidara.

»Et vos, señor conde, sí quisierdes que lo que vos

dijeron et lo que vos cuidáredes que sea cosa cierta, creed et cuidad siempre tales cosas, que sean aguisadas, et non fiucias dubdosas et vanas; et si las quisierdes probar, guardad que non aventuredes, nin pongades de lo vuestro cosa de que vos sintades por fiucia de la pro de lo que non sodes cierto.»

Al conde le plogo de lo que Patronio le dijo, et fízolo, et fallóso ende bien. Et porque don Johan se pagó desde enxemplo, fízolo escrebir en este libro, et fizo estos viesos que dicen así:

A las cosas ciertas vos encomedad,
Et de las fiucias vanas vos dejad.

VII.—De lo que acontestó á los dos caballeros con el leon.

Otra vez fablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, en esta guisa: «Patronio, grand tiempo ha que yo he un enemigo de que me vino muy grand mal, et eso mesmo á él de mí, en guisa que por las obras et por las voluntades estamos muy mal en uno; et agora acaesció otrosí que otro hombre mucho más poderoso que nos somos va comenzando algunas cosas de que cada uno de nos se recela que le puede venir muy gran daño: et agora aquel mi enemigo envíame á decir que nos avisemos en uno para nos defender de aquel otro que quiere ser contra nos; ca si amos fuéremos ayuntados, cierto es que nos podriamos defender de él: et si el uno del otro nos desviáremos, cierto es que cualquier de nos que quiera destroir aquel de quien nos recelamos, que lo

podrá facer ligeramente; et desque el uno de nos que fincare será muy ligero de destroir: et yo agora estó en muy grand duda deste fecho, ca de una parte me temo mucho que aquel mi enemigo me quiera engañar: et si él una vez en su poder me toviese, non seria yo bien seguro de la vida: et si grand amor et amistad pusiésemos en uno, non se puede excusar de fiar yo en él et él en mí, et esto me face estar en grand recelo: et de otra parte entiendo que si non fuéremos amigos así como me lo envia rogar, que nos puede venir gran dapno por la manera que vos ya dije. Et por la gran confianza que yo en vos he et en el vuestro entendimiento, ruégovos que me consejedes qué faga en este fecho.» «Señor conde, dijo Patronio, este fecho es muy grand et muy peligroso, et para que mejor entendades lo que vos cumple de facer, placerme-hia que supiésedes lo que contesció en Túnez á dos caballeros que vivian con el infante don Enrique.

»Señor conde Lucanor, dijo Patronio, dos caballeros que vivian con el infante don Enrique en Túnez, eran entramos muy amigos, et posaban siempre en una posada; et estos dos caballeros non habian mas de sendos caballos, y así como se querian los caballeros muy grand bien, los caballos se querian muy grand mal, et los caballeros non eran ricos que pudiesen mantener dos posadas; et por la malquerencia de los caballos non podian posar en una posada, et por esto habian á vivir vida muy enojosa. Esto les duró un tiempo; et desque vieron que non lo podian mas sofrir, contaron su facienda á don

Enrique, et pidiéronle merced que mandase echar aquellos caballos á un leon quel' rey de Túnez tenia; et don Enrique les gradesció mucho lo quel' decian et fabló con el rey de Túnez, et fueron los caballos muy bien pechados á los caballeros, et metiéronlos en el corral donde estaba el leon; et cuando los caballos se vieron en el corral, ante que el leon saliese de la casa do yacia, comenzárónse á matar lo mas bravamente del mundo, et estando ellos en su pelea abrieron la puerta de la casa do estaba el leon, et desque el leon salió al corral et los caballos le vieron, comenzaron á tremer muy fieramente, et poco á poco fuéronse llegando el uno al otro, et desque fueron ayuntados en uno, entramos estovieron así una pieza, et enderezaron entramos al leon, et paráronle tal á muesos et á coces, que por fuerza se hubo á encerrar en la casa donde salió, et fincaron los caballos sanos, que les non fizo ningun mal el leon; et despues fueron aquellos caballos tan bien avenidos en uno, que comian muy de grado en un pesebre, et estaban en uno en casa muy pequeña; et esta avenencia tomaron entre sí por el grant recelo que hobieron del leon.

»Et vos, señor conde Lucanor, si entendedes que aquel vuestro enemigo ha tan grand recelo de aquel otro de que se recela, et ha tan grand menester á vos porque forzadamente haya de olvidar cuanto pasó entre vos et él, et entiende que sin vos non se puede defender, tengo que bien así como los caballos poco á poco se fueron ayuntando en uno fasta que perdieron el recelo, et fueron atan seguros el uno

del otro, que así debedes vos poco á poco tomar fianza et afacimiento con aquel vuestro enemigo: et si fallardes en él buena obra et lealtad por siempre, en tal manera que seades bien cierto que en ningun tiempo, por bien quel'vaya, nunca vos verná dél dapno, entonces faredes bien, et será vuestra pro de vos ayudar, porque otro home extraño no vos conquiera ni vos destruya; ca mucho deben los homes facer et sofrir á sus parientes et á sus vecinos porque non sean mal traidos de los otros extraños; pero si vierdes que aquel vuestro enemigo es tal et de tal manera que desque lo hobierdes ayudado en guisa que saliere por vos de aquel peligro, et despues que lo suyo fuese en salvo, que seria contra vos, et non podriades dél ser seguro, si el tal fuere, faríades mal seso en le ayudar; et ante tengo que le debeis extrañar cuanto pudierdes, ca pues vistes que seyendo él en tan gran queja, et siendo de vos socorrido, non quiso olvidar el mal talante que vos habia, et entendistes que vos lo tenia guardado para cuando viniese su tiempo que lo podia facer, bien entendedes vos que vos non deja logar para facer ninguna cosa porque salga por vos de aquel grand peligro en que está.»

Al conde plogo mucho de aquello que Patronio le dijo, et tovo que le daba muy buen consejo, et porque entendió don Johan que este enxemplo era bueno mandólo escrebir en este libro, et fizo estos viesos que dicen ansí:

Guardatvos de ser conquerido del extraño,
Seyendo del vuestro bien guardado del dapno,

VIII.—De lo que contesció á un home que por pobreza et mengua de otra vianda comia atramuces.

Otro dia fablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero en esta manera: «Patronio, bien conozco á Dios que me ha fecho muchas mercedes mas que le yo podria servir, et en todas las otras cosas entiendo que está la mi facienda asaz bien et con honra: pero algunas vegadas acaésceme de estar tan afincado de pobreza, especialmente, de manera que querria tanto la muerte como la vida, et ruégovos que algunt conorte me dedes para esto.» «Señor conde, dijo Patronio, para que vos conortedes cuando tal cosa vos acaesciere, seria muy bien que supiésedes lo que contesció á dos homes muy ricos que fueron despues pobres.» Et el conde le rogó le dijese cómo fuera aquello.

«Señor conde, dijo Patronio, destos dos homes, el uno llegó á tan grant pobreza, que le non fincó en el mundo cosa que pudiese comer; et desque fizo mucho por buscar alguna cosa que comiese, non pudo haber cosa sinon una escudilla de altarmuces, et acordándose de tan rico que solia ser, et que agora con fame et con mengua comia altarmuces, que son tan amargos et de tan mal sabor, comenzó de llorar mucho fieramente; pero con la grand fame comenzó de comer de ellos, et comiéndolos estaba llorando, et echaba las cáscaras dellos en pos de sí; et

él estando en este pesar et en esta cuita, sintió que estaba otro home en pos dél, et volvió la cabeza, et vió un home cabe sí que estaba comiendo de las cáscaras que él desechaba, et era aquel de que vos fablé desuso. Et cuando él vió aquel que comia las cáscaras de los altarmuces, dijo que por qué facia aquello, et él dijo que supiese que fuera muy mas rico que non él, et agora que habia llegado á tan grant pobreza et á tan grant fambre, que le placia mucho cuando fallaba aquellas cortezas que él dejaba. Et cuando esto vió el que comia los altarmuces, conortóse, pues entendia que otro habia mas pobre que non él, et que habia menos razon porque lo debia ser; et con este conorte esforzóse, et ayudóle Dios, et cató manera como saliese de aquella pobreza, et salió della, et fué muy bien andante.

»Et vos, señor conde, debedes saber quel mundo es tal, et aun Dios nuestro Señor lo tiene por bien, que ningun home non haya cumplidamente todas las cosas; mas en todo lo ál vos face Dios merced, et estades con bien et con honra. Si alguna vegada vos menguaren dineros, et estuvierdes en algun afincamiento, non desmayedes por ello, et creed por cierto que otros mas honrados et mas ricos que vos están ansimesmo afindados, que se ternian por pagados si pudiesen dar á sus gentes, et les diesen aun muy menos de cuanto vos dades á los vuestros.»

Et al conde plogo mucho de este consejo que Patronio le dió, et conortóse, et ayudóse él et ayudóle Dios, et salió muy bien de aquel quexo en que estaba. Et entendiendo don Johan que este enxemplo era

muy bueno, fízolo poner en este libro, et fizo estos viesos que dicen así:

Por pobreza nunca desmayedes,
Pues otros mas pobres que vos veredes.

IX.—De lo que contesció al conde Ferrant Gonzalez con Nuño Laynez.

El conde Lucanor fabló un dia con Patronio, su consejero, en esta guisa: «Patronio, bien entendedes que non só yo ya muy mancebo, et sabedes que pasé muchos trabajos fasta aquí, et bien vos digo que querria de aquí adelante folgar, et cazar, et excusar los afanes et trabajos; et porque yo sé que siempre me consejarádes lo mejor, ruégovos que me consejedes lo que vierdes que me cae mas de facer.» «Señor conde, dijo Patronio, como quier que vos decides buena razón, placerme-y-a que supiésedes lo que dijo una vez el conde Ferran Gonzalez á Nuño Laynez.» Et el conde le dijo cómo fuera aquello.

«Señor conde, dijo Patronio, el conde Ferran Gonzalez era en Búrgos, et habia pasado muchos trabajos por defender su tierra: et una vez que estaba ya mas en sosiego et en paz, díjole Nuño Laynez que seria bien que de allí en adelante que non se metiese en tantos roidos, et que folgase él, et que dejase folgar á sus gentes. Et el conde respondió que á home del mundo non placeria mas que á él folgar et estar vicioso, si pudiese; mas que bien sabia que habia guerra con los moros, et con los leoneses, et con los

navarros, et que si quisiese mucho folgar, que los sus contrarios que luego serian contra él: et que si quisiese andar á caza et con buenas aves por Arlanzon ayuso et arriba, et en buenas mulas gordas, et dejar de defender la tierra, que bien lo podria facer, mas que le contesceria como dice el proverbio antiguo: *Murió el hombre, et murió su nombre:* mas si quisiéremos olvidar los vicios et facer mucho por nos defender et levar nuestra honra adelante, dirán por nos despues que muriermos: *Murió el hombre*, *mas non su nombre.* Et pues viciosos et lazdrados todos habemos á morir, non me semeja que seria bien si por el vicio de la folgura dejaramos de facer en guisa que despues que nos muriermos, que nunca muera la buena fama de nuestros buenos fechos.

»Et vos, señor conde Lucanor, pues sabedes que habedes de morir, por el mi consejo, nunca por vicio nin por folgura dejarédes de facer tales cosas porque, aun desque vos morierdes, siempre finque la fama de vuestros fechos.»

Al conde plogo mucho de este consejo que Patronio le dió, et fízolo así, et fallóse ende bien. Et porque don Johan tovo este por buen enxemplo, fízolo escrebir en este libro, et fizo estos viesos que dicen ansí:

Si por vicio et por folgura la buena fama perdemos,
La vida muy poco dura; denostados fincarémos.

X.—De lo que contesció á don Pedro Melendes de Valdés cuando se le quebró la pierna.

Fablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, un dia, et díjole: «Patronio, vos bien sabedes que yo he contienda con un mi vecino, que es home muy poderoso et muy hondrado, et habemos entramos puesto postura de ir á una villa, et cualquier de nos que allá vaya cobrará la villa, et perderla-ha el otro que fuere mas tarde, et vos sabedes cómo tengo toda mi gente ayuntada. Et bien fio por la merced de Dios, que si yo fuese, que fincaria ende con gran pro et con grand honra, et agora estó embargado et non lo puedo facer por esta ocasion que me acaesció, que non estó bien sano; et como quier que me es grand pérdida en lo de la villa, bien vos digo que me tengo por mas ocasionado por la mengua que tomo et por la honra que á él viene, que aun por la pérdida. Et por la fianza que yo en vos hé, ruégovos que me digades lo que entendedes que en esto podria facer.» «Señor conde, dijo Patronio, como quier que vos facedes razon de vos quejar, et para que en tales cosas como estas fagades siempre lo mejor, placerme-y-a que supiésedes lo que contesció á don Rodrigo Melendez Valdés.» Et el conde le rogó que le dijera cómo fuera aquello.

«Señor conde, dijo Patronio, don Pero Melendez de Valdés era caballero mucho honrado del reino de Leon, et habia por costumbre que cada que le acaes-

cia algun embargo, que siempre decia: *Bendito sea Dios, ca pues él lo fizo, esto es lo mejor*. Et este don Pero Melendez de Valdés era consejero et muy privado del rey de Leon; et otros sus contrarios, por grand envidia que le hobieron, axacáronle muy gran falsedad, et buscáronle tanto mal con el rey, que acordó de lo mandar matar: et seyendo don Pero Melendez en su casa, llegó mandado del rey que enviaba por él, et los que le habian de matar estábanle esperando á media legua de aquella su casa: et queriendo cabalgar don Pedro Melendez para se ir para el rey, cayó de una escalera, et quebróse la pierna. Et cuanto sus gentes que habian de ir con él vieron esta ocasion que le acaesciera, pesóles ende mucho, et comenzáronle á maltraer, diciéndole: «¡Ah, don Pero Melendez! Vos que decides siempre: *Lo que Dios face, esto es lo mejor*, tened vos agora este bien que Dios vos ha fecho.» Et él díjoles que fuesen ciertos, que como quier que ellos tomaban gran pesar desta ocasión que le contesciera, que ellos dirian, que pues Dios lo ficiera, que aquello era lo mejor: et por cosa que ficieron nunca le pudieron sacar desta intencion. Et los que le estaban esperando por lo matar por mandado del rey, desque vieron que non venia, et supieron lo que le habla contescido, tornáronse para el rey et contáronle la razon por qué non pudieran cumplir su mandado: et don Pero Melendez estuvo gran tiempo que non pudo cabalgar. en cuanto él así estaba mal trecho, supo el rey que aquello que habian axacado á don Pero Melendez que era muy gran falsedad, et prendió aquellos que

gelo habian dicho, et fué á ver á don Pero Melendez, et contóle la falsedad que dél le dijeran, et cómo le él mandara matar, et pidiól' perdon por el yerro quel' hobiera á facer, et le fizo mucha hondra et mucho bien por le facer enmienda, et mandó luego facer muy grand justicia ante él de aquellos que aquella falsedad le levantaron: et así libró Dios á don Pero Melendez porque era sin culpa, et fué verdadera la palabra que él siempre solia decir, *que todo lo que Dios face, aquello es lo mejor.*

»Et vos, señor conde Lucanor, por este embargo que agora vos vino non vos quejedes, et tened por cierto en vuestro corazon *que todo lo que Dios face, aquello es lo mejor;* et si lo ansí pensardes, él vos lo lo sacará todo á bien: pero debedes entender aquellas cosas que acaescen, que son en dos maneras. La una es, si viene á home algun embargo en que se puede poner consejo. La otra es, si viene á home algunt embargo en que se non puede poner consejo alguno. Et en los embargos en que se puede poner consejo alguno, debe facer home todo cuanto pudiere por lo poner y, et non lo debe dejar por dar á entender que por voluntad de Dios ó por ventura se enderazará, ca esto seria tentar á Dios: mas pues el home ha cumplido entendimiento et razon, todas las cosas que facer pudiere por poner consejo en las cosas que le acaescieren, débelo facer: mas en las cosas en que non se podria y poner consejo ninguno, aquellas debe home tener que pues se facen por la voluntad de Dios, que aquello es lo mejor. Et pues esto que á vos acaesció es de las cosas que vienen

por la voluntad de Dios, et en que non se puede poner consejo, poned en vuestro talante que pues Dios lo face, que es lo mejor, et Dios lo guisará que se faga así como lo vos tenedes en corazon.»

Et el conde tovo que Patronio le decia verdat et le daba buen consejo, et fízolo así, et fallóse ende bien. Et porque don Johan tovo que este era buen consejo, fízolo ansí escrebir en este libro, et fizo estos viesos que dicen ansi:

Non te quejes por lo que Dios quisiere,
Ca por tu bien será cuanto á él ficiere.

XI.—De lo que facen las formigas para se mantener cuando cogen el pan para guardarlo.

Fablaba otra vez el conde Lucanor con Patronio, su consejero, en esta manera: «Patronio, loado á Dios, yo só asaz rico, et algunos aconséjanme que pues lo puedo facer, que non tome otro cuidado sinon tomar placer, et comer, et beber, et folgar, que asaz he para mi vida, et aun que deje á mis fijos bien heredados: et por el buen entendimiento que vos habedes, ruégovos que me digades lo que vos paresce que debo facer en esto.» «Señor conde, dijo Patronio, como quier que el folgar et tomar placer es bueno, para que vos en esto fagades lo que es mas aprovechoso, placerme-y-a que supiésedes lo que la formiga fizo para mantenimiento de su vida.» El conde le preguntó cómo fuera aquello, et Patronio le dijo:

«Señor conde, ya vos veedes cuánto pequeña cosa

es la formiga, et segund razon non debia haber grand apercebimiento, pero que fallarédes cada año al tiempo que los homes cogen el pan, salen ellas de sus formigueros, et van á las eras et traen cuanto pan pueden para su mantenimiento, et métenlo en sus casas; et a la primera agua que viene sácanlo fuera al sol, et las gentes dicen que lo sacan á enjugar, et non saben lo que dicen, ca non es así la verdat; ca bien sabedes vos que cuando las formigas sacan la primera vez el pan de sus formigueros, que estonce es la primera agua, et comienza el invierno. Pues si ellas cada que lloviese hobiesen de sacar el pan para lo enjugar, luenga labor ternian, et demás que non podrian haber solo para lo enjugar, ca en el invierno non face tantas veces sol que lo pudiesen enjugar. Mas la verdat porque ellas lo sacan la primera vez que llueve es esta: ellas meten cuanto pueden haber en sus casas, et non catan por ál sinon por traer cuanto fallan, et desque lo tienen ya en salvo, cuidan que tienen recaudo para su vida ese año, et cuando viene la lluvia et se moja el pan comienza de naser, et ellas veen et entienden por natura que si el pan nasce en los hormigueros, que en lugar de segobernar dello, que el su pan mesmo las mataria et serian ellas ocasion de su daño; et estonces sácanlo fuera et comen aquel corazon que ha en cada grano de que sale la simiente, et dejan todo el grano entero, et despues por lluvia que faga non puede nascer, et gobiérnanse del todo el año. Et aun fallaredes que maguer que tengan cuanto pan les cumple, que cada que buen tiempo face non dejan de acarrear cuales-

quier herbizuelas que fallan, et esto facen recelando que les non cumplirá aquello que tienen, et mientra han tiempo non quieren estar de balde, nin perder lo que Dios les da, pues se pueden aprovechar de ello.

»Et vos, señor conde Lucanor, pues la formiga que es tan mezquina cosa, ha tal entendimiento et face tanto por ser mantener, bien debedes vos cuidar que non es buena razon para ningun home, et mayormente para los que han de mantener muy grand estado et gobernar á muchos, querer siempre comer de lo ganado; ca cierto sed que por grand haber que sea, donde sacan cada dia et non meten y nada, que non puede durar mucho: et demás paresce muy grand amortiguamiento et gran mengua de corazon. Mas el mi consejo es este: que si queredes comer et folgar, que lo fagades siempre manteniendo vuestro estado, guardando vuestra honra, et catando et habiendo cuidado cómo habredes donde lo cumplades; ca si mucho hubierdes et bueno quisierdes ser, asaz habredes logares en que lo dependades á vuestra honra et servicio de Dios, que es lo mas.»

Et el conde tovo este por buen consejo que Patronio le dió, et fízolo así, et fallóse ende bien. Et porque don Johan tovo que este era muy consejo, fízolo ansí escrebir en esto libro, et fizo los viesos que dicen así:

Non comas siempre lo que has ganado,
Vive tal vida porque mueras hondrado.

XII.—De la respuesta que dió el conde Ferrant Gonzalez á sus gentes despues que hobo vencido la batalla de Hacinas.

Una vegada venia el conde Lucanor de una hueste muy cansado et muy lazdrado el pobre; et ante que hobiese á folgar nin descansar, llególe mandado muy apresurado de otro fecho que se movió de nuevo, et las más de sus gentes consejáronle que folgase algunt tiempo, et despues que faria lo que fuese guisado. Et el conde preguntó á Patronio lo que faria en aquel fecho, et Patronio le dijo: «Señor, para que vos escojades en esto lo mejor, placerme-y-a que supiésedes la respuesta que dió una vez el conde Ferrant Gonzalez á sus vasallos.» El conde preguntó á Patronio cómo fuera aquello, et qué faria en aquel fecho. Et Patronio le dijo:

«El conde Ferrant Gonzalez venció á Almanzor en Hacinas, et murieron y muchos de los suyos, et él et todos los demás que fincaron y vivos, fueron muy mal feridos; et ante que viniesen á guarescer, supo que le entraba el rey de Navarra por la tierra, et mandó á los suyos que endereszasen á lidiar con los navarros, et todos los suyos dijéronle que tenian muy cansados los caballos et los cuerpos; et aunque por esto non lo dejasen, que lo debian dejar porque él et todos los suyos estaban muy mal feridos, que dejase la lid, et esperase fasta que él et los suyos fuesen guaridos. Et cuando el conde vió que todos querían partir de aquel camino, sintióse más de la honra que del

cuerpo, et díjoles: «Amigos, por las feridas que habemos non dejemos la batalla; ca estas feridas nuevas que agora nos darán, nos farán que olvidemos las que nos dieron en la otra lid.» Et desque los suyos vieron que se non dolia del su cuerpo por defender su tierra et su honra, fueron con él, et venció la lid, fueron muy bien andante.

»Et vos, señor conde, si queredes facer lo que debierdes cuando vierdes que cumple para defendimiento de lo vuestro et de los vuestros et de vuestra honra, nunca vos sintades por laceria nin por trabajo nin por peligro, et faced en guisa que el trabajo et la laceria nueva vos fatiga olvidar lo pasado.»

El conde tovo este por buen consejo, et fízolo así, et fallóse ende bien; et entendiendo don Johan que este enxemplo era bueno, mandólo escrebir en este libro, et fizo estos viesos que diceu así:

Aquesto tenet por cierto, ca es verdad probada,
Que honra et vicio grande non han una morada.

Infante Don Juan Manuel.

XIII.—Ensiemplo del mur de Monferrado et del mur de Guadalaxara.

Mur de Guadalaxara un lunes madrugaba,
Fuése á Monferrado, á mercado andaba,
Un mur de franca barba rescibiol en su cava,
Convidol á yantar, é dióle una faba.
Estaba en mesa pobre, buen gesto é buena cara,
Con la poca vianda buena voluntad para,
A los pobres manjares el plaser los repara,
Pagós del buen talante el mur de Guadalaxara.
Ya su yantar comida, el manjar acabado,
Convidó el de la villa el mur de Monferrado,
Que el martes quisiese ir ver el su mercado,
E como él fué suyo, fuese él su convidado.
Fué con él á su casa, et diol mucho de queso,
Mucho tosino lardo, que non era salprueso,
Enjundias é pan cocho sin racion é sin peso,
Con esto el aldeano tovos'por bien apreso.
Manteles de buen lienzo, una branca talega,
Bien llena de farina, el mur alli se allega,
Mucha honra le fiso é servisio quel plega,
Alegria, buen rostro con todo esto se llega.
Está en mesa rica mucha buena vianda
Un manjar mejor que otro á menndo y anda,
El demas buen talante, huesped este demanda,
Solás con yantar bueno todos omes ablanda.
Do comian é folgaban, en medio de su yantar
La puerta del palacio comenzó á sonar:
Abrióla su sennora, dentro queria entrar,
Los mures con miedo fuyeron al andar.
Mur de Guadalaxara entró en su forado,

El huesped acá é allá fuia deserrado,
Non tenia lugar cierto, do fuese amparado,
Estovo a lo escuro; á la pared arrimado.
Cerrada ya puerta e pasado el tremor,
Falabal'el otro direndol: amigo, sennor.
Estaba et aldeano con miede é con tremor,
Alégrate et come de lo que has mas sabor.
Este manjar es dulce, sabe como la miel,
Dijo el aldeano al otro: venino yas en él:
El que teme la muerte, el panal le sabe fiel,
A ti solo es dulce, tu solo como dél.
Al home con el miedo no sabe dulce cosa,
Non tiene voluntad clara, la vista temerosa,
Con miedo de la muerte la miel non es sabrosa,
Todas cosas amargas en vida peligrosa.
Mas quiero roer faba seguro é en pas,
Que comer mill manjares corrido é sin solás;
Las viandas preciadas con miedo son agras.
Todo es amargura, do mortal miedo yás.
Porque tanto me tardo, aqui todo me mato,
Del miedo que he habido cuando bien me lo cato,
Como estaba solo, si viniera el gato,
Alli me alcanzara é me diera mal rato.
Tu tienes grandes casas, mas hay mucha campanna,
Comes muchas viandas, á questo re enganna,
Buena es mi poblesa en segura cabanna,
Que mal pisa el homen; el gato mal rascanna:
Con pas e con seguranza es buena la poblesa,
Al rico temeroso es poble la riquesa,
Siempre tiene recelo e con miedo tristeza,
La pobreat alegre es segura noblesa.

JUAN RUIZ.
Arcipreste de Hita.

(SIGLO XV)

Del Libro de los Enxemplos.

XXIV.—La discrepción.

Discretio aliquando de morte liberat.

La discrepción es buena suerte
Que libra á homme de la muerte.

Un dia el rey Alexandro fizó voto que cualquiera cosa que otro día primero le encontrase faria sacrificio della. Acaesció acaso que un rústico aldeano con un asnillo le encontró primero, é Alexandre mandólo tomar para cumplir el voto que prometiera. El aldeano demandóle por qué le mandaba prender: é díjole lla razon del voto que prometiera. El rústico, discrepto é sabio, dijo: «¡Oh muy noble emperador! si ansí lo prometistes commo dices, non han de facer sacrificio de mí, mas de mi aisnillo que encontraste primero.» E oyendo esto Alexandre non pudo tener el riso, é luego lo soltó al rústico.

XV.—El hombre y el ruiseñor.

Dolendum non est de rebus amissis, nec impossibilia sunt credenda.

De las cosas perdidas non te debes doler,
Et las imposibles non debes creer.

Dijo Pedro Alfonso á su hijo: «Non desees las cosas ajenas, ni fagas dolor de las cosas perdidas.» Dicen que un homme tenia un verjel en que corria agua en que habia yerba verde. E un dia en despues de sus trabajos fuese á folgar á aquel verjel, é él estando allí, asentóse un ruiseñor sobre un árbol é comenzó á cantar muy dulcemente, é él puso sus lazos é tomólo, é díjole la avecilla: «¿A qué trabajaste tanto por me tomar, ó qué provecho esperaste haber en mi presión?» E díjole el homme: «Cobdicio oir tus cantos.» E dijo el avecilla: «Non te aprovecha nada, ca por precio nin por ruego nunca cantaré, si non me soltares.» É respondió: «Si non cantares, yo te comeré.» E dijo ella: «¿Cómo me comerás? Que si me comieres cocida, ¿qué te aprovechará cosa tan pequeña? E si asada aun seré menor, é la carne áspera; mas si me dejares ir, tú habrás gran provecho.» E él dijo: ¿Qué provecho? Dijo el ruiseñor: «Yo te mostraré tres maneras de sabidoría que las preciarás más que carne de tres terneras.» E él seyendo seguro de lo que le prometió, soltóla, é el ave le dijo: «Lo primero, non creas todo lo que te dijeren; lo segundo, lo que tuyo fuere, siempre lo guarda é lo tien; lo tercero, por cosa que pierdas nun-

ca hayas dolor.» E dicho esto, voló encima de un árbol, é comenzó á cantar dulcemente é decir: «Bendito Dios que cerró la lumbre de tus hijos é te tiró el saber, ca si hobieras buscado mis tripas, hobieras fallado pesode una onza de jacinto, que es piedra muy preciosa.» E de que él oyó esto comenzó á llorar é ferirse en los pechos, porque creyera al avecilla. E díjole el ruiseñor: «Aína te olvidaste el seso que te dejé: ¿yo non te hobe dicho non creas todo lo que dijeren? ¿Cómo creyes que en mí ha este jacinto de una onza, ca yo todo non peso tanto? E yo ¿non te dije: non hayas dolor de las cosas perdidas? ¿Por qué te dueles del jacinto que stá en mi cuerpo?» Dichas estas cosas el rústico escarnecido, el ruiseñor fuese para los montes.

XVI.—La embriaguez.

Ebrietas plura vitia inducit.

Qui escogé ser embriago,
Cay en todo pecado.

Un hermitaño de buena vida era tentado muy fuerte para se tornar al mundo. E díjole el angel: «Non te tornes, que si allá vas, tres pecados reinan en el mundo: cobdicia, lujuria é embriagez, de los cuales si te excusases del uno ó de los dos, del tercero non te podrás escapar. Empero si tanta voluntad has de volverte al mundo, escoge uno destos cual quisieres, casi te conviene facer. Respondió el ermitaño: «Yo non puedo estar aquí mas; en toda manera me quie-

ro tornar al mundo. E pues que segun dices que non puedo escapar de caer en el de un pecado destos, et en mi poder es de escoger cual yo quisiere, yo non quiero escoger la cobdicia, que es raíz de todo mal é pecado, segun dice el Apóstol; nin la lujuria, que non solamente el ánima, mas aun el cuerpo mata, segun dice el Apóstol á los de Corintio, en el 6.° capítulo: «Cualquiera que comete fornicio, en su cuerpo mesmo peca.» E pues non me puedo excusar de caer en algunos destos pecados, yo quiero escoger la embriaguez.» ¿Qué fizo el cuitado? Tornóse al mundo, é embriagóse, é comenzó con ardor del vino á encenderse en el pecado de la lujuria, é pecó en él, é despues estando embriagado un home escarneció dél, por lo cual él hobo contienda con él, é con su saña é con la embriagez fuera de su seso, sacó un cochillo é matólo. E ansí por este pecado de la embriagez cayó en pecado de la carne que ante aborreciera, é cometió pecado de homecidio.

XVII.—La fe á Dios.

Fidem nom servans Deo, hominibus non servabit.

Quien non guarda lealtad á Dios que es su Señor,
Non la guarda al homme que es menor.

En tiempo del rey Teodorico, teniendo consigo un diácono fiel cristiano, este rey amábalo mucho, aunque él non era católico, que tenia la seta de los arrianos que eran herejes. E este diácono, por facer pla-

cer al rey, dejó la fe verdadera é tornóse arriano. El rey, cuando lo sopo, mandólo matar diciendo: «Si tú non guardaste la fe á Dios, bien pienso que tampoco la guardarás á mí.»

XVIII.—La gratitud.

Grata cum sint animalia, debet potius esse homo.

Las animalias agradecen el bien fecho,
Mas debien los hombres facer segun derecho.

Dicen que en Roma hobo un león otro tiempo, que entrándole un espina en el pie, fué á un rústico, el cual entendió lo que queria, é católe el pié é sacóle el espina: é de que el leon se vió sano, abajada la cabeza, dióle gracias, empero siempre se acordó del bien que habie rescebido. E acaesció que despues fué tomado este leon é traido á Roma, é por tiempo acaesció que este rústico acometió un maleficio, porque debia ser dado á las bestias fieras para lo matar, é fué traido al lugar do tenien los leones, entre los cuales estaba aquel á quien él sacara el espina, é cognoscióla luego acordándose de lo bien fecho, e primero que ninguno de los otros corrió á él, é abajada la cabeza comenzó de le lamer los piés, mirándolo todo el pueblo, é guardólo de las otras animalias que non le feciesen mal. E los romanos, viendo esto, maravilláronse mucho del agradescimiento de aquel leon, é mandaron que este fecho se pusiese en escritura para su memoria de tan maravilloso fecho.

XIX.—El perdón.

Injuriæ remissorio reconciliat discordantes.

Para los discordes concordar,
Non hay mejor que perdonar.

Léise que en el tiempo de los paganos habie en Roma un templo que fuera fecho á honor del dios de Concordia, en el cual templo estaba un ídolo que llamaban dios de Concordia, en tal manera que todos los otros ídolos tenian las caras contra la puerta del templo. E este dios de Concordia tenia la cara contra la pared de la parte derecha del templo, é volvie el asentamiento á la pared de la parte siniestra del templo, é delante dél en la pared estaba escrito de letras de oro esta palabra «Beneficus», é parecie que continuamente leie aquella palabra é pensaba en ella. Detrás de las espaldas dél estaba en la pared scripta «Injuria», á dar á entender que ninguno non puede ser reducido á paz é concordia, salvo si deja las injurias que le son fechas, é tenga en memoria é se acuerde de los beneficios é bienes que ha recibido, á enxemplo de Julio César, que nunca olvidaba cosa alguna, salvo las injurias que le eran fechas.

XX.—La soberbia de Alexandre.

Inmortalem se quis credet fatuus esse videtur.

Loco es, non se puede encobrir,
Quien nunca piensa que ha de morir.

Cuenta Valerio de Alexandre que, habida victoria contra Darío, rey de Persia, en tanta soberbia fué ensalzado, que mandó á los suyos que de allí en adelante le adorasen commo á Dios; mas por juicio de Dios en una pelea fué llagado é ferido gravemente, de las cuales llagas sentió muy grandes dolores é tormentos, é dicen que dijo una palabra que es de tener en memoria: «Locura grande es el homme facerse Dios, é non conocer que es mortal.» E estonce conoció que habie otro mayor que él, que es Dios.

XXI.—La paciencia.

Iracundus nec Deo non potest aliquibus complacere.

El sañudo este don non puede haber,
Que á Dios é á los hommes haya de complacer.

Un monje era muy sañudo y dijo entre sí: «Si yo morase solo, non me moveria tan aina á saña.» E apartóse á morar solo, é un dia finchó un cántaro de agua é trastornósele é vertióse, é asimismo la tercera vegada; entonces él con gran saña quebrantó el cántaro, é despues vino en sí é entendió que el dia-

blo de la ira le habie estancado, é dijo: «Aquí estó solo é vencióme la ira; quiérome tornar á mi monesterio, ca en todo logar hay trabajo, en todo logar es menester la paciencia é la ayuda de Dios.»

XXII.—La culebra.

Natura insita difficile negari postet.

La natura mala no debes dubdar,
Que tarde ó nunca se puede negar.

Un homme pasando por un monte falló una culebra que habien atado unos pastores á un árbol, é soltóla é calentóla; é de que fué escalentada revolvióse al pescuezo del que la soltara. E díjo el homme: «¿Qué faces; por qué das mal por bien? Ella respondió: «Fago mi naturaleza.» El dijo: «Yo fice á tí bien; mal me lo pagas.» Ellos estando en esta contienda, pasó la raposa é llamarónla que fuese juez, é contáronla todo el negocio. Ella dijo: «Non sabria judgar, salvo si viese al ojo cómmo acaesció de comienzo.» E estonce ligaron la serpiente commo de primero, é dijo la raposa: «Agora tú, serpiente, si puedes escapar, vete.» E dijo al homme: «Non trabajes por soltar la serpiente.»

XXIII.—El castigo.

Pater non corrigens filium ab eo punitur.

El que á su fijo no quiere castigar,
El mismo á su padre la pena ha de dar.

Dicen que un buen homme tenia un fijo, é cuando ninno, aunque furtaba é facia otros males, nunca lo quiso castigar; é de que fué en edad de homme, teniendo la mala costumbre, fué tomando en furto é preso. E queriéndolo enforcar, rogó á su padre que lo besase, é el padre llegándolo á besar, trabólo de las narices con los dientes é cortógelas. E demandaron por qué cometiera cosa tan fea é tan mala, é respondió: «Que razon hobiera de lo facer, porque su padre cuando mozo non lo castigó, é así le trayera á la forca.»

XXIV.—El ratón y la rana.

Perdere qui vult alium quandoque perdit seipsum.

El que á otro quiere perder,
A si mismo puede empecer.

Dicen por manera de semejanza de la rana que una vegada viendo al mur que queria pasar un rio é non osaba porque non sabie nadar, la rana por afogarlo llegó á él é fingió que le queria pasar el rio. El mur con simpleza creyó que era verdat, é ella atóle el pié al suyo con un filo, é de que la rana saltó en el agua,

metióse ayuso del agua para afogar al mur. El mur tiraba contra suso cuanto podia, é veyéndolo el milano arrebató el mur é sacó la rana con él é comióla. ¡Ploguiese á Dios que así pereciesen los hommes deste tiempo que engannan á los simples por palabras engannosas prometiéndoles ayuda é pensando maldades en sus corazones!

XXV.—Amor á la patria.

Rempublicam diligens se morti pro ea exponit.

El que ama de la comunion provecho,
Por ella se ofrece á muerte de fecho.

Dicen que un cónsul de Roma que llamaron Marco Régulo, seyendo captivo en Cartagena, los cartaginenses enviáronlo á Roma, con juramento que tornase para que tratase con el consejo de Roma que le diese los captivos que tenian de Cartagena, que los darian al dicho Marco Régulo. E él vino en Roma al senatu, é propuesta su embajada, demandáronle de consejo si se debia facer. El dijo que non era provechosa tal comutación; ca los que allí tenian eran mancebos é buenos capitanes; é él era ya viejo que non podia aprovechar. E sus parientes é amigos decíanle que non tornase; é él quiso mas tornar que quebrantar la fe á los enemigos crueles é grandes tormentos, empero quiso guardar el juramento.

Clemente Sánchez Vercial.

Del Libro de los Gatos.

XXVI.—Enxemplo de lo que acaesció entre la gulpeja é el lobo.

Acaesció una vegada que la gulpeja entró en una ferrada é apesó la ferrada é cayó en el pozo; é estaba en el pozo que non podia salir dende, é vino á ella el lobo é preguntóle que qué facia, é ella le respondió: «Compadre, bien estoy aqui, que fallo unos pescados muy grandes de comer, é si aquí quisiéredes entrar conmigo, habredes muy buena parte dellos.» Respondió el lobo: «Comadre ¿cómmo podré yo descender allá?» Dijo la gulpeja: «Allá suso está otra ferrada, ponte dentro en ella é descenderás luego acá.» En aquel pozo habia dos pozales; cuando el uno sobia, el otro descendia. El lobo entró en la ferrada que estaba encima é commo era pesado, descendió luego la ferrada al fondon del pozo, é la gulpeja subióse suso, é cuando se encontraron en medio del pozo dijo: «¿Do ís, comadre?» Respondió ella: «Ya he comido é súbome suso, mas tú desciende é verás maravillas.» El malandante del lobo descendió al pozo é non falló otra cosa sinon agua, é cuando vino la mañana vinieron los de la aldea é fallaron el lobo en el pozo, é sacáronlo, é diéronlo tantos de palos, que lo dejaron por muerto. La gulpeja significa el diablo que diablo que dice al homme: «Desciende acá á mí en el pecado é fallarás riquezas é muchos bienes, é

los locos créenlo é facen los pecados que les pone el diablo en el corazon, é desque los han fechos, non fallan bien en ellos de que se puedan aprovechar; ansí que vienen los enemigos é sacan al pecador del pozo atormentándolo.

XXVII.—Enxemplo de las abejas con los escaravacos.

Las avejas una vegada convidaron á los escaravacos á yantar, et despues que la mesa fué puesta asentáronse los escaravacos á comer é vinieron las abejas é pusieron mucha miel é muchas flores en la mesa; et los escaravacos comieron poca miel é fuéronse luego. Et otro dia convidaron los escaravacos á las abejas, é despues que fué puesta la mesa é las abejas asentadas, posieron los escaravacos estiércol de bueyes é de bestias, et las abejas non quisieron probar punto dello, antes fueron su camino. Et las abejas se entienden por los doctores de la Iglesia é por los hommes santos que convidan á los hommes malos é pecadores, é dánles miel é flores á comer, que se entienden porque les predican los mandamientos de nuestro Señor é de la ley, que son mas dulces que la miel, é les muestran cómmo se quiten de pecados; mas los malos poco ó nada toman dello. Si los malos convidan alguna vez á los buenos, dánles de comer estiércol de bestias, que se entiende palabras sucias é malas obras, é beodeces é gargantería; ansí que los buenos é los justos non toman males costumbres, mas ante se van. Otrosí, muchos

hommes en este mundo se embeodan algunas veces ó comen mas de su derecho, ó facen algunas cosas que non son de facer por tal que non sean tenidos por escasos, ó por facer lo que facen otros commo ellos; onde dice San Agustin: «Por tal que yo non fuere apartado de los otros, conviéneme ser mas malo que quisiera.» Et dice Séneca: «Con tales toma compañía que entiendas que te podrán facer mejor, ó que entiendas que tomarás dellos buenas costumbres, é atales rescibe en tu casa que puedas facer mejor en tirarte de mala carrera.»

XXVIII..—Enxemplo de la gallina con el milano.

La gallina muchas vegadas lieva sus pollos so las alas, mayormente cuando vey el milano. Acaesció una vez que vino el milano volando sobre los pollos, é la gallina llamósles á todos; ansí que vinieron é metiéronse todos, so la gallina, é vino uno é falló un gusano é comenzóle de picar por comerlo, é vino el milano é llevóse el pollo. Bien ansí face nuestro Señor antes que nos llama commo cuando habemos pecado que corramos é nos pongamos so las alas. Esto face porque nos arrepintamos é nos guardemos de facer mal, mas muchos dellos aunque veyen andar el diablo volando encima dellos non quieren fuir, mas antes se llegan al búfano del diablo. Pues, hermanos, nosotros fuyamos á las alas del crucifijo, é lleguemos nos á él por pensamiento de buenas obras, doliéndonos de la su pasion ó faciendo los sus mandamientos, é allegándonos ansí á él serémos salvos.

XXIX.—Enxemplo del perro con el junco.

Acaesció una vegada que el perro que se apartó á una mata de juncos por mear, é un junco picóle detrás, ansí que el perro saltó un gran salto, é paróse á lejos á ladrar, é dijo el junco: «Mas quiero que ladres siendo aléjos de mí, que non que me ensucies seyendo acerca de mí.» Bien ansí mejor es echar los hommes á los malos é locos de su compañía commo quier que les den voces ó profazen ó digan algunas falsedades con gran engaño, mejor es que non ser los otros ensuciados por su compañía.

XXX.—Enxemplo de la gulpeja con el marinero.

La gulpeja una vegada queria pasar una grand agua en una nave, é dijo al barquero que la pasase allende, é que le pagaria bien el alquiler de la nave. El marinero pasóla allende, et desí díjole que paguase lo que habia puesto con él. Dijo la gulpeja: «Yo te pagaré.» Et mojó la cola é dióle con ella por los rostros; et dijo entonces el barquero: «Muy mal galardon me das porque te pasé en el barco el agua.» Por esto dice el proverbio: *Quien mal señor sirve, todo su servicio pierde.* Ansí acaesce que los que sirven al diablo que por muchos servicios que le siempre fagan, siempre les da galardon malo, et si non gelo da en este mundo, dágelo en el otro que los lieva al infierno.

XXXI.—Enxemplo del ximio.

El ximio come el meollo de cualquier árbol que sea dulce; mas cuando quiere comer la nuez verde é le amarga la corteza de encima, deja el meollo é echa la nuez de sí, é porque le falla la corteza amarga non para mientes commo el meollo de dentro es sabroso. Bien ansí es de muchos legos en este mundo que les es grave cosa de facer aquellas cosas que son á servicio de Dios é á los mandamientos, et non paran mientes que por facer en este mundo las cosas que les parescen que son amargas, que despues que les es asegurado el gozo de la vida perdurable; et por aquesta amargura, ca non quieren ayunar nin velar nin sofrir otra alguna amargura, pierden la dolzura de la vida perdurable. Onde dice san Gregorio: «El loco mas quiere siempre ser captivo que non sofrir algun trabajo algun poco de tiempo.»

XXXII.—Enxemplo del mur que cayó en la cuba.

El mur una vegada cayó en una cuba de vino é el gato pasaba por y, é oyó el mur do facia grand roido en el vino é non podia salir, et dijo el gato: «¿Por qué gritas tanto?» Respondió el mur: «Porque non puedo salir.» Et dijo el gato: «¿Qué me darás si te saco?» Dijo el mur: «Darte-he cuanto tú me demendares.» Et dijo el gato: «Si te yo saco quiero que des esto, que vengas á mí cuantas vegadas te llamere.» Et dijo el mur: «Esto vos prometo que faré.» Et dijo el gato:

«Quiero que me lo jures». Et el mur prometiógelo. El gato sacó el mur del vino, é dejólo ir para su forado, é un dia el gato había grand fambre é fué al forado del mur é díjole que viniese, et dijo el mur: «Non lo faré si Dios quisiere.» Et dijo el gato: «¿Non lo juraste tú á mí que saldrias cuando te llamase?» Et respondió el mur: «Hermano, beodo era cuando lo dije.» Ansí contece á muchos en este mundo cuando son dolientes é son en prision é han algún recelo de muerte, estonce ordenan sus faciendas é ponen sus corazones de emendar los tuertos que tienen á Dios fechos é prometen de ayunar é dar limosnas é de guardarse de pecados en otras cosas semejantes á estas; mas cuando Dios los libra de peligros en que están, non han cuidado de cumplir el voto que prometen á Dios, antes dicen: «En peligro era é non estaba bien en mi seso, ó tambien me sacara Dios de aquel peligro aunque non prometiera nada.»

Ansí cuentan de una pulga que tomó un abad en su pescuezo, é comenzó á decir: «Agora te tengo; muchas vegadas me mordiste é me despertaste, mas nunca escaparás de mi mano, antes te quiero luego matar.» Et dijo la pulga: «Padre santo, pues tu voluntad es de me matar ponme en tu palma porque pueda mejor confesar mis pecados, é desque fuera confesado poderme-has matar.» Et el abad movióle piedad, é puso la pulga en la mano, é la pulga desque se vió en la palma dió un gran salto é fuése. Et el abad comenzóla de llamar, mas nunca la pulga se quiso tornar. Ansí es de muchos en este mundo que cuando son escapados non pagan nada.

LIBRO SEGUNDO

Apólogos selectos de escritores y poetas de los siglos XVI y XVII.

XXXIII.—Los perros de Licurgo.

Un día el buen Licurgo, que fué juntamente filósofo, rey y legislador de los lacedemonios, en presencia de todo el pueblo tomó dos pericos recién nacidos, el uno de los cuales crió en su casa muy regalado; y el otro mandó criar en un hato de ganado, andando siempre al campo, hambriento y trabajado. Criados pues ya los perros, mandólos llevar á la plaza y llamar allí á toda la República; y como pusiese delante de los perros una artesa de carne y soltase una liebre viva: luego á la hora corrió el perro silvestre en pos de la liebre y el perro regalado arremetió á la carne (1). Entonces les dijo Licurgo: Vos-

(1) Otra versión de este apólogo ó leyenda clásica es que Licurgo mandó criar juntos un galgo y una liebre, y el día señalado soltó el galgo y se puso á jugar con la liebre, á la cual echándole otro galgo la despedazó. A.

otros todos sois testigos de cómo estos dos perros fueron nacidos en un día, una hora, y un lugar, de un padre y de una madre, y por ser el uno criado en el campo se fué tras la liebre á cazar, y por ser el otro criado en regalo se arremetió á comer. Creedme lacedemonios, que para ser vosotros buenos y virtuosos, hace mucho al caso ser desde niños bien criados; porque al hombre mucho más se le apega de las costumbres con que se cría que de las inclinaciones con que nace (1).

XXXIV.—Cleobolo y Biton.

Cleobolo y Biton fueron hijos de una famosa mujer, la cual era sacerdotisa de la diosa Juno; y como se llegase el día de la gran solemnidad de aquella diosa, aparejaron los hijos un carro, en que la sacerdotisa de su madre fuese al templo; porque tenían en costumbre los griegos que el día que los sacerdotes ofrecen solemnes sacrificios, ó habían de ir en brazos ó los habían de llevar en carros. Acataban tanto sus templos, tenían en tanto sus sacrificios y honraban tanto á sus sacerdotes, que si algún sacerdote ponía los pies en el suelo, no le consentían aquel día ofrecer sacrificio. Fué, pues, el caso, que caminando aquella sacerdotisa en su carro, y sus hijos Cleobolo y Biton con ella por el camino, súbitamente se cayeron muertos los animales que llevaba

(1) *Epistolas familiares:* Razonamientos, exposiciones, declaraciones, doctrinas y consejos, por Antonio de Guevara.

el carro, bien diez millas antes que llegasen al templo de la diosa Juno. Visto que los animales eran muertos, y que la madre no podía ir á pie, y que el carro estaba parado, y que no había otros animales á mano, determinaron los hijos, como buenos hijos, de tomar á cuestas el yugo y ceñirse las coyundas, y tirar y llevar aquel carro como si fuesen bestias; y así fué, que como su madre los trajo en el vientre cada nueve meses, ellos llevaron á ella y al carro diez millas. Como iban muchos y de diversas partes á la gran fiesta de la diosa Juno, y vieron á Cleobolo y Biton ir uncidos al carro, y llevar en él á su madre al templo, fueron dello muy maravillados, y decían ser aquellos mozos merecedores de grandes premios, y de verdad, justamente lo decían, y ellos lo merecían; porque en tanto se ha de tener el ejemplo que daban á que cada hijo reverencie á su padre, como en llevar de aquella manera á su madre (1).

Antonio de Guevara.

XXXV.—La Zorra y los Toros.

Finge Esopo en sus fábulos, que una vez dos toros, de celos, vinieron á toparse tan bravamente, que atronaban todo el campo, y habíanse dado grandes heridas de arte, que corría de ellos mucha sangre. Viendo esto una zorra, que pasaba por allí al sonido de los golpes, y teniendo lástima de ellos,

(1) *Libro aureo del emperador Marco Aurelio con el relog de Príncipes.* Valladolid, 1617.

llegóse á quererlos despartir, y á decirles que no era razón que siendo de una especie de animales, y amigos y parientes, se hiciesen tanto mal. Ellos con el gran enojo que tenían no hicieron caso de sus palabras, y volviéronse á topar como de antes, y no miraron al que se había metido en medio, y cogiéndola la hicieron pedazos, y ellos fácilmente volvieron á ser amigos. Otros dicen que la zorra se metió en medio para comer la sangre, que estaba en el suelo y allí la trillaron, y por eso nadie debe buscar interés en parte tan peligrosa, como en rencilla de personas tan allegadas, y así dice el refrán: «entre dos muelas no metas los dedos.»

Juan de Mal Lara (1).

XXXVI.—El hombre mas feliz del mundo.

Plinio cuenta, que en el tiempo del rey Giges, deseando saber cuál hombre del mundo era el más feliz (creyendo que era él), envió á consultar los oráculos y preguntar quién era el más felice del mundo, y fuéle respondido que el más felice era Aglavo Psofidio, y mandó buscar á Aglavo Psofidio por todo el mundo, y fuéronle á hallar en un rincón de Arcadia, en una heredad que tenía en el campo, la cual era bastante y suficiente para darle de comer y de vestir lo necesario á la vida, sin tráfago de criados ni cuidado de muchas riquezas, y que nunca de allí salía.

(1) *La Filosofia vulgar.* Sevilla, 1568)

Concluye el autor con estas palabras: *Minimo contentus, minimun mali in vita espertus est;* que dice: Poco mal experimentó el que con poco se contentó. Y más te aviso yo, que para conservar la salud, es mejor el estado mediano con pocos cuidados, que no el alto. Es mejor el pan segundo, el manjar sencillo, la cama dura. El trabajo es mejor que el ocio. El aire nuevo, vivo, del campo, es mejor que el añejo y encharcado con encerados y vidrieras (1).

Oliva Sabuco de Nantes Barrera.

XXXVII.—La Verdad y la Mentira.

Sucedió, que viniendo una gran pestilencia, todos aquellos á quien tocaba, si escapaban con la vida, quedaban con lesión de las personas. Y como la generación fuese pasando, alcanzándose unos á otros, los que sanos nacían vituperaban á los lisiados, diciéndoles las faltas y defectos de que notablemente les pesaba ser denostados, de donde poco á poco vino la Verdad á no querer ser oída y, de no quererla oir, llegaron á no quererla decir; que de un escalón se sube á dos, y de dos hasta el más alto, de una centella se abrasa una ciudad. Al fin fuéronsele atreviendo hasta venir á romper el estatuto, siendo condenada en perpetuo destierro, y á que en su silla fuese recibida la Mentira.

Salió la Verdad á cumplir el tenor de la sentencia;

(1) *Del Coloquio del conocimiento de si mismo.* Cap. LXI.

iba sola, pobre, y cual suele acontecer á los caídos (que tanto uno vale, cuanto lo que tiene y puede valen, y en las adversidades, los que se llaman amigos, declaradamente se descubren por enemigos), á pocas jornadas, estando en un repecho, vió parecer por cima de un collado mucha gente, y cuanto más se acercaba, mayor grandeza descubría. En medio de un escuadrón, cercado de un ejército, iban reyes, príncipes, gobernadores, sacerdotes de aquella gentilidad, hombres de gobierno y poderosos, cada uno conforme á su calidad, más ó menos, llegados cerca de un carro triunfal, que llevaban en medio con gran majestad, el cual era fabricado con admirable artificio y extrema curiosidad. En él venía un trono hecho, que se remataba con una silla de marfil, ébano y oro, con muchas piedras de precio engastadas en ella, y una mujer sentada, coronada de reina, el rostro hermosísimo; pero cuanto más de cerca, perdía de su hermosura hasta quedar en extremo fea. Su cuerpo, estando sentada, parecía muy gallardo, mas puesta en pie ó andando, descubría muchos defectos. Iba vestida de tornasoles riquísimos á la vista y de colores varios, mas tan sútiles y de poca sustancia, que el aire los maltrataba, y con poco se rompían.

Detúvose la Verdad en tanto que pasaba este escuadrón, admirada de ver su grandeza, y cuando el carro llegó, que la Mentira conoció á la Verdad, mandó que parasen. Hízola llegar cerca de sí, preguntóle de dónde venía, dónde y á qué iba. Y la verdad la dijo en todo. A la Mentira le pareció convenir

á su grandeza llevarla consigo, que tanto es uno más poderoso cuanto mayores contrarios vence, y tanto es más tenido cuantas más fuerzas resistiere. Mandóla volver, no pudo librarse, hubo de caminar con ella; pero quedóse atrás de toda la turba, por ser aquel su propio lugar conocido. Quien buscare á la Verdad no la hallará con la Mentira ni sus ministros; á la postre de todo está, y allí se manifiesta. La primera jornada que hicieron fué á una ciudad, en donde salió á recibirlos el Favor, un príncipe muy poderoso; convidóla con el hospedaje de su casa; aceptó la Mentira la voluntad, mas fuese al mesón del Ingenio, casa rica, donde le aderezaron la comida y sestearon. Luego, queriendo pasar adelante, llegó el mayordomo Ostentación con su gran personaje, la barba larga, el rostro grave, el andar compuesto y la habla reposada, preguntóle al huésped lo que debía, hicieron la cuenta, y el mayordomo, sin reparar en ninguna cosa, dijo que bien estaba.

Luego la Mentira llamó á la Ostentación, diciendo: pagadle á ese buen hombre de la moneda que le distes á guardar cuando aquí entrastes. El huésped quedó como tonto, qué moneda fuese aquella que decían. Túvole á los principios por donaire; mas como instasen en ello y viese que lo afirmaban tanta gente de buen talle, lamentábase, diciendo: nunca tal habérsele dado. Presentó Mentira por testigos, al Ocio, su tesorero, á la Adulación, su maestresala, al Vicio, su camarero, á la Asechanzo, su dueña de honor, y á otros sirvientes suyos, y para más convencerlo, mandó comparecer ante sí al Interés, hijo del hués-

ped, y á la codicia, su mujer. Todos los cuales, contestes afirmaron ser así. Viéndose apretado el Ingenio, con exclamaciones rompía los aires, pidiendo á los cielos manifestase la verdad, pues no sólo le negaban lo que le debían, pero le pedían lo que no debía. Viéndolo la Verdad tan apretado, como tan amiga que siempre deseó ser suya, le dijo: Ingenio amigo, razón tenéis, pero no puede aprovecharos, que es la Mentira quien os niega la deuda, y no hay aquí mas de á mí vuestra parte, y en lo que puedo valeros es en declararme, como lo hago.

Quedó la Mentira tan corrida de aqueste atrevimiento, que mandó á los ministros pagasen al Ingenio de la hacienda de la Verdad, y así se hizo y pasaron adelante, haciendo por los caminos, ventas y posadas lo que tiene de costumbre semejante género de gente, sin dejar alguna que no robasen, que un malo suele ser verdugo de otro, y siempre un ladrón, un blasfemo, un rufián y un desalmado acaba en las manos de otro su igual; son peces que se comen grandes á chicos.

Llegaron más adelante á un lugar, donde la Murmuración era señora y grande amiga de la Mentira. Saliola á recibir, llevando delante de sí los poderosos de su tierra y privados de su casa, entre los cuales iban la Soberbia, Traición, Engaño, Gula, Ingratitud, Malicia, Odio, Pereza, Pertinacia, Venganza, Envidia, Injuria, Necedad, Vanagloria, Locura, Voluntad, sin otros muchos familiares.

Convidóla con su posada, la cual aceptó la Mentira con una condición, que sólo le diese el casco de

la casa, porque ella quería hacer la costa. La Murmuración quisiera mostrarle allí su poder y regalarla; mas como debía dar gusto á la Mentira, recibió la merced que le hacía sin replicarle más en ello, y así se fueron juntos á palacio. El veedor Solicitud y el despensero Inconstancia proveyeron la comida; y á la fama vinieron de la comarca con suma de bastimento: todo se recebía sin reparar en precios, y en habiendo comido, queriendo ya partirse, los dueños pidieron su dinero de lo que habían vendido; el tesorero dijo, que nada le debía, y el despensero, que lo había pagado. Levantóse gran alboroto, salió la Mentira, diciendo: ¿amigos, qué pedís? Locos estáis, ó no os entiendo; ya os han pagado cuanto aquí trujistes, que yo lo ví, y os dieron el dinero en presencia de la Verdad; ella lo diga, si basta por testigo. Fueron á la Verdad que lo dijese, hízose dormida, recordáronla con voces; más ella, considerando lo pasado, dudaba en lo que había de hacer; acordó fingirse muda, escarmentada de hablar, por no pagar ajena costa de sus enemigos, y con aquella costumbre se ha quedado.

Ya la verdad es muda, por lo que le costó no serlo; ese que la trata, paga; mas á mi parecer, pinto en la imaginación, que la Verdad y la Mentira son como la cuerda y la clavija de cualquier instrumento. La cuerda tiene lindo sonido, suave y dulce, la clavija gruñe, rechina y con dificultad voltea. La cuerda va dando de sí, alargándose hasta que la ponen en su punto. La clavija va dando tornos, quedando apretada, señalada y gastada de la cuerda;

pues así pasa. La verdad, es la clavija, y la Mentira, la cuerda; bien puede la Mentira, yéndose estirando, apretar á la Verdad y señalarla, haciéndola gruñir y que ande desabrida; pero al fin, va dando tornos y estirando, aunque con trabajo, y quedando sana; la Mentira quiebra.

XXXVIII.—El cuadro puesto al revés.

Hubo un famoso pintor, tan extremado en su arte, que no se le conocía segundo; y á fama de sus obras entró en su obrador un caballero rico, y concertóse con él que le pintase un hermoso caballo bien aderezado, que iba huyendo suelto. Hízole el pintor con toda la perfección que pudo, y teniéndolo acabado, púsolo donde se pudiera enjugar brevemente. Cuando vino el dueño á querer visitar su obra y saber el estado en que la tenían, enseñósela el pintor, diciendo tenerla ya hecha, y como cuando se puso á secar la tabla, no reparó el maestro en ponerla más de una manera que de otra, estaba con los pies arriba y la silla debajo. El caballero cuando lo vió, pareciéndole no ser aquello lo que le había pedido, dijo: señor maestro, el caballo que yo quiero ha de ser que vaya corriendo, y aqueste antes parece que se está revolcando. El discreto pintor le respondió: señor, vuesamerced sabe poco de pintura, ella está como se pretende, vuélvase la tabla. Volvieron la pintura lo de abajo arriba, y el dueño quedó contentísimo, tanto de la buena obra como de haber conocido su engaño. Si se consideran las obras de Dios, muchas veces

nos parecerán al caballo que se revuelca; empero si volviésemos la tabla hecha por el Soberano artífice, hallaríamos que aquello es lo que se pide, y que la obra está con toda su perfección. Hácensenos los trabajos ásperos, desconocémoslos, porque se nos entiende poco dellos; mas cuando el que nos los envía enseña la misericordia que tiene guardada en ellos, y los viéremos al derecho, los tendremos por gustos (1).

Mateo Aleman.

XXXIX.—El Deseo y el Consejo.

Salió un día de caza el Deseo, llevando en su compañía al Consejo, con el designio de que le ayudase á cazar una fiera llamada buena Ocasión. Hallábase ésta encovada en el cabexo de un alto y casi inaccesible risco, y luego que el Deseo la vió pidió su ayuda al Consejo. Ayudóle éste y llegaron al puesto tan ligera y astutamente, que le puso en las manos la codiciada presa, de modo que la pudo asir. Cuando el deseo tuvo la ocasión en las manos, volvió el rostro hacia donde estaba su compañero, y le dijo: «Amigo, haced traer una jaula en que enjaulemos y llevemos viva esta buena Ocasión que tan perdidos nos ha traído». Mientras el deseo, vuelto el rostro, decía estas razones á su compañero, huyó la presa, dejando burlado al cazador. Quejóse éste al Consejo,

(1) *Aventuras de Guzmán de Alfarache.*

quien le respondió diciendo: «Amigo deseo, yo os acompaño y ayudo á cazar, mas no á enjaular; y así vuesta es la culpa, que teniendo la caza en la mano y las armas en la cinta, no era necesaria mi ayuda.»

XL.—La Zorra y las Sardinas.

Estaba la zorra en una ría, y como siempre anda á buscar de comer de lance, parece ser que quiso engañar á las sardinas para cumplir con su buen deseo de cuaresmar por Agosto. Y para esto dió en escribir una carta á las sardinas de mar. Escribió, y la carta decía así: «Señoras sardinas. El salmón mi señor besa á vuesas mercedes las manos, y dice que por acá en Agosto hay frío en rostro, y así que vuesas mercedes se vengan acercando á donde suelen, que ahora es buen tiempo, entre la siega y la vendimia, que andan los pescadores en la labor del campo y le dan franco á vuesas mercedes. Por caridad las amonesto, que no aguarden á venir cuando suden, que (como las han caído en el chorrillo) no dejarán piante, ni mamante, á quien no pongan cerco y maten (matados ellos se vean, que tan injustamente persiguen á vuesas mercedes). A mí no me va nada, mensajero soy del señor salmón. Pesarmeía de su daño, por lo mucho que me muero por vuesas mercedes, y también creo se morirán vuesas mercedes por mí. Y con tanto, nuestro señor guarde á vuesas mercedes de falsos y engañadores. Fecha en Alba á los hígados de Agosto.»

Ya que firmó de él su carta la hermana zorra, con-

trahaciendo la firma del salmón, lo mejor que supo una gata preñada que allí estaba (pareciéndole que la treta iba buena, y que si las sardinas anticipaban su venida, ella y la zorra sacarían el vientre de mal año), de puro contento comenzó á retozar. Y el retozo fué tal, que repeló la zorra, quebró la pluma, borró el papel, y lo peor fué, que puso la carta de máscara é imposibilitó el leerla. La zorra (viendo que se le iba el mensajero, que era la lamprea, y que tenía poco tiempo y menos papel), viendo su traza resuelta en retozos y su intento tan deshecho, como su vientre desesperado, maldijo con todo su corazón á la gata y á cuanto en el vientre traía diciendo: Asados veas tus hijos como sardinas. Comprehendió la maldición á la pobre gata, y desde entonces salieron los gatos agostizos, tan desmedrados y friolentos, que á trueco de calentarse se ponen á asar como sardinas. Quejóse la gata criminalmente de la zorra ante el león y dijo: Muy poderoso señor. Yo, doña Gata, digo: que tengo alquilados por un tanto todos los retozos de mar y tierra, sin embargo de que todo el linaje gatuno y todos mis antepasados han tenido ejecutoria de ésto y privilegio inmemorial. Y siendo así, que (usando yo de éste mi dicho privilegio y ejecutoria) cierto día retocé un poco con ciertas menundencias, la madre zorra me ha echado maldiciones, que me han perjudicado á mí y á mis hijos. Por tanto, vuestra alteza me desagravie. Y pido justicia, etc. Dióse un traslado á la zorra, la cual, en descargo de la sobredicha acusación, dijo así: Muy poderoso señor, yo, doña zorra, digo que, respondiendo al

cargo que falsamente me impone nuestra hermana gata, afirmo, casi negado que yo la haya maldecido á ella y á su generación, no lo hice por impedirla sus retozos, que en esto, ni entro ni salgo, retoce hasta que reviente, aunque fuera bien que una gata que es gata de bien y ya madura, y preñada, mirara cuán mal le está andarse ahora en retozos. Mas, pues, dice, que ha ganado privilegio, ó compradólo, cada cosa en su tiempo. Pero, señor león, ¿es bueno que al punto que yo escribo mi carta, y hago mi hacienda, y aun la suya, venga la hermana gata con sus manos lavadas y lo eche todo á mal? Antes digo que yo soy la agraviada, y ella debe ser castigada con la pena del talión, como acusadora inicua, y pido justicia, etc. El león (como padre, en fin) proveyó una justicia de entre compadres, y mandó que la gata pidiese perdón á la zorra, y no hubiese pleito entre personas de una profesión.

XLI.—Júpiter y la Rana.

Dicen las fábulas, á propósito, de que nadie hay contento con su suerte; que la rana, en realidad de verdad, nació con pelo, pero no tanto, que no naciese con mucha más envidia que pelo. Y de quien tuvo envidia fué del cisne y de la mosca. Del cisne, porque cantaba dulcemente en el agua, y de la mosca, porque dormía todo el invierno sin cuidado; y así pidió á Júpiter le diese modo como ella durmiese todo el invierno, y cantase todo el verano. El Júpiter oyó benignamente su petición, y la dijo: Her-

mana rana, haráse lo que me pides; más para conseguir el efecto que pretendéis, es necesario que os pelemos, y del pelo que os quitásemos se os infundirá una almohada, sobre que durmáis todo el invierno, como la mosca, y del mismo pelo os haremos una lengua de borra, con que al verano cantéis, no con tanta melodía como el cisne, pero con más gusto y mejor ocasión, pues él canta para convidar á la muerte; pero vos cantaréis para entretener la vida (1).

Francisco López de Úbeda

XLII.—El loco por la pena es cuerdo.

Había en Córdoba otro loco, que tenía por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol ó un canto no muy liviano, y en topando algún perro descuidado se le ponía junto, y á plomo dejaba caer sobre él el peso. Amohinábase el perro, y dando ladridos y aullidos, no paraba en tres calles. Sucedió, pues, que entre los perros que descargó la carga, fué uno un perro de un bonetero á quien quería mucho su dueño.

Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, viólo y sintiólo su amo, asió de una vara de medir y salió al loco, y no le dejó hueso sano, y á cada palo que le daba decía: perro ladrón, ¿á mi podenco? ¿No viste, cruel, que era podenco mi perro? Y repitiéndole el nombre de podenco muchas

(1) De la *Pícara Justicia.*

veces, envió al loco hecho una alheña. Escarmentó el loco y retiróse, y en más de un mes no salió de la plaza, al cabo del cual tiempo volvió con su invención y con más carga. Llegàbase donde estaba el perro, y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer ni atreverse á descargar la piedra, decía: éste es podenco ¡guarda! En efecto, todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos ó gozques, decía que eran podencos, y así no soltó más el canto (1).

XLIII.—Cipión y Berganza (2).

Berg.—Paso adelante, y digo que determinaré dejar aquel oficio, aunque parecía tan bueno, y escoger otro, donde por hacerle bien, ya que no fuese remunerado, no fuese castigado: volvíme á Sevilla y entré á servir á un mercader muy rico.

Cip.—¿Qué modo tenías para entrar con amo? Porque según lo que se usa, con gran dificultad el día de hoy halla un hombre de bien señor á quien servir: muy diferentes son los señores de la tierra del Señor cielo: aquéllos para recibir un criado primero le espulgan el linaje, examinan la habilidad, le marcan la apostura, y aun quieren saber los vestidos que tiene; pero para entrar á servir á Dios, el más pobre es más rico, el más humilde de mejor linaje, y con sólo se disponga con limpieza de corazón á querer ser-

(1) El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.—*Prólogo al lector*. Segunda parte.

(2) *Coloquio que pasó entre Cipión y Berganza*, perros del Hospital de la Resurrección que está en Valladolid.

virle, luego le manda poner en los libros de los gajes, señalándoselos tan aventajados, que de muchos y grandes apenas pueden caber en su deseo.

Berg.—Todo eso es predicar, Cipión amigo.

Cip.—Así me lo parece á mí, y así callo.

Berg.—A lo que me preguntáste del orden que tenía para entrar con amo, digo que ya tú sabes que la humildad es la base y fundamento de todas las virtudes, y que sin ella no hay ninguna que lo sea: ella allana inconvenientes, vence dificultades, y es un medio que á gloriosos fines conduce; de los enemigos hace amigos, templa la cólera de los airados y menoscaba la arrogancia de los soberbios: es madre de la modestia y hermana de la templanza; en fin, con ella no pueden atravesar triunfo que no les sea de provecho los vicios; porque en su blandura y mansedumbre se embotan y despuntan las flechas de los pecados: desta, pues, me aprovechaba yo, cuando quería entrar á servir en alguna casa, habiendo primero considerado y mirado muy bien ser casa que pudiese mantener, y donde pudiese entrar un perro grande; luego arrimábame á la puerta, y cuando á mi parecer entraba algún forastero, le ladraba, y cuando venía el señor, baja la cabeza, y moviendo la cola me iba á él, y con la lengua le limpiaba los zapatos; si me echaban á palos, sufríalos, y con la misma mansedumbre volvía á hacer halagos al que me apaleaba, que ninguno segundaba, viendo mi porfía y mi noble término; desta manera á dos porfías me que quedaba en casa: servía bien, queríanme luego bien, y nadie me despidió, si no era yo que me

despidiese, ó por mejor decir, me fuése; y tal vez hallé que este fuera el día que yo estuviera en su casa si la contraria suerte no me hubiera perseguido.

Miguel de Cervantes.

Del Fabulario de Sebastián Mey.

XLIV.—La Raposa y la Rana

Llegando á beber la raposa en una laguna, oyó cantar dentro una rana, y sospechando por la voz que sería algún animal muy grande, estuvo por echar á huir de puro temor; pero cuando la vió nadando salir á la orilla, se le llegó cerca para hollarla con los pies, sino que la rana se escondió saltando de presto y zabulléndose en el agua.

De la voz entonada no te admires
Sin que primero de quien sale mires.

XLV.—El Cuervo y la Raposa.

Topándose una vez la raposa y el cuervo vieron de lejos, á un mismo tiempo, un pedazo de carne, á la cual arremetieron á toda furia, ella á correr y él á volar; de manera que, con ventaja notable, llegando

primero el cuervo y alzándose con la presa, voló con ella encima de un árbol, y sentado en una de las más altas ramas, pretendía ya estar en seguro. La raposa no se olvidó de acudir á sus mañas acostumbradas, pues no veía otro camino, y poniéndose debajo del árbol, comenzó á decirle: «Puédome á lo menos loar de que mi pensamiento me ha salido bien, porque viendote tan bien tallado, deseaba verte volar un poco, por ver si la ligereza correspondía á la gentileza y donaire, y esta fué la causa que me puse á correr contigo, no porque tuviese intento de cogerte la presa, que cuando fuera ella mía, de mil amores partiera contigo, según estoy aficionada, del punto que te ví, á tus buenas partes. Porque tú tienes el cuerpo muy bien proporcionado, la pluma blanda como una seda, la cabeza aguda, el pico recio, los ojos vivos, las uñas firmes. Pues ¿qué diré del color? No hay azabache, ni terciopelo que se le iguale; sólo te falta la voz para ser la más perfecta de todas las aves, que si no fueras mudo, cierto es que á todas les hacías ventaja notable.»

El cuervo entonces muy ufano de oirse alabar, por darle á entender que no era mudo, pareciéndole que por esta vía ganaría grandísima honra, abrió cuanto podía la boca, sin acordarse de lo que tenía en ella, para mostrarle cuán bien cantaba, de manera, que cayéndole la carne, la cogió en el momento la raposa, y así ganó por su astucia lo que perdió el cuervo por su vanidad.

Cuando alguno te loa en tu presencia,
Piensa ques todo engaño y apariencia.

XLVI.—El León y el Ratón.

Jugando unos ratones en un desierto, cerca de donde un león estaba durmiendo, sin darse uno dellos acato, topando en él y despertándole, fué sin pensarlo asido. El pobre ratoncillo, viéndose entre aquellas horribles zarpas, le suplicaba con mucha humildad tuviese por bien de perdonarle, pues no había errado de malicia, prometiéndole que de allí adelante se guardaría de ofenderle en manera alguna, y considerase que ganaría más honra perdonándole que no si le mataba por vengarse dél. El león, así por cuadrarle sus razones, como por su generosidad natural, sin hacerle daño, le dejó ir libre, y dándole el ratón las gracias cumplidamente se fué su camino. A cabo de pocos días cayó el león en una red, donde viéndose preso, comenzó á dar grandes bramidos. Acudiendo el ratón al ruído y conociendo ser el mismo que le había dado libertad, le dijo que tuviese buen ánimo y no temiese, porque se acordaba de la merced recebida y luego conocería por la obra cuán agradecido era. Púsose tras esto á roer las redes, dándose tan buena diligencia, que deshizo en breve aquellos lazos y ataduras, sacando salvo al León y libre de tales prisiones.

No quieras al menor menospreciar,
Pues te podrá valer en su lugar.

XLVII.—La Rana y el Buey.

Andando un buey paciendo cabe un pantano fué visto de una ranilla, la cual, asombrada, corrió lejos á esconderse, y topando con su madre, preguntada la causa de su alteración y huida, le respondió: He visto, madre, un animalazo tan grande, que no pienso que hay en el mundo todo cosa tan disforme; por cierto que no me ha quedado gota de sangre en el cuerpo de puro espanto. La rana entonces le dijo que se le enseñase, y visto el buey, aunque le pareció animal disforme, con todo eso, pensando igualarle, comenzó á hincharse, y preguntóle después si sería tan grande como él. —Dejaos deso, madre, dijo la ranilla; de treinta partes no sois la una. Volvió á hincharse más la rana, y como la ranilla siempre dijese que por bien que se fatigase trabajaba en vano, porque no era nada en su comparación, ella porfiaba en querer ser tan grande como el buey; de tanto hincharse, vino finalmente á reventar, sin poder, de ninguna manera, salir con empresa tan bestial como era pretender poderse hacer mayor de lo que naturaleza permitía.

Con los mayores no entres en debate,
Que se paga muy caro tal dislate.

XLVIII.—El Grillo y la Abeja.

Un grillo teniendo hambre, llegóse a una colmena y pidió á una de las abejas que, pues tenían miel en

abundancia, le proveyese de una pequeña partecica della con que remediase su lacería. Preguntóle la Abeja si tenía algún oficio, y respondiendo él que no, le replicó: Pues ¿en qué gastas el tiempo? Respondió el grillo: La mayor parte del día duermo, y de noche entreténgome haciendo música y cantando. Dijo entonces la abeja: nosotros, hermano, todo el día trabajamos yendo á los romerales y jardines á buscar las mejores flores y fabricando nuestros panales, y descansando lo que nos cabe de la noche; luego, á la mañana, volvemos á nuestra labor y oficio, porque como ha ordenado la naturaleza que sea el día para trabajar y no para dormir, así nos ha dado las noches para descansar del trabajo, no para cantar ni quebrar la cabeza á quien duerme. ¿Parécete, pues, que sería razón que gastásemos en dar de comer á holgazanes lo que tanto trabajo nos cuesta? Por tanto, yo te aconsejo que aprendas algún oficio y trabajes, si quieres pasar la vida; que de otra suerte, mal recado tendras.

De su trabajo el hombre se alimente,
Y á gente vagamunda no sustente.

II.—Las Liebres y las Ranas.

Viéndose las liebres acosadas y perseguidas de los hombres, de los perros y de las aguilas, teniéndose por los animales más desventurados que había en la tierra y más sujetos á toda manera de miserias, para librarse de tantos trabajos, determinaron de dar todas fin á sus vidas, y para hacerlo, se encami-

naron á unos pantanos, con deliberación de ahogarse todas allí. Pero ya que llegaban á ellos, vieron gran muchedumbre de ranas que andaban por la orilla saltando, y como ellas llegaron de improviso, con grande espanto huyeron al agua y se arrojaron y zabulleron dentro. Visto esto, una de aquellas liebres, reparàndo en ello, dijo á las otras que se detuviesen y no pasasen adelante en tal desesperación, pues ninguna razón había para que de aquella manera hubiesen de aborrecer las vidas, antes considerasen que había otros animales muy peor librados y más tímidos y miserables, pues manifiestamente vían que aquellos animalejos de verlas á ellas llegar habían concevido tanto espanto, que se habían ellos mismos ahogado voluntariamente.

Aunque tengas miseria muy notable,
Siempre hallarás quien es más miserable.

L.—La Raposa y el León.

Topó acaso la raposa una vez con el león, y no le habiendo antes visto jamás, quedó tan asombrada, que de puro espanto pensó perder la vida. Volvió pocos días después á verle y se paró de propósito á mirarle, llegándosele bien cerca. Pero á la tercera vez que se encontraron, sin temor ninguno, se fué para él y le demandó que si tenía salud y que holgaba de conocerle, y de allíadelante tuvieron amistad.

En aprender no tomes pesadumbre,
Pues lo hace fácil todo la costumbre,

LI.—La Vieja, las Mozas y el Gallo.

Una buena vieja solía llamar á sus mozas cada mañana en cantando el gallo para que se levantasen á trabajar. Ellas, por no levantarse, se resolvieron de matarle, y salióles al revés, porque muerto el gallo, las llamaba más temprano.

Huir de trabajar es claro engaño,
Y de poco venir á grande daño.

LII.—El Pastor y el Lobo.

Un pastorcico que apacentaba su ganado en un montecico á vista de una aldea, solía por su placer gritar muchas veces: ¡al lobo, al lobo! Por donde, creyendo los otros pastores y labradores que había por los campos, que verdaderamente venía el lobo, acudían para socorrerle, cada uno con lo que tenía más á mano. Pero él, entonces, dando grandes risadas, solía decir: ¡Oh, cómo los he burlado! Y diferentes veces hacía esto, de modo que, escarmentados ya los labradores, por haberlos burlado muchas veces, no se movían cuando le oían, sino que decían: Ya da voces el loco, y dejábanle gritar. Acaeció que un lobo con hambre vino al ganado y comenzó á hacer destrozo en él y á matar unas y otras reses. El se puso entonces á gritar: ¡ayuda, ayuda, al lobo, al lobo, que me come el ganado! pero ninguno

acudió, sino que le dejaron estar, diciendo algunos: El loco vuelve á su tema. En fin, no acudiendo ninguno, hizo el lobo grande estrago en el ganado y castigó la locura del indiscreto pastor.

Al que en mentir por su placer se emplea,
Cuando dice verdad, no hay quien le crea.

LIII.—La Raposa y el Espino.

Habiendo columbrado una raposa un gallo que andaba con sus gallinas por dentro de un huerto, se determinó de saltar un cercado para poder entrar en él; pero poniendo al saltar el pie en vacío, estando ya para caer, se asió á un espino, pensando allí sostenerse; pero habiéndose terriblemente lastimado, no solamente no pudo saltar, sino que dió una grande caida, por donde comenzó á decirle al espino denuestos y echándole mil maldiciones, tratándole de cerril, descortés y engañoso; pues si no quería valerla, no le había de ser contrario y descalabrarla sin haberle hecho él porque. A lo cual respondió el espino: Tú, sin razón te quejas de mí, porque si yo usase con otros de blandura, podrías culparme de que soy malo y contrario para tí y de unos y otros hago diferencia; pero, ¿qué rosas podría yo dar, aunque quisiese, si en mí no hay otra cosa sino espinas? De tí puedes quejarte, pues me habías de conocer antes de llegarte á mí.

Acudir por socorro es grande engaño,
A quien vive de hacer á todos daño.

LIV.—Los Ratones y el Cuervo.

Peleaban dos ratones con grande furia sobre un jamón de tocino, porque le quería cada uno dellos para sí y que no tuviese parte el compañero. Al ruido llegaron un cuervo y una raposa y pusiéronse de espacio á mirar la pelea, no sabiendo la ocasión y causa della. Pero como el cuervo miraba de lugar alto, columbró el pedazo de tocino por el cual era la contienda, el cual estaba allí entre unas matas algo apartado de donde peleaban. Visto que le hubo no fué perezoso en bajar, y llevándosele volando en el pico, se sentó sobre un arbol. Dándose entonces la raposa acato, se tuvo por descuidada y se dolió de que por su culpa y por estorse mirando la pelea de los ratones, hubiese perdido tan buen bocado, y aunque con alhagos y lisonjas procuraba inducir al cuervo á que partiese con ella, fué por demás, porque jamás la quiso creer. Pon donde, viendo que de aquello no había remedio, volvió su furia contra los ratones, que todavía estaban peleando, los cuales, al cabo, hubieron de huir muy mal parados de sus manos.

Algunos por inútiles contiendas
Pierden la posesión de sus haciendas.

LV.—El mentiroso burlado.

Solía mentir Martín Sánchez terriblemente, por donde sus amigos le llamaban Martín verdadero, y á

quien quiera que iba con él acotaba luego por testigo de su mentira; aunque por complacerle algunos disimulaban con él; pero yendo una vez con Antón Ruíz, y entrando en conversación en un corrillo, dijo como había ido á caza el día antes,—y podéisme creer, señores,—que llevé un galgo que no hay mejores cuatro pies en España: quedariades asombrados de su destreza en cazar. ¿Pensáis que se contenta con una liebre? Una llevaba en la boca, y viendo que cruzaba otra por entre unos espinos, sin soltar la que traía, la hubo en dos saltos, y con increible ligereza cogió dentro de una viña otra. Perdíle finalmente de vista, y cuando menos me cato, á cabo de poco rato, viérades asomar por encima de una cuesta vuestro perro cargado de libres; por lo menos eran media docena, todas muy terribles. Pero aquí está el señor Antón Ruíz presente que no me dejará mentir su merced.

—Si dejaré por cierto—dijo el otro; mentid, señor, á vuestro placer; mentid tan ancho y largo como se os antoje, que como está en vuestra mano mentir, así también está en la destos señores querer dar crédito ó no darle á tan descompasadas mentiras.

No disimules con quien mucho miente,
Porque delante de otros no te afrente.

LVI.—El Doctor y el Capitán.

Llegaron juntos á comer á una venta el doctor Calderón, famoso en medicina, y el capitán Olmedo.

Tuvieron á la mesa perdices y comían en un plato;

pero el capitán en columbrando las pechugas y los mejores bocados, torciendo á su propósito la plática y tomando la mejor decía: Con este bocado me ahogue, señor doctor, sino le digo la verdad.

Disimuló el doctor dos ó tres veces; pero á la cuarta, pareciéndole algo pesada la burla, al tiempo que alargaba el capitán la mano, diciendo: «con este bocado me ahogue»; sin dejarle acabar de decir, cogió con la una mano el plato y con la otra el bocado á que tiraba el capitán, diciéndole: No jure, señor capitán, no jure, que sin jurar le creo; y si de aquí en adelante quisiere jurar, sea que le derribe el primer arcabuzazo que los enemigos tiraren, porque es juramento más conveniente á un capitán y soldado viejo como vuesa merced.

Desta manera le enseñó al capitán á tener el término debido.

Alguna vez suéle quedar burlado
El que con otros es desvergonzado (1).

LVII.—La pretensión del Burro.

Tiene la mentida Fortuna muchos quejosos y ningún agradecido, llega este descontento hasta las bestias, ¿pero á quién mejor? El más quejoso de to-

(1) *Fabulario de Sebastián Mey* en que se contienen fábulas y cuentos diferentes, algunos nuevos y parte sacados de otros autores. En Valencia, en la impresión de Felipe Mey. 1613.

dos es el más simple. Ibáse éste quejando de corrillo en corrillo, y hallaba, no sólo compasión, pero aplauso, especialmente en el vulgo.

Un día, pues, aconsejado de muchos y acompañado de ninguno, dicen que se presentó en la audiencia general del soberano Júpiter; aquí profundamente humilde, que le es de agradecer á un necio, y otorgada la inestimable licencia de ser escuchado, pronunció mal esta peor trazada arenga:

«Integérrimo Júpiter, que justiciero y no vengador te deseo; aquí tienes ante tu majestuosa presencia el más infeliz, sobre ignorante, de los brutos, solicitando, no tanto la venganza de mis agravios, cuanto el remedio de mis desdichas. ¿Cómo pasa, ¡oh númen eterno! tu entereza por la impiedad de la fortuna, sólo para mí ciega, y tirana y aun madrastra? Ya que la Naturaleza me hizo el más simple de los animales, que es decir cuanto se puede, ¿por qué esta cruel, á tanta carga ha de añadir la sobrecarga de desdichado, violando el uso y atropellando la costumbre? Me hace ser necio y vivir descontento, persigue la inocencia y favorece la malicia; el soberbio león triunfa, el tigre cruel vive, la vulpeja, que á todos engaña, de todos se rie; el voraz lobo pasa, yo solo, que á ninguno hago mal, de todos le recibo; como poco, trabajo mucho, nada del pan, todo del palo; tráeme desaliñado, y yo, que me soy feo, no puedo parecer entre gentes, y sirvo de acarrear villanos, que es lo que más siento.»

Conmovió grandemente esta lastimosa proclamación á todos los circunstantes; sólo Júpiter severo,

que no se inmuta á sí vulgarmente, alargó la mano sobre que había estado, no tanto recodado, cuanto reservando para la otra parte aquel oído, hizo ademán que llamasen, para dar su descargo á la Fortuna.

Partieron en busca de ella muchos soldados, estudiantes y pretendientes; anduvieron por muchas partes, y en ninguna la hallaban. Preguntaban á unos y y otros, y ninguno sabía dar razón. Entraron en la casa del poderoso Mando, y era tanta la confusión y la priesa con que todos, sin discurrir, se movían, que no hallaron quien les respondiese ni aun les escuchase, aunque toparon con muchos. Discurrieron ellos que sin duda no debía de estar entre tanto desasosiego, y no se engañaron. Pasaron á la casa de la Riqueza, y aquí les dijo el Cuidado que habia estado, pero muy de paso, no más de para encomendar algunos hacer de espinas y unos talegones de leznas. Entraron en la quinta de la Hermosura, que está muy cerca del sexto, para pagarlo por las setenas; toparon con la Necedad, y sin preguntaros más, pasaron á la de la Sabiduría; respondióles la Pobreza que tampoco estaba allí, pero que de día en día la aguardaba.

Sola les quedaba ya otra casa, que estaba sola á la derecha acera. Llamaron, por estar muy cerrada, y salió á responderles una tan hermosa doncella, que creyeron ser alguna de las tres Gracias, y así, le preguntaron, ¿cuál era? Respondió con notable agrado que era la Virtud. En esto salía ya de allá dentro, y de lo más interior, la Fortuna, muy risueña; inti-

máronla el mandato, y obedeció ella, como suele, volando á ciegas.

Llegó muy reverente al sacro trono, y todos los del cortejo la hicieron muchas cortesías, y aun zalemas, por recambiarlas. ¿Qué es esto, oh Fortuna, dijo Júpiter, que cada día han de subir á mí las quejas de tu proceder? Bien veo cuán dificultoso es el asunto de contentar, cuanto más á muchos, y á todos imposible; también me consta que á los más les va mal, porque les va bien, y en lugar de agradecer lo mucho que les sobra, se quejan de cualquier poco que les falte; es abuso entre los hombres nunca poner los ojos en el saco de las desdichas de los otros, sino en el de las felicidades, y al contrario en sí mismos; miran el lucimiento del oro de una corona, pero no el peso ó el pesar. Por tanto, yo nunca hago caso de sus quejas, hasta ahora; que las de éste, de todas maneras infeliz, traen alguna apariencia.

Mirósele la Fortuna de reojo, iba á sonreirse, pero advirtiendo dónde estaba, mesuróse, y muy caricompuesta dijo: «Supremo Júpiter, una palabra sola quiero que sea mi descargo, y sea ésta: si él es un asno, ¿de quién se queja?» Fué muy reida de todos todos la respuesta, y del mismo Jove aplaudida; y en confirmación de ella y enseñanza del necio acusador, más que consuelo, le dijo:

«Infeliz bruto, nunca vos fuérades tan desgraciado, si fuérades más avisado. Andad y procurad ser de hoy en adelante despierto como el león, prudente como el elefante, astuto como la vulpeja y cauto como el lobo. Disponed bien los medios, y conseguiréis

vuestros intentos; y desengáñense todos los mortales (dijo alzando la voz), que no hay más dicha ni más desdicha que prudencia ó imprudencia (1).

Baltasar Gracian.

LVIII.—Los Lirones y la Encina.

Estaba cargada de bellotas una encina, de donde se sustentaban de ordinario los ratones, y dijeron algunos de ellos: derribemos este árbol, porque tendremos menos trabajo para comer estando caído, no teniendo que trepar las ramas. Uno de ellos, el más anciano, con madura prudencia, dijo: Si ahora le derribamos comeremos; pero ¿qué comeremos el año que viene?

LIX.—La Golondrina y el Ruiseñor.

Estaba el ruiseñor retirado en las selvas llorando dulcemente la muerte de su hijo Itin, cuando oyéndole la golondrina, que iba de paso para Tracia, le dijo: Carísimo mío, esta dulce voz de tu canto, es lástima que la desperdicies entre fieras y brutos, bosques y selvas; vente conmigo á Tracia, donde vivirás con mayores conveniencias que en estas soledades tristes, alegrarás tu suave harmonía, porque te oirán cantar los hombres, y será de todos tu música celebrada.

Hermana mía, mejor estoy en la soledad, le dijo el

(1) De *El Discreto*

Ruiseñor, porque los edificios y los hombres á mí no me serán aplauso, sino tormento. ¡Cuánto mejor es vivir con sosiego en el campo que en la ciudad con tantas molestias y pesares! (1)

Andrés Ferrer de Valdecebro.

LX.—El Hombre y el León.

Yendo de camino un hombre y un león, se les ofrece disputar quiénes eran más valientes, si los hombres, si los leones: cada uno daba la ventaja á su especie; hasta que llegando á una fuente de muy buena estructura, advirtió el hombre que en la coronación estaba figurado un hombre haciendo pedazos á un león. Vuelto entonces á su contricante en tono de vencedor, como quien había hallado contra él un argumento, le dijo: «Acabarás ya de desengañarte de que los hombres son más valientes que los leones, pues allí ves gemir oprimido, y rendir la vida á un león debajo de los brazos de un hombre.» Bello argumento me traes (respondió sonriéndose el león): esa estátua otro hombre la hizo, y así no es mucho que la formase como lo estaba bien á su especie; yo te prometo, que si un león lo hubiera hecho, hubiera vuelto la tortilla, y plantado el león sobre el hombre, haciendo gigote de él para su plato (2).

F. Benito G. Feijóo.

(1) Del *Gobierno de las Aves*. Madrid, 1696.

(2) El sabio polígrafo autor del *Teatro Crítico*, nació en 1676 y murió en 1764.

LXI.—La curiosidad de Mercurio.

Quiso Mercurio saber,
Juzgándose sin segundo,
La estimación que en el mundo
Su deidad pudo tener.

Y halló ser necesario
Para enterarse del hecho,
Irse á la tienda derecho,
De un insigne estatuario.

En esto, pues, resumido,
Hizo al punto su viaje,
Mudando el divino traje,
Para no ser conocido.

Su mirar cuán fácil es,
Al escarbar la gallina,
Descubrir la aguda espina,
Que le lastima los pies.

Vido llena la oficina,
De tablas artificiosas,
Todas de dioses y diosas
De belleza peregrina.

También vió la suya entre ellas,
Que á su parecer ultraja
Las demás con la ventaja
Qne el sol hace las estrellas.

Hallóse á todo presente
El artífice discreto,

Con quien el dios inquieto
Tuvo el coloquio siguiente:

—«Esta tabla principal
De Júpiter, ¿cuánto vale?
—Esa de ordinario vale,
Vendida en medio real.

—¿Y esta de la diosa Juno,
En qué se suele vender?
— Esta, por ser de mujer,
Suele venderse por uno.

—¿Y esta del famoso Dios,
Mercurio, en qué sueles darla?
—De valde suele llevarla
Quien me compra es otras dos.»

Amargóle esta verdad;
Pero juro sin pasión,
Que la propia estimación,
No suele dar calidad,

Y que los que mas están,
Con su estimación casados,
Solo tienen de estimados,
Lo que los demás les dan.

Baltasar de Alcazar.

LXII.—El Congreso de los Ratones.

Juntáronse los ratones
Para librarse del gato,
Y después de un largo rato
De disputas y opiniones,

Dijeron que acertarían
En ponerle un cascabel,
Que andando el gato con él
Guardarse mejor podían.
Salió un ratón barbicano,
Carilargo, boquirromo,
Y en crespando el grueso lomo,
Dijo al senado romano,
Después de hablar culto un rato:
—¿Quién de todos ha de ser
El que se atreva á poner
Ese cascabel al gato?

LXIII.—El Niño de la concha.

En las riberas del mar
Se paseaba Agustino:
Altos pensamientos tiene,
Hijos de su ingenio altivo.
Lo que presume entender,
Ningún mortal lo ha entendido:
Cómo es Dios uno en esencia
Siendo en las personas trino.
Cuando está pensando en ello,
Volvió el rostro, y vió que un niño,
Sentado estaba en la arena,
A los pies de un pardo risco:
Ensortijado el cabello,
Largo, crespo, rubio y rizo,
Y en dos estrellas por ojos
Engastados zafiros:
Como marfil terso el rostro,

Y de rubios ceñidos
los labios, que parecían
Venda de grana de Tiro.
En coger agua del mar
Estaba el niño divertido,
Con una madre de perlas,
Concha de su nacar limpio.
—¿Qué haces, dice Agustino,
Niño hermoso, en este sitio;
Que me da pena si acaso
Vas de tus padres perdido?
—No estoy en vano, responde,
Que reducir solicito
El mar inmenso que ves,
A ese pequeño resquicio.
—No te canses, niño mío,
Que es imposible agotar
El mar inmenso en mil siglos.
— Pues lo mismo me parece
Que haceis vos, padre, le dijo;
Porque es saber lo que es Dios
Proceder en infinito.
Que como el mar Occéano,
No es posible reducirlo
Con esa concha á esa quiebra
Ni agotar su inmenso abismo.
Así vos el mar de Dios
Eterno é incircunscripto
Con vuestro ingenio mortal,
Aunque genio peregrino.
Quedó Agustino admirado
Y humildemente advertido,
Que no fuera Dios quien es
Si fuera Dios entendido.

Quiso al niño responder,
Y no le halló cuando quiso,
Desengañado que Dios
No cabe en mortal sentido.
Desde entonces escribió,
Que era mas seguro asilo
El creer que el entender,
Que Dios se entiende á sí mismo.

Lope de Vega.

LXIV.—El Ratón de la ciudad y el del campo.

Aquello de los cautos ratones
Que en Horacio con gusto habrás leido,
Oye, aunque repetirlo me perdones.
Rústico vivió el uno, y conocido
Del otro, al cual, si bien fué artesano,
Le convidó en su campo al pobre nido.
Y siendo escaso ó próvido el villano,
A conservar su provisión atento,
A honor del huésped alargó la mano.
Derramó sus legumbres bastimento
De que guardaba su despensa llena,
Y los trozos de lardo macitento.
De pasas, de garbanzos y de avena,
Ufano, entresacó lo mas reciente,
Y con los labios lo sirvió en la cena.
Mas hecho el artesano á diferente
Gusto, de sus manjares fingió agrado,
Y probó algunos con soberbio diente.

En paja muelle entonces recostado,
(Próspero fecho) el gran ratón yacía,
Dueño de aquel vivar afortunado;
Que royendo unos tronchos, se abstenía
De lo bueno y repuesto, porque el hijo
Se acreditare con la demasia;
Al cual, riyendo el cortesano, dijo:
—«¿No me dirás, amigo, por qué pasas
La vida en este mísero escondrijo,
»Antepones las selvas á las casas,
Y al sabor de los más nobles manjares,
Unas legumbres débiles y escasas?
»Ruégote que este yermo desampares;
Vente conmigo á mejorar tu suerte,
Donde venzas los últimos pesares;
»Que todos somos presa de la muerte,
Y cuando ella mas lazos apercibe,
Con mas cautela el sabio los divierte.
»Este, pues, breve espacio que se vive,
¿Quien tan sin arte sirve á su destino,
Que de alimento sustancial se prive?»
Persuadido con esto el campesino,
Sale tras él por el boscaje obscuro,
Y hacia la corte siguen el camino.
Llegados entran por el roto muro,
Y en casa de uno de los mas felices
Magnates, se pusieron en seguro.
En cuyos aposentos los tapices,
Por la paciencia belgica tejidos,
Mostraban sus figuras de matices;
Sobre los lechos de marfil bruñidos,
Los carmesíes adornos de la China
A la púrpura tiria preferidos.
Aquí el ratón campestre se reclina,

Y sin que el caro amigo se lo evite,
La cuadra y sus adornos contamina.
Y en los platos, reliquias de un convite,
Que una fiel mesa le ofreció, procura
Que el vientre de su ayuno se desquite.
Muy hallado tras eso, la figura
Hace del alegre huésped, discurriendo
Por la pieza con libre travesura.
Pero cesó el placer por el estruendo,
Con que cierran las puertas principales,
Por no esperado entonces mas horrendo,
Los canes luego (horror de los umbrales),
Como acostumbran, con ladridos altos,
De su fidelidad dieron señales.
Aquí de tino los ratones faltos,
Huyen hasta subir por las paredes,
Y ambos cayendo chillan y dan saltos.
Mas luego el campesino,—«tú que puedes,
Le dice al cortesano, llevar esto,
Podrá bien ser que en tu vivienda quedes;
»Que yo á tentar la fuga estoy dispuesto,
Y con celeridad tan proseguida,
Que á mi quietud me restituya presto,
»Donde no hay asechanza que la impida;
Por incapaz del trato ó por indigno,
Volveré á la escaseza de mi vida.
»Todo cuanto me ofreces te resigno,
Con tu abundancia á tu placer te dejo
Por un hoyo sin luz, pero benigno.»
Este el suceso fué y este el consejo,
Que yo venero, con haberlo dado,
Un tímido y silvestre animalejo.

Bartolomé Leonardo de Argensola.

LXV.—La Cigarra y la Hormiga.

Una hormiga de su hormiguero
Sacaba con alegría,
Lo que en el verano había
Recogido en su granero.
Llegó una cigarra y dijo:
—«De aqueso me puedes dar,
Pues no lo puedo ganar
Que es el invierno prolijo.»
Mas la hormiga con gobierno
Le respondió en canto llano:
Pues cantaste en el verano,
Danza, hermana, en el invierno.

Antonio Mira de Mescua.

LXVI.—La Consulta del León.

Hame dado una lección
La fábula del león;
Ya, tu, señor, la sabrás.
Estaba viejo una vez
Y tullido, que no es nuevo
Quien andó mucho mancebo
Estar cojo en la vejez.
Como no podía cazar
Y andaba solo y hambriento,
Remitió al entendimiento,
Los pies que solían volar,

Y llamando á cortes reales,
Mandó por edicto y ley,
Que atendiendo á que era rey
De todos los animales,
Acudiesen á su cueva.
Fueron todos, y asentados
Dijo: – «¡Vasallos honrados:
A mí me han dado una nueva
Extraña y que me provoca
A pesadumbre y pasión,
Y es que dicen que al león
Le huele muy mal la boca.
No es bien que un supuesto Real,
De tantos brutos, señor,
En vez de dar buen olor
A todos huela tan mal;
Y así buscando el remedio,
Hallo que á todos os toca,
Que llegandoos á mi boca
Veais si al principio ó medio
Alguna muela podrida
Huele mal, porque se saque,
Y de esta suerte se aplaque
Afrenta tan conocida.»
Metióse con esto adentro,
Y entrando de uno en uno
No vieron salir ninguno.
La raposa, que es el centro
De malicias, olió el poste,
Y convidándole á entrar
Para ver y visitar
Al león, respondió: «Oste.»
Y asomando la cabeza
Dijo:—«Por no ser tenida

Por tosca y descomedida
No entro á ver vuestra alteza;
Que como paso trabajos,
Unos ajos he almorzado,
Y para un rey no hay enfado
Como el olor de los ajos;
Por aquesta cerbatana
Vuestra alteza eche el aliento,
Que si yo por ella siento
El mal olor, cosa es llana
Que hay muela con agujero
Y el sacalla está á otra cuenta,
Que yo estoy sin herramienta
Y en mi vida fuí barbero.»
Lo mismo somos los dos,
Y en fe de nuestra amistad,
Acercarme es necedad
Porque he dicho mal de vos,
Y un viejo tiene por tema
Decir: cuando á alguien me allego:
¡¡¡Del rey, del sol y del fuego
Lejos, que de cerca quema!!!

Tirso de Molina.

LXVII.—El hombre más pobre.

Cuentan de un sabio que un día,
Tan pobre y mísero estaba
Que solo se sustentaba
De las yerbas que cogía.
¿Habrá otro (entre sí decía)

Más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió,
Halló la respuesta, viendo
Que iba otro sabio cogiendo
Las hojas que él arrojó.
—Quejoso de la fortuna,
Yo en este mundo vivía,
Y cuando entre mí decía:
¿Habrá otra persona alguna
De suerte más importuna?
Piadoso me has respondido;
Pues volviendo en mi sentido,
Hallo que las penas mías,
Para hacerlas tu alegrías
Las hubieras recogido.

Pedro Calderón de la Barca.

LIBRO TERCERO

(SIGLO XVII)

Apólogos selectos de San Cirilo el Filósofo, traducidos por el P. Francisco Aguado. (1)

LXVIII.—El León y la Zorra.

Hicieron trato de compañía el león y la zorra; juntaron para esto sus caudales, el uno de su fortaleza y la otra de su astucia; salieron juntos á caza para robar que comer. Encontrólos un ratón, y el león en viéndole, con rostro cortesano y arrastrando su cola, le saludó con humildad generosa; pero la zorra cuellierguida, levantando su opo *(sic)* hizo burla y donaire dél. El ratoncillo astuto volvió con muestras

(1) Un ejemplar de estos Apólogos, escritos en griego por su autor en el siglo V, fué hallado á principios del XVII, en la Biblioteca de los PP. de la Compañía de Jesús en Viena, por el P. Baltasar Cordero, quien los tradujo al latín, y de esta versión se sirvió al P. Aguado para la suya.

de mucho agradecimiento la honra á quien se la había dado y con disimulación, no olvidado de la injuria que le había hecho la zorra, pasó de largo, sin hacer caso de ella, ni darse por entendido.

Después de esto, andando por los campos el león y la zorra buscando de comer, fatigados de la hambre, aconteció que por poco próvidos y advertidos cayesen los dos en dos lazos. Entendió el ratón el suceso, acudió luego á ver á los presos, y no olvidado de la honra que le había hecho el león y de la irrisión de la zorra, llegóse á su honrador y con los dientezuelos poco á poco le fué rompiendo el lazo con que el león se libró. Entonces la zorra con gesto humilde y semblante pedigüeño, rogó al ratón le hiciese á ella el mismo beneficio que al león; él, haciendo burla della, la dijo: ¿Por qué miras ahora á quien antes despreciaste y con hinchazón y soberbia te burlaste dél? ¿No sabías que la Naturaleza ha dado su particular virtud á las cosas pequeñas? Por esto el sabio no debe despreciar alguna, porque ninguna hay que no sea de importancia en algún tiempo y lugar, ni se debe tanto atender á la cantidad del cuerpo cuanto á la eficacia de la virtud; porque muchas cosas hay que siendo en el cuerpo pequeñas, en la virtud son grandes.

De más estima son las piedras preciosas, aunque sean pequeñas, que las toscas de desmedida grandeza. Todas las semillas son en la cantidad menudas y brotan dellas plantas crecidas.

¡Cuán pequeña es la niña de los ojos y no hay cosa más preciosa en el rostro del hombre! ¡Cuántas ve-

ces depende llegar á salvamento un navío de un gobernalle pequeño, mucho más quede un mástil muy alto! El paño se labra de la lana y no se puede hacer dél el vestido sin una aguja pequeña.

¿Qué más? Bien menuda cosa es una araña y su veneno basta para quitar á un hombre la vida. Apenas se divisa una pulga y no es pequeña para dar molestia. Pues de aquí adelante no desprecies á alguno, que no hay quien no pueda ser de provecho, y no es poco si no hace daño.

Dicho esto se fué el ratón dejando á la soberbia zorra presa en el lazo.

LXIX.—La Reclamación del oído.

Reconociendo el oído que los ojos estaban defendidos con los párpados y cejas, punzado con el estímulo de la envidia, dió quejas á la naturaleza y la dijo: ¿Por qué cercaste y defendiste con tanta munición á los ojos y á mí me has dejado tan sin defensa desnudo? Por cierto no debieras hacer menos caudal del oir que del ver, porque si deleita la luz, más consuela la palabra, y si el ver instruye y enseña, más el oir.

La Naturaleza, que con arte sabia fabricó los dos sentidos, respondió mansamente á esta queja: si repararas atentamente á la situación de los miembros y la consideraras con la luz de la razón, más obligado te hallaras á hacerme gracias que á darme quejas. ¿Por ventura no te han dado lugar en lo más

escondido y secreto y guardádote al rededor con ternillas y huesos? A los ojos he situado acá fuera por ser la luz con que se alumbra el cuerpo; ésta ha sido la causa que ha movido á armarlos con las cejas y cogerlos como entrepuertas para que, aunque quieran, no caiga en ellos cosa que los ofenda ó lastime.

A esto respondió el oído: Pues, ¿por qué á mí no me pusiste una puerta que no diese lugar á cosa que me ofendiese? ¿Piensas, por ventura, que es menor el daño que entra por el oído que el que recibe por los ojos el alma? ¿Quién dió la primera entrada á la muerte, escuchando la venenosa habla de la serpiente maligna? ¿Por ventura no fué el oído desenfrenado de una mujer? Porque la palabra oída va al corazón derecha, y como halla abierta la senda del oído, se va destilando por él, y entrándose por los resquicios del pecho.

Respondió á esto la Naturaleza: Como no se debe mirar, sino sólo lo lícito, tampoco debe oirse sino sólo lo que fuere decente. ¿Por ventura, no te puse por este respecto en medio de la cabeza? Porque cualquier acción del sabio debe obrarse decentemente y con regla, y como en el cielo ningún movimiento deja de ser regular por la sabiduría de quien le gobierna, así en los miembros y sentidos sujetos al varón prudente, no debe haber acción que no se obre decentemente y con orden. Por esto en el hombre sabio se ve un andar grave, un mirar honesto, un oir recatado, un aspecto recogido, un traje decente, y singularmente, en el semblante debe resplandecer el decoro de la prudencia, y por esta cau-

sa, los rayos y puntas lucientes de la sabiduría bañaron de gloria el rostro del santo Moisés. Mas porque el hombre ha de ser veloz para oir, fué conveniente no poner puerta al oído; pero cuando fuere necesario, la razón ha de servir de puerta que le cierre con arte, para no oir lo que no conviniere.

Oídas estas razones, se sosegó el oído y cesaron sus quejas.

LXX.—El Laurel, La Oliva, La Palma y El Naranjo.

Entre el laurel y la oliva y entre el naranjo y la palma nació acaso una higuera. Pasó el verano y entró el rigor del invierno, y conservando los cuatro árboles el verdor de sus hojas y quedando la higuera desnuda dellas y como seca y sin vida, no menos corrida que envidiosa, mirándolos con un semblante ceñudo, les propuso esta queja:

—¿Por qué ó para qué, conserváis siempre el verdor de vuestras hojas, y pasado y esquilmado el fruto estáis fomentando verdores inútiles? ¿Por ventura os complacéis de una apariencia sombría, y os lisonjeáis de la corteza, despreciando la médula y sustancia?

Lss cuatro árboles reconociendo que la queja de la higuera era comezón de envidia, con la risa de su paciencia despintaron y quebraron la espina picante de su palabra, y hablando solamente á la verdad, respondió el laurel primero: Mi complexión es de su

condición natural muy fogosa y no da lugar á la frialdad, y por eso siempre vive en mi verde la hoja.

Habló luego la oliva y dijo: En mí sobresale siempre una unción mantecosa, con la cual está siempre mi raíz con jugo y grosura, y por esta causa mantiene sus hojas en perpetuo verdor.

Luego habló el naranjo por sí, y dijo: Formóme la Naturaleza de una sustancia muy sólida, y por eso no me penetran los fríos, ni falta en mí un constante y firme verdor.

Añadió la palma: En mí nunca se secan las ramas, porque las broto con moderación y por cuenta, y así puedo conservarlas mejor en verdor.

Ultimamente hablando el laurel por todos dijo: ¿No has oído por qué el hombre sabio nunca pierde la hermosura y gracia del buen nombre? Si no lo has oído, sabe que la causa es porque en él siempre se conserva en su vigor la claridad de la prudencia, lo jugoso y pingüe de la justicia, lo sólido de la constancia y lo casto y medido de la modestia. Porque si es sabio, á sí mismo se endereza con la prudencia; á ninguno agravia, porque ama la justicia. Si se le ofrecen adversidades, no descaece, porque se conserva en una firme constancia, y si sobrevienen prosperidades y tiempos felices, no se hace muelle por por la constancia y modestia.

Con estas cuatro virtudes, como con cuatro áncoras, amarra su navío en el puerto de la Sabiduría, y por esto nunca las tempestades y furiosas olas del mundo dan con él al través.

Dicho esto todos se quietaron,

LXXI.—El Aire y la Tierra.

Hinchado el Aire y ensoberbecido por la latitud en que se esparcía; por la claridad diáfana y trasparente que en él se ve; por la altura de su esfera, despreciando á la Tierra, la dijo: ¿Cómo tú, punto denso y sombrío, te estás siempre allá bajo? ¿Por qué, siquiera por algún tiempo, no te subes arriba? ¿Por qué no te dilatas y espacías un poco?

Pero ella bien fundada en su humildad sobre el apoyo de la santa paciencia, respondió con mansedumbre sufrida. Confieso de verdad que soy un punto; pero con esta mi pequeñez soy centro del mundo (1) y vivo en quietud perpetua, andando tú con tu latitud y grandeza en un perpetuo flujo y reflujo. Al rededor de mí, dan los cielos sus vueltas y en mi firmeza se logran sus influencias saludables. Es verdad que soy cuerpo sólido y denso; por eso tengo consistencia y no me derramo, ni como tú doy paso libre á quien quiere. Con mi estabilidad, puedo retener en mí las virtudes celestiales, con que me hallo interiormente enriquecida con ricos metales y piedras preciosas, y exteriormente me hermosean ya los ríos, ya los prados, ya los brutos, ya los hombres.

Soy la vida de los vivientes y madre común de todos, á los cuales alimento con mis ubres y los crio á mis pechos llenos de todos los bienes, y por tener

(1) En la época del autor se creía que la tierra era el centro del sistema planetario.

por lugar propio estar debajo de todo, no soy á nadie molesta, sino es cuando tú violentamente te entras en mis entrañas y me haces temblar y padecer terremotos. A todos sirvo graciosamente de lugar de vida, de sitio de descanso, de puerto de salud, por la estabilidad y firmeza que guardo. Pero tú por estar puesto en altura, como recibes los vapores que se levantan y suben arriba, por eso te entoldas con espesas nubes que escurecen la tierra y privas á los vivos de la luz agradable. Desde esa tu alta esfera, arrojas rayos que abrasan y envías saetas de exhalaciones ardientes; das relámpagos que espantan, y truenos que atemorizan y encogen; forjas vientos que arrancan árboles, tronchas mástiles y rasgas velas; llueves piedra y granizo, con que malogras los frutos; levantas torbellinos con que haces dar al través navíos soberbios, y al fin los despachos y embajadas de tu altivez son tempestades gravísimas. Luego mejor es la pequeñez obscura, densa y sombría de mi humildad, que la claridad transparente y borrascosa de tu altiva soberbia.

Con estas razones confundió la Tierra la arrogancia del Aire.

LXXII.—El Alma y el Cuerpo.

Salió el alma del cuerpo y túvolo por buena suerte la carne, por verse libre de su señorío y prisión; hinchóse luego y comenzó á alegrarse, juzgando haberse librado de una servidumbre inquieta y que

gozaba de una quietud descansada. Pero viniendo poco después á visitarla el alma para ver como le iba y hallándola tan hinchada, la dijo: Pensé hallarte más encogida y deshecha con mi ausencia; ¿cómo, dí, estas más hinchada?

Ella respondió: Como ya no me veo sugeta á tu gobierno, ni macerada y maltratada con tus rigores, con la libertad y descanso me he ensanchado y tomado mayor cuerpo.

A esto la dijo el alma: Bien veo y conozco que hablas como hinchada y desagradecida, falta de luz y conocimiento. Porque, aunque siempre te he servido con paciencia de día y de noche, como si me fueras muy amiga, yo te daba la vida y tú me la quitabas; yo te mantenía y tú me matabas de hambre y de sed; yo te daba deleites y tú me dabas pesares. De verdad has hablado vana y ventosísimamente, y no es maravilla que las cosas que se llaman de viento no den sino viento.

Pero quiérote enseñar cual es tu quietud, libertad y gordura. De verdad tu quietud es tu muerte, y tu libertad tu perdición, y tu hinchazón es tu podre. Estás preñada de la corrupción antigua; vendrás á romper y parir, pero parirás gusanos. Hate hinchado un aire podrido; sus flatos te abrirán por medio y te derramarán á todos los vientos hecha polvo y ceniza. ¿Por ventura las hinchazones del mar no paran en tempestades ventosas? ¿Y las postemas hinchadas con podre no vienen á resolverse con dolor en materia? El miembro envenenado luego se hincha, y con la hinchazón se extiende, y la piel hincha-

da con hidropesía disminuye la virtud y substancia del cuerpo.

¿Por ventura ignoras que cuando el espíritu se hincha de soberbia huye la vida dél? ¿Y mientras más se engruesa, más se disminuye? ¿Y mientras se extiende más, más se desune y divide? ¿Y mientras más se levanta y engrie, más se hunde y empoza? ¿Y cuando por defuera muestra más hinchazón y tumor, más se derrama y esparce y queda más vacío de virtud interior? Pues, ¿para qué con hinchazón soberbia te glorias de un espíritu que es todo viento? Mira y atiende el modo con que se concibe y verás cuanto es el daño que trae. Porque engendrado hace temblar la tierra más firme, rompe los miembros del cuerpo, abre las entrañas, y llena los nervios de pasmo. Lanza, pues de tí la llama de una altivez corrompida y no sentirás la podre y materia que della procede.

Diciendo esto se retiró de la hinchada.

LXXIII.—La Voluntad y la Razón.

Quiso la voluntad soberbia, codiciosa de la honra vana, no depender de alguno y ser principio de sí misma y deberse á sí sola su sér. Púsosele luego delante la razón, que le dijo: Hermana, dime por vida tuya, ¿qué es lo que tu codicia pretende? Ella respondió: No depender, sino ser mi principio y poder gozar desta soberanía tan deseada de todos. Díjole entonces la razón: Luego, ¿quieres volver en mons-

truosa diformidad la hermosura del mundo y afectas quitar su propia cabeza al cuerpo desta máquina grande por darle una extraña? Destierra lejos de tí vicio tan enorme, guarda no lo sienta el mundo, porque no se ponga en armas contra tí, como contra su enemigo común, que quiere afear su hermosura y confundir su bien ordenado gobierno; y para apretarte más con mi argumento, advierte que nunca fué prudente intentar lo imposible.

Dime, te ruego, ¿de dónde te vino el ser? O de ti misma, ó de otro principio. No haber procedido de tí misma, tu propio apetito lo convence; porque ninguno codicia lo que posee, y todo lo que es de sí mismo, á eso le conviene ser por naturaleza principio. Por tanto, si tú á tí misma te dieras el sér, no codiciaras esta principalidad, sino que la poseyeras como dueña y señora: luego si te vino el sér de otra parte, hechura eres de otro, y así por consiguiente es imposible ser tu propio principio; y la Naturaleza, que se gobierna con sabio entendimiento, no se alienta á lo imposible. Pues si eres miembro sujeto á mayor poder, ¿por qué quieres afectar tener sér de tí misma?

Sábete que si rehusas el dominio de tu propia cabeza, será clara señal que te ha faltado la luz del entendimiento y el sentir de la prudencia y no te podrás conservar. El ramo cortado de su raíz no puede vivir, y el soldado que no sigue á su capitán caminará sin orden ni acierto.

Humíllate, pues, carísima, á Dios, que es tu primer principio; guárdate, no sea que llevada de ese

apetito de tu loca soberbia, deseando esa vana soberanía, seas para tí elemento de perdición eterna.

Con estas razones quedó la voluntad doctrinada y quieta.

LXXIV.—La Caña silvestre y la Caña de azúcar.

Nació una caña silvestre junto á una caña de azúcar, y descollando en breve tiempo sobre ella, hinchada con su altura, dijo á la caña de azúcar: Dime, hermana, ¿cuánto es el tiempo que tienes? Ella respondió: Tengo dos años de vida. Entonces ella, gozosa de verse en tanta altura en tiempo tan breve, dijo con mucha arrogancia: Bien haya la Naturaleza que en un año me ha hecho descollar y subir sobre tí. A esto dijo la caña de azúcar, para confundir á la necia silvestre: Verdaderamente que estás interiormente vacía y exteriormente sujeta á los vientos. No adviertes que para subir tan aprisa pusiste todo tu conato y fuerza en la altura y no atendiste á la profundidad: toda tu atención á subir sin cuidado alguno de arraígar: todo lo has echado en hojas y nada en raíces. Por esto te hallas vacía dentro y fuera infructuosa por tu alta soberbia. ¿No sabes que ordinariamente los árboles que no dan fruto son los que más se descuellan, y que los que se suben mucho se secan más presto? Una gallina siendo pequeña, pone cada día un huevo, y el avestruz, animal ave de desmedida grandeza, no le pone más que una vez al año.

Yo estoy libre de vientos y tempestades, por la firmeza que me da mi humildad, y á tí tu altura te sirve de tempestad y borrasca; pues cuanto más descollada, estás más expuesta á los vientos. Pues, ¿porqué te glorias de vana altura y tan sujeta á los aires? Confieso que soy pequeña; pero estoy llena de azúcar: no he descollado, pero tengo mayor firmeza que tú: pues, ¿por qué quieres confundirme neciamente en mis glorias? ¿No sabes que mientras más se levanta el polvo, más se derrama, y que el humo mientras más sube, se desaparece más presto; y el vapor cuanto aspira á mayor altura, con mayor brevedad se consume, y si se recoge, cuaja en dulce rocío? Los más altos montes se tocan con nieblas y calinas, y los valles humildes se fertilizan con los arroyos que corren por ellos.

Luego incomparablemente es mejor la pequeñez de la humildad llena de bienes que la altura apresurada de ellos.

Oídas estas razones, quedó confundida la caña silvestre.

LXXV.—La Zarza y la Higuera.

Floreció una zarza, y en presencia suya una higuera brotó sus hojas y fruto, y la zarza, hinchada con sus flores, dijo á la higuera: Hermana, ¿dónde tienes tus flores? Respondió la higuera: zarza, ¿dónde tienes tus frutos? Dijo la zarza: no me dió la Naturaleza frutos; y la higuera: tampoco me dió á mí flores;

pero caminando la flor á ser fruto, mejor es producir frutos sin flores que florecer privada de frutos. Pero sí con verdad no florezco, mas doy un fruto dulcísimo; y no soy en esto sola, pues la palma, no gastándose en flores, brota racimos de dulcísimos dátiles; y la caña de azúcar, sin florecer, está interiormente hecha un terrón de dulzura. Pues, ¿por qué te glorias de apariencias vanas que no corresponden á las esperanzas que dan? ¿No has visto un sepulcro pintado por defuera de flores y dentro lleno de podre y gusanos?

¿Qué te diré? El zafiro de menos valor es el que más resplandece; y entre las piedras onichas, la negra excede en fineza á la blanca; y la piedra que se llama bio, cuanto más tiene de pálida, tanto es más fina y preciosa. De suerte que la misma Naturaleza, que es un admirable artífice, condena en sus obras la vana apariencia.

Pues, ¿por qué te gozas y jactas de una pompa exterior? Atiende que el oro no nace sino en las minas profundas, y las margaritas no cuajan por virtud del rocío celestial, ni toman su precio sino en lo oculto de las conchas marinas, y el hombre no es concebido sino en lo interior y más secreto del vientre; y finalmente, en todas las cosas, si bien lo consideras, lo que dellas se ven son meros accidentes, y la sustancia siempre se esconde al sentido. El árbol esquilma el jugo de la tierra por virtud de las raíces ocultas, y el fundamento de la vida tiene su asiento en lo escondido del corazón y en las facultades secretas del cuerpo, y lo más precioso que cría la Naturaleza lo hace

invisible á los ojos. ¿Qué más te diré? Más gozosa me hallo de dar fruto sin flor que de ser zarza con flores.

Con estas razones dejó la higuera corrida á la zarza pomposa.

LXXVI.—La Paloma y el Lodo.

Una palóma más blanca que la holanda fina, retocada de un hermoso resplandor, cubierta con sus doradas plumas, brillando sus ojos como dos piedras preciosas, con movimiento grave y con un andar sincero, recogidas sus alas, llegó á beber á una fuente. Sucedió haber lodo en las márgenes della, sin echarse de ver, porque le desmentía la tez exterior y hacía parecer tierra limpia. Puso sus pies en el lodo, y y quedó su blancura y pureza mancillada de la inmundicia.

Con este suceso levantó el lodo la risa, gozoso del mal que había hecho, y regocijado de una tan pésima acción, dijo: ¿Cómo se ha escurecido el oro y perdido el lucido color y afeádose hermosura tan bella? Ella respondió: la causa ha sido haber yo puesto sobre tí mis pies. ¿Quién eres tú, me dí? El la respondió: cieno y lodo soy. Ella añadió: Dices la verdad, porque si no fueras cieno, no me hubieras puesto de lodo; porque no afea sino lo feo, ni ensucía sino lo inmundo; como al contrario el agua lava y limpia, por ser clara, y el resplandor ilustra por ser luz; pero mi lucimiento, como está en mi sustancia, no se ha apartado de mí, como tu mal

olor no se despedirá de tí, por estar embebido en tu ser; y esta inmundicia que se descubre sobrepuesta accidentalmente en mi color, reside substancialmente en el tuyo. Por lo cual, á tí mismo te has afrentado, y enlodándome con tu cieno, has hecho campear más mi limpieza. El perro que muerde, daña; pero el humor rabioso se le queda en los dientes; y el áspide que emponzoña en sí, se guarda el veneno. Si la espina hiere, es por tener en sí aguda la punta, y el pez que ennegrece el mar, dentro de sí cría la tinta. Así se conoce que el daño que se hace, primero está en el dañador. ¿Qué más te diré? Yo con bañarme me purificaré de tu cieno; pero tú siempre te quedarás por ser lodo, cenagoso é inmundo. La inocencia podrá raer y limpiar lo que el infamador afeó; pero él nunca se podrá purificar de la infamia que causó en el inocente, con su perversa infección.

Dicho esto, caminó la paloma á lavarse.

LXXVII.—La Araña y la Abeja.

Estaba la araña tejiendo la tela de sus engaños, para cazar con ella las moscas; aconteció pasar por delante della una cuidadosa abeja, que salió para el ejercicio de su labor á discurrir por los prados, vióla la araña y la dijo: ¿Dónde caminas pobrecilla, inquieta y vagabunda, sin parar todo el día? La abeja melosa y endulzada con su nativa virtud, la respondió con blandura y paciencia: Discurro por los cam-

pos cogiendo las flores para comprar con mi trabajo el pasto de la miel con que me alimento. Díjole entonces la araña: Necia cosa es andar tanto y dar tantas vueltas por una gotilla de un meloso rocío. Más necia cosa, respondió la abeja, es no sentir lo que juzgas y muy desacordada vomitar por comer la vida y verter y echar fuera por una cosa vilísima la médula interior, que debe ser tan amada, y gastar por lo incierto lo cierto, y perder por lo poco lo mucho, y por lo que es mucho menos lo más, y al fin desentrañarte á tí misma, por una asquerosísima mosca.

Yo de verdad siempre trabajo á lo seguro, porque nunca pierdo ni arriesgo lo propio; pero tú todo el día te estás desentrañando por lo incierto y pierdes lo interior, en que está librada tu vida por robar lo ageno, que está fuera de tí. Demás que si en las redes que labras no cae la caza que buscas, ¿qué has negociado sino perder tu interior? Porque cualquier ladrón, primero pierde lo suyo que roba lo ageno. Si roba el vestido, se defrauda de la gloria de fidelidad que guardar; si roba el oro, pierde la justicia; por el manjar da la vida; por el accidente la sustancia; y como mercader necio, malbarata la fama y el buen nombre por un vil interés. Luego mucho mejor es el trabajo, que tiene por logro gozar del fruto de la justicia, que la quietud codiciosa, que por robar, está siempre sujeta á borrasca.

Oídas estas razones se escondió la araña avergonzada y corrida.

LXXVIII.—La Calabaza y la Palma.

Nació una calaba junto á una palma y sin echar hondas raíces, en breves días subió y descolló tanto, que igualó con la altura de la palma muy antigua en los años, y viéndose tan alta como ella, la preguntó: Hermana palma, ¿cuánto tiempo tienes de vida? Ella le respondió que cien años. Entonces la calabaza gozosa de haberse dado más priesa á crecer, agradecida á la Naturaleza, la dijo: Gracias te doy que me has trocado los años en días, y lo que un año le ha dado á la palma, eso me ha concedido á mí un solo día.

Más para humillar esta soberbia, se refiere haberle dicho la palma: No en balde te llaman á tí la encorvada, por no tener el juicio derecho; porque si bien sintieras, conocieras que la Naturaleza dispone con admirable traza todas las cosas, y como da los aumentos, así también mide los tiempos en que duran las cosas, porque lo que crece apriesa, apresuradamente, descrece, y lo que recibe poco á poco su aumento alarga mucho tiempo la duración de su vida. Un pez hay en la mar que se llama gimeradio, el cual repentinamente se pone en su estado, y en el mismo día que nace se le acaba la vida. El elefante, que crece poco á poco, conserva trescientos años la suya. El arroyo arrebatado que coge presto mucha agua, muy presto se seca, y el que corre poco á poco y de espacio, tiene su corriente segura. Luego mejor

es crecer poco á poco y alargar más la vida, que subir apriesa y brevemente secarse.

Oídas estas razones por la calabaza, no sin pena y dolor, le preguntó la palma: ¿Quién te enseñó esta doctrina? Y ella dijo: La antigüedad de mis años, porque siempre se halló la sabiduría en los antiguos días. Entonces la calabaza, abiertos los ojos, descubriendo en las lágrimas dellos la tristeza interior, exclamó contra sí misma para desengaño de muchos y dijo: ¡oh codicia infeliz amiga de robar, por descollar y crecer sin fundamento de raíz! ¡oh dichosa moderación, la que guarda la equidad y justicia! porque lo que traga apriesa la codicia, muy robadora presto lo viene á perder, y lo que poco á poco y despacio granjea la justicia, eso se conserva y dura; porque como tiene fundamento sólido, puede perpetuarse sin fin.

Dicho esto calló.

LXXIX.—El Sol y las Tinieblas.

Salió el sol y luego que se descubrió en Oriente, esparció copiosamente sus rayos y desterró en un punto de todo el Hemisferio la obscuridad y tinieblas; y ellas luego dieron sus quejas al sol, diciendo: ¿Por qué has vertido sobre la tierra con tanto ímpetu de largueza el resplandor de tus rayos, y nos has desterrado con tan repentino influjo de luz? ¿No bastaba ir poco á poco alumbrando y con la debida mo-

deración, cortésmente, y con modesta contrariedad ahuyentarnos del mundo?

Pero el Sol la respondió: Eres tiniebla, y por eso cual ciega con tu ignorancia, has hablado como tal. Verdaderamente no has conocido el modo que guarda la donación liberal. Porque cuando hay grande voluntad en dar, si hay facultad y poder, no hay menos velocidad en verter. Así quien pudo derramar y lo dilató, codició lo que retuvo y no dió con pleno querer. Espejo claro de una libre y liberal voluntad es la velocidad y presteza en el dar; porque en ella se descubre manifiestamente que se ama la virtud y no lo que se da, y la virtud consiste en la libre voluntad.

¿No has oído lo que dice el proverbio, que da dos veces quien presto da, porque da su buen querer y la cosa querida; ó da dos veces, porque da con voluntad y con obra; y de verdad no dió con plena voluntad quien se detuvo en el dar, porque lo diera luego, si de voluntad lo quisiera; y quien pudo dar y dilató la donación, sin duda tuvo falta de voluntad, que quien ama y desea dar no se detiene. Ni el liberal pretende cosa alguna tanto como dar con acción virtuosa, y no lo puede ser la que pierde su punto y razón.

Demás que si el que da se precia y quiere parecer liberal, debe mostrarlo en dar con alegría, y ésta pide y obliga á presteza; porque no se recibe con gozo lo que llega tarde á la mano. Atiende y repara en el ímpetu con que las fuentes dan su licor; con el que corren los vientos; la priesa con que el Sol da

sus vueltas en beneficio del mundo y la velocidad con que el alma en un punto vivifica y anima á todo su cuerpo. Cierta cosa es que el beneficio, cuanto se da con más gusto, tanto se ofrece con mayor presteza, y cuanto con mayor gusto, tanto con mayor liberalidad, y cuanto se da más liberalmente, tanto con mayor agrado se recibe y con más gozo se posee.

Dichas estas razones por el Sol, la obscuridad y tinieblas se desaparecieron del todo.

LXXX.—El Pescador y la Ballena.

Levantóse sobre las aguas del mar una tan disforme ballena, que parecía una isleta que sobresalía desmintiendo lo que era. Andaba en esta sazón un pescador en su barca fluctuando sobre las olas, deseando llegar á tierra; encontró con este puerto sofístico y saltando en él, trató de dar algún refrigerio á su cuerpo, helado con el rigor del frío, cansado del trabajo y desfallecido con la hambre. Intentó hacer fuego sirviéndose del pedernal y la yesca, encendiéndole como en un hogar sobre el cuerpo de la ballena. Fué poco á poco traspasando el calor su grosura, hasta que llegó á lo vivo de la carne, y la que había estado sin movimiento hasta entonces, comenzó á mover su grandeza. Sobresaltado el pescador y pensando ser terremoto de la isla, con ligereza dió un salto y se puso de pies en su barca. Desde allí se enteró de la verdad y asegurado en su vaso, dió con voz lastimera quejas criminales á su balle-

na.—¿Por qué, le dijo, con esa monstruosa grandeza y esa firmeza fingida, y esa tu piel pintada has desmentido lo qne eres, y mentido que eres puerto siendo ballena? Si no hubiera tenido tan á la mano mi barca en que socorrerme, súbitamente por haberme fiado de tí, hubiera padecido miserable naufragio.

A esto le dijo la ballena:—Pues ¿por qué tú buscando quietud, te apeaste sobre cosa mudable?—Porque pensé, dijo el pescador, que eras tierra firme y no monstruo del mar. A esto respondió la ballena: —Pues ahora te desengañas, que no son las cosas lo que parecen. ¿No sabes que muchas no se fundan en verdad sino en sola apariencia? ¡Cuántas veces el que parece un filósofo, sabio, es un ignorante sofista y el que parece santo, es un hipócrita! Por tanto, carísimo, tú, que eres vecino y morador de la mar, y que navegas sobre sus olas con tanto riesgo y peligro sobre un vaso frágil, mira antes de fiarte con atenta consideración donde asientas el pie y sobre qué estabilidad y firmeza fijas el áncora; porque si una vez yerras, y si te coge mal prevenido la muerte, no podrás corregir tu yerro, aunque quieras. Procura encontrar con puerto de perpetua firmeza, donde halles quietud con confianza segura. El sabio arquitecto, antes de levantar el edificio, procura sobre tierra firme asentar el cimiento; y el gobernador de la nave, si es prudente, antes de echar el áncora, escudriña con la sonda la profundidad del mar buscando lo firme. Porque necio es quien edifica sobre cosa movible, y totalmente falto de razón, el que se fía de cosas mudables para asegurar su firmeza. Anda, pues, y

aprende de aquí, no confiar en cosas perecederas, y en lo porvenir clavar tu áncora en los bienes eternos.

Oídas estas razones, se despidió el barquero, y siguió consolado su rumbo.

LXXXI.—La Abeja y el Mosquito.

Andaba por los campos una abeja recogiendo el meloso rocío de las flores y encontróse con ella un mosquito vinatero y preguntóla qué buscaba; ella le respondió: Busco sedienta la miel y tómola de lo más íntimo de las flores. Oyendo él esto, dijo con risa: Bien dice Aristóteles en sus *Problemas*, que los amigos de dulce, de ordinario, son necios ó tontos. Pensaba yo que te había hecho prudente el arte y gobierno de tu rey; pero reconozco que es menor tu caudal que la obra de tu industria. Porque aun no has conocido qué cosa es la miel y la suavidad vivifica que brota de la raíz y flor y fruto sabroso; y porque me compadezco de tu sed, te pido vengas conmigo y verás que cantina de miel te enseño, y conocerás cuán inútilmente te afanas en buscarla en las flores secas de los prados y montes. Ven, pues, y verás como te llevo á la fuente de la dulzura.

Guió, pues, el mosquito á la abeja á una vid, y ella fácil en creerle, le siguió y hablóla desta manera: aquí está la fragancia de la vida, la abundancia de la gracia, la dulzura de la alegría, la medicina maravillosa que engendra salud; ésta es la suavísima miel

que alegra y vivifica el corazón; éste es el precioso bálsamo que cura las llagas; éste es el purísimo rocío que alegra á los hombres y á los dioses. Bebe, pues, conmigo hasta hartar, pues estás sedienta y con alegría descansa y duerme.

Pero la abeja sagaz y prudente, sintiendo el olor del vino, se refiere que dijo luego: De verdad había oído decir mucho tiempo, aunque de experiencia no lo sabía, que los amadores del vino se embriagan y salen de sí; y como tú estás siempre lleno de vino, por eso vives siempre embriagado y careces de la lumbre de la razón, como engendrado de la corrupción y heces del vino, y por esto has hablado dél con tan poco tino y cordura. Porque de verdad te digo, que si el vino es miel para la boca, para la cabeza es hiel y veneno. Es sabroso para el gusto, pero hierbe en el estómago; humea á la cabeza; entorpece los sentidos; debilita el vigor; confunde la imaginación; priva de juicío; escurece la vista; corta los nervios; hace balbuciente la lengua y tartamuda; da temblor á las manos; inflama el pecho; hace espuma de lujuria; enerva la virtud de la fecundidad; descompone los pasos y destiempla de tal suerte todas las acciones del cuerpo, que desde la planta del pie hasta la corona de la cabeza no hay salud en quien se toma del vino.

Quien primero le bebió se embriagó, y embriagado y dormido, mostró su desnudez á los ojos y fué escarnecido de quien debía ser respetado. Lot, tomado el vino, no sintió el estupor que sintieron sus hijas con él. Embriagado Abnón fué herido y muerto

con la espada de su hermano. Holofernes, gran capitán y no vencido, lo quedó de una mujer, y fué degollado con su propia espada. ¡Oh veneno universal, dulce y amable! Aborreces á los que te aman y amas á los que te aborrecen; quitas la vida á los que gozan de tí; ahogas á los que te siguen; hieres á los que usan mal de tí, y medicinas y curas á los que se sirven de tí con sobriedad y templanza! Téngote bien conocido y sé que eres veneno infundido en miel.

Dicho esto por la abeja, se fué.

LXXXII.—La Oveja y el Ciervo.

La oveja codiciosa de la vida libre, dejando su manada, se huyó del gobierno de su propio pastor. Caminando la pobrecilla por una soledad descarriada sin saber donde ir, viéndola un ciervo andar vagueando como fugitiva, compadecido della, quiso primero informarse de la ocasión de aquel descamino. Ella luego le dió la razón de sí. Mucho tiempo, le dijo, he padecido un yugo durísimo de una cruel obediencia; ahora he querido gozar con vosotros de la libertad tan agradable á todos, y no estar al mandado de un riguroso patrón, que no sólo me ordeña hasta sacarme la sangre; pero todos los años me despoja del vellón que me dió la Naturaleza para cubrirme con él.

Compadeciéndose el ciervo de la simple ovejuela, la dijo: Por cierto, hermana carísima, me duelo mucho de tu errado camino; pero mucho más de tu des-

acertado consejo. Confieso que la libertad es cosa dulce y tesoro superior á cualquier precio; pero no es bien común para todos. Muchas son las cosas cuya paz, vida y seguridad saludable consiste en la sujección rendida, y á las tales la libertad es ocasión de perder todo su bien; como se ve en las Repúblicas, que si la libertad de ellas no se contiene y refrena con leyes, con ella misma se acaban. Mientras el cuerpo está debajo de la sujección del alma, se conserva con vida, y en quedando libre de su dominio perece. El navío cuando el marinero le gobierna, va libre entre las olas y tempestades del mar; más si navega sin libertad, y sin que el piloto lo guie, da al través con miserable naufragio. Aquí donde me ves, armado con estas astas, ligero de pies, valiente por mi grandeza, asegurado en mi velocidad, apenas vivo seguro en esta soledad en que estoy. Oye, pues, mi consejo y vuélvete á tu señor con la mayor brevedad que pudieres, no perezcas por andar libre y vengas á dar en dientes de lobos. Porque si tu pastor te ordeña la leche y te desquila el vellón, dél recibes lo mismo que tú le vuelves, porque él es quien te apacienta y te guarda, y antes debes escoger servirle con la leche y la lana, que perderlo todo y juntamente la vida.

Oídos tan buenos consejos, se redujo la oveja y se volvió gozosa al pastor.

---

(1) *Apòlogos de San Cirilo*, traducidos por el P. Francisco Aguado, S. J. Madrid, 1643.

Son ciento siete apólogos divididos en cuatro libros.

LIBRO CUARTO

Apólogos selectos de fabulistas y poetas del siglo XVIII.

LXXXIII.—El Burro flautista. (1)

Sin reglas del arte, el que en algo acierta, acierta por casualidad.

Esta fabulilla,
Salga bien ó mal,
Me ha ocurrido ahora
Por casualidad.
Cerca de unos prados
Que hay en mi lugar,
Pastaba un borrico
Por casualidad.
Una flauta en ellos
Halló, que un zagal
Se dejó olvidada
Por casualidad.
Acercóse á olerla
El dicho animal,
Y dió un resoplido
Por casualidad.
«¡Oh! dijo el borrico:
¡Qué bien sé tocar!
¡Y dirán que es mala
La música asnal!»
Sin reglas del arte
Borriquitos hay,
que una vez aciertan
Por casualidad.

(1) *Fábulas literarias*, por D. Tomás de Iriarte, Biblioteca de Autores españoles, de D. M. Rivadeneyra, t. 32.

LXXXIV.—Los dos Conejos.

No debemos detenernos en cuestiones frívolas, olvidando el asunto principal.

Por entre unas matas,
Seguido de perros,
No diré que corría,
Volaba un conejo.
De su madriguera
Salió un compañero,
Y le djjo: «Tente,
Amigo, ¿qué es esto?
—¿Qué ha de ser? responde,
Sin aliento llego....
Dos pícaros galgos
Me vienen siguiendo.
—Sí, replica el otro,
Por allí los veo;
Pero no son galgos.
—¿Pues qué son?—Podencos.
—¿Qué? ¿Podencos dices?
Sí; como mi abuelo,
Galgos y muy galgos:
Bien vistos los tengo.
—Son podencos, vaya,
Que no entiendes de eso.
—Son galgos, te digo.
—Digo que podencos».

En esta disputa
Llegando los perros,
Pillan descuidados
A mis dos conejos.
Los que por cuestiones
De poco momento
Dejan lo que importa,
Llévense este ejemplo.

LXXXV.—El Pato y la Serpiente.

Más vale saber una cosa bien que muchas mal.

A orillas de un estanque,
Diciendo estaba un pato:
«¡A qué animal dió el cielo
Los dones que á mí me ha dado!
»Soy del agua, tierra y aire:
Cuando de nadar me canso,
Si se me antoja, vuelo;
Si se me antoja, nado.»
Una serpiente astuta
Que le estaba escuchando,
le llamó con un silbo,
Y le dijo: ¡Seo Guapo!
»No hay que echar tantas plantas
Pues ni anda como el gamo,
Ni vuela como el sacre,
Ni nada como el barbo;
»Y así tenga sabido

Que lo importante y raro,
No es entender de todo,
Sino ser diestro en algo.»

LXXXVI.—El Manguito, el Abanico y el Quitasol.

También suele ser nulidad el no saber más que una cosa; extremo opuesto del defecto reprendido en la fábula precedente.

Si querer entender de todo,
Es ridícula pretensión,
Servir solo para una cosa
Suele ser falta no menor.
Sobre una mesa, cierto día,
Dando estaba conversación,
A un abanico y á un manguito
Un paraguas ó quitasol,
Y en la lengua que en otro tiempo
Con la olla al caldero habló.
A sus compañeros le dijo:
—«¡Oh qué buenas alhajas sois!
Tú, manguito, en invierno sirves;
Tú, abanico, eres mueble inútil
Cuando el frío sigue al calor.
»No sabéis salir de un oficio:
Aprended de mí, pese á vos,
Que en el invierno soy paraguas
Y en el verano quitasol.»

LXXXVII.—El Buey y la Cigarra.

Muy necio y envidioso es quien afea un pequeño descuido en una obra grande.

Arando estaba el buey, y á poco trecho,
La cigarra cantando, le decía:
—«¡Ay, ay, qué surco tan torcido has hecho!»
Pero él la respondió:—«Señora mía,
Si no estuviera lo demás derecho,
Usted no conociera lo torcido.
Calle, pues, la haragana reparona,
Que á mi amo sirvo bien, y él me perdona,
Entre tantos aciertos un descuido.»
¡Miren quien hizo cargo tan futil!
Una cigarra al animal más útil.
Mas, ¿si me habrá entendido
El que á tachar se atreve
En obras grandes un defecto leve?

LXXXVIII.—El Té y la Salvia.

Algunos solo aprecian la literatura extranjera, y no tienen la menor noticia de la de su Nación.

El Té, viniendo del imperio chino,
Se encontró con la Salvia en el camino.
Ella le dijo: «¡A dónde vas compadre!

—A Europa voy, comadre,
Donde sé que me compran á buen precio.
—Yo, respondió la Salvia, voy á China,
Que allá con sumo aprecio
Me reciben por gusto y medicina.
En Europa me tratan de salvaje,
Y jamás he podido hacer fortuna.
—Anda con Dios. No perderás el viaje,
Pues no hay Nación alguna
Que á todo lo extranjero
No de con gusto aplausos y dinero.»
La Salvia me perdone,
Que al comercio su máxima se opone:
Si hablare del comercio literario,
Yo no defiendo lo contrario,
Porque en él para algunos es un vicio,
Lo que es en general un beneficio;
Y el español, que tal vez recitaría
Quinientos versos de Boileau y el Taso,
Puede ser que no sepa todavía
En qué lengua los hizo Garcilaso.

Tomás de Iriarte.

LXXXIX.—Las Moscas. (1)

A un panal de rica miel
Dos mil moscas acudieron
Que por golosas murieron
Presas de patas en él.

(1) Fábulas en verso castellano por D. Félix María Samaniego.

Otras dentro de un pastel
Enterró su golosina.
Así, si bien se examinan
Los humanos corazones,
Perecen en las prisiones
Del vicio que les domina.

XC.—El Cuervo y la Serpiente.

Pilló el cuervo dormida á la serpiente
Y al quererse cebar en ella hambriento,
Le mordió venenosa. *Sepa el cuento*
Quien sigue á su apetito incautamente.

XCI.—El Cazador y la Perdiz.

Una perdiz en celo reclamada,
Vino á ser en la red aprisionada:
Al Cazador la mísera decía:
Si me das libertad, en este dia
Te he de proporcionar un gran consuelo.
Por ese campo estenderé mi vuelo:
Juntaré á mis amigas en bandadas,
Que guiaré á tus redes engañadas
Y tendrás, sin costarte dos ochavos,
Doce perdices como doce pavos.
¡Engañar y vender á tus amigas!
¿Y así crees que me obligas?
Respondió el Cazador; pues no señora.
Muere, y paga la pena de traidora.
La perdiz fue bien muerta no es dudable;
La traicion, aun soñada, es detestable.

XCII.—El Viejo y la Muerte.

Entre montes por áspero camino,
Tropezando con una y otra peña,
Iba un viejo cargado con su leña
Maldiciendo su mísero destino.
Al fin cayó, y viéndose de suerte
Que apenas levantarse ya podía,
Llamaba con colérica porfía,
Una, dos y tres veces á la muerte.
Armada de guadaña en esqueleto
La Parca se le ofrece en aquel punto.
Pero el viejo, temiendo ser difunto,
Lleno más de terror que de respeto,
Trémulo le decía, y balbuciente:
Yo... Señora... os llamé desesperado.
—Pero... Acaba; ¿qué quieres desdichado?
—Que me carges la leña solamente.
Tenga paciencia quien se cree infelice
Que aun en la situación mas lamentable
Es la vida del hombre siempre amable:
El viejo de la leña nos lo dice.

XCIII.—El Asno cargado de reliquias.

De reliquias cargado
Un Asno recibia adoraciones,
Como si á él se hubiesen consagrado
Reverencias, inciensos y oraciones.
En lo vano lo grave y lo severo

Que se manifestaba,
Hubo quien conoció que se engañaba;
Y le dijo: Yo infiero
De vuestra vanidad vuestra locura,
El reverente culto que procura
Tributar cada cual este mometo,
No es dirigido á vos, señor jumento;
Que solo va en honor, aunque lo sientas
De la sagrada carga que sustentas.
Cuando un hombre sin mérito estuviere
En elevado empleo ó gran riqueza,
Y se ensoberbeciere
Porque todos le bajan la cabeza:
Para que su locura no prosiga,
Tema encontrar tal vez con quien le diga:
Señor jumento, no se engríe tanto,
Que si besan la peana es por el Santo.

XCIV.—El León y el Ratón.

Estaba un ratoncillo aprisionado
En las garras de un león; el desdichado
En la tal ratonera no fue preso
Por ladron de tocino ni de queso;
Sino porque con otros molestaba
Al león que en su retiro descansaba.
Pide perdón llorando su insolencia,
Al oir implorar la real clemencia,
Responde el rey en magestuoso tono
(No digera mas Tito): te perdono.

Poco despues cazando el león tropieza
En una red oculta en la maleza;
Quiere salir, mas queda prisionero:
Atronando la selva ruge fiero.
El libre ratoncillo que lo siente,
Corriendo llega; roe diligente
Los nudos de la red, de tal manera,
Que al fin rompió los grillos de la fiera.
Conviene al poderoso
Para los infelices ser piadoso;
Tal vez se puede ver necesitado
Del auxilio de aquel mas desdichado.

XCV.—Los dos Navegantes.

Lloraban unos tristes pasajeros
Viendo su pobre nave combatida
De recias olas, y de vientos fieros
Ya casi sumergida;
Cuando súbitamente
El viento calma, el cielo se serena,
Y la afligida gente
Convierte en risa la pasada pena.
Mas el piloto estuvo muy sereno,
Tanto en la tempestad como en bonanza.
Pues sabe que lo malo y que lo bueno
Está sugeto á súbita mudanza.

XCVI.—La Pava y la Hormiga.

Al salir con las yuntas
Los criados de Pedro,
El corral se dejaron
De par en par abierto.
Todos los pavipollos
Con su madre se fueron
Aquí y allí picando
Hasta el cercano otero.
Muy contenta la pava
Decia á sus polluelos:
Mirad, hijos, el rastro
De un copioso hormiguero.
Ea, comed hormigas,
Y no tengais recelo,
Que yo también las como:
Es un sabroso cebo.
Picad, queridos mios:
¡O que dias los nuestros,
Si no hubiese en el mundo
Malditos cocineros!
Los hombres nos devoran,
Y todos nuestros cuerpos
Humean en las mesas
De nobles y pleveyos.
A cualquier fiestecilla
Ha de haber pavos muertos.
¡Que pocas Navidades

Contaron mis abuelos!
¡Oh glotones humanos,
Crueles carniceros!
Mientras tanto una hormiga
Se puso en salvamento
Sobre un árbol vecino,
Y gritó con denuedo:
¡Hola! con qué los hombres
Son crueles perversos;
¿Y qué sereis los pavos?
¡Ay de mí! ya lo veo:
A mis tristes parientes,
¡Qué digo! á todo el pueblo
Solo por desayuno
Os le vais engullendo.
No respondió la pava
Por no saber un cuento,
Que era entonces del caso,
Y ahora viene á pelo.
Un gusano roía
Un grano de centeno:
Viéronlo las hormigas;
¡Que gritos! ¡Que aspavientos!
Aquí fué Troya (dicen)
Muere, pícaro perro.
Y ellas ¿qué hacian? Nada:
Robar todo el granero.
Hombres, pavos, hormigas,
Según estos ejemplos,
Cada cual en su libro
Esta moral tenemos.

La falta leve en otro
Es un pecado horrendo;
Pero el delito propio
No mas que pasatiempo.

XCVII.—La Muerte.

Pensaba en elegir la Reina Muerte
Un ministro de Estado:
Le quería de suerte
Que hiciese floreciente su reinado.
El Tabardillo, Gota, Pulmonía,
Y todas las demás enfermedades,
Yo conozco, decia,
Que tienen escelentes calidades.
¿Mas qué importa? La peste por ejemplo
Un Ministro seria sin segundo;
Pero ya por inutil la contemplo
Habiendo tanto Médico en el mundo.
Uno de estos elijo... Mas no quiero,
Que están muy bien premiados sus servicios
Sin otra recompensa que el dinero.
Pretendieron la plaza algunos vicios,
Alegando en su abono mil razones.
Consideró la Reina su importancia;
Y después de maduras reflexiones,
El empleo ocupó la intemperancia.

XCVIII.—La Paloma.

Un pozo pintado vió
Una paloma sedienta:
Tiróse á él tan violenta,
Que contra la tabla dió:
De golpe al suelo cayó,
Y allí muere al contado.
De su apetito guiado,
Por no consultar al juicio,
Así vuela al precipicio
El hombre desenfrenado.

XCIX.—El Pastor.

Salicio usaba tañer
La Zampoña todo el año,
Y por oirle el rebaño
Se olvidaba de pacer.
Mejor sería romper
La zampoña al tal Salicio:
Porque si causa perjuicio
En lugar de utilidad,
La mejor habilidad
En vez de virtud es vicio.

C.—El Tordo flautista.

Era un gusto el oir, era un encanto
A un Tordo gran flautista, pero tanto,

Que en la gaita gallega,
O la pasion me ciega,
O á Anfión le llevaba mil ventajas.
Cuando todas las aves se hacen rajas
Saludando á la aurora,
Y la turba confusa charladora
La canta sin compás y con destreza
Todo cuanto le viene á la cabeza;
El flautista empezó: cesó el concierto.
Los pájaros con tanto pico abierto
Oyeron en un tono soberano
Las folías, la gaita y el villano.
Al escuchar las aves tales cosas
Quedaron admiradas y envidiosas:
Los Gilgueros preciados de cantores,
Los vanos Ruiseñores,
Unos y otros corridos
Callan entre las hojas escondidos.
Ufano el Tordo grita: camaradas,
Ni saben ni sabrán estas tonadas,
Los pájaros ociosos,
Sino los retirados estudiosos:
Sabed que con un hábil Zapatero
Estudié un año entero:
El dale que le das á sus zapatos:
Y alternando, silbábamos á ratos.
En fin, viéndome diestro,
Vuela al campo me dice mi Maestro.
Y harás ver á las aves de mi parte
Lo que gana el ingenio con el arte.

Félix María Samaniego.

CI.—El Pavón.

A su divina protectora Juno
El Pavón se quejó de que ninguno
Daba la estimación que merecía
A su rara hermosura:
Más repara, decía,
Que es mi fatalidad mucho más dura,
Pues por ella me veo aborrecido;
Que me la quites pido,
Si no me ha de servir para otra cosa.
Escuchando esta súplica la diosa,
Le dijo de esta suerte:
¿Estás aborrecido? Pues advierte,
Que no por tu hermosura sufres eso
Sino porque la ostentas con exceso.
Lograr un vanidoso la fortuna
De no hacerse en el mundo aborrecible,
Cosa es tan imposible,
Como poner las manos en la luna (1).

José A. Ibáñez de la Rentería.

CII.—La Envidia.

Horrible aspecto, cara renegrida,
Tuerta la vista en el cerebro hundida,
Culebras por cabellos y en el pecho
Una serpiente, con mordaz despecho

(1) *Fábulas originales é imitadas.* Madrid, 1789.

Royendo el corazón de esta fiereza,
Es la envidia voraz, que si endereza
Su incesante cruel remordimiento,
Aprovecha sagaz para el intento
Las tres culebras la siniestra mano,
Acompañando su furor insano
La Hidra infernal, que muestra
Con siete fauces en la mano diestra.
Bajo este aspecto fiero y espantoso
Está representado el envidioso (1).

M. Fermín de Cidón.

CIII.—El Conejo y la Liebre.

Por entre las matas
De un fragoso cerro
Corría una liebre
Seguida de un perro.
En este conflicto
Llegó sin alientos
A la estrecha cueva
De un noble conejo.
¡Ay amigo! dice
Postrada en el suelo:
Ampara á una triste
En un mal tan fiero.
Un hambriento galgo
Me viene siguiendo,
Y en tu casa solo
Libertarme puedo.
Si tú me proteges
En tal desconsuelo
Mi favor y ayuda
Siempre te prometo.
El conejo manso
Que oyó sus lamentos,
Luego le prepara
Su mullido lecho.
Diciéndole: «Amiga,
Vivid ya sin miedo,
Y aliviad las penas
En mis brazos tiernos.»

(1) *Fábulas Mitológicas*. Madrid, 1795.

Así la consuela;
Porque el noble pecho
Juzga de los otros
Sin el menor recelo.
El galgo que mira
Frustrado su intento,
Aburrido y triste
Se retira luego.
Más la liebre ingrata
Libre ya del riesgo,
Pagó el agasajo
Con un crimen feo.
Pues aquélla gruta
Para sí escogiendo,
Al conejo mata
Su debido dueño.
Que es propio al infame
Olvidarse presto
Del bien recibido
Cual demuestra el hecho.
El que bien leído
Por nuestro gobierno
Abriera sus ojos
Al debido tiempo.
No prestando auxilios
Al traidor protervo
Que invadió laEspaña
Con furor horrendo.
Porque es bien sabido
Que al bajo y ratero
El favor lo hace
Más duro y perverso.

Esta fábula manifiesta el enorme yerro de la España, en prestar sus auxilios y fuerzas al vil Napoleón contra las demás potencias, dando paso á sus tropas por su mismo territorio; pues olvidado el tirano de tantos beneficios ha sacado de ellos nuestro esterminio (1).

Fr. Ramón Valvidares y Longo.

CIV.—El Perro y la Luna (2).

Ladraba un can á Diana,
Y la diosa soberana
Desde la divina cumbre,
Cercada de blanca lumbre,

(1) *Fábulas satíricas, políticas y morales* sobre el actual estado de Europa. Madrid, 1811.

(2) *Fábulas* por D. Luis Folgueras, Dean de la Catedral de Orense. Coruña, 1811.

Le miraba y se reía.
  El perrote en su porfía
Empeñado continuaba
Y más y más le ladraba.
Notólo una comadreja
Bajando por una reja,
Y le dice:—Majadero:
¿A qué viene hacer del fiero
Y ladrar inútilmente
A quien por senda eminente
Camina y burla de tí?
«Sabios oid: cuando así
Cual perro vil, ignorancia
Os moleste querellosa,
Y de ajaros desdeñosa
Ponga en obra todo ardid,
A las nuves os suvid
Y despreciad su manía:
Diana es la inmortal sabiduría.»

CV.—El Lirón risueño.

  Mancebo Lirón tenía
Maña de dar risotadas,
Así fuertes y dobladas
Que el gato tal vez le oía:
Su padre le zahería
Sobre esto frecuentemente;
Y el reirse soberbiamente,
Porque es condición la risa
De la locura insolente.

El muchacho tolondrón
Hizo donaire del viejo,
Y calificó el consejo
de chochez y de irrisión;
Pero héte aquí á *Zapirón*
Que se les pone delante,
Y con sañudo talante
dice al Lirón:—Señorito,
Me parece ese piquito
Asaz fiero y petulante.
—Señor, ¿es pecado acaso
El reir? Dice el Lirón,
¿Es contrario á la razón?
El gato contesta paso:
Si hubieras leído el Taso,
Autor de versos mayores,
Y á otros graves escritores,
Aquesto no ignorarías;
Y sobre todo sabrías
Respetar á los mayores.
—Siempre, Señor, les he habido
Cariñosa reverencia.
—¡Bravo! y aquesta insolencia
También por respeto ha sido.
He de darle al atrevido
La pena que se merece,
Sólo porque está en sus trece;
dice, y se le echa al gaznate.
Así este pobre petate
Por un discuido perece.
«Cuidado con las risitas

Donceles, y con burlar,
Que suele esto ocasionar
Amarguras infinitas.»

CVI.—El Omniscio.

De un hombre agudo en presencia
Elogio á un doctor se hacía,
Porque á todo respondía
Sin la menor resistencia:
Sin que hubiese oficio ó ciencia,
Duda, problema, ó cuestión
Fuera de su comprehensión:
Y oyéndolo, dijo pronto,
«Ese doctor es un tonto,
Pues da á todo solución.»

CVII.—La Espiga y la Patata.

Entre madama Patata
Y doña Espiga, se armó
Odiosísima disputa
Que mucho ruido causó.
Cual si tan ilustres plantas
Fuesen unas verduleras,
Baldones se dicen mil
Y desvergüenzas groseras.
Secólas el puro enojo,
Y perdió la humanidad
El bien que de ellas recibe
E inefable utilidad.

Otras plantas menores
En verlas se divertían,
Y aun atizaban el fuego
Y á su costa se reían.
Que es á la envidia consuelo
Y á la ratera sandez,
Notar en altas personas
Sus faltas y pequeñez.
Por fin un sabio rosal
De entrambas compadecido,
Puso entre ellas paz y unión,
Y estrecho lazo querido.
«¡Oh, hombres! este rosal
Os da una bella lección:
¡Ay! ¡cuán pocos de vosotros
tienen tan buena intención!»

CVIII.—¡.....¡

A una dama recatada,
Honesta, grave y sincera,
Una insolente ramera
Insultaba descarada:
Si mucho hagas de entonada,
Le dice, y de santa mira:
Me teme quien más te admira
Y en medio del mundo soy Dios;
¡Oh mengua! son éstas dos
La verdad y la mentira.

CIX.—El Pino y la Retama.

Los dos Pinos hermanos refrenaban
De vendabal el soplo tempestuoso,
Y él redoblando el ímpetu furioso
Al uno de ellos arrancó de cuajo.
Y mirándolo abajo,
Cual cadáver tendido, la Retama,
Burloncita madama,
De su antiguo esplendor donaire hacía,
Y entre otras rechiflas le decía:
—«Por fin, señor valiente, habéis caído,
Y cierto que es extraño en tal grandeza
De las nubes haberse acá venido.
No es malo que os lleguéis de cuando en cuando
Los soberbios y altísimos magnates
A ver lo que en el suelo está pasando.»
Arbustillo, le dice el derrocado
Pino, burlar de un prócer humillado,
Placer es favorito de pequeños,
Reptiles como vos, y así cenceños.
No se me da un ardite de la mofa
Y más en personas de esa estofa.
Pesárame sin duda
Deber mi mal andanza á la imprudencia;
Mas no me acusa de eso mi conciencia.
El caer de altos es; á baja gente,
Humillarse y callar le es conveniente.
«Señor Pino, no tanto, pero entiendo
Que un Grande si modesto y cuerdo ha sido,

Merece ser en la contraria suerte
Mirado con piedad, no escarnecido.»

CX.—La Ballena y la Sardina.

Del Norte por los mares
Engullendo sardinas á millares,
Navegaba serena
La Señora Ballena.
Pavoridas huían
Y en sus más hondas cuevas se escondían
Las escamosas y nadantes turbas,
Mientras rasgando el líquido elemento
Pasaba aquel portento.
Una vieja sardina aduladora,
En acento gangoso,
Así á los fugitivos peroraba:
«¡Oh, sardinas insanas!
¿Qué furor os conduce á las lejanas
Regiones peregrinas?
¿No es más bien perecer en las marinas
Patrias, sirviendo á la feliz Señora
De la mar, de substancia alimenlarla,
Que á una desdicha caminar palmaria?
¡Cuánto mejor es morir entre sus dientes;
Que sepultura hallar en las banastas,
Y de allí á las ardientes
Brasas pasar, y la boca de zampones?
Tornad simples, tornad, que es más piadosa
Que fiera la Sultana de las aguas,

Dejad esa demencia perniciosa.»
Aplacieron al mónstruo las lisonjas
De la tal embustera,
Y con faz placentera
Cuentan que le habló así: «Buena Sardina,
Parlaste cual pudiera un licenciado
O doctor de la escuela Salmantina.
Tu discreta arenga templa mi encono,
La muerte te condono,
Y aun he de concederte otros favores
Si sigues ilustrando con esmero
Al ignorante vulgo sardinero».
Dijo, y siguió espaciosa
Su espantable y sanguienta correría,
Como en el Asía Tamerlán un día.
Un Besugo que oyera agazapado
Todo lo allí pasado,
Soltó luego á la vieja
Estas dos palabritas á la oreja:
«¡De dónde habéis sacado esa doctrina
Madrecita Sardina,
Que en daño publicáis de vuestra gente
Tan descaradamente?»
—Del arte de vivir Padre Besugo,
La ley que entre nosotros corre, y tanto,
Que no hay galgo ligero que la alcance,
Es guardar la pelleja á todo trance.
Mis compañeras saben que yo miento,
No soy creida, huyen, y yo logro
De prolongar mi vida, el justo intento.
—Maquiabelito sois, dijo el Besugo.

—Y vos un rigorista á la violeta,
Le respondió, y se fué doña Vejeta.

CXI.—Las dos pulgas.

Dos pulgas... ¡Quién lo dijera!
Se llegaron á querer,
Y llegaron á tener
Amistad pura y sincera:
Un alma en dos pulgas era;
Un humor, un paladar,
Y al delicioso picar
Tan conforme inclinación,
Que de una acabada unión.
Eran pulguino ejemplar.
Mas á fuerza de estar juntas
Y en solaz á todas horas
Pararon las dos Señoras
En tener dos mil tepuntas:
Ello es que las dos conjuntas,
Las dos de Teruel amantes,
Por meterse en unos guantes
Una bulleja tuvieron,
E implacables después fueron
Las que se adoraban antes.
«Joven, quieres de amistad
Probar mas dulce y segura
La confianza y la ventura?
Poca familiaridad.
Los defectos de la edad
Hacen caer la ilusión

De la primera impresión
A vuelta de pocos lances:
No te fascinen romances:
Oye siempre á la razón.»

CXII.—Arrogancia ridícula.

Temblad leones mi poder
Que hinche el viento, tierra y mar;
Tigres me acabo de hartar,
Licencia os doy de comer.
A quién no hará estremecer
Mi rayo, si se lo arrojo
De Gades hasta el mar Rojo,
Desde el Cancro á la Osa fría?
¿Y quién aquesto decía?
Amigos, reid; un piojo.
«¿Te choca Fabio? ¿Pero no hay muchos
Entre nosotros de estos abechuchos?»

CXIII.—La Calabaza.

Quejábase madama Calabaza
Ante el señor Melón, Rey de hortalizas,
De que dó quier, y de maneras ciento,
Cual si fuera de plantas el jumento,
Se la trataba mal. A toda cosa
Ridícula, chocánte y fastidiosa,
Luego las calabazas le nombraban.
Calabazas al novio despedido,
Con chacotas y escarnio le aplicaban;

A todo examinando repelido,
Sin título, por flojo ó por negado,
Calabazas le daban de contado.
Quítame ¡Oh Rey! aqueste odioso nombre.
Y llámame de hoy más Archi-princesa,
O algún otro nombre de ilustres personazas.
¿Pues qué, replicó un Nabo convecino,
No hay de entre esas señoras, Calabazas?
Ahí están el Naranjo y el Ciruelo:
Plantas insignes que emprender pudieran
Otro pleito y mejor del mismo pelo.
Y yo, que estoy callando, ¡Eh! Si quisiera...
Peor es meneallo: cada palo
Su vela aguante y gollerías á fuera.
Tiene el Nabo razón, luego dijeron
Las plantas todas de la huerta amena
Que atentas allí estaban
Y en numerosas filas se mostraban.
La del puchero amiga yerbabuena,
Los Pimientos picantes,
Los rechonchos Repollos y Guisantes,
La madre Col, de cien dinastías madre,
Y el padre Peregil de salsas padre.
La pomposa Alcachofa, la ovalada
Berengena, y la fresca y regalada
Lechuga con la tétrica Veleda
Tan de uso en monacales colaciones,
Y el mijo á quien adoran los gorriones.
El Bróculi aliado
De las Berzas, y rizas Escarolas,
Y otras muchas, y más, sin estas solas;

A una, pues, clamaron,
Y del juez la sentencia demandaron.
Pronuncióse, en efecto, y no admitida
Por necia fué su pretensión. Entonces
Mirándola marcharse avergonzada
Y tan mal despachada,
Las mismas le decían en injuriosas voces
Que aun oyeron las calles y las plazas:
Señora Calabaza: *¡calabazas!*
«Mucho te debes mirar,
Si más que otros quieres ser;
Pues suele daños traer
El hacerse singular.»

Luis Folgueras.

CXIV.—El Arroyo.

Vagaba por los montes
Un arroyuelo humilde,
Jamás acostumbrado
A salir de su linde.
Viniéronle deseos
De ver el mar horrible,
Movido de las cosas
Que de él la fama dice;
Y con ocultos pasos,
Entre espadaña y mimbres
Hizo que por el valle
Sus aguas se deslicen.
Ya que llegó á la orilla,
Que las ondas embisten,

Los peligros le asustan
Los golfos y las sirtes.
Y cuando ver cría
Palacios de viriles,
Y en trono de corales
Neptuno y Anfitrite;
Halló las bramadoras
Tempestades terribles,
Cadáveres y tablas
De naves infelices.
Atrás volver el paso
Quiso, pero lo impiden
Erizados peñascos,
Montes inaccesibles.
Sin amparo en la tierra,
El de los cielos pide;
¿Hubo marinos dioses
Que él no invocase humilde?
Pero á sus ruegos sordos
La súplica no admiten;
Que haber suele ocasiones
En que el llanto no sirve.
Así sucede al hombre
Que su quietud despide,
Y á los vicios se entrega
Que halagüeños le brinden:
Que al verse aprisionado
Entre pasiones viles,
Salir intenta, cuando
Salir, ya es imposible.

Nicolás Fernández Moratín.

CXV.—El Aguila y la Zorra.

Viendo una vez el águila valiente
Que en su astucia la falaz raposa
Lograba aplauso en la plebeya gente,
Un chasco quiso darla; industriosa
La dijo:—«Si tu honor lucir quisieres
En una fiesta sin igual pomposa,
»Y á los cielos conmigo te vinieres,
A asistir á unas bodas, en su esfera
Por tu humor te han de hacer dos mil placeres.»
Respondió la raposa:—«Bien quisiera,
Pero cómo podré subir arriba
Sin que un carro volante se me hiciera?»
El águila, cual nunca compasiva
Se fingió, y dijo:—«Fía en mi cuidado,
Si tu dificultad en eso estriba;
»Pues asida á mis hombros, ó mi lado,
Verás que en ligereza á mí te igualas,
Y que el subirte queda á mi mandado.»
Dijo; y tendiendo las robustas alas,
Asió de la raposa, y altanera
Se alzó con ella á las etéreas salas.
Y estando de la luna ya en la esfera,
El águila acordóla los agravios,
Que de la zorra, recibido hubiera;
Y díjola con atrevidos labios:
—«Si contigo, ¡oh raposa! yo guardase
De maligna los ímprobos resabios,
Sólo que caer hoy te dejase

Desde esta altura, quedaría vengada,
A no ser mi nobleza de otra clase.»
Entonces la zorrilla, amedrentada,
Empezó á maldecir su vano anhelo
De querer á otra esfera ser alzada;
Y entre sí dijo, llena de recelo:
«Si de este trance escapo con la vida,
No quiero, no, más bodas al cielo.»

José Iglesias de la Casa.

CXVI.—La Gota de Agua.

(Fábula por Sadí.)

Bajaba, de las nubes desprendida,
Una gota á la mar; estremecida,
—«¡Cuánta agua! exclama, ¡qué extensión! Soy nada,
Con esta enorme masa comparada.»
En tanto que ella con rubor se encoge,
Una concha en su seno la recoge,
La abriga, la alimenta de tal suerte,
Que en una hermosa perla se convierte.
Y ora brilla en la frente de un rey puesta.
¡Tal premio consiguió por ser modesta!

CXVII.—La Greda olorosa.

(*Fábula por Sadí.*)

Al entrar al baño un día
Me puso un hombre en la mano

Una greda, que tenía
Un aroma soberano.
Toméla y díjela:—«¿Estás
De almizcle ó ambar formada?
Que me encantas por demás
Con tu esencia delicada.
—«Tosco terrón antes era,
Repuso; mas tuve yo
La rosa por compañera
Y ese grato olor me dió.
»Así cual parezco ser,
Tan sólo un barro sería
Muy despreciable, á no haber
Tenido tal compañía.»

Conde de Noróña.

CXVIII.—La Zorra escarmentada.

Una zorra, golosa por extremo,
Vió abandonado un tierno corderillo,
De pies y manos preso. Como un rayo
Al cautivo se arroja, cuando, aún antes
De ejercitar el codicioso diente,
Salta la artificiosa y fiera trampa
De cuyos hierros escapó la hambrienta,
A costa de una mano y de la cola.
Después de no gran tiempo, vió amarrado
Otro lindo cordero, á cuya vista
Presto escapó, cual de feroz moloso,
Y sin osar volver atrás la vista.
Dícese que al compás de su cojera

Esta sabia lección iba gruñendo:
«Caer la primera vez fué inexperiencia;
Caer otra vez estupidez sería.»

Manuel M.ª de Arjona.

CXIX.—El Ruiseñor, el Canario y el Buey.

(*Esta fabulilla se hizo contra quien, sin nociones de gusto, critica lo que no entiende.*)

Junto á un negro buey cantaban
Un ruiseñor y un canario,
Y en lo gracioso y lo vario
Iguales los dos quedaban.
—«Decide la cuestión tú»,
Dijo al buey el ruiseñor;
Y metiéndose á censor,
Habló el buey y dijo: *Mú.*

Juan Bautista Arriaza.

CXX.—Los dos Gallos.

Eran dos gallos poderosos, fieros,
Y como poderosos quimeristas,
De quien treinta conquistas
Y cien combates siempre afortunados
La fama refería.
Pues fué el caso que un día,

Por una bicoquilla, una friolera,
De rencor y de cólera inflamados,
Se llaman á la lid. Arde en sus frentes
La nacarada cresta
Y las rojas papadas, que pendientes
Se bajan al suelo. La floresta
Inmediata repite
Su canto belicoso;
Y sin que de más trompa necesite
Su iracundo furor, se embisten fieros,
Y de sus pies los cándidos aceros
Tiñen de sangre, y la asustada tierra
De sudor y coléricas espumas
En torno cubren y de rotas plumas.
Prolija fué y dudosa la batalla;
En fin, ambos cansados
Y alentando con pena,
Se rindieron, postrados
De su combate, en la manchada arena.
Un perro que tendido
A la sombra de un álamo frondoso
A la lid asistía,
De su necio furor compadecido;
—«Amigos, dice á entrambos, á fe mía
Que tenéis el cerebro
A componer; ¡por una friolerilla
Armar una rencilla,
Y abiertas de los dos frentes y cuellos
Morir sin ser llorados!
¡Y luego nos reimos de los hombres!
Pues ¿qué más necedad harían ellos?»

CXXI.—El Mochuelo y la Paloma.

Un maldito mochuelo,
Lleno de achaques y de edad abuelo,
En su estancia sombría
Su infurtunio y sus males maldecía.
«¡Ay desdichado y triste!
Que nadie, nadie en mi dolor me asiste,
Y en este obscuro hueco
Sólo me aflijo y me responde el eco.»
Una blanca paloma,
Al oir esto, por el aire asoma,
Y al mísero mochuelo
Procura cariñosa dar consuelo.
—«¿Qué es esto, camarada,
Que así tenéis el alma atormentada?
La paloma le dice:
¿Es posible que seáis tan infelice,
»Que no tengáis esposa
Que os asista piadosa,
Ni hijos tampoco, ni tampoco nietos
Pacíficos ó inquietos,
»Que con juegos ó burlas como suelen,
Esa continua soledad consuelen?
Decidme: ¿nunca oísteis
Sonar de padre el nombre en el oído?
»¿Ni de joven quisisteis
En los nudos de amor estar unido?»

—¿Y á qué? dijo el mochuelo.
¿Para estar siempre lleno de recelo?
«Pues parientes, señora,
Nunca los conocí, ni conocellos
Quiero tampoco ahora;
Que todos (y no hay duda), todos ellos
Son malos y traidores,
Fáciles de irritar, murmuradores,
Díscolos, displicentes
Y al ajeno dolor indiferentes,
Por esa causa, pues, ni en su amor creo,
Ni tenellos deseo.»
—Pero tendréis amigos (la sensible
Palomilla le dijo),
Que del afán que padecéis prolijo
El peso os aminoren,
Y con amor á vuestro llanto lloren;
Que en ellos vuestro bien está fundado
Y la familia son del desdichado.
—¡Amigos! ¡Qué locura!
No es á ese parecer conforme el mío;
Menos en la amistad que en la ternura
Y en el amor de los parientes fio.
—Con que, en fin, ¡ello es que este mundo
A nadie habéis amado!
—Cierto, y profeso el odio más profundo
A todo lo criado.
—Pues, ¿qué extrañáis, señor, de esa manera,
Que así á nadie queréis, que nadie os quiera?

Dionisio Solís.

CXXII.—El Cuerdo y el Necio.

En pos de las moscas,
Que le impacientaban,
Un necio, corriendo
por toda la casa,
Contra ellas furioso
Blandía una vara
Sin sacar más fruto
Que el de alborotarlas;
Para una que hería,
Mil se le escapaban;
Y en tan fatigosa
Desigual batalla,
Estaba el tal hombre
Que el quilo sudaba.
Entonces un cuerdo
De miel delicada
Un vaso dispone,
Con que sin tardanza,
Al olor suave
Que el manjar exhala
Acude á millares
La moscuna casta;
La miel, pegajosa
Sus alas embarga;
Y al verlas ya presas
Con adusta cara
Dijo el Cuerdo al Necio
Aquestas palabras:
—«Con miel, no con palos,
Las moscas se cazan;
Lo que no la fuerza
El agrado alcanza.»

Vicente Rodríguez de Avellano.

CXXIII.—El Deseo y el Goce.

Suspiró el deseo;
Y el goce le dijo:
—«¡Qué triste te veo!
Consuelate, hijo.
»Demos sin tardanza
Fin á tus dolores;
Puedan tus amores
Cumplir su esperanza.
»Ven, hijo, conmigo:
Recobra el reposo;
Ven, pues, soy tu amigo,
Yo te haré dichoso.
»Con esto en su seno
Cogióle; le dió
Su dulce veneno,
Y al punto, expiró.»

CXXIV.—El Amor y el Pudor.

Como era tan niño Amor,
Y siempre quería holgar,
Le solía acompañar,
Muy solícito el Pudor.
—«Déjame, le dijo un día,
Que yo no me perderé;
Por todas partes iré
Sin tu eterna compañía.»
Y el Pudor le replicó:
—«¿No quieres ya mis consejos?
Pues á fe que no irás lejos
Si no te acompaño yo.»

CXXV.—El Cuco y el Grajo.

El grajo fué á la ciudad,
Y cuando al bosque volvió,
El cuco le preguntó
Con necia curiosidad:
—«¿Es admirado en el día
De nuestro canto el primor?
¿Qué dicen del ruiseñor
Y su grata melodía?
»¿Qué opinión forma la gente
De la alondra, que hasta el cielo
Remonta alegre su vuelo,
Cantando tan dulcemente?

—»A todos el canto agrada
De los dos.»—«Pero de mí,
¿Qué se piensa? Vamos, dí.
—»De tí, nadie dice nada.
—»¡Cómo que nada! ¡Pues qué!
¿No me tienen por cantor?
¿Me hacen tan poco favor?...
Pero yo me vengaré.
»Ya que conmigo es injusto
Y poco imparcial el hombre,
Yo celebraré mi nombre,
Y lo haré á mi gusto.»

Pablo de Jérica.

CXXVI.—El Loco de Chinchilla.

Andaba en Chinchilla un loco
Con la bellaca manía
De dar palos á cuantos
Topaba para su desdicha.
No hubo quien libertase
De su locura maldita;
Al que no desbarataba,
Magullaba las costillas.
Y fuese por compasión,
Fuese por majadería,
Ninguno entre tantos quiso
Querellarse á la justicia,
Ni ella quiso recogerlo,

Por estar la policía
Algo atrasada en el tiempo
De que se cuenta esta hablilla;
Hasta que uno de Albacete,
Murciano en las malas tripas,
Manchego en lo mal sufrido,
A Chinchilla subió un día.
Atísbale el loco; llega
A hablarle, y por bienvenida
Le da tal palo en la chola
Que la montera le birla.
El de Albacete, mohino
De tan ruin burla, le quita
El palo, y con él le torna
La más horrenda paliza,
Moliéndole de manera;
Entre nuca y rabadilla,
Que á no acudir la gente, allí
Acaba el loco sus días.
Escapó, en fin, y temiendo
Hallarle tras cada esquina,
Iba corriendo y gritando:
«¡Otro loco hay en Chinchilla!»
De aquí procedió el refran,
Y de aquí la medicina
De aquel loco. ¡Cuántos
Uno de Chinchilla necesitan!

Vicente García de la Huerta.

CXXVII.—La Encina y la Caña.

(*Imitación de La Fontaine.*)

Dijo un día la encina
Hablando con la caña:
—«Con sobrada razón, ¡oh pobrecita,
Te pudieras quejar de la fortuna.
Cualquier pajarillo
Es para tí una carga muy pesada,
Y el soplo más ligero,
Que suele apenas encrespar la lisa
Superficie del agua,
Te obliga á dar de hozicos en el polvo.
Al contrario, mi copa,
Cual eminente caucaso elevada,
Del sol se opone á los ardientes rayos,
Y insulta y desafía
Al ímpetu ruidoso de los vientos.
Al menos, si te hubiese
Criado aquí al abrigo de las ramas,
Con que cubro este monte,
Vivieras más segura,
Guarecida por mi de las tormentas.
Pero tú, desdichada,
Creces sobre esas playas descubiertas,
A ser débil juguete de los cierzos.
Por cierto que contigo
Anduvo bien cruel Naturaleza.

—«Amiga, yo te agradezco
Tu compasión; respondió la caña;
Mas no tengas cuidado,
Pues yo, doblando el cuello á los embates
del viento, más segura
Estoy que tú, por más que hayas altiva
Resistido hasta ahora. Vamos viendo.»
Mientras la caña hablaba,
Del opuesto horizonte
Un recio vendabal se precipita
Con furia impetuosa.
Al punto se encorvó la débil caña;
Mas la robusta encina
Resiste á los embates,
Hasta que al fin, doblando sus esfuerzos
El viento asolador, descuaja y troncha
Al árbol que escondía
Su alta copa en las nubes,
Y su raiz en el profundo abismo.

Gaspar Melchor de Jovellanos.

LIBRO QUINTO

Apólogos selectos de los principales fabulistas de la primera mitad del siglo XIX.

CXXVIII.—La Batalla de los Mosquitos (1).

La frugalidad sin escasez y la contínua instrucción, son preciosas en los ejércitos.

Había un hacendado
Sumamente rico,
Y amante en extremo
De los buenos vinos.
Tenía dos bodegas
En un mismo sitio,
Pero divididas
Por un pasadizo.
En cada una de ellas
Antiguos vecinos
Había innumerables
Golosos mosquitos.
Los de la una á la otra
Iban de contínuo,
Que siempre lo ajeno
Es lo mejorcito.
Los dos generales
De entrambos partidos
Mirábanse siempre
Con rencor antiguo.

(1) *Fábulas militares* por el Excmo. Sr. Marqués de Casa-Cagigal, Teniente general de los Ejércitos. Barcelona, 1817.

Ambos mosquitazos
Modernos Virgilios,
Mejor que Panteo
A Eneas fugitivo,
Animan sus huestes;
El ronco zumbido
Anuncia la guerra,
Y ya convenidos
Juran del contrario
Total exterminio.
De los dos contrarios,
El cuerdo partido
Se ensaya en los vuelos
De más pronto giro:
Y en fin, se habilita
Con el ejercicio.
El que tiene el jefe
Muy menos activo,
Comer solo trata
Lo más exquisito.
En fin, llegó el día
En que mis mosquitos
Salen á campaña;
Señalan los sitios,
En que cada trozo
Esté dividido.
Los hay remolones,
Los hay muy remisos,
Que esto de ir bailando
A morir de un chirlo
Es chanza pesada
Aun para mosquitos:
Trábase el combate;
Los de un partido
Salen, entran, vuelven
Agiles y listos,
Como ejercitados
Y poco bebidos.
Los del otro, todos
Cargaron de vino,
Y á más sus ensayos
Habíanse sólo sido,
Comer como lobos;
Y así era preciso
Que moles, cansados,
Y nada instruídos,
Cediesen al arte
Del jefe ladino.
La batalla pierden
Y quedan tendidos,
De los más glotones
Cuerpos infinitos.
Triunfó como siempre
El sobrio advertido,
Y de ambas bodegas
Tuvo el señorío.
Nuestros militares
¿Me habrán entendido?...
Sobriedad, señores,
Y mucho ejercicio;
Que sucede al hombre
Lo que á los Mosquitos.

CXXIX.—El Lince y el Topo.

La obediencia al que manda en asuntos militares debe ser absoluta.

Después de una gran batalla
Entre varios animales,
Por medio de unos jarales
Iba huyendo la canalla.
Cierto río al frente se halla
Que es imposible vadear,
Y el jefe para pasar
De un gran madero hizo puente,
Y dispuso que la gente
Lo atraviese sin parar.
  Un lince llegó, y diciendo:
«Yo veo más que ese mandón»;
Se arroja al agua: el simplón
Se ahogó al punto: iba siguiendo
El topo, que obedeciendo
Se hizo llevar al madero.
Pasóle enjuto; y severo,
Sabiendo del lince el fin,
Dijo, no sin retintin,
«La obediencia es lo primero».
  Soldados y oficiales,
Con todos habla;

No examinar curiosos
Lo que se manda.
Militarmente,
Solo cumple y acierta
El que obedece.

CXXX.—El León y el Tigre.

La conducta moral de los militares influye en la victoria.

Promovióse en el Africa una guerra
Habrá seis años poco más ó menos,
Y en uno y otro bando se juntaron
Muchos millares de animales fieros.
Era un león el general del uno,
Humano, generoso, joven, diestro;
Y en el otro, las huestes dirigía
Un tigre, despiadado y carnicero.
Sin vejación, sin duro despotismo
El león prudente saca de los pueblos,
El contingente que la dura guerra
Manda imperiosa por común provecho.
Era muy justa la que el león hacía,
Sus hogares y tierras defendiendo,
Y en la dulzura y la quietud se embotan
Los filos destructores del precepto.
El tigre que agresor, duro, vicioso,
Empleaba la violencia y el desprecio

Logró los brazos, el sudor del pobre,
Y el oro del pudiente, no su afecto.
Rodeado de viles seductoras,
Mandado por infames consejeros,
Las unas promovían sus venganzas,
Los otros aterraban á los buenos.
Era valiente el tigre, sin embargo,
Lograr pudo, en el primer encuentro
Ventajas que para él fueron pérdidas,
Y de que el león sacó mucho provecho.
Con honrosa acogida y distinciones,
Se hizo amigos los que eran prisioneros,
Y visitando él propio á los heridos,
Les daba auxilios para su consuelo.
El tigre altivo con el triunfo habido
Llenaba á los vencidos de denuestos,
Y en obscuras prisiones insultaba
A la desgracia de la suerte efecto.
Tan diversa conducta se publica
En los del tigre disgustados tercios,
Y pasan desertores á bandadas
El bien buscando, y del mal huyendo.
Conoce el tigre el general disgusto,
Pero obcecado en su error funesto,
Impone penas, leyes multiplica,
Y otra batalla da de orgullo lleno.
Dispónese el león á recibirla,
Y dice á sus soldados: —«¡Compañeros,
La esclavitud, vencidos os espera:
Vencedores, de un padre los afectos!»
Los soldados le aclaman por tal padre,

Y en grito bienhadado y lisongero,
Tu señal, dicen, es la que aguardamos;
Llévanos á vencer, sí, venceremos.
Da su orden el león idolatrado:
El enemigo ataca, y el primero
Desesperado el tigre se presenta
Buscando á su contrario cuerpo á cuerpo.
Mil vidas se interponen presurosas,
Cede el tigre del número al exceso,
Y revolcado entre vascosa rabia,
Vida y victoria pierde al mismo tiempo.
Cunde la voz: del tigre los soldados
Las armas rinden el perdón pidiendo,
Porque muchos tenian ofendidos
Al generoso león, al que vendieron.
Despreció bondadoso la venganza,
Y olvidando delitos que ya fueron,
Conquistó corazones, se hizo amigos,
Que vale más que conquistar mil reinos.
Generoso premió, pero con tino,
Que es muy perjudicial vicioso premio,
Y rodeado de amor y de ventura
En paz tranquilo gobernó su imperio.
«Militares, prospérase en la guerra,
Con virtudes, dulzura y buen ejemplo;
Los vicios y el desorden jamás logran
Otra cosa que triunfos pasajeros.»

Marqués de Casa-Cagigal.

CXXXI.—Los dos Ratones litigantes y el Gato juez. (1)

A dos ratones daba
Comida y escondrijo,
Por los opuestos lados,
Un pernil de tocino.
Royendo poco á poco
El sabroso edificio,
Llegaron á encontrarse
Hocico con hocico.
Se paran y se quedan
Los dos asaz mohinos;
Mas luego comenzaron
Las voces y los gritos.
Esta, decía el uno,
Es la casa en que vivo,
Desde que decir puedo
Que en este mundo existo.
Por una lid famosa
De que pondré testigos,
Mi glorioso causante
Adquirió su dominio.
Pues con evidencia,
Repuso el otro, afirmo,
Que nada tener puedes
En este domicilio.
Mis padres fueron solos

(1) *Fábulas* por D. Ramón de Pisón y Vargas, Ministro togado del Supremo Consejo de Guerra. Madrid, 1819.

Sus dueños conocidos;
Y apenas expiraron
Yo lo heredé, y es mío.
  Se acobardó el primero
Temiendo algún mordisco,
Y calla, y marcha, y cita
A su rival á juicio.
Esto era cabalmente
Cuando en aquel distrito
Era juez un gatazo,
No se con qué motivo.
  Un gatazo, en efecto,
Como son infinitos,
De penetrantes uñas
Y afilado colmillo.
Oídas las dos partes,
Le pareció preciso
Reconocer la casa
Para fallar con tino.
Verificólo al punto
Con tal tesón y brío,
Que del pernil no deja
Sino los huesos limpios
Y juntándolos todos
Al demandante dijo:
—«Estos te pertenecen,
Y te los adjudico.»
  Así falló y marchóse,
Burlándose maligno
Del ratón victorioso,
Aun más que del vencido.

Pero los dos quedaron
Igualmente perdidos.
«Ten pleitos y los ganes,
Y tu suerte no te envidio.»

CXXXII.—El Raposo con piel de perro.

Un zorro, por observar,
La piel de un perro se viste,
Y á cierta función asiste,
Que es de perros peculiar:
Era preciso ladrar,
Pero se estancó en el trance;
Al notarlo, de un avance
Le quitó un perro la vida.
«Se debe buscar la salida
Antes de entrar en un lance.»

CXXXIII.—El Elefante y el Gozque.

Contra cierto elefante
Un infeliz gozquejo se lanzaba;
Y unas veces detrás, y otras delante,
Con gritos y con saltos procuraba
Oponérsele al paso.
El enorme animal, sin hacer caso,
Su camino seguía,
Y el perrillo insistía
Con ceguedad tan loca,
Que pensaba hacerle un mal sangriento.
Pero al ver que su boca

No podía lograr tamaño intento,
Se quedó tan corrido,
Que por disimular tomó el partido
De marcharse á esconder á toda prisa,
Causando á todos compasión y risa.
«Nunca más castigado queda un necio
Que cuando se le trata con desprecio.»

Ramón de Pisón y Vargas.

CXXXIV.—El Ciego.

Linterna traía
Por la noche un ciego;
Cuando zumba oía,
Contestaba luego:
«Sabed, buena gente,
En mi desagravio,
Que así es ciertamente
Un vicioso sabio.
¡Oh! direís vosotros:
¡Qué necia demanda!
Pues no: alumbra á otros
Pero á obscuras anda.»

Rafael José Crespo. (1)

CXXXV.—La Golondrina y el Jilguero (2).

Tenía su nido
Cierta golondrina
En un pobre establo
Detrás de una viga;
Casa muy segura,
Más de poca vista.
Cierto jilguerillo
Cantor de por vida,
En frente al establo,
Sobre una alta encina
En medio de la copa
Colgó su guarida,
Y de allá zumbaba
Siempre á su vecina

(1) *Fábulas morales y literarias*, por D. Rafael José Crespo, Catedrático de la Universidad de Zaragoza. 1820.

(2) *Fábulas políticas*, por C. de Beña. Madrid, 1820.

Cada vez que alegre
A los campos iba.
—«Magnífica casa
Tiene usted, decía,
De buen ver, por cierto
De fachada linda.
¡Tiene buenas luces!
¿Diga usted, amiga:
Deben ser sin duda
Mejor que las mías?»
Y tras esto luego
Soltaba la risa.
Más duróle poco
Tal bufonería,
Porque siendo al dueño
Sus ramas precisas,
Con hierro cortante
Desmochó la encina;
Y el triste jilguerillo
Se halló sin guarida,
Mientras que gozosa
Vió la golondrina
Intacto su nido
Tras la negra viga.

«El que por ocupar un alto puesto
A la seguridad prefiere el fausto,
Siempre á graves caidas se halla espuesto.»

CXXXVI.—El Loro, el Gato y la Vieja.

Cierta vieja con esmero
Criaba un loro y un gato;
Aquél grande zalamero,
Pero éste de esquivo trato,
Si bien cazador certero.
Deseoso de lograr
Ser en todo preferido,
Trató el loro de halagar
A su señora el oído
Con un inútil charlar.
El gato, muy al revés,

Jamás á su dueña hablaba,
Más dos á dos, tres á tres,
Los ratones atrapaba
Poniéndolos á sus pies.
En un tiempo que en ratones
La casa todita hervía,
La vieja mil expresiones
Al útil gato hacía
Celebrando sus acciones.
Pero el lorito, no obstante,
Siempre sus delicias era,
Y á su jaula iba al instante
Cuando venía de fuera,
Y le llamaba su amante.
Porque habiendo observado
Que su flujo era la edad
Le decía descarado:
«Ama mía, ¿no es verdad
Que á los treinta no has llegado?»
Y con esto y con gritar
Siempre que había visita,
«No hay dama que en el lugar
Con mi señora compita»,
Llegó su afecto á ganar.
Así que para él buscaba
La vieja lo mejorcito;
Todo al loro se lo daba,
Todo era para el lorito
Y el gato de hambre rabiaba.
De modo, que el pobre, al ver
Cuán de poco le servía

La casa limpia tener,
Y que nada merecía
Su servicial proceder;
De la casa se fugó
Ya apurado el sufrimiento;
Mas de ratones se vió
La casa llena, al momento
Que el gato de ella faltó.
La vieja su chocalate
Cien veces halló roído,
Que ni arcón ni escaparate
Le tenía guarecido
Del ratonil alicate.
Y aunque el loro se ofreció
A remediar aquel daño,
Ni un ratón pillar logró,
Ni le pillara en un año,
Que á charlar solo aprendió.
Si aprecio siempre se hiciera
Del hombre trabajador,
Y ensalzado no se viera
Tanto vil adulador,
Más la sociedad valiera.

Cristóbal de Beña.

CXXXVII.—Los dos Jilgueros.

Un jilguero enjaulado
Llevaba muy á mal que un compañero
Cogido cuando él, muy sosegado
Cantase placentero,

—«¿Es posible, decia,
Que tu insulsa razón no ha de echar menos
La frescura, verdor y lozanía
De los campos amenos?
»Su fruta sazonada,
Su abundante y diversa sementera,
Y en fin, la libertad, ¡tan apreciada
De todo ser cualquiera!»
—«¿Y á qué, querido amigo
Quieres discurra así? El otro dice:
¿No ves que de tal forma no consigo
Sino ser infelice?
»Piensa que esa completa,
Situación que tú llamas ilusante
El gavilán, la red y la escopeta
Aguardan cada instante.
»Que mil veces huído
La vega transcurrí de arriba abajo,
Y luego al indagar el por qué ha sido
Hallaba un espantajo.
»Que en estar encerrado
Tengo contra los gatos centinela,
Y así me entrego al sueño sosegado
Y nada me desvela.
»Que abunda la comida
Con alhago incesante que embelesa.
¡Cuántos hay, que quisieran esta vida
Lo que á tí tanto te pesa!
»Y en que, sino queremos
Que nos guisen y pronto con tomate,
Al amo es menester catequicemos

Y dejar disparates:
Pues pensar lo pasado,
Se hace por corregir lo venidero,
Mas no, para que siendo uno cansado
Le emboquen al puchero.»
Aun la suerte más buena
Puede hacer infeliz la inadvertencia;
Y la más desastrosa de ansia llena
Suavizar la prudencia.

Manuel Muria Cambronero (1).

CXXXVIII.—El Topo y el Ratón.

Un reverendo topo,
El más topo entre tantos,
Que la luz no existía
Defendía en su cátedra chillando.
Un ratón que vivía
Con los topos mezclado,
Dijo pronto: no hay duda,
Para los topos el punto es claro.
Existen ciertos hombres
Con ínfulas de sabios,
Que topos y muy topos
Lo que ignoran lo niegan con descaro (2).

Angel Casimiro de Govantes.

(1) *Fábulas originales y morales.* Madrid, 1826.
(2) *Fábulas*, etc. Madrid, 1833.

CXXXIX.—El Burro coronado.

Aconteció una vez que un león guerrero,
De fiero aspecto y colosal melena
A un borrico elijió por escudero;
Y en verdad la elección no fué muy buena.

Ganó, pues, el león en lid insana
Del invicto laurel verde corona,
Y con ella en la frente una mañana
Salió adornada su real persona.

Los demás animales, cuando vieron
Coronada del rey la sien altiva,
Con frenéticas voces repitieron:
¡Viva nuestro Monarca! ¡viva...! ¡viva...!

El borrico, que atento contemplaba
Las víctores y aplausos repetidos,
De una cruel envidia se llenaba,
Ansioso de que á él fueran rendidos.

Sintió la sed de gloria inestinguible,
Y exclamó: juro á Marte y á Belona,
Que en mí será una acción reprehensible,
No ponerme también otra corona.

Que si no tengo como el león guedejas,
Y aunque me falten afiladas uñas,
Tengo para mi adorno las orejas,
Y para mi defensa las pezuñas.

Y aunque mis pretensiones de valiente

Quisiera yo tener, fuera muy justo;
Que si no temen mi aguzado diente,
Tan solo con mis voces los asusto.

Y al contemplar mi frente circundada
Del lauro inmarcesible de la gloria,
Mi bravura también será aclamada
Con la voz celestial de la victoria.

Así sucedió, pues; al día siguiente
Se presentó el borrico muy ufano,
De laurel coronada su ancha frente,
Y á darle aplausos comenzó el Marrano.

Los otros animales, que advirtieron
Coronada del asno la cabeza,
Sin detenerse un punto le rindieron
El debido homenaje á su grandeza.

Porque aunque apenas penetrar podian,
Como tan grande lauro había alcanzado,
Muy digno de llevarlo lo creian,
Al verlo del Monarca tolerado.

Mas como allí el león se apareciera,
Viendo del animal la petulancia,
Hacia sí lo llamó con saña fiera,
Respondiéndole altivo su arrogancia.

—«¿Adónde vas, le dijo, miserable,
Con un lauro que nunca mereciste?
Con acción tan villana y detestable
Al laurel sacrosanto envileciste.»

Y arrancando á sus sienes la corona,
Prosiguió con acentos muy feroces:

—«El cielo no ha criado tu persona
Más que para el rebuzno y tirar coces.»

Entonces los que ansiosos le aplaudieron,
Cuando adalid valiente lo creían,
Al ver el desengaño que sufrieron,
En ¡fueras! los aplausos convertían.

Siendo tal la lección para el jumento,
Y quedó tan grabada en su memoria,
Que hizo entonces solemne juramento,
De no apropiarse más la ajena gloria.

El que ostenta corona laureada
Sin haberla sus actos merecido,
Aunque esté del poder asegurada,
Sepa que cada aplauso es un silbido.

José M.ª Gutierrez de Alba (1).

CXL.—Las Mariposas y el Elefante (2).

Una turba placentera
De festivas mariposas,
Enredaban bulliciosas
En derredor de una hoguera.
Un Elefante sesudo
Que no lejos observaba,
Con bondad las exhortaba,
En lenguaje tosco y rudo.
—«Apartaos, necias, del fuego,

(1) *Fábulas políticas*, originales, etc., Sevilla. 1845.
(2) *Apólogos ó fábulas políticas*, por D. F. de C. y R. Madrid, 1849.

Si no queréis perecer,
Que ese aparente placer
La muerte os prepara luego.»
—«¡La muerte! le gritan ellas,
¡Qué!... ¡La luz!... ¡Oh disparate!
Qué nos cuenta el botarate
Contra el sol y las estrellas?»
«Sin luz nada es la vida,
Sin ella no hábría colores
Ni benéficos calores.
¡Tinieblas!... ¡El caos!... —¡Por vida!
—»¡Oh sabias superficiales!
Les replica el Elefante,
¿Quién os niega ni un instante
Verdades tan garrafales?
»Pero si un incendio hacéis
Y jugáis en derredor,
Ni es ya luz, ni su furor
Incautas evitaréis.»
Las mariposas hicieron
Del consejo poco caso,
Creció el fuego, y es el caso
Que todas en él murieron.
Más de un político osa
Especular en revueltas.
¡Espere, á no muchas vueltas,
El fin de las mariposas!
La libertad sin exceso
Es un bien; exagerada,
No es libertad, es osada
Licencia. ¡Es retroceso!

CXLI.—El León y sus vasallos.

Antojóse á un León en su reinado,
Resucitar la corintiana ley,
Que manda en la grey
No haya vicho que esté desocupado.
Y con esmero extremo se inquiriera,
De cada cual su oficio, estado ó renta.
Llamados, pues, á cuenta,
El Asno sus trabajos enumera;
La bella Cochinilla sus colores;
Seda hace el Gusano;
El guarda, el fiel Alano;
La Abeja saca cera de las flores.
Mientras el Carnero la vedija blanca
De sus lanas; el Toro deja pieles;
La Cabra da su tripa á los rabeles
Y al Anade la pluma se le arranca.
De este modo pasaron
El Cerdo y la Ballena,
Y todo el que probó su industria buena:
Otros después, despacio se arrimaron.
El León á su aspecto caló el ceño
Y preguntó al Tábano su oficio.
—«Sangrador de borricos, al servicio
De Vuesa Magestad, buen Rey mi dueño.»
—¿Y tú? dice á la Avispa, ¿Qué trabajas?
—Cual la Aveja, señor, hago panales.
—¿Y tú? á la Araña.—Telas hago iguales
Al Gusano veraslas si te bajas.

—¿Qué título presenta Doña Urraca?
—Presento el de doctor, mi Soberano.
Que vale mucho más que el de artesano,
Doy lección de gramática á una Vaca.
—Insigne sangrador, ¿son por ventura
De alguna utilidad esas sangrías
Con que al Borrico hacías,
En mi real nombre tanta matadura?
¿Dan cera, doña Avispa, esos panales?
¿Producen miel al par de los de Abejas?
¿Su tela, doña Araña, que usted teja
Dará seda, ni hará nunca panales?
Fuera, pues, raza inmunda de mi imperio,
Vaya la Urraca á declamar sin tino,
En tierra opuesta al ártico hemisferio
Donde le aguanten tanto desatino.»
¡Oh, quien fuera León por diez minutos
Para echar del país á tanto vago,
Que pretenden con énfasis el pago
De trabajos inmensos... más... sin frutos!

CXLII.—El Esparto y el Peregil.

—¡Pobre Esparto, qué lástima te tengo!
Díjole el Peregil, ¡Oh! no me avengo
A verte retorcer infamemente
Por el vil cordelero de allí enfrente.
—«Pues haces mal, contéstale el primero,
De hablar tan de ligero,
Y no tenerte á tí esa compasión.

Haz la comparación:
Libres tú y yo, ¿cuál, dime, es nuestra suerte?
Que el sol y la humedad nos den la muerte
Si es que una cocinera
No toma la delantera,
Y revuelto con huevos en tortilla,
Te atormenta en la hornilla,
O en el crudo almirez te despachurra;
Y en salsas transformarte se le ocurra.
En tanto el cordelero, á mis hermanos
Me junta, y con sus manos,
Me convierte en fortísimo manojo,
Que burla de los fuertes el enojo.»
«Tal es la sociedad, lector amado:
Para una privación que impuso al hombre,
Mil veces le ha pagado, no te asombre
Con la fuerza que uno ha conquistado.»

CXLIII.—La Avispa y la Cantárida.

Dice una historia escrita por un pájaro,
Aunque no se el capítulo ni la página,
Que una Avispa luciendo su dialéctica,
Sermoneaba audaz á una Cantárida,
Diciendole:—«Es señora, más que bárbaro,
Que imitando los dos á la Tarántula,
En causar pinchazones dolorificas,
Te llaman buena á tí y á mí satánica,
¿Falto, dí, á la verdad en un solo ápice?
—No son, dice la Mosca, tan análogas

Nuestras ocupaciones; pues tú, pérfida,
Haces mal sin razón, sin causa válida,
No así nosotras. Somos algo incómodas
Cuando esfuerza curar una ciática
De una hepótisis, ó dolor reumático;
No hacemos mal sin reglas hipocráticas.»
¿Ves diseñado aquí, lector benévolo,
A la horrible venganza de faz cárdena,
Y á la santa Justicia salubérrima?
No nos trae la primera más que lágrimas;
La segunda en sus actos es un bálsamo,
Que las faltas corrige, castigándolas.

F. de C y R.

CXLIV.—El Mendigo, el Jornalero, el Comerciante, el Marqués, el Rey y el Autor.

EL MENDIGO

¡Qué suerte tan mala tengo!
Acudo al rico y al pobre,
Y al pobre y al rico arengo;
Más ¿qué saco
Al cabo de tanto afán?
Unas monedas de cobre;
De modo que no me atraco
Siquiera un día de pan.
¡Jesús, que suerte tan perra
La que me cupo al nacer!
¡Soy el ser
Más infeliz de la tierra!

EL JORNALERO

¡Es mucha pasión la mía!
Desde que Dios amanece
Hasta que termina el día,
No sosiego.
Y tan incesante afan,
¿Qué recompensa me ofrece?
Pan y un trago del manchego
Allá de pascua á San Juan.
¡Jesús, que suerte tan perra
la que me cupo al nacer!
¡Soy el ser
Más infeliz de la tierra!

EL COMERCIANTE

¡Esta vida me atribula!
Pasando voy (día y noche
Calcula que te calcula)
Años y años.
Y después de tanto afán,
No me es dado gastar coche
Ni ir en verano á los baños
Como los marqueses van...
¡Jesús, que suerte tan perra
La que me cupo al nacer!
¡Soy el ser
Más infeliz de la tierra!

EL MARQUÉS

Me matan tantos cuidados.
Apenas duermo ni como...

El mejor de mis criados
Es un tuno.
De nada sirve mi afán:
Desde el pinche al mayordomo,
No hay probidad en ninguno.
Por puertas me dejarán!
¡Jesús, que suerte tan perra
La que me cupo al nacer!
¡Soy el ser
Más infeliz de la tierra!

EL REY

Mi ventura es mojiganga,
Que nunca vivo tranquilo.
Pues dígole á usted que es ganga
La corona.
Siempre con un nuevo afán,
Y siempre el alma en un hilo;
Ya el pueblo se insurrecciona,
Ya me hace guerra el sultán...
¡Jesús, que suerte tan perra
La que me cupo al nacer!
¡Soy el ser
Más infeliz de la tierra!

EL AUTOR

Sugeto á comunes leyes,
Participo de las penas
De vasallos y de reyes,
Y con todo

Yo por nada tengo afán
Ni envidio dichas agenas.
Con mi suerte me acomodo,
Pues si á todo hijo de Adán
Cupo una suerte tan perra,
Nadie se debe tener
Por el ser
Más infeliz de la tierra.

Antonio Trueba (1).

CXLV.—La Mosca y la Araña.

Como cierto me contaron,
Y á la verdad no me extraña,
Que por nada se amoscaron
Una Mosca y una Araña.
Y pasaron á las vías
De hecho después, por lo visto,
Y jamás los buenos días
Se dieron ni por un Cristo.
Pronto la Mosca olvidó
De su enemiga el ultraje,
Mas en esta se aumentó
Con los años el coraje.
Y dijo con mucho tino
Dando pruebas de su argucia:
—«Emplear no es desatino
Contra la fuerza, la astucia.

(1) *Fábulas educativas*, por D. Antonio de Trueba y D. Carlos de Pravia. Madrid, 1840.

Cierto que estoy muy distante
De seguir á mi enemiga,
Pero puedo echarla el guante
Sin moverme de esta viga.
Voy en seguida á tejer
Mis redes con mucho ahinco,
Y la tengo en mi poder
Como tres y dos son cinco.»
Cuando estuvo concluída
La red, se ocultó la Araña,
Y la Mosca inadvertida
Fué víctima de su saña.
En almas nobles no cabe
Vengarse de ningún modo;
En las ruines, ya se sabe,
La venganza es sobre todo.

Carlos de Pravia.

CXLVI.—Los dos Espinos (1).

En un jardín elevaban
Unos espinos sus frentes,
Y en especie diferentes,
Diverso aspecto mostraban.
A los ojos ofrecía
El uno, verde follaje,
Y entre su gentil ramaje,
Vistosas flores lucía.
Duro el otro de corteza

(1) *Fábulas morales, políticas y literarias*, por D. José Manuel Tenorio. Barcelona, 1850.

Y de torcida estractura,
Ocultaba su verdura
Tosca y áspera rudeza.
«¿Qué haces tú, dijo á su hermano,
Que todos á acariciarte
Van alegres, y al dejarte
Te dan amigos las manos?
»¡Yo pobre de mí! Vejeto
En un obscuro rincón,
Y al hombre con aflicción
En vano pido respeto.
»¿Por qué, hermano, huye de mí,
Y te tiene tanto amor?
¿Por qué le inspiro temor
Y siempre te busca á tí?»
El otro respondió:—«Amigo,
Si he de decir la verdad,
No eres digno de piedad,
Pues á nadie das abrigo.
»Como te busquen quieres,
Si sobre todos te inclinas
Y con agudas espinas
A los pasageros hieres.
»Mientras tú causas espanto,
Y fieros dardos arrojas,
Ocultas entre mis hojas,
Sueltan las aves su canto.
»Yo, en vez de al hombre alejar,
Le ofrezco grato perfume
Que su tristeza consume
Y destierra su pesar.»

Sé, pues, hermano, sociable,
O aprende á vivir aislado,
Que el que quiera ser amado
Es fuerza que sea amable.

CXLVII.—El Fuelle y el Carbón.

(*Imitación de Iriarte.*)

Cerca de Sevilla
Un cortijo hay,
Y junto á un arroyo
Por casualidad.
El año pasado
De leña un haz
Cayó un carboncillo,
Por casualidad.
Inflado allí había
Un fuelle fatal,
Que un mozo dejara
Por casualidad;
Y al ver que encendido
Lanzaba vivaz
Ardorosas chispas
Por casualidad,
Aqueste le dijó:
—«Carbón, ven acá
Y aspira mi aliento
Si quieres brillar.»
El carbón al punto
Saltó con afán,
Y al soplo del fuelle,
Por casualidad;
Estalló de pronto
De fuego un volcan,
Quemando la leña
Y todo el pajar.
Con este alimento
La llama voraz
Alzóse orgullosa,
Creció más y más,
Invadió las cuadras
Salvando el portal,
Y no ardió el cortijo
Por casualidad.
Amables lectores,
Me diréis quizá:
«¿Como brillaría
Del carbón la faz?...»
Brilló unos instantes,
Brilló, es verdad,
Más presto su brillo
Se hubo de eclipsar,

Lectores, es fuerza,
Es fuerza sepais,
Que fuese castigo,
O casualidad;
Ardió con el fuelle
Del agua á pesar,
Siendo ambos á poco
Ceniza no más.

———

Vosotros que, impíos
El fuego sopláis
De civil discordia,
Leed y temblad.
Y vosotros, jóvenes,
Instrumentos ¡ay!
De aquesos menguados
Que á perderos van;
No olvidéis mi fábula
Rica de moral,
Si es que os ha gustado
Por casualidad.

CXLVIII.—Lorencito y su bastón.

De caballo sirviera á Lorencito
Cierto bastón en la niñez inquieta,
Mas luego, que el niño fué viejecito,
Hizo con su bastón una muleta.

El bastón es la ciencia: nos dibierte
En el albor risueño de la vida,
Y nos ayuda en la vejez inerte
A llevar la existencia dolorida.

José Manuel Tenorio.

CXLIX.—El Teórico (1).

Cierto joven pretendía
Porque brillaba en charlar,
Que bastante se sabía

(1) *Fábulas morales*, por D. Pascual Fernández Baeza, Presidente de la Audiencia de esta Corte y Senador del Reino. Madrid, 1852.

Con dedicarse á estudiar
Tan solo la teoría.
Las reglas así aprendió
De nadar, y de contado
Satisfecho se lanzó
Al río. ¡Qué desdichado!
En el momento se ahogó.
Quien se crea superior
En las artes ó la ciencia,
Sin la práctica experiencia
Del osado nadador,
Sufrirá la penitencia.

CL.—El Camello y la Hormiga.

—¿De qué modo, un Camello
Dijo á la Hormiga,
Con tan débiles fuerzas
Haces tu vía?
—Con la constancia,
Respondió, y el trabajo,
Todo se alcanza.

CLI.—Las dos Golondrinas.

Edificaba afanosa
Una joven golondrina,
Su nido con grande esmero
Debajo de una cornisa,
En sitio poco elevado,
De todos puesto á la vista,

Acercándose otra anciana,
Así le habló:—«Dulce amiga,
No fabriques imprudente
El nido para tu cría
En punto bajo, y espuesto
A la diversión maligna
De los niños, que se gozan
En hacernos mal: un día,
A impulsos de sus pedradas,
Le encontrarás hecho trizas.»
No escuchando los consejos
Que la experiencia le dicta,
La joven concluye el nido,
Pone, y empolla, y da vida
A sus queridos hijuelos,
Prendas de amor, su delicia.
Crecen: de volar ensayos
Intentan ya sus alitas,
Cuando una turba de niños
Lo observa, y su mano impía,
El débil nido á pedradas,
Con alboroto derriba;
Y al llevar la presa en triunfo,
Ahogan su gritería
Los doloros lamentos
De las tiernas avecillas.
Las ve su afligida madre,
Y en vano exaltada aspira
A salvarlas, mientras tanto
Su previsora vecina,
Por haber edificado

En alto, de las caricias
Disfruta de sus hijos
Que libres volar veía.
Recuerda entonces la joven
El consejo de la amiga;
Más tarde, que ya no puede
Tener remedio su herida.
Quien no escucha la advertencia
De la ilustrada experiencia,
Cual la joven golondrina,
Sufre, si terco se obstina,
De su error la consecuencia.

Pascual Fernández Baeza.

CLII.—El Río y el Arroyo (1).

—¿Por qué será padre mío
Esto que siempre reparo?
¿Cómo está el arroyo claro
Y no lo está nunca el río?
—Hijo, allí cerca del mar
Nace puro el arroyuelo,
Y nada encuentra en el suelo
Con que se pueda enturbiar.
Si hallare casualmente
Tierra que enturbiarle deba,

(1) *Fábulas en verso*, originales de Doña Concepción Arenal. Madrid, 1854.

Nunca á los mares la lleva
Su escasa y débil corriente.
Viene de lejanas tierras
Este río caudaloso,
Y por terreno fangoso,
Y por montes y por sierras.
Y pasa por las ciudades
Cuya inmundicia, hijo mío,
Enturbia el agua del río;
Como al alma sus maldades.
Y más la orilla delata,
Y cada vez más potente
Su irresistible corriente,
Todo al pasar lo arrebata.
Enturbiado éste, y profundo,
Claro y no profundo aquél:
Nos presta un cuadro fiel
De lo que pasa en el mundo.
El que apacible y serena
Busca sencilla la vida,
¿Habrá cosa que la impida
Hallarla dichosa y buena?
Mas sintiendo la inquietud
De alguna grande pasión,
Peligra en el corazón
La ventura y la virtud.
No olvides nunca, hijo mío,
Que es difícil, te lo juro,
Ser como el arroyo puro,
Y ser grande como el río.

CLIII.—El Hierro y el Topacio.

—¿Por qué tan precioso al mundo,
Dijo el hierro amostazado,
Soy menos que tú pagado?
¡De pensarlo me confundo!
Ni cabaña, ni palacio,
Existir puede sin mí,
¿Tú, para qué sirves, dí?
Y le respondió el topacio:
—«Una sencilla verdad
Te dará la explicación:
Tú sirves á la razón;
Yo sirvo á la vanidad.
Fijos dos hechos verás,
Aunque de justicia ajenos,
Que la razón paga menos;
La vanidad paga más.»

CLIV.—El Lobo murmurador.

Entre las breñas de un cerro
Un día de gran nevada,
Un lobo á su camarada
Hablábale así de un perro:
—Es un maldito vecino,
Tan camorrista y cruel,
Que para estar libre de él,
Ya se necesita tino.

Ladrador para la gente,
Entrometido, goloso,
Suspicaz y cauteloso,
En fin, un perro indecente.
Pasaba en esta ocasión
Cerca de allí una raposa,
Paróse un tanto curiosa;
Y al oir la acusación
Dijo para su coleto:
—Anda que te crea un bobo,
Pero á quien acusa un lobo
Debe ser perro completo.
En caso próspero ó adverso
No echarás nunca en olvido,
Que es elogio el más cumplido
La censura del perverso.

CLV.—Los dos Perros.

Dos perros, uno sapiente
Y otro que nada sabía,
Estaban hablando un día
De su vida diferente.
—La mía, dijo el primero,
Está llena de delicias,
Hácenme todos caricias,
Como bien y cuanto quiero.
—Pues yo; exclama el segundo,
Hambiento y apaleado,

Soy el más desventurado
Perro, que existe en el mundo.
—Mi amo; el sapiente añadió,
Bien puede enseñarte á ti;
Si aprendes, como aprendí,
Estarás como estoy yo.
Trabajando con afán,
Te instruirás de contado,
Y cuando estes educado,
Vivirás como un Sultán.
—¡Yo educarme! ¡Qué ocurrencia!
En vano, amigo, te empeñas,
Bailar... Entender por señas...
¡Pues ya es menester paciencia!
—Entonces, ¿por qué te quejas,
Si por vivir en la holganza
La más risueña esperanza
Indolente y necio dejas?
Como el perro observo yo,
Que todos quieren tener
Las ventajas del saber,
Pero su trabajo no.

CLVI.—Los dos Caballos.

Cuidaba mucho un francés
Dos caballos por su mano;
Era el uno jerezano
Y era el otro cordobés.
Ambos de ardiente mirada,

Ambos de fuerte resuello,
Grueso y encorvado el cuello
La cabeza descarnada.
Era tanto su apostura,
Que yo afirmo sin recelo,
Pudieran ser el modelo
De Pablo en la fiel pintura.
Tenía el cordobés ya
Dada, y con bastante esmero,
La instrucción de picadero
Que á un buen caballo se da:
Corbetas, saltos atrás,
Con soltura bracear,
Paso de posta, trotar,
Gran galope y nada más.
  Educado el jerezano
Con destreza y tino raro
Bailaba, saltaba un aro,
Respondía con la mano.
Y aun no poca sorpresa,
Justo el público aplaudió
Cuando la polka bailó,
Y cuando comió á la mesa.
Otras mil habilidades
Hacía que no refiero,
Ganando muy buen dinero
Por villas y por ciudades.
En una (su nombre ignoro)
Quísole un inglés comprar,
Y por él llegaba á dar
Cantidad y grande de oro.

Hizo instancias el inglés,
Pero el amo resistía
Ofreciendo si quería,
Más barato el cordobés.
Ya podéis, dijo el britano,
Pues de los dos animales
Más que el cordobés reales,
Duros vale el jerezano.
Pardiez, singular ajuste,
Dijo al verlo un mozalvete
Boqui-rubio y regordete
De pocos años y fuste.
¡Linda idea! ¿Padre mío,
Si son estos animales
Absolutamente iguales
En hermosura y brío,
Será cuerdo y oportuno
O una solemne sandez
Por llevarse el de Jerez
Ofrecer veinte por uno?
El mismo pelo y alzada,
El mismo cuello encorvado.
—Hijo, el uno está educado
Y el otro no sabe nada.
Al hacer la tasación
Del valor de cada cual
Olvidaste, y haces mal,
De apreciar la educación.
Parangón apenas cabe,
De escucharlo no te asombres,
En caballos como en hombres,

Entre quien ignora y sabe:
La proporción que has oído
Ni es con mucho bastante;
Si vale uno el ignorante
Vale mil el instruído.

Concepción Arenal.

CLVII.—El Chopo (1).

Desplomado un terreno,
Quedaron descubiertas
Las raíces de un chopo
Lozano, habitador de la ribera.
Corrido de mirarlas
Tan torcidas y feas,
Dicen que con desprecio
Las empezó á insultar de esta manera:
—«Escóndanse al instante
Donde nadie las vea,
Que mis frondosas ramas
De ser hermanas suyas se avergüenzan.»
—«Tiene usted mil razones,
Le respondieron ellas,
Que por alimentarle
No merecemos otra recompensa.
»Pero con todo, amigo,
Deponga su soberbia
Que en faltando nosotras
Irá usted con sus ramas á la hoguera.»

(1) *Fábulas en variedad de metros.* Madrid, 1861.

¡Oh, necio poderoso,
Que al labrador desprecias,
Ellos son las raíces,
Y tú el ingrato chopo que alimentan!

José Santa Coloma.

CLVIII.—La Chispa de Fuego (1).

Una chispa un niño
Echó en un pajar;
Es la noche obscura,
Sopla el huracan.
Bienpronto la chispa
Fué llama voraz,
La paja ceniza,
Nada el pajar ya.
Entonces el padre
Del pobre zagal,
«¿Qué hiciste? le dice,
¿Qué hiciste, rapaz?
—Echar una chispa
De fuego no mas,
Que debió apagarse
Del viento al soplar.
Y ¡quién me dijera
Que tan grande mal
Chispa tan pequeña
Podía causar!

(1) *Fábulas, cuentos y epigramas*, dedicados á la Serma. Princesa de Asturias, por F. Garcés Marcilla. Madrid, 1855.

Al verla, hecha llama,
Crecer tan fugaz,
Los árboles todos
Su luz alumbrar,
¡Cuán arrepentido
Me vi, padre, cuán!
¡Oh! si pudiera
Volver hácia atrás,
¡Cómo recogiera
La chispa fatal...!
«Pues bien, dijo el padre,
A tiempo aun estás;
Antes que los vicios
Su incendio voraz
Prendan en tu pecho
Y arda allí un volcán,
Apaga las chispas
Que para tu mal,
Los crueles amigos
Suelen arrojar.»

CLIX.—La Vejiga y el Alfiler.

Anda muy hinchada,
Como gallo inglés,
La doña vejiga;
No coge en la piel.
Cuando por la calle
Vió á un pobre alfiler:
«¿Dónde vas tan flaco,
Que apenas te ven?
Hebra delicada,
Canto de papel,
Aparta, que paso,
Toda robustez.
La calle es estrecha,
Las plazas también.

¿No envidias mi pompa?
Quita á un lado, pues;
Que voy á estrujarte
Contra la pared.»
Picado, la pica
El duro alfiler;
Y apenas el aire
Una puerta ve,
Deja la vejiga
Vuelta solo piel.
«Señora tan hueca,
¿Adónde se fué
Tan alta grandeza,
Tal fuerza y poder?
Aquel en quien viste
Tanta pequeñez
Ha humillado, amiga,
A tan gran mujer.
Engríete, necia,
Inflate otra vez;
Un fuelle eres solo;
Viento tu altivez.»
Muchos que tampoco
Caben en la piel,
Y aire solo tienen
Bajo de su sien,
Miren que el más pobre
Llegará una vez
Que les de lecciones
Como el alfiler.

CLX.—La Caña de azúcar.

Cerca de un río, en la feraz campaña
Que tiene Andalucía,
En la costa de Málaga crecía
De rico azúcar la preciada caña,
Y á otra caña común así decía:
«Quítese allá, la hueca,
Que sólo sirve para alguna rueca.
—Y para usos, respóndele, infinitos.
—Es verdad: para hacer flautas y pitos,
Mientras que yo destilo una substancia,
Dígolo sin jactancia,
De gran valor y precio;

Constituyo un tesoro
Que tiene el mundo en el mayor aprecio.
Y por mi almíbar deja
La rica miel de la industriosa abeja.
—Pues para ser tan dulce, sepa, hermana,
Que algo amarga se explica, que es muy vana:
Que si usted con su azúcar da provecho,
Yo sirvo en la cabaña,
Por fuerte y por ligera, para el techo,
Y justo solo su desprecio fuera
Si para nada á la verdad sirvíera.»
Necio será quien á los otros aja;
Que útil es todo aquel que algo trabaja.

F. Garcés de Marcilla.

LIBRO SEXTO

Apólogos selectos de los principales fabulistas de la segunda mitad del siglo XIX.

CLXI.—El Ateo y el Pozo (1).

De cierto pozo examinando el hueco,
Dijo un ateo sabio sin segundo:
—«¿De qué te sirve, ¡oh pozo! ser profundo,
Si estás sin agua, y por lo tanto seco?»
—Con preguntar análogo respondo,
Contesta el pozo, sin hacerte agravio:
¿De que te sirve que te llamen sabio,
Si Dios no ocupa de tu ciencia el fondo?

CLXII.—La mano Derecha y la Izquierda.

Aunque la gente se aturda
Diré, sin citar la fecha,
Lo que la mano derecha
Le dijo un día á la zurda.
Y por si alguno creyó

(1) *Fábulas* en verso castellano en variedad de metros, por don Miguel Agustín Príncipe. Madrid, 1861.

Que no hay derecha con labia,
Diré también lo que sabia
La zurda le contestó.
Es, pues, el caso, que un día,
Viéndose la mano diestra,
En todo lista y maestra
A la izquierda reprendía.
—«Veo, exclamó con ahinco,
Que nunca vales dos bledos,
Pues teniendo cinco dedos,
Siempre eres torpe en los cinco.
Nunca puedo conseguir
Verte coser ni bordar:
¡Tú una aguja manejar!
Lo mismito que escribir.
Eres lerda y no me gruñas,
Pues no puedes, aunque quieras,
Ni aun manejar las tijeras
Para cortarme las uñas.
Yo en tanto las corto á tí
Y tú en ello te complaces,
Pues todo lo que no haces
Carga siempre sobre mí.
¿Dirásme por Belcebú
En qué demonios consiste
El que, siendo yo tan lista,
Seas tan torpe tú?
—«Mi aptitud, dijo la izquierda,
Siempre á la tuya ha igualado;
Pero á tí te han educado,
Y á mí me han criado lerda.

»¿De qué me sirve tener
Aptitud para mi oficio,
Si no tengo el ejercicio
Que la hace desenvolver?»
La Izquierda tuvo razón,
Porque lectores, no es cuento:
¿De que os servirá el talento
Si os falta la educación?

CLXIII.—La Antorcha.

Yo ví, queridos niños,
En noche tenebrosa,
Una sala alumbrada
Por una sola antorcha.
Trajo el dueño una vela,
Y en su luz encendióla,
Y vino luego el ama,
Y también encendió otra.
Imitaron su ejemplo
Diez ó doce personas,
Y todas encendieron
La luz en ella sola.
Yo le dije: —«¡Cuidado!
Pues si tanta luz roban
A esa antorcha brillante.
Se estinguirá la antorcha.»
—*¡Oh, no!* me contestaron:
No; que su luz hermosa
Semeja á la divina
que CARIDAD *se nombra;*

CARIDAD *en que el hombre*
Debe inflamar sus obras,
Si quiere, estando muertas,
Vivificarlas todas:
CARIDAD *que incesante*
En hacer bien se goza,
Y siempre en el se aumenta,
Y nunca en el agota.

CLXIV.—Los Ojos y la Nariz.

Cansada un día de llevar anteojos,
Dicen que dijo un día
La nariz á los ojos:
«Carga es aquesta que me causa enojos,
Y no la llevo más por vida por mía.
¿Qué fruto saco yo de ser paciente?
Hacer á ustedes ver la luz del cielo
Por uno y otro lente,
Sin que nunca premiar vea mi celo,
Ni agradecer siquiera afán tan rudo.»
Dice; da un estornudo,
Y héte en su pós las gafas en el suelo.
De su auxilio privadas,
No ven los ojos, aunque dan miradas;
Ni el pobre pie, que donde quier tropieza
Sabe á donde sus pasos endereza:
Por fin, el cuerpo todo,
Andando aquí y allá como un beodo,
Contra una esquina da descomulgada,
Y en ella la nariz queda aplastada.

Miguel Agustín Príncipe.

CLXV.—La Golondrina (1).

La Golondrina vivía sola
En una triste roca escarpada,
Guarida eterna de los azores,
De los mochuelos y de las águilas;
Y aunque cada año por el otoño
Veloz partía para otras playas,
Cuando volvían las frescas brisas,
Ella afanosa también tornaba,
Buscando siempre su agreste nido
Sobre la cumbre de la montaña.
—«Deja lugares tan espantosos,
Deja esa sierra tan solitaria,
Y ven conmigo donde yo vivo;
Le dijo un día su tierna hermana.
»Verás que linda casita tengo
En una vega toda estrellada
De flores bellas; verás que esencias
Y que aromas nos dan las auras.
Allí no habitan sombríos cárabos;
Ni esos halcones de aguda garra:
Sólo hay palomas que arrullan dulces,
Sólo hay alondras que todas cantan.
Vente, querida; yo se de fijo
Que va á agradarte mi hermosa estancia.»
Rendida al cabo por sus ofertas

(1) *Fábulas religiosas y morales*, por D. Felipe Jacinto de Sala, premiadas por la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del país. Sabadell. 1865.

Y por el fuego de sus palabras,
Dando á sus lares un adiós triste,
La Golondrina siguió á su hermana.
Era, en efecto, la vega aquella,
Perpetua fuente de ricas galas,
Centro de risas y de placeres,
Templo de amores y de esperanzas.
Mas aún en medio de esos cantos
Nuestra avecilla se pusa mala
De hipocondría. Ni los murmurios
De los arroyos y de las auras,
Ni la voz suave de las alondras
Y ruiseñores que allí cantaban,
Tuvieron nunca dentro su pecho
Poder bastante para alegrarla.
¿De qué nacía tanta tristeza?
¿Qué le dolía? ¿Por qué lloraba?
Echaba de menos las frías voces
De los mochuelos y de las águilas,
El graznar ronco del negro cuervo
Y el nido agreste de la montaña.
Al fin volvióse, y al ver de nuevo
La árida roca que abandonara,
Sintió curadas las amarguras
Con que la ausencia la atormentaba,
Y en faustos gritos de puro gozo
Saludó el seno de su morada.
No hay en la tierra, queridos niños,
Nada tan bello, tan grato al alma,
Como el sagrado de nuestro nido
Y como el Cielo de nuestra patria.

CLXVI.—La Abubilla y el Cisne.

—«¿En qué consiste, ave bella,
La Abubilla dijo al Cisne,
Que á mí todos me desdeñan,
Y á tí todos te distinguen?
Para tí son los palacios,
Para tí son los jardines,
Y los tranquilos estanques
Donde regalado vives.
¿Será que los corazones
A tu hermosura se rinden,
O es galardón que conceden
A tu talento sublime?»
—«Abubilla, yo no tengo
Ese talento que dicen,
Ni la divina armonía
Que los poetas me fingen.
»Mi voz igual á la tuya
Es ronca, desapacible,
Y mi canto es poco dulce
Y tiene mucho de triste.
»No diré que por lo lindo
Quizá con razón no brille;
Pero, más que la belleza,
El aseo me distingue.
»Estas plumas argentadas
Con que los Cielos me visten,
No hay hora en que cuidadoso
En las ondas no las limpie.
»De esta manera, Abubilla,

Logro que todos me admiren,
Y encuentro fácil entrada
En estos ricos pensiles,
Donde gozo, donde engordo,
Donde mi pico recibe
Hasta exquisitos bizcochos
De la mano de los príncipes.
»Tú podrías habitar
En cuantos sitios yo habite;
Porque si Dios te ha negado
Alas de blancos jazmines,
También te dió gallardía,
Te dió dorados matices,
Y ese vistoso copete,
De que con razón te engríes.
»¿Pero quién ha de quererte?
¿Que palacios han de abrirse
Ante tí, si prostituyes
El bello traje que vistes,
Si das asco por lo sucia
Y el mal olor que despides?
»¡Ay! Abubilla, abandona
El hábito que adquiriste;
Muda, muda de costumbres
Si pretendes que te estimen,
Y serás como nosotros
La gloria de los pensiles.»
Niños, podéis aplicaros
Esos consejos del Cisne;
A los que son aseados
La sociedad les distingue.

El aseo es en los hombres
Una prenda imprescindible;
Que la moral aconseja,
Que la buena higiene exige.

CLXVII.—La Violeta.

Flor poderosa,
Que en esta selva
Das al ambiente
Tu rica esencia
Que nos halaga;
Dime, Violeta:
¿Por qué te ocultas
Bajo la hierba?
—«Porque veladas
Con la modestia,
Son más hermosas
Nuestras ofrendas.»
Todas las almas
Que son discretas
Hacen lo mismo
Que la Violeta.

CLXVIII.—El Veterano y su espada.

Al ver tomada de orín
Su espada un día tan limpia,
Un veterano exclamaba:
—«¿Desde cuando, espada mía,
Perdiste tu brillantez
Y el buen temple que tenías?»
—«Desde que vivo en el ocio
En un rincón de armería.»
Perezosos, acordaos
De esa espada enmohecida;
La pereza es el orín

Que vuestras almas mancilla,
Y la que enerva las fuerzas,
Que solo el trabajo aviva.

CLXIX.—La Rata y el Armiño.

Parece que el hambre un día
Amenazaba de cerca
A una Rata y un Armiño
Que vivían en la sierra,
Y que asomando el hocico
Por su angosta madriguera,
A su blanquísimo amigo
Habló así la Rata aquella:
—«Mira, allende el pantano
Cuan fértil es la pradera,
Mira cuantos pajaritos
Entre los árboles vuelan,
Qué de insectos y legumbres,
Cuánto trigo y fruta tierna.
»Crucemos las turbias aguas;
Y, salvada esa barrerra,
Nos va á brindar la fortuna
Abundantísima mesa.»
—«Y es preciso que deslustre
Yo de mi piel la belleza?»
—«Sí que es preciso ¿y qué importa?
Si rico manjar se encuentra.»
—«¡Oh, no, no! dijo el Armiño,
Mi blancura es mi riqueza;

Si he de pisar esos lodos
Yo no salgo de la sierra.»
—«Qué bobo que eres amigo
En pensar de esta manera.
Yo nunca miré las cosas
Con tanta delicadeza:
Como llenara mi panza
En la basura me hundiera,
Con que así, resuelve pronto;
¿Quiéres seguirme, ó te quedas?»
—«Ratita, vete con Dios;
Mejor quiero la pobreza,
Mejor quiero yo los duelos
Y el hambre que nos asedia,
Que no que un blanco lunar
Manche mi blanca pureza.»
Imitad, hermosos niños,
Al Armiño de la sierra,
Conservando sin mancilla
Vuestra cándida pureza;
Que la flor más bella y santa
Es la flor de la inocencia.

Felipe Jacinto Sala.

CLXX.—Las Casitas (1).

Dos niñas al pie del mar
Se entregan á la faena
De hacer sus pequeñas casas

(1) *Fábulas morales, satíricas y filosóficas*, por D. José Doncel y Ordaz, Canónigo de Badajoz. 1897.

Con piedrecitas y arena;
Y por cierto usando conchas
Para figurar las tejas,
Y unos lindos caracoles
Como jambas de las puertas.
  Su padre las está viendo
Asomado á la azotea
De un palacio magnífico
Que grandes torres ostenta.
  —«¡Qué tontas! dice riyéndose
De aquella pueril tarea.
¡Cómo sudan y se afanan!
¿Y para qué? La marea
Ha de subir no tardando,
Y echará pronto por tierra
Esos pobres edificios
Con que tanto se recrean.»
  —«Escucha, señor, escucha,
Un papagayo contesta,
Que allí andaba parloteando
Por balcones y por rejas.
¿Por ventura es menos tonto,
Quien alza torres soberbias,
Como tú, en ese palacio
Con vanidad indiscreta;
Y no duerme, y se desvive,
Por amontonar riquezas
Y buscar goces sin cuento?
¿No está encima la marea
Del tiempo? ¿No ves la muerte,
Su insaciable compañera,

Cuando viene reclamando
Cada segundo su presa?
¿Y para qué tanto anhelo
Por bienes y por grandezas,
Que ayer fundáis cerca del mar
Y hoy sus olas se las llevan?»
Quien al Cielo no encamina
Sus obras y sus empresas,
Niño grande es que hace casas
Con piedrecitas y arena,
Y al pie de un mar proceloso
Donde hay contínuas tormentas.

CLXXI.—El Mar y los Arroyos.

«¡Qué arrogancia, qué orgullo, qué soberbia
Tiene esa Mar feroz! ¡Miren la tonta!
Sin duda más que todos se ha creido
Porque aguas y más aguas amontona.
»Y haciendo ostentación de su riqueza,
Levanta al Cielo gigantescas olas,
Y á los ríos y pobres arroyuelos,
Nos dirige miradas desdeñosas.
»No es posible vivir tan humillados;
Ese absurdo poder no hace sombra;
Acabemos con él, que muchos somos
Y segura ya vemos la victoria.»
De este modo murmuran cien Arroyos
Ocultos entre montes y entre rocas,

Resolviéndose á dar una batalla
A su odiosa rival la Mar indómita.
El instante supremo ya se acerca,
A las playas por fin todos se agolpan,
Y henchidos de coraje la acometen...
Pero aquella enemiga poderosa,
Impasible recibe los ataques;
Se sonríen de lástima sus ondas;
Confunde á los Arroyos, se los traga,
Y se queda tranquila y majestuosa.
La *virtud* es el Mar, grande y potente
Alza hasta el Cielo su sagrado aroma,
Como eleva á las nubes el Occéano
La plateada espuma de sus olas.
Arroyuelos sin cuento, cenagosos,
Decláranse enemigos de su gloria;
La envidia, la calumnia, las injurias,
Y cien émulos más en su ponzoña
Preténdenla envolver para atacarla...
Pero es invulnerable, es una joya
Que Dios de su diadema ha desprendido,
Y alcanza al hombre una eterna victoria.

José Doncel y Ordaz.

CLXXII.—El Burro enfermo.

A rebuznos quejándose un borrico,
La campaña y el monte estremecía,
Porque el pobre sufría
Una afección aguda en el hocico.

Acuden animales, pero al verle,
En insultante risa prorrumpiendo,
Al pobre borriquillo escarneciendo,
Burlas crueles supieron solo hacerle.
En el mundo no hallará quien le escuchare
Si el débil sus desgracias contar quiere;
Y es posible si lo hace sucediere
Que el relato sus penas acibare.

Félix de León Olalla (1).

CLXXIII.—El Aguila imprudente

Erase un Aguila altiva,
Hermosa, grande y veloz,
Que en su orgullo desmedido
Quiso llegar hasta el Sol.
Pensaba ya la orgullosa
Que el astro del esplendor
Recibiría con dicha
La visita que ideó,
Y en su no vista torpeza
Le decía al hombre:—«Vos
No sois nada comparado
Con mi fuerza y mi valor.
»Vos sois un grano de arena
Fijo en la tierra, mas yo,
Lijera cruzo el espacio
Y llegar puedo hasta Dios.
»De un vuelo, solo de un vuelo,

(1) *El Aura de la Niñez*, Colección de fábulas, leyendas, cuentos y poesías morales. Madrid, 1872.

Me presento al mismo Sol,
Le contemplo cara á cara
Sin que me dañe su ardor;
Escudriño los secretos
De la suprema mansión,
Do cantan los querubines
Con incomparable voz;
Me informo de los arcanos
Del mismo Cielo, me voy
A registrar las estrellas
Que nadie jamás midió.
Veo rodar desde lejos
El mundo, y al resplandor
Del astro que nos alumbra
El orbe cruzo veloz.»
Y así diciendo y haciendo,
Remontóse con ardor;
Cruzó el espacio infinito
Al hombre dando un adiós.
Traspasó preñadas nubes,
La inmensidad traspasó;
Y ocultóse á los mortales
Desde la etérea mansión.
¡Pobre Aguila! ligera
A negra región llegó
Y allí encontró por desdicha
Tinieblas en vez del Sol.
En vez de brisa suave
Encontró seco calor;
Y en vez de estrellas brillantes,
La obscuridad encontró.

Por el orgullo cegada
Y desoyendo la voz
Del aviso anticipado,
De su desdicha fué en pos;
Y haciendo un supremo esfuerzo
En otra región entró
Do luz no había ni aire...
Y allí le faltó el valor.
La sangre del ave altiva
Paró su circulación,
Y respirar no pudiendo
Sólo pudo decir:—«Hoy
Los Cielos han castigado
Mi orgullo y...» aquí la voz
Quedó helada en su garganta;
Las alas triste dobló;
Y desplomada cual rayo
Que la nube en su furor
Rápidamente descarga;
Así el Aguila veloz,
Sin vida ya, fría, inerte,
Su orgullo y su sinrazón
Ya vencidos, cayó presto,
Dejando plumas en pos,
Del hombre que la escuchara
En el mismo alrededor.
Al ver en tan pobre estado
A la que altiva dejó,
Así el hombre en su tristeza
Dijo con lastimada voz:
—«Dios castiga al orgulloso

Que falto de Religión
Quiere sus altos secretos
Escrudriñar sin temor.
»Esto os enseña, mortales,
Que la fe es un alto don,
Y que sin ver su gran gloria
Debemos temer á Dios.»
Pobre del que como el Aguila
Intenta ver su esplendor;
La gloria de Dios es alta
Y vosotros nada sois.

Tomás de Aquino Gallissá (1).

CLXXIV.—El Chopo y el Río (2).

Un Chopo cargado de años
Dijo á cierto Riachuelo
Que bullicioso rodaba
Por el valle pintoresco:
—«Detente, ¿no ves, imbécil,
Que á la mar corres derecho,
Y que te aguarda la tumba
En sus abismos inmensos?
»Vale más que en esa cuenca
Te entregues al blando sueño
Y tu breve edad prolongues
Cuando sea dable hacerlo.

(1) *Fábulas en verso originales.* Barcelona, 1873.

(2) *Fábulas morales,* escritas en variedad de metros por D. Raimundo Miguel, Catedrático de Retórica y Poética en el Instituto de San Isidro de Madrid. 2.ª edición económica. Jubera, editor. 1874.

»Detente, suban tus aguas
Hasta el nivel de los cerros,
Y un día serás, ¿quién sabe?
Tal vez un lago soberbio.»
— «Has hablado como un Chopo;
Contestó el Río discreto,
Sin suspender de sus ondas
El murmurio placentero.
»¿Me debo acaso á mí solo,
O el rico caudal que llevo
Me le ha dado la montaña
Para guardarle en secreto?
»¿Qué fueran sin mí los prados
Mustios y faltos de riego,
Y la frondosa llanura
Que fertilizo y sustento?
»Fuera de que, si mi vida
Consiste en estar corriendo,
Cuando me duerma ó me pare
Debo ya darme por muerto.»
Y sin decir más palabras
Saludó á su consejero,
Perdiéndose entre los juncos,
Cañaverales y fresnos.
El que indolente en el ocio
Frustra su inútil talento,
De nuestro diáfano Río
Contémplese en el espejo.

CLXXV.—El Saúco y el Brezo.

Arrogante, pomposo, perfumado,
Al borde de un arroyo cristalino,
Conversaba un Saúco allí plantado
Con un humilde Brezo su vecino.
—«Mil gracias al destino
Debo dar, exclamaba, pues le plugo
Darme un traje tan fresco y tan lozano,
Tan cargado de aromas en verano:
»El ramaje frondoso y floreciente
Corresponde á mi prócera estatura,
Y grata sombra envío á la corriente
Que á su influjo conserva la frescura.
Conmigo el aura pura
Jugando en el follaje se recrea:
Envidia de la selva son mis flores;
¿Qué arbusto, dime, las tendrá mejores?
»Pero tú, prosiguió, mísera planta,
Mezquino vegetal, cuya cabeza
Dos palmos de la tierra no levanta,
Relegado á vivir en la maleza,
Sin lustre en la corteza,
Tan breve en flores, tan menguado en hojas,
¿De verte junto á mí no te sonrojas?»
—«Bien conozco, señor, contesta el Brezo,
Que si atiendo á la pompa y al follaje,
A vuestro lado soy un arrapiezo,
Y que debo rendiros homenaje.
¡Lucís tan rico traje?...

Mas no daros querais tal importancia,
Que si el fondo analizo, no os encuentro
Ni pizca de meollo por adentro.
No valéis, como yo, ni aún para escoba;
Conducido al hogar, solo dais humo,
Y cuando el cierzo vuestras galas roba,
Un haz de cañas sois todo lo sumo.
Mirándoos, presumo
Que solo tenéis de útil vuestras flores,
Mientras yo, que de otros me abochorno,
Puedo dar miel y fomentar un horno.
Mi rubia flor, aunque menguada, es fina,
Largo tiempo conserva mi frescura,
Y su tinta agradable y purpurina
No envidia de las vuestras la blancura.
Compacta, recia y dura,
Las artes utilizan mi madera:
¿Qué es la vuestra en resumen? Casi nada,
Carne fofa no más, pura cañada...?
Cuado veo á un Narciso almibarado
Y escucho á campanudos oradores
Cuyo mérito estriba, bien mirado,
En el traje, en la pompa y en las flores,
De su facha y primores
Reírme suelo sin querer, y exclamo
Cada vez que á mi paso los tropiezo:
«¡Tate, tate, razón tenía el Brezo!»

CLXXVI.—Los dos Bueyes.

De malísima gana
Tiraba cierto Buey de la carreta
Un día de mañana
Por no sé qué rabieta
Que tuvo en el corral con el baquero,
Y á media voz le dijo al compañero:
«Cansado estoy, amigo,
De la mísera vida que llevamos;
Esta noche (en reserva te lo digo)
Si desuncen y acampan nuestros amos,
Como suelen, orilla de algún río,
Sin decir *Dios os guarde*, me las lio.»
—«No tan á pecho tomes,
Contestó el otro Buey, lo sucedido;
Aquí á lo menos, si trabajas, comes,
Y estás de fieros lobos defendido.
Por solo una paliza
Que al cabo mereciste por travieso,
Tienes al mayoral grande ojeriza,
Y de su autoridad sientes el peso;
Y ¿adónde irás, hermano,
Que tropieces con otro más humano?»
—«Pues bien, me quedaré, dijo el primero,
Mas haréme el maulón, tiraré poco;
Fingiré que estoy malo, que me muero,
Que ya no puedo más...»—«Eres un loco,
Le decía el segundo más prudente;
¿No ves que el amo irremisiblemente,

Si nota y ve tu flojedad é inercia
Ha de clavarte el aguijón de á tercia?
Fuera de que, barrunto
Que es mucho peor que el mal la medicina
Pues ó no entiendo jota en el asunto,
O antes que pase un mes te harán cecina.»
Asustó al holgazán la tal sentencia,
Y siguió trabajando con paciencia.
Aprenda el perezoso
Que nadie vino al mundo á estar ocioso.
El destino á los míseros mortales
Con igualdad completa
Condenó de la vida en los umbrales
A tirar cada cual de su carreta.

CLXXVII.—El Pino y el Madroño.

A cierto gigante Pino
Que en un cerro descollaba
De esta manera le hablaba
Un Madroño su vecino:
—«Es condición harto dura
La tuya, rindiendo un fruto
Tan roñoso y diminuto
Con mengua de tu estatura.
»Ya no extraño, compañero,
Que á despecho de las aves
Le encierres bajo tres llaves
En esas piñas de acero.
»Tu vergüenza y confusión

No creas me maravillan,
Pues hijos que al padre humillan
Oprobio del padre son.
»La sabia naturaleza
Fué más pródiga conmigo,
Pues tener pomas consigo
De otro tamaño y belleza.
»Míralas: por su color
Y el rico aroma que exhalan,
Si no superan, igualan
A la más preciada flor.
»¡Y cuál luce mi ropaje
Cuando en Abril reverdece!
Mientras que esparto parece
Tu descarnado ramaje.
»Gloriarse puede el Otoño
De encontrar en su camino
Al lado de mustio Pino
El rozagante Madroño.»
Notando con calma vá
El Pino arenga tan rara;
Mas viendo que al fin se para,
Prorrumpe:—«¿Acabaste ya?
»Dos cosas decirte quiero,
Y atento las has de oir,
Pues bastan á confundir
Ese tu orgullo altanero.
Sepa el Madroño hablador
Que en una casa arreglada
La joya más estimada
Se guarda siempre mejor.

»Y sepa el necio además
Que el mérito de más cuenta
No es el que vano se ostenta,
Sino el que se oculta más.»

CLXXVIII.—Las dos Peñas.

De una altiva cordillera
Cierta peña desprendida
Como liebre perseguida
Volaba por la ladera.
Otra que estaba detrás,
Al verla huir de repente,
—«Detente, exclamó, detente,
¿A dónde tan ciega vas?»
Y sin cesar de correr
La primera respondía:
—«Es en vano, amiga mía,
No me puedo detener.»
Y en aquel instante mismo
Sufriendo enormes porrazos,
Dió deshecha en mil pedazos
En el fondo del abismo.
Seguro vas á tu ruina,
Si resbalas imprudente
Por la escabrosa pendiente
Del vicio que te domina.

Raimundo Miguel.

CLXXIX.—Las dos nubes.

Cargada una nube
De fluído eléctrico,
Cruzaba el espacio
A merced del viento.

Tan pronto marchaba
Con hórrido estruendo,
De Sur hacia el Norte
Bramando y rugiendo,

Como revolvíase
Formando tremendos
Celejas negruzcos
Hacia el lado opuesto,

Llenando de pánico
Al humano género.
De pronto aparece
Sobre el rojo cielo,

Otra espesa Nube
Cual si del Averno
Satán la arrojase
Con bárbaro estruendo.

¡Qué ruído! ¡Qué furia!
¡Qué nieblas! ¡Qué viento!
De pronto ambas nubes
Vénse allá... á lo lejos;

Deponen su ira,
Suavizan su empeño

Y ven que es su fluído
De diverso género.

¡Excelente idea!
¡Sublime deseo
Les viene á la mente!
¡Feliz pensamiento!

Corren á abrazarse
Cruzando el etéreo
Espacio, y en ósculo
Tremebundo, inmenso,

Sellaron el pacto,
Y en paz recorrieron
Como dos hermanas
El hermoso Cielo.

Un vivo relámpago
Que á mil dejó ciegos,
Sirvió de testigo
A este abrazo eterno.

Si hay enemigos
Que leyeren esto,
Se acuerden siquieren
Del fluído eléctrico,
Que siendo en las nubes
De distinto género,
Se atrae mutuamente
Como dice el cuento (1).

Desiderio Viela.

(1) *Gotas de rocio.—Doloras, Fábulas y Poesias varias.* Guadalajara. 1878.

CLXXX.—La Veleta y el Viento (1).

¡Válgame Dios! con razón
Dijo al Viento la Veleta:
—«¿Querrás dejarme estar quieta
En alguna posición?
Ora miro al Septentrión...
Al Sur hoy, si al Norte ayer...»
—«Así place á mi poder
Repuso el Viento ya dicho;
Quien obedece al capricho,
Víctima suya ha de ser.»

CLXXXI.—El genio del Elefante.

El Elefante á nadie
Se rinde á palos;
Pero se hace juguete
Con los regalos.
Manda con modos,
Porque éstos, más que nada,
Mueven á todos.

CLXXXII.—La Puerta y el Aldabón.

Al batir el Aldabón,
Luego la puerta se abría;
Pero, al resonar un día,
No tuvo contestación.

(1) *Fábulas morales* para niños, niñas y jóvenes adolescentes, por D. Alonso Enrique Ollero, Madrid, 1878.

¡Aquí de su indignación!
Bate y bate á mano dura;
Pero con tanta premura,
Que él mismo se descompone.
A tal efecto se expone
Quien olvida la mesura.

CLXXXIII.—El Moscardón y la Araña.

Con escándalo y ruído,
Iba un grande Moscardón
Atolondrando el oído,
Diciendo con tal zumbido,
Yo voy de caza al balcón.

Al verle una Araña, dijo:
Infeliz,—¿á dónde vas?
Si á cazar moscas, colijo
Con tal ruído, de fijo,
Que no las pillas jamás;

Si evitar quieres la mengua,
Está el zumbido de sobra.
Para toda maniobra,
Dale menos á la lengua
Y un poco más á la obra.

El Moscardón no oye nada
Y al cristal se va zumbando;
Mientras que, oculta y callada,
Queda la Araña, achantada,
Sus víctimas esperando.

Nada el Moscardón alcanza,
Pues la mosca huyendo vuela;
Pero, al huir, sin tardanza,
La pobre mosca se lanza
De aquella Araña en la tela.

¡Queda el Moscardón lucido!
Siendo lo peor del caso,
Que, al oir tanto zumbido,
Vino una escoba al ruído
Y allí lo aplastó de paso.

La Araña, es claro, riendo
Se quedó de tanta bulla;
Y en todo caso, lo entiendo,
Para el zumbido tremendo
Tiene siempre alguna puya.

El silencio nunca daña,
Y la bulla compromete:
Sirva de ejemplo la Araña;
Poca bulla y mucha maña,
Si una empresa se acomete.

Alonso E. Ollero.

CLXXXIV.—El Lorito, el Pavo real y las Calandrias.

Pusieron á un Loro
Con su cadenilla
Atado á una reja
Que daba á un corral,
Donde suelto andaba,

Luciendo su cola,
Un muy arrogante
Lindo Pavo real.
  En muy pocos días
El Loro parlero
Del Pavo el graznido
Muy bien aprendió;
Y desde la aurora
Con terca porfía,
Ya al uno, ya al otro,
Graznando se oyó.
  La dueña del Loro,
Molesta de oirle,
Tan fea costumbre
Quitóle por fin;
Y lejos del Pavo
Le puso contenta
En otra ventana
Que daba al jardín.
  Allí dos Calandrias
Cercanas tenía
Que, en jaulas viviendo,
Solían cantar;
Con ellas olvida
El Loro el graznido,
Por más que no puede
Su trino imitar.
  Un día volando
El Pavo se vino
Hacia aquella parte,
Y á su amigo vió,

Y en tono de burla
Le dijo:—«Amiguito,
¡Vaya unas vecinas
Que tu ama te dió!
»De mí te apartaron,
Que tengo corona
Y soy entre todas
Las aves gentil,
Y en cambio te encuentro
Con dos pajaruchos
Que son de una raza
Bien rústica y vil.»
Oyóle la dueña,
Y díjole al punto:
—«Pues mire, señor Pavo,
Su real majestad
Enseña, no obstante,
Muy feas costumbres,
Y no me conviene su
Regia amistad.
»Su corona es bella,
Su cola admirable,
Pero la hermosura
Jamás se pegó;
Mientras su graznido,
Que al gato remeda,
En pocas lecciones
Mi Loro aprendió.»
Si eliges amigos,
Repara primero
Su porte y costumbres

Lenguaje y demás;
Y siempre mejores
Que los tuyos sean,
O al menos iguales;
Peores, jamás.

Micaela Ferrer de Otálora.

Maestra de las Escuelas Municipales de Madrid (1).

CLXXXV.—La Ostra y los Peregrinos

Imitada de La Fontaine (2).

Dos peregrinos un día
Una gran ostra encontraron,
Y á disputar comenzaron
Sobre á quien pertenecía.
—Antes que tú la vi yo,
Y me la debo comer.
—No; cuando vino á caer
A mis pies, yo la cogí.
—Es mía.—No, señor, mía.
—Yo no la cedo.—Ni yo.
En esto un sabio llegó,
Curioso, á ver qué ocurría.
La ocasión de aquel disgusto
Minuciosos le contaron,
Y su árbitro le nombraron
Creyéndole recto y justo.

---

(1) *Apólogos y Diálogos.* Madrid. 1881.

(2) No es original de *La Fontaine*, sino de *Esopo.* La mayor parte de los apólogos del célebre fabulista francés, son versiones de las de los clásicos.—N. del A.

Cogió el marisco en sus manos,
Le abrió con mucha limpieza
Y dijo con entereza:
—Esta es mi opinión hermanos.
Y dándole á cada cual
Una concha, él, que el centro
Estaba, lo que halló dentro
Se lo comió muy formal.
Y uno y otro peregrino,
Por su soberbia maldita,
Se quedaron sin la ostrita
Que un extraño á comer vino.
No disputes con tu hermano;
Y cede siempre que puedas,
Que tú serás, *como cedas*,
Más humilde y menos vano.

Carlos Frontaura (1).

CLXXXVI.—La Visita temprano (2).

Sin haber motivo soberano,
De visita no vayas muy temprano,
Que el ver á la señora
En dessusada hora,
Quizá con extremado desaliño,

(1) *Cuadros infantiles*. Colección de cuentos en prosa y en verso. J. y A. Bartinos, editores. Barcelona. 1881.

(2) *Fábulas fabulosas*, apadrinadas y publicadas por el Doctor Thebussem, con prólogo de D. Juan Eugenio Harzembusch y licencia de D. José María Asensio. Madrid. 1885.

O el descompuesto lecho de algún niño,
Y la silla empolvada,
Y la casa revuelta y trastornada,
Entre los gustos malos
Este es de aquellos que merecen palos.
Perdona, pues, el ripio:
Sin haber un motivo soberano
(Como dije al principio),
No vayas de visita muy temprano.

CLXXXVII.—La Visita larga.

Ferrocarril, telégrafo, vapor,
Son el regulador
De que el glorioso siglo diez y nueve
Es por esencia el siglo de lo breve.
¿Y ha de haber todavía
Quien visite á su tía,
Y en la visita pase hora tras hora,
Sin tener compasión de una señora
Que tendrá mil cuidados
Con sus hijos, su casa, sus criados,
Y si fuese beata tendrá rezos,
Y si profana, moños y aderezos?
El máximum será de una visita
Media hora.... escasita.
. . . . . .
Habrá quien diga: *Nada... te equivocas...*
Hay excepciones... (pero muy pocas)...

CLXXXVIII.—Los encarguitos.

Si vas á Barcelona
Llevarás carta para tía Ramona;
Y además te suplico
Que entregues esos cuartos á Perico;
Y acomoda en tu saco esta cajita,
Que lleva las chinelas de Juanita.
Quien endosa al amigo ó al pariente
Su carta ó el encargo ó el dinero,
No merece llamarse impertinente...
Que merece nombrarse... majadero.

Doctor Thebussem.

CLXXXIX.—El Tigre y el Arroyo.

Un Tigre había devorado
A una inocente cordera,
Junto á la fresca rivera
De un Arroyo sosegado.

Manchóse su hermosa piel
Con sangre de la inocente,
Mancha para el delincuente
Aterradora y cruel.

Para escusarse la pena,
Labarse el ruín determina
En el agua cristalina
De la corriente serena,

Su fin el traidor logró,
Aunque si bien se repara,
Roja tornó el agua clara
Con la sangre que dejó.

¡Cuántos, por borrar quizás,
Las manchas de su conciencia,
Empañan con insolencia
El honor de los demás!

Brautio Mellado (1).

CXC.—La Tórtola y el Ave-Fénix (2).

—¡Qué feliz suerte la tuya!
Decía al Fénix la Tortolilla:
¿Mueres? ¡Qué importa, si más dichosa,
Después renaces de tus cenizas,
Y otra vez tornas á estos lugares
Cual tornar suelen las golondrinas,
Y aquí recoges tus ilusiones
Y haces perpetuas tus alegrías!
¿Por qué contigo tal privilegio?
La parca en tanto siega mi vida;
Huyo de estos valles, y jamás vuelvo...
¿Por qué conmigo tal injusticia?
—¡Ay! no te halague, contestó el Fénix,
Esta ficticia fortuna mía.
Yo vivo sola, sola en el mundo;

(1) *Fábulas* con un prólogo de D. José Selgas. Lorca. 1886.
(2) *Nuevas fábulas* por D. Felipe Jacinto de Sala, Barcelona. 1886.

Yo no he probado ni una caricia;
No tuve amores, no tengo prole;
Soy planta estéril, ave maldita.
Mas tú cuitada, tú amaste siempre;
Tú has sido madre, ¿qué mejor dicha?
¿Por qué te dueles de una existencia
Que es tan hermosa con ser efímera?
¿Ser feliz quieres? Sigue el consejo
Que yo he seguido: Tórtola amiga,
Nunca desdeñes tu propia suerte;
Nunca la ajena te inspire envidia.

CXCI.—El Granizo.

—¿Por qué corres por la huerta
Con tan recio temporal?
¿No ves que te estás mojando,
Loquilla?
—Calla, papá,
Que recojo hermosas perlas
Para tejerme un collar.
Y levantando las puntas
De su blanco delantal:
—Mira, clamaba la niña
Con un gozo singular:
Piedras preciosas del cielo.
¡Qué bien me sentarán!
—¡Pobre hija mía! esas joyas
Que creiste atesorar,
Eran granizo de Marzo,

Y al tocarlas por tu mal,
Se deshicieron en agua
Dejando muerto tu afán.
¿Verdad que las ilusiones
Son de condición igual?
Perlas, al brillar de lejos;
Agua, cuando las tocáis.

CXCII.—El Viejo y la Voz.

—«Partes de mi propio cuerpo,
Formas un tiempo lozanas,
¿Cómo así os desmoronáis?»
Triste un viejo preguntaba.
«Encaneció mi cabeza;
Púsose corva la espalda;
La tez perdió su tersura
Y hasta las fuerzas me faltan.
»¿De qué arcilla deleznable?
¿De qué polvo estáis formadas,
Que en la escala de la vida
El subir os anonada?»
—«Es que la materia muere,
Clamó una voz sobre humana.»
—«Facultades del espíritu
Que, buscando mejor patria
Pugnáis siempre por romper
La prisión que os avasalla;
¿Cómo tan altas crecéis?
—El mismo viejo exclamaba,

»Ahora mi entendimiento
Sus horizontes ensancha;
Y es mi voluntad más firme,
Y es mi memoria más clara.
»Nobilísimas potencias,
¿De qué esencia estáis formadas,
Que en la aridez del invierno
Florecéis con tantas galas?»
Y la voz dijo:—«El Eterno
Las forjó en excelsa fragua
Ellas proclaman á coro
La inmortalidad del alma.»

Felipe Jacinto de Sala.

CXCIII.—El Erizo y la Castaña.

Díjole la Castaña
Al propio Erizo:
—¿Por qué á tí me aprisionas
Con tanto ahínco?
Mas le contesta:
—Si en libertad te dejo
Caes y te secas.
A tí yo te sujeto,
Y á mí el tallo;
Al tallo fuerte rama,
Que oprime el árbol;
A este encadenan
Raíces, que retiene
La madre tierra.

Si cualquiera desata
Sus ligaduras,
Recibe como fruto
Muerte segura.
Quitando trabas,
Los estados perecen
Como las plantas.

Joaquín de la Puerta, *pbro.* (1).

CXCIV.—El Capital y el Trabajo.

Alborotóse el Trabajo
Contra el Capital un día,
Por que éste carne comía,
Mientras él sopa de ajo.
—«Eso no es equitativo,
Dijo el primero al segundo;
Tú, disfrutando del mundo;
Yo, sufriendo sin motivo.
»Bastante me has explotado;
Anda, egoísta, me voy;
Gananciaré desde hoy
Lo que tú hasta aquí has lucrado.»
—«Ten presente, compañero,
Dijo el Rico con aplomo,
Que si ahora carne como,
Sardinas comí primero.

(1) *Fábulas político-sociales.* Granada, 1891.

»Tú sin mí poco valdrías;
Sin tí de nada aprovecho,
Este es un probado hecho
Que se ve todos los días.
»No creas que el Capital
Es enemigo de tí,
Quien te divorcia de mí
Es tu adversario mortal.
»Economiza, trabaja,
No desdeñes el honrarme,
Que así podrás reemplazarme
Con no pequeña ventaja.»
El Trabajo convencido
Puso en práctica el consejo,
Y antes de llegar á viejo
Logró el premio merecido.

Simón Aguilar y Claramunt.
Maestro Normal (1).

CXCV.—La Paja en el Ojo ajeno.

Aunque hace dos horas
O tres que es de día,
Ha almorzado Juana
Huevos en tortilla,
Jamón con tomate,
Cinco ó seis torrijas,

(1) *Nuevas fábulas infantiles* Valencia. 1894.

Dos melocotones
Y cuatro rosquillas.
Luego á sus palomas
Les echa unas migas
Y dice al mirarlas
Comiendo, la niña:
—¡Cuidado si tragan
Estas palomitas!

Manuel Ossorio y Bernard (1).

CXCVI.—La Caña común y el Trigo.

Cuán endeble y cuán baja;
A una mata de trigo
Dijo una caña.
El trigo le contesta:
—Tú eres más alta,
De talle más esbelto,
De hojas más anchas;
Pero tú, ¿qué productos,
Qué frutos gastas?
Yo, aunque soy débil,
Para tí baja,
Con mis granos sustento
La especie humana,
Mientras tú, vanidosa,
Con tu gran talla,
Tu ramaje frondoso,

(1) *Fábulas y Moralejas*. Barcelona. 1896.

Tus hojas largas,
En tu vida produces
Más que hojarasca.
Las personas ligeras,
Necias ó fátuas,
Suelen juzgar los hombres
Por la fachada;
Pero se ven expuestas,
Como la caña,
A que les salga el tiro
Por la culata.

Nicolás Pérez Jiménez (1).

CXCVII.—El Clavo de una herradura.

Porque un herrador inhábil
No supo dejar un clavo
Bien seguro en la herradura
De un belicoso caballo,

En lo recio del combate
Quedó el alazán descalzo;
Rezagóseles gran trecho,
Y hubieron de abandonarlo.

Seguir á pie quiso el jefe
Que del alazán era amo:
No pudo andar con las armas,
Y se sentó fatigado.

(1) *Cien fábulas* con un prólogo del Excmo. Sr. D. Víctor Valaguer. Barcelona. 1898.

Entonces los enemigos,
Viéndole solo en el campo,
Cercándole con presura,
Mañosos le aprisionaron.

Preso el general, dispersos
Se vieron ir los soldados,
Y las columnas contrarias
Por donde les plugo entraron.

Las plazas se les abrieron,
Los pueblos prestaron paso,
Y el reino hasta entonces libre,
Quedó para siempre esclavo.

¡Oh, cuántas calamidades
Sobrevinieron, y cuántos
Desastres se ocasionaban
Por los intrusos tiranos!

Y fué causa un ignorante,
Que por él se perdió el clavo,
Por el clavo, la herradura;
Por la herradura, el caballo;

Por el caballo perdióse
Un jefe brioso y preclaro,
Por el jefe, la batalla;
Por la batalla... un Estado.

Ezequiel Solana.
Maestro Normal. (1)

---

(1) *Alboradas.* Ramillete de poesías. Obra aprobada por Real orden de 29 de Abril de 1898 para servir de texto en las Escuelas. Madrid 1908.

LIBRO SEPTIMO

Apólogos selectos del P. Cayetano Fernández, Ventura Ruiz Aguilera, Juan E. Hartzembusch, Ramón de Campoamor y Antonia Díaz de Lamarque.

CXCVIII.—Los Tigres pintados (1).

A la entrada de un viñedo
Dos fieros Tigres pintaron,
Y tan bien los imitaron
Que daban un susto al miedo.
Al que ignora aquel enredo
El susto para un instante;
Y el fuerte dice «¡adelante!»
¡Y el cobarde retrocede...!
Mas goza el fruto abundante
El que á fantasmas no cede.

(1) *Fábulas ascéticas*, por el P. D. Cayetano Fernández, de la Real Academia Española y de la de Buenas Letras de Sevilla. Sevilla. 1864.

¡Oh Virtud, á tus entradas
También hay fieras pintadas
Que asustan al alma necia!
¡Dichoso el que las desprecia!

CXCIX.—El Girasol.

Tres flores de un vergel,
Las más hermosas,
Rosa, nardo, clavel,
Presuntuosas
Preguntaban con ansia á sus Señores
Cuál fuese la mejor entre las flores.

Quien responde «el jazmín»;
Quien «la violeta»
Quien «la rosa», y en fin,
Para completa
Variedad de sentir en el concurso,
No faltó quien les hizo este discurso:

—«Prefiero el Girasol
Gallardo y recto;
El amante dèl Sol,
El más perfecto,
Que con virtud ajena de una planta
A la altura de un hombre se levanta.

¿No le véis con qué afán,
A toda hora,
Sigue al regio galán
A quien adora,

Y reverente la cabeza inclina
Desde que ve su lumbre matutina?

Vosotras, al revés,
Del bajo suelo
No levantáis dos pies;
Y mustio duelo
Os abate y enoja entre desmayos,
Cuando derrama el Sol ardientes rayos.

Por eso con rigor
Y ceño os trata,
Las galas y el primor
Os arrebata;
Y vuestro cáliz, que el aroma encierra,
A la tarde, ¡infeliz! ya está por tierra.

—«¡Hermanas, es verdad!
Mas no os asombre;
Que igual calamidad
Sucede al hombre.»
La Rosa dijo, y terminó la escena,
Con aquesta lecció de moral llena:

El mísero mortal
Que á Dios no mira,
En abismos de mal
Al fin espira;
Mas del justo que vive en su presencia
Recta, noble y feliz es la exisiencia.

CC.—Las Pompitas.

Con espumas de jabón,
Por un cañuto de caña,
Soplaba un niño con maña,
Pompitas desde un balcón.
En la calle un Zagalón,
Viéndolas bajar tan bellas,
Presuroso iba á cogellas;
Mas, al tocarles su mano,
Tornábanse en aire vano,
Sin quedar ni rastro de ellas.
—«Zagalón, qué necio eres,
(Dice un quidan) pues ¿nó ves
Lo que indica y lo que es
Ese globo que asir quieres?»
Es tipo de los placeres
Por quien los hombres deliran;
Que, cuando lejos se miran,
Cautivan el corazón,
Mas se ve que nada son,
Cuando, al tocarles, espiran.

CCI.—El Tiempo.

Una noche en que el sueño andaba lejos,
De mi pálida luz á los reflejos,
El Tiempo, á solas, penetró en mi estancia
A hacerme una consulta de importancia.

Y después de pedir con voz sonora
Perdón por lo molesto de la hora,
—«Quiero, dice, saber lo que hay de cierto
En un asunto que me tiene muerto:
Yo no sé lo que soy, ni lo que valgo,
Y áun me pongo á dudar si seré algo.
¡Tú eres oro! me dice el comerciante;
Su carrera me llama el estudiante,
El labrador su afán; tan sólo el necio
Me condena al olvido y al desprecio.
Quien me pinta con alas; quien, sañudo
Engullendo voraz un niño crudo.
Unos dicen que calmo los pesares,
Otros, que los reparto por millares;
Los que gozan, me tienen por ligero,
Los que sufren, por tardo y majadero.
Los jóvenes me llaman su destino,
Y los viejos me acusan de asesino.
Y después de tan larga rociada
El filósofo dice que soy *nada!*
Así, pues, en tamaño desconcierto
Quiero saber de tí lo que hay de cierto;
Que no sé lo que soy, ni lo que valgo,
Y áun me pongo á dudar si seré algo.»—

Y el tiempo urge... y mi palabra espera...
Y al cabo respondí de esta manera:

—«Todos tienen razón, pues cada hombre
Como le vá contigo te da el nombre.
Y, pues oir mi parecer requieres,
Te diré, para mí, lo que tú eres:

Eres... *mi salvación ó mi ruina!*
Esto me dice la verdad divina;
Si te pierdo ¡ay de mí! serás *infierno*;
Si te ocupo en el bien, mi *gozo eterno,*
—«Publíca esa verdad!»
—«*Que el tiempo es llave*
De la honda eternidad, ¿quién no lo sabe?»

CCII.—La Lengua y la Espada.

Una Lengua y una Espada,
Fué el caso, cayeron presas,
Aquella por viperina,
Estotra por pendenciera.

Y, al verse en la cárcel juntas,
Formando otros presos rueda,
Después de amables saludos,
Se hablaron de esta manera:

—«¿Qué has hecho tú, peleona?
Dijo á la Espada la Lengua.»
—«He dado unas cuchilladas,
Repuso vibrante aquella:

»Además, en guerra injusta
He fulminado sangrienta;
Y al cabo, como soy fuerte,
He cometido violencias.»

—«¿Y por esas niñerías,
Responde la otra, te pescan?

¡Vaya, vaya! no te apures;
Escucha, verás lindezas:

»Yo profiero cada día
Por millares las blasfemias,
Voto más que un carretero,
Miento más que la gaceta.

»Juro en falso y, por mi dicho,
A más de un pobre trompeta
Hicieron morir bailando,
Se entiende, bajo una cuerda.

»Murmurar, es mi delicia,
La calumnia, mi sistema,
No dejando honor seguro
Ni en casada ni en doncella.

»Desuno los matrimonios,
Rompo amistades eternas,
Y, atizando la discordia,
Destruyo la paz doméstica.

»Y es lo peor de mis gracias
(Aunque todas son perversas)
Que los daños que ocasiono
Tarde ó nunca se remedian.

»Adulo á los poderosos,
Trato al pobre á la baqueta,
Y arruino las familias
Con fraude, estafas y afrentas.

»Divido los ciudadanos
Con mis programas y arengas,

Y al pueblo simple alboroto
Con patrañas y quimeras.

»Y turbo la paz del orbe
Con mil intrigas funestas,
Y entre naciones y reyes,
Gozo avivando la guerra.

»Y por fin, si no atajaran
El furor que me envenena,
Cenizas hiciera el orbe
Con mis ardientes saetas.»

—«Cielo Santo! exclaman todos
Los nenes de la caterva;
Y, santiguándose muchos,
Sentaron por cosa cierta:

»Que la Espada es una monja
En faz de su compañera;
Pues no hay pecados peores
Que los pecados de Lengua.»

CCIII.—La Azucena.

Era un jardín; sus delicadas flores
De aroma ricas, de color suaves,
Son los castos amores
De un Príncipe, su dueño,
Que del mágico Edén tiene las llaves,
Y guarda él sólo con prolijo empeño.

No hay en él una flor con mancha ó ruga;

Todas son virginales,
Hermosas, celestiales,
Sin huella de gusano ni de oruga.
¡Oh, si obscuro lunar alguna arroja,
El Jardinero al punto la deshoja!

Ved la causa del llanto, que á porfía,
Desde el Lirio á la Malva,
Derramaban las flores, cierto día,
Al despuntar el Alba:
Fué, que un rojo Clavel, del Dueño amado,
¡Con negra pinta amaneció manchado!

¡Ruegan todos por él, mas no hay consuelo!
La Violeta temblando,
Más lívida se pone con su duelo;
El Nardo, el Alelí, su tez plegando,
Se vuelven sin perdón, y hasta la Rosa
Torna más bella cuanto más llorosa.

¡Ay del triste Clavel! que nadie alcanza
A redimir su pena;
Pero... al mísero resta una esperanza:
¿La cándida Azucena
Ha rogado por él? ¡Oh! vedla luego
Reunir sus gracias, y elevar su ruego.

Era la Flor de blanco alabastrino,
Pura como el aliento de un querube:
Su perfume divino
Como el incienso sube
A regalar al Dueño enamorado:
Era la Flor más bella del cercado.

Y con granos de oro
Rutilantes adorna el albo seno;
Y del aura y la luz y el campo ameno
Se ostenta cual riquísimo tesoro,
Cuyos reflejos vivos
Al aura, campo y luz tienen cautivos.

El Dueño amante con afán la mira,
Y —«Pide, exclama, pues tu amor suspira,
Tuyo soy todo entero.»
Y tímida, acertando á hablar apenas,
Al punto dice: —«¡Quiero...
Una gota de sangre de tus venas!

La verteré sobre el Clavel liviano;
Y el carmín soberano
Sanando por entero
Su fino esmalte, la color perdida,
La Flor te deberá su ser primero,
Y á la Azucena... deberá la vida.»

Dijo, y las aves en alegre canto
Rompieron á la vez; y más sonora
La fuente murmuró; con nuevo encanto
La brisa voladora
Al infausto Clavel que holló sus galas
La nueva del perdón llevó en sus alas.

. . . . . .

. . . . . .

Y tuvieron festín todas las flores;
Y brillaron con célicos fulgores,
Según dice la historia,

Para dar al Clavel la enhorabuena,
Al Jardinero gloria,
Y aplausos mil y mil á la Azucena.

¡Oh mortal! si la mancha del pecado
A morir te condena,
Contra Dios irritado
Áun te resta en el Cielo una Azucena.
Implórala, diciéndole: ¡María
Tú eres la vida, la Esperanza mia!

CCIV.—El Loro y el Grillo

Érase un Loro maldito,
Que se gloriaba de santo;
Porque siempre era su canto
El Santo-Dios y el Bendito.

— «¡Calle el necio, y no eche plantas!
(Dijo un Grillo.) No te alabes;
Pues si cantas lo que sabes,
Nunca sabes lo que cantas.»—

¡Y tuvo razón el bicho!
Y áun sus tiros se enderezan
A esos que rezan y rezan
Sin saber lo que se han dicho.

Pues la cristiana Oración
Jamás se remonta al Cielo,
Si no le prestan su vuelo
La mente y el corazón.

CCV.—El Alcides burlado.

En un manso riachuelo
De linfas trasparentes,
Sin fatiga
Guiaba un Rapazuelo,
Por las suaves corrientes,
Una viga.

De sus fuerzas ufano,
El orgullo le eleva
Con exceso;
Sin ver el casquivano,
Que es el agua quien lleva
Todo el peso.

—«¡Admiren mi pujanza
Los mozos más cabales!
(Grita ledo)
Al ver que, como en chanza,
Empujo diez quintales
Con un dedo!

»Ya no temo que estalle
Tropel ni barahunda,
Con tal brazo;
Pues harán todos calle,
Temiendo que los hunda
De un porrazo!»—

Mas ¡ay! que el gran madero
Se le atasca en la arena.

¡Suerte aleve!
Y ya el Alcides fiero
Con toda su faena
No lo mueve.

—«¿En dónde está tu brío
(Gritábale la gente
Seor pedante?»—
Y hasta el plácido río
Burlábase inclemente
Del gigante.

Si Dios al hombre abona,
En la empresa más ruda
Será fuerte,
Mas ¡ay, del que blasona!
Pues si pierde su ayuda
Queda inerte.

CCVI.—Los Náufragos.

Avanza ligera nave,
Surcando la mar soberbia,
Sin temor de la borrasca
Que ya, á barlovento, truena.

Cargada de maravillas
Y de orientales preseas
¡Cuántos sueños y esperanzas
En su frágil bordo lleva!

Mas ¡ay! que la tempestad
Bate sus alas ligeras:

Vino la noche: ¡qué espanto,
Todo es horror y tinieblas!

De pronto los aquilones
Gigantes olas encrespan:
Retumba el trueno, y del rayo
La súbita luz aterra.

Y el viento troncha los palos,
Una ola el timón se lleva,
Cruje el casco, y, sin gobierno,
Juguete del mar se queda.

Y vese, cuando el relámpago
Alumbra la horrible escena,
Que unos suben, otros bajan,
Unos lloran, otros rezan.

Grita el Piloto, y en vano:
No hay quien sus voces atienda,
Mas en tanta confusión
Muchos sus joyas aferran,

Y, á sus cuerpos bien ceñidas,
Salvarse con ellas piensan;
Miéntras otros, á un madero
Asidos, oran y esperan.

En esto la nave embiste
Contra las rocas, violenta;
¡Se oye un grito pavoroso!...
Y el mar los restos dispersa,

Flotando, entre hirviente espuma,
Las jarcias, cofas y bergas.

—¡Oh! ¿Qué ha sido de los Náufragos?—
La suerte fué muy diversa:

Unos bajaron al fondo
Al peso de sus riquezas;
Los otros, en una tabla,
Al puerto seguro llegan.

La muerte naufragio es
Donde la vida se estrella:
Si al hombre sorprende asido
De este mundo á las quimeras,

Con ellas baja al profundo;
En tanto que al Cielo vuela
El que, abrazado á la Cruz,
El mundo á sus plantas huella.

CCVII.—La Gotera.

De la culpa más pequeña
Si el remedio se abandona,
La virtud se desmorona:
Así el ejemplo lo enseña.

¡Qué dolor! Esparcidos por el suelo
Descúbrense, entre montes de sillares,
Chapiteles, pilastras á millares,
Florones, arcos de atrevido vuelo!
Hace poco, elevándose sin duelo
Sobre gruesas columnas seculares,
Provocaban del tiempo los azares
En magnífica pompa junto al Cielo.

Hoy, al ver los tristísimos escombros,
Si el viajero lamenta la ruina
Del vasto templo, que admirado fuera,
Doliente voz le advertirá, entre asombros,
Lo que apenas el alma se imagina:
«¡De todo ha sido causa *una Gotera!*»

CCVIII.—El Certamen de las Pasiones.

En profunda caverna,
Do la noche es eterna,
Reuniéronse en *Concurso*
Las Pasiones humanas,
Con las miras livianas
De probar cada una en un discurso
Cuál merezca, entre todas, para el hombre
De más justa y severa el sobrenombre.

Habló primero la Soberbia, y dijo:
—«¿Quién como yo? Si el mundo se alborota
Con brillantes acciones, ¿no se nota
Que las impulso, las gobierno y rijo?»

—«Y ¿qué importa, (prosigue la Avaricia),
Si toda la justicia
De tal manera con mi afán se aviene
Que en la tierra es más justo el que más tiene?»

Sigue en pos la Lujuria—«Yo, Señoras,
Confieso mis flaquezas;
Mas el pícaro amor, á todas horas,
Es quien ciego me arrastra á mil torpezas.»

Tronando, en esto, prorrumpió la Ira:
—«Yo merezco el laurel, y punto en boca!
Que, si fiera yo soy, si bien se mira,
Es cuando algún infame me provoca.»

—«¡Vamos, vamos! (alzándose la Gula,
Dice con frases de sustancia llenas)
¿Qué mal hago yo á nadie, si, á docenas,
Mi panza los jamones embaula?

»¿Ni qué mal la Pereza ¡pobre amiga!
Que allí está sin fatiga,
Dándosele un ardite de este acuerdo,
Roncando en su poltrona como un cerdo?»

Y en silencio quedó la concurrencia;
Porque la Envidia triste,
Por no decir que existe,
Se negaba á ilustrar la competencia.

En esto llega el Diablo,
Y en medio de sus hijas toma asiento.
—«¡Atención! mientras hablo;
(Les dice, echando por la boca chispas.)
Agotado tenéis mi sufrimiento,
Pues más que hermanas parecéis avispas.
Decidme, hato de necias, ¿quién blasona
De justicia ceñirse la corona
Donde la Envidia está, que, aunque no ladre,
Es la hija que más sale á su padre?»

¡«Eso no!» (vocifera la canalla)
—«Silencio, digo, ó mi furor estalla.

¿Sabéis, hijas traidoras,
Cuál vuestro oficio es sobre la tierra?
¡Atormentar al hombre en toda hora,
Castigarle, oprimirle, darle guerra
Sin descanso, ni alivio! ¿Más lo hacéis?
¡Díganlo todas seis,
Que, unas más y otras menos,
Mezcláis vuestros venenos
Con el dulce licor de los placeres!
Mas la Envidia... ¡jamás! Desde que empieza,
Derrama su tristeza,
Su encono, su desvelo
En el vil corazón del hombre impío,
Sin brindarle una hora de consuelo,
Justiciera vengando su extravío.
¿No es esta la verdad?»
—«¡Sí, sí!» (gritaron)
Y dieron la cuestión por decidida;
Y á la Envidia por *justa* proclamaron,
Dejándole ceñida,
Su corona de vívoras tejida.

¡Eh! ¿qué tal, buen Lector? ¿serán excesos
Repetir que Ella pudre hasta los huesos?

CCIX.—La Zorra en el Colmenar.

Una Zorra muy ratera
Topó con un colmenar,
Y ansiosa empezó á clamar:
—«¡Ay panal! ¡quién te cogiera!

»Que es tu miel rico bocado,
¡Y más sufriendo estas hambres!...
Pero temo á tus enjambres
Y á su aguijón endiablado.»

Y, á fuerza de dar rodeos,
Los dientes se le hacen agua...
Y su boca es una fragua
De mil golosos deseos...

Al cabo parte hacia él,
Vencidas las etiquetas,
Diciendo:—«¡Lluevan saetas,
Como yo atrape la miel!»

¡Mas, ¡oh! apetitos fatales,
Que, al pronto, quitáis los sustos,
Para perder en sus gustos
A los necios animales!

Apenas, un corcho abierto,
Destroza el primer panal,
De repente el animal
Se vió de abejas cubierto.

Y firme en su maniobra,
Y ciego con la avaricia,
No siente que la justicia
Ha comenzado su obra.

Mas, ya que la miel se apura,
Y va cesando el halago,
Con el peso y empalago
Que causa siempre la hartura,

¡Ay Cielos, qué batahola!
¡Qué punzadas! ¡qué molestia
Fatigaba á la pobre bestia
Desde el hocico á la cola!

La fuga emprende; y, con todo,
El enemigo no cede;
Tan solo ahuyentarlo puede
Revolcándose en el lodo.

Esto le inspira su instinto;
Mas sufre heridas atroces,
Con alaridos feroces
Alborotando el recinto.

Pues, Niños, mirad su anhelo,
Y aprenderéis en sus males,
Que los goces criminales
Acaban siempre por duelo.

CCX.—El Leopardo y la Ardilla.

Saltando y brincando alegre
Sobre una frondosa encina,
Estaba libre de sustos
Una juguetona Ardilla.

Mas ¡ay! por su mala estrella,
Faltó una rama, y la mísera
Vino á dar sobre un Leopardo
Que al pie del tronco dormita.

¡Qué hórror! ¡qué espanto! su Alteza

Despierta azorado, y mira,
Crespando la piel lustrosa,
Con ojos que lanzan chispas.

Encójese la cuitada...
Tiembla... dobla su rodilla...
Al cabo le habló la fiera
Así, templando sus iras:

—«¡Te perdono la vida, bestia inerme!
Con una condición, nada gravosa:
Que en frases de verdad has de exponerme
El porqué tan alegre y deliciosa
La vida pasas, sin que nunca merme
El júbilo que en tí siempre rebosa,
Mientras yo, que soy Rey, con mi grandeza
Me pudro de fastidio y de tristeza.»

—«¡Ah Señor! (le responde) tan rendida
Por ese don que me otorgáis, me veo
Que os diré la verdad; pero... subida
En la copa del arbol, porque creo
Ser regla de oratoria recibida,
Que suba en alto el orador pigmeo.
¿Lo consentís, Señor?»
—«Vé sin demora!»
—«A... ¡ja... ja! Puesta en salvo, escucha ahora:

¿Es posible,
Rey temible,
Que no sepas á tu edad,
El sendero
Verdadero
Para haber felicidad?

¡La inocencia!
Vé la ciencia
Que me otorga tanto bien;
Porque gusto,
Sin ser justo,
¿Quién lo goza, dime, quién?

Sin congojas,
Frutos, hojas
Son mi pasto, siempre igual;
Nunca mato,
Ni maltrato
Ni á ninguno quiero mal.

Pura el alma,
Duermo en calma
Sin gusano roedor;
Y en mis hijos
Están fijos
Los cuidados de mi amor.

Aunque frágil
Lista y ágil
Salto y brinco de placer;
Y consuelo
Me da el Cielo
Cuando es fuerza padecer.

Y tú quieres
De placeres
Disfrutar en la maldad!...
¡No! la sombra

Que te asombra
Es tu misma iniquidad!

Pues tu pecho
Nunca estrecho
Para el odio y la ambición,
La matanza,
La venganza
Son tu ley y tu razón.»

Seguir pretende su discurso, cuando
Lanzó la fiera, con horrible saña,
Tan gran rugido, su furor mostrando,
Que hizo al bosque temblar y la montaña.
—«¿Qué os sucede, Señor?» (dijo saltando
Con irónica risa la alimaña):
Su Alteza comprendió en aquel momento
Que sin virtud la vida es un tormento.

CCXI.—El Incendio.

Volvió un Labriego sus ojos
Al ver, con desprecio sumo,
Que en su campo echaban humo
Unas matas de rastrojos.

Tornó á mirar, y vió luego
Que ya las llamas se agitan,
Y oye gentes que le gritan:
—«¡Alerta! vecino, fuego!»

Mas ni por esas se avispa;
Antes bien dice el pacato:
«¡No hay temor! con un zapato
Apagaré yo esa chispa.»

«¡Corriente! Pues ya la hoguera
El arbolado te abrasa:
Las llamas cercan tu casa...
¡Ay triste, lo que te espera!»

Y entonces los ayes son,
Cuando ya no alcanza medio,
Ni le queda otro remedio
Que morir hecho carbón.

No en valde entra la descarga,
Que forma el chisporroteo,
Se escucha este clamoreo,
De una voz, que ya se embarga:

¡Mortales! abrid el ojo:
Cortad el mal en su orígen;
Furiosas llamas me afligen
Por no apagar un rastrojo!

Lo mismo digo, ¡oh Cristiano!
Batalla sin perder ripio;
Que vencer en su principio
La tentación es muy llano;

Mas, si vas, con vilipendio,
Contemplándola en su curso,
No te queda otro recurso
Que morir en el incendio.

CCXII.—El Joven y el Anciano.

A un mancebo un Anciano preguntaba,
Y al Anciano el Mancebo respondía
Lo que voy á contar; pues que pasaba
El caso, un viernes, á la vera mía.

—«¿Y qué piensas tú ser?»
– «Seré abogado;
Que es carrera de lustre y de provecho.»—
—«¿Y después?»—
—«Periodista y Diputado,
Pues tengo buena labia y mucho pecho.»—

—«Y después?»—
—«Tocaremos el registro,
Que en las altas regiones tanto ayuda,
Y, en hallando ocasión, seré Ministro.—
—«¿Y después?»—
—«Millonario ¿quién lo duda?

Hacerme rico sin tardanza espero;
Que es muy triste vivir en apreturas.»—
—«¿Y después?»—
—«Daré suelta á mi dinero
En palacios y coches y aventuras.»—

—«¿Y después?»—
—«Seré Conde, según pienso,
O Marqués, y Gran cruz, lo que es muy grato.»—

—«¿Y después?»—
— «Disfrutando del incienso
Brillaré entre la pompa y el boato.»—
—«¿Y después?»—
—«Sonriéndome la suerte,
Luengos años veré gozando en calma.»—
—«¿Y después?»—
—«Ya... después... ¡oh Dios!... ¡la muerte!»—
—«¿Y después?»—
—¿«Qué hay después?»
—«*¡Perder el alma!*

Es la pena que aguarda al majadero
Que, en esa Babilonia á que tú aspiras,
Se olvida de buscar á Dios primero,
Ajustando á su ley todas sus miras.
¿De qué sirve lucrar el mundo entero,
Si el alma pierdes, si en pecado espiras?»
—«¡Ay, basta! (el Joven replicó al Anciano)
Entiendo la lección, no será en vano.»

Cayetano Fernández.
De la Real Academia Española.

CCXIII.—El Rico y el Sabio (1).

Un siglo hará murióse un opulento,
Lo enterraron, y... ¡agur! se acabó el cuento;
De gusanos plagóse el cuerpo frío,
Y ya nadie se acuerda de aquel tío.

(1) *Libro de las Sátiras. Fábulas y moralejas*, por D. Ventura Ruiz Aguilera. Madrid, 1874.

En la siguiente aurora
A un pobre sabio le llegó su hora,
Y del gusano vil tampoco libra,
Que el cuerpo le manduca fibra á fibra;
Quiere roer su nombre... ¡intentos vanos!
La gloria no la comen los gusanos.

CCXIV.—Don Raimundo y su velón.

El triste don Raimundo
Un libro repasaba,
Cuyas líneas apenas alumbraba
De un gran velón el rayo moribundo.
Despabila el pobrete; pero en vano;
Ya no ve ni los dedos de su mano,
Hasta que, sin deleite,
Miró al velón y le faltaba aceite.
Toma entonces frenético una alcuza,
Y echa, echa sin tiento;
Así el velón, sediento,
Más aceite sorbió que una lechuza.
La consecuencia de esto al ojo salta,
Murió la luz ahogada y con zozobra;
Que, así como por falta,
Suele pecarse alguna vez por sobra.

CCXV.—Las Gotas de agua.

El mar embravecido
La orilla azota,
Lanzando sobre un arbol
Miles de gotas;
Que al suelo llegan
Del aire al soplo leve
Todas desechas.
Ayer al mar unidas

¡Cuán formidables!
Hoy, al mar no sujetas,
Desechas caen.

Si unión les falta,
Los partidos más fuertes
Son gotas de agua.

CXVI.—Las dos Torres.

Una torre elevada y altanera
A otra humilde y en parte destruída,
Insultaba cruel de esta manera:
—«Vecina, por mi vida,
Has hecho brava suerte,
Pues no bien construída
Ya te amenazan síntomas de muerte.
¿Más qué ha de suceder á quien no cuenta
Una fortuna, como yo, opulenta?
Que yo, de noble clase,
Que yo, asentada sobre firme base,
Yo, sólida y hermosa,
Al tiempo desafié... ¡es otra cosa!
¡Pero tú!... ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡Pobre hija mía!
Tu suerte aciaga el corazón me parte;
Mas ya que no me es dado consolarte,
Permíteme, á lo menos, que me ría.»
Y en pos soltó, sin compasión ni duelo,
Tal carcajada, que se oyó en el Cielo.
La otra, á quien nadie su aflicción socorre,
Apenas responder pudo á la torre:
—«Celebra, pues te halaga la fortuna
Sin lágrimas ni penas,
Las desgracias ajenas,

Y la mía, que es negra cual ninguna;
Mas ten por entendido
Que torres muy soberbias han caído.»
Dijo la pobre, y encogióse de hombros,
Cuando estallando un huracán violento,
Arrancó á su enemigo del cimiento
Y su grandeza convirtió en escombros.
Tú que vives feliz, rico y contento,
No atormentes á nadie en su caída,
Que hay muchos huracanes en la vida.

Ventura Ruiz Aguilera.

CCXVII.—La Zarza y la Rosa (1).

Murmuraba impaciente
Una Rosa naciente
Del cautiverio duro que sufría,
Porque una Zarza espesa la tenía
Con sus punzantes vástagos cercada.
—«Yo, sin cesar decía,
Yo, no disfruto aquí ni sé de nada.
Sin un rayo de Sol; tasado el aire,
Desperdicio, de todos ignorada,
Y entre espinas incómodas reclusa,
Mi fragancia, colores y donaire.»

(1) *Fábulas*, por D. Juan E. Hartzembusch. Madrid, 1848. La edición más completa de las fábulas de este insigne literato y dramaturgo, es la publicada por la excelente Biblioteca *Colección de Autores Españoles*. Sería de desear una edición económica de este interesante volumen, para poner al alcance de todos estas fábulas tan notables, por muchos conceptos, y tan poco vulgarizadas. N. del A.

La Zarza respondió:—«Joven ilusa,
Tu previsión escasa,
Del bien que te hago sin razón me acusa.
Bajo mis ramas á cubierta vives
Del Sol canicular que nos abrasa;
El golpe no recibes
Del granizo cruel que nos deshoja;
Y ese muro de espinas que te enoja,
Defiende tu hermosura
De que mano rústica te coja.—
La flor entonces, de despecho roja,
¡Mal haya, replicó, la ruín cordura,
Que de riesgos que no hay, tiembla y se apura!
No fué la maldición echada en vano,
A los pocos momentos un villano
Llega con la cortante podadera:
La desapiadada mano
Descarga en el Zarzal; hiere, destroza,
Y tan completamente me la roza,
Que ni un retoño le dejó siquiera.
Poco de la catástrofe se duele,
Persuadida la Rosa de que gana,
Quedándose sin aya que la cele.
¡Descanse en paz la rígida guardiana,
Que feliz su discípula es ahora!
Bañada en el relente de la aurora,
Descoge con orgullo
Su tierno y odorífero capullo:
Princesa de las flores
La proclaman los pájaros cantores.
Pero el viento la empolva y la molesta,

Sol picante la tuesta,
La ensucia el caracol impertinente
Con pegajosa baba,
Y apenas se la enjuga,
Cuando voráz la oruga
Su venenoso diente
Una y otra vez en ella clava.
Se descolora la infeliz, se arruga,
Y una ráfaga recia de solano
Desparrama sus hojas por el llano.
Es el recogimiento,
Condición de las jóvenes precisa:
Falta en la mocedad conocimiento
Del suelo que pisa.
La niña que imprudente,
Sola y sin guía recorrer intente
La senda de la vida peligrosa,
Tema la suerte de la indócil Rosa.

CCXVIII.—El Manzano.

Magnífico Manzano
En el corral de un clérigo crecía.
Un vecino de envidia se moría
Viéndole tan fecundo y tan lozano:
Él, ni Manzano, ni corral tenía.
Y ya que de otro modo
No supo desfogar su encono fiero,
Arrojaba al frutal desde un granero
El desperdicio de su casa todo,
Haciendo del corral estercolero,

Bien ensució el ramaje;
Mas la lluvia á su tiempo le limpiaba,
La tierra con la broza se abonaba,
Y el resultado fué del ruín ultraje
Que más fruto y mejor el arbol daba.
Más útil que nociva
Es la gente mordaz que tanto abunda,
Pues hace con su rabia fabribunda
Que el íntegro varón más cauto viva,
Y más pronto á sus émulos confunda.

CCXIX.—El Caballo de bronce.

Este Caballo años ha,
Estaba, como quizá
sabréis sin que yo lo indique,
Dentro del Retiro, allá
Frente á la casa del *Dique.*
Allí da el jardín frescura
Con sus aguas y verdor,
Y el canoro ruiseñor
Tiene morada segura
De enemigo cazador.
Allí al caballo volaban
Con fácil y presto arranque,
Mil pájaros que llegaban
A beber en el estanque,
Cuyas ondas le cercaban.
Allí con reserva poca,
Le iba registrando entero

La turba intrépida y loca
Y hallábale un agujero
Que tiene el bruto en la boca.
  Es tal la disposición,
Que por la parte de afuera
Da fácil introducción
A un pajarillo cualquiera
Del tamaño de un gorrión.
  Por adentro sin percance,
Todo el cuello de un avance
Mete el pájaro: después,
Como no hay donde añance
Ni las alas, ni los pies,
  Ni ellos le son de provecho,
Ni ellas le hacen sino estorbo,
Y empujando con despecho,
Se hiere garganta y pecho
Contra el borde áspero y corbo.
  Y víctima el animal,
De su imprudencia fatal
Que salir de allí le veda,
Vuela, anda, se atonta y rueda
Por la cárcel de metal.
  Donde triste prisionero,
Pidiendo en vano merced,
Sobre muchos que primero
Tuvieron su paradero,
Perece de hambre y de sed.
  Mil avecillas, buscando
Sombra densa en el estío,
Mil en el invierno, cuando

Ya lloviendo, ya nevando,
Traspasábalas el frío;
  Emboscáronse en la panza
Del caballo, que en venganza,
Debió decir para sí:
Renunciad toda esperanza
Pájaros que entráis en mí.
  Con el tiempo se mudó,
Del jardín en que habitó
A la plaza donde está,
Y entonces se le quitó
El cuerpo que encima va.
  Y los cóncavos secretos
Del cuadrúpedo cruel,
Aparecieron repletos
De plumas y de esqueletos
De aves, tragadas por él.
  Dañosa curiosidad
Las condujo á muerte cruda.
—¡Ay! ¡cuántos de nuestra edad
Por la brecha de la duda
Se abisman en la impiedad!
  Abismo donde pedir
Favor al mortal discurso
No basta para salir:
El nos deja sin recurso
Desesperar y morir.

CCXX.—El Cangrejo.

Resto de una comida
Que orilla de un arroyo fué servida,
Quedó sobre las hiervas arrojado
El conchudo cadáver de un Cangrejo,
Lo mismo que la grama colorado.
Miraban y admiraban reflexivos
Otros cangrejos vivos
Aquel tinte magnífico bermejo,
Y cada cual de su interior exhala
Esta loca expresión:—¡Hermosa gala!
¿Quién el secreto raro poseyera
De poderse pintar de igual manera?
Oyendo la ocurrencia peregrina,
Díjoles un ratón docto en cocina:
Para adquirir matices tan brillantes
No hay otro medio que coceros antes:
Mirad, pues, lo que al mísero le cuesta
La mortaja de honor que tiene puesta.
Quien envidie la fama esclarecida
Que á varones célebres rodea,
Tome su historia y vea
Cuanto dolor acibaró llenó su vida.

CCXXI.—El Extracto de la Biblioteca.

Hizo un Rey extractar su librería,
Que los tomos contaba por millones,
Y un resumen le dieron que tenía
Estos cuatro renglones.

«Un *quizá* representa
La ciencia toda que el mortal adquiere,
Y la historia del hombre solo cuenta
Que *nace*, *pena* y *muere*.
Pero el Monarca, sábio verdadero,
Mandó añadir tras el renglón postrero:
Cuando el hombre del cuerpo se desnuda,
Ve claro al fin lo que viendo duda,
Y á la paciente vida meritoria
Sigue infinito bien, eterna gloria.

CCXXII.—La Tohalla.

¡Ay, exclamó Isabelita, ay que Tohalla!
Cuando me enjugo el rostro me le ralla.
Su aya le dice: Si la broza quita
Perdone el restregón Isabelita.

CCXXIII.—El Látigo.

La madre de un muchacho campesino
Ganaba de comer hilando lino,
Y el muchacho grandísimo galopo,
Le hurtaba una porción de cada copo,
Juntando las porciones, fué tejiendo
Un látigo tremendo,
Con la villana idea
De zurrar á los chicos de la aldea.
Los ocios del amigo no eran buenos;
La intención, por lo visto, mucho menos.

Dióse á pelar la rueca tanta prisa,
Que hubo la madre de notar la sisa,
Y registrando con afán prolijo
El arca donde el hijo
Guardaba con ropa sus peones,
El Látigo encontró de repelones.
Cogióle furibunda,
Y al muchacho le dió tan recia tunda,
Que á contar de las piernas al cogote,
No le dejó lugar libre de azote,
Diciendo al batanarle de alto á bajo:
¡Mira cómo te luce tu trabajo!
A robar te llevó tu mal deseo,
Y con el robo yo te vapuleo.
Siempre verás que el vicio
Se labra por sus manos el suplicio.

Juan Eugenio Hartzembusch.

CCXXIV.—El Mancebo y los Pájaros (1).

Vió Gil de un árbol caer
Cinco pájaros, y todos,
Corriendo por varios modos,
Los quiso á un tiempo coger.
—«Deja, buen Gil, de correr,
Pues no cogerás ninguno.
¿A qué tras *cinco* ¡importuno!

(1) *Fábulas* por D. Ramón de Campoamor.

A un tiempo vas con ahinco,
Si para coger los *cinco*
Tienes que empezar por *uno?*»

CCXXV.—El Pájaro encarcelado.

En una jaula un ave
Nació y vivió contento,
Sin cruzar nunca el viento
Con revolar suave.
¡Qué vanamente grave,
Porque más no desea,
De una á otra barandilla
Con voluntad sencilla
Cantando se pasea!
Créalo quien lo crea;
Mas lo cierto es que el preso
Nunca con loco exceso
En ocasión ninguna
Maldijo la fortuna,
Ni tuvo á vituperio
Su dulce cautiverio.
Por último, es el caso
Que un día que la puerta
Vió de la jaula abierta,
Llegó paso tras paso
A la vecina huerta.
¡Cómo entonces contento,
Con emoción extraña,

Goza en la azul campaña
Del extendido viento
La libertad querida,
Nunca por él sentida!
De rama en rama vuela
Con la calma inefable
De la virtud amable
Que el crimen no recela;
Y al más cercano arbusto
Lanzándose con gusto,
Quedó á la liga en suma
Presa otra vez su pluma.
¡Triste imágen del hado
Fué el pájaro inocente,
Pues se trocó su estado
Tan repentinamente!
Tornó á ver á despecho
La ántes prisión amada:
Mas nunca la alborada
Volvió á encomiar su pecho
Con su comun tonada.
«¿Por qué con tal quebranto,
Su dueña le decía,
Mi gozo y tu alegría
No ensalzas con tu canto,
Cual suceder solía?»
Sin dar respuesta alguna,
Las penas una á una,
Con el dolor más grave
De su dueña querida,
Acabaron del ave

La macilenta vida;
Que aunque en la cárcel fiera
Pasó la vida entera
Sin que echase de menos
Los céfiros serenos,
Después que hubo probado
Su esfera siempre amena,
Cuando volvió su estado
Murió el triste de pena.
¡Huid, mentido bando
De alegres ilusiones,
Que nos henchís, pasando,
De locas ambiciones!
¡Dejadme que tranquilo
Muera en mi pobre asilo,
Pues que sólo un momento
Vive el mayor contento!
¿Por qué quereis que ansioso
Deje mi humilde estado,
Si es más desventurado
Quien fué una vez dichoso?

CCXXVI.—El Muchacho y la Manzana.

Tiró Andrés una piedra á una manzana,
Y por dar á la fruta dió al ambiente;
Tiróle la segunda: ¡empresa vana!
La tercera tiró: ¡malditamente!
Tiró otra, en fin, cayó; mas de tal gana,
Que con golpe mortal hirió su frente.
Hay bienes que en llegando, al mal iguales,
La cabeza nos rompen cual los males.

CCXXVII.—El Pastor y el Navío.

Del mar en la ribera
Quejábase un pastor de esta manera:
—«¡Oh, qué sordas que tiene á mis congojas
El Cielo las orejas,
Pues no me saca de zagal de ovejas,
Pati-tuertas las más, y algunas cojas!
¡Quién me diera, halagando mi albedrío,
Dirígir, por ejemplo, aquel navío,
Y á la playa arribar del indio ó moro,
Para volver con él cargado de oro!
¡Por amigos tuviera ó por amigas
Entonces á señoras y señores,
Pese á cuantas ovejas y pastores
Rumiaron hierbas ó mascaron migas!
Mas ¡ay! la suerte fiera
Me arrastra, sea invierno, sea verano,
Desde el monte al redil, y de éste al llano;
Y aunque oirlas no quiera,
Me hace escuchar las simples avecillas,
Que por más maravillas
Que dicen que hacen los que de ellas cuentan,
Cada vez que las oigo, me revientan.»
Así el pastor decía,
Cuando el bajel ya apenas se veía;
Y su intenso dolor llegaba á tanto,
Que sus mejillas inundó de llanto.
Era al morir el Sol, según asienta
Quien dijo que del ábrego la saña

Removió aquella noche una tormenta
Que ni la oyó el pastor en su cabaña.
Al otro día su manada entera
Condujo, como siempre, á la ribera,
Y del mar acercándose á la orilla,
Vió aquí y allí fragmentos de una quilla.
Buscando del naufragio indicios ciertos,
Halló al fin gravias, y después mesanas,
Tuinquetes desvelados, hombres muertos;
¡Leves cimientos de esperanzas vanas!
Entonces se acordó de su navío,
Y viendo fin tan triste,
«¡Qué bien hiciste, oh Dios, qué bien hiciste
En cohartarme, dijo, el albedrío!»
Y sin ver que á los muertoo hacía agravios,
Una sonrisa se asomó á sus labios;
Y escuchando las simples avecillas,
Que hacian, según dijo, maravillas,
Tradujo de sus plácidos gorjeos:
Modera tus deseos,
Aunqne pierdas, llorando, tus encantos,
No halagues esperanzas indecisas;
Cada muerte esperanza brota llantos;
Cada llanto vertido engendra risas.

CCXXVIII.—La Col y la Rosa.

Una Col en un cercado
Probaba á una Rosa bella
Que era tan buena como ella,
Y áun de una tierra mejor.

—Mas aunque de cuna iguales,
Dijo un Pepino: ¡mastuerza!
¿Dejarás tú de ser *berza,*
Mientras que ella es una *flor?*

Ramón de Campoamor.

CCXXIX.—El Girasol y la Palma (1).

Más alto que tú en diez años
En un solo mes subo yo,
Dijo al llegar el estío
A la palma el girasol.
Ella sonrió y pasmada
Después, cual siempre, siguió
Extendiendo su penacho
Del vergel admiración.
Siguió el Girasol creciendo
Y tanto, tanto se alzó,
Que gigante lo llamaban
Al dar su temprana flor.
Empezó el invierno, bella
A la palmera encontró,
Y en pobre polvo trocado
Al pobre arbusto precóz.
No se improvisa lo bueno

(1) *Aves y Flores.* Fábulas morales por la Excma. Señora Doña Díaz de Lamarque, con un prólogo del Excmo. Señor D. José María Asensio. Edición ilustrada con grabados y orlas de diferentes dibujos y colores. Pons y Compañía, Editores. Barcelona, 1890.

Que en todo, sin excepción,
Aquello que mucho vale,
Es porque mucho costó.

CCXXX.—El Sol y las Nubes.

Cien lóbregas nubes ansiaron un día
Del rey de los astros la lumbre negar,
Y al mundo diciendo que el Sol no existía,
Con lúgubres mantos de negros vapores
Sus igneos fulgores
Audaces pudieron al fin eclipsar.

Afan necio y vano; que velo tras velo
La luz bienhechora triunfante pasó,
Y grata, aunque tibia, llegando hasta el suelo,
Fecunda mostraba su noble victoria,
Y el mundo la gloria
Del rey de los astros cual siempre aclamó.

El, luego, rasgando las húmedas nieblas,
Patente aún más hizo su inmensa bondad.
«¡Pasad! dijo en breve, que sois, ¡oh tinieblas!
Imágen horrible de audaz impostura.
¡Yo soy la luz pura!
Pasad presurosas, ¡yo soy la verdad!»

CCXXXI.—La Niña y la Mariposa.

Alba como la nieve,
Pura como los céfiros suaves,
Sobrepujando por airosa y breve

En su vuelo á las aves,
Llega al vergel gallarda mariposa:
Fugáz besa las flores y un momento
Cansada, busca asiento
En el purpúreo cáliz de una rosa.
Al verla niña bella
Deslumbrada por tanta galanura,
Quiere, afanosa, apoderarse de ella;
En torno mira: diminuto dedo
Posa en sus frescos labios, y procura
Acercarse al rosal: con paso quedo,
Temblando de emoción hasta él avanza;
Pausada eleva su pequeña mano
Y bájala de súbito... No es vano
Su cuidadoso afán: ya el triunfo alcanza:
Ya á la víctima siente
En su diestra bullir. Fugarse espera
Quizás la prisionera;
Mas no lo alcanzará, que ella impaciente,
Cuidadosa la oprime. A conservarla
En limpio vaso aspira.
Abre lenta la mano; contemplarla
Quiere otra vez, más trémula suspira.
Trocadas ve sus gratas perfecciones
En revuelto montón de polvo inmundo.
Así acaban las bellas ilusiones
Que lisonjero nos ofrece el mundo.

Antonia Díaz de Lamarque.

LIBRO OCTAVO

Apólogos selectos de escritores y poetas del siglo XIX.

CCXXXI.—El Marranillo.

Juntóse en una gran plaza todo el pueblo de cierta ciudad, para ver las habilidades que hacían unos charlatanes titiriteros. Entre ellos había uno que se llevaba los aplausos de todos. Este bufón, al acabar otros varios juegos de manos, quiso cerrar la función, dando al pueblo un espectáculo nuevo. Dejóse ver solo en el tablado, cubrió la cabeza con la capa, agachóse y comenzó á remedar el gruñido de un cerdillo de leche, con tanta propiedad, que todos creyeron que verdaderamente tenía escondido debajo de la capa algún marranito verdadero. Comenzaron todos á gritar que se quitase la capa; hízolo así, y viendo que no tenía cosa alguna debajo de ella, se renovaron los aplausos y la furiosa algazara del populacho. Un labrador que estaba en el auditorio, chocándole mucho aquellas importunas espresiones

de necia admiración, gritó pidiendo silencio, y dijo: Señores, sin razón se admiran ustedes de lo que hace este bufón. No ha hecho el papel de marranito lechal con tanta perfección como á ustedes les parece. Yo lo sé hacer mucho mejor que él, y si alguno lo duda, no tiene más que concurrir á este sitio mañana á la misma hora. El pueblo preocupado ya en favor del charlatán, se juntó al día siguiente aún en mucho mayor número que el anterior; mas para silvar al paisano, que por divertirse en ver lo que había prometido. Dejáronse ver en el teatro los dos competidores. Comenzó el bufón, más aplaudido que lo había sido nunca. Siguióse después el labrador: agáchase cubierto con su capa, tira de la oreja á un marranito que llevaba escondido bajo el brazo, y el animalito comienza á dar unos gruñidos que taladraban las orejas. Sin embargo, el auditorio declaró la victoria por el pantomimo, y atolondró al paisano con silvos. No por eso se turbó, ni se desconcertó el buen labrador; antes bien, mostrando el lechoncillo al auditorio: *Señores*, dijo con mucha socarronería, *ustedes no me han silvado á mí, sino al marrano. Miren ahora que buenos jueces son.*

Francisco de Isla (1).

---

(1) *Aventuras de Gil Blas de Santillana,* robadas á España y adoptadas en Francia por Lesage, restituídas á su patria y á su lengua nativa, por Joaquín Federico Issalps. París. 1826.

El plan que me he propuesto, me obliga á colocar en este libro al ilustre autor de la primera versión castellana de la célebre novela del siglo XVIII, cuyo origen español, desgraciadamente no se ha podido probar como pretende el P. Isla. N. del A.

CCXXXIII.—Salomón y la Hormiga.

Todos los hombres no pueden ser los primeros; pero todos pueden ser sabios y virtuosos. El rey Salomón convocó un día á todos los animales de la tierra, del aire y de las aguas, y les dijo:—«Quiero edificar un palacio que sea digno de mí: ponga cada uno de vosotros mano á la obra y tráigame el producto de su trabajo.»

Al punto los zorros, que saben ahondar los terrenos, fueron á hacer escabaciones en las montañas que encierran el mármol, y pusieron al descubierto los mejores y más bellos trozos. Los bueyes se uncieron á ellos y los condujeron. Los castores, á orillas de los ríos, cortaron los árboles que dan ébano y caoba. El rinoceronte y el elefante cargaron sobre sus espaldas las vigas gruesas y las llevaron. El aguila, que conoce los valles en donde están ocultos los diamantes, bajó á ellos con la ayuda de sus grandes alas y los remontó entre sus garras. Los peces se sumergieron en el fondo de los mares, y fueron á depositar sobre la orilla las perlas y el coral. La oveja soltó su vellón suave, y el cisne su blanco plumaje más suave todavía. El gusano que hila la seda, se puso á tejer magníficas colgaduras; el insecto que vive sobre el nogal tiñó la púrpura. La abeja dió las antorchas hechas de la cera que fabrica ella misma; el avestruz entregó sus huevos que penden de las bóvedas de los kubbás. La gacela corrió hasta el

desierto para buscar en él la mirra y el incienso, y el rápido caballo acudió llevando en sus espaldas, asiento del hombre, al hijo del hombre que iba á ofrecer sus servicios al Rey.

La Hormiga llegó la última, arrastrando un grano de arena, carga muy pesada para ella.

Cuando Salomón vió á todos los animales reunidos al rededor de su trono, cada uno cerca del obeto que había traído, les dijo:—«Estoy contento de vosotros.»

Pero como notase que la Hormiga estaba avergonzada por su débil tributo, añadió: —«El que ha creado los mundos, ha distribuído entre sus criaturas la fuerza y la destreza en proporciones desiguales; pero todas las faenas son iguales, cuando se han ejecutado con providad y conciencia del deber. Sí, estoy contento de todos vosotros.»

Cualquiera que sea la tarea que Dios nos haya encomendado, permanezcamos firmes en el cumplimiento del deber, á fin de que la Patria, madre común, cuyo palacio venidero todos construímos, nos diga á su vez:—«*Estoy contenta de vosotros.*»

CCXXXVIII.—Las Metamorfosis del Picapedrero.

Había una vez un hombre que cortaba piedras de una roca. Su trabajo era largo y penoso, y muy mezquino en su salario, por lo que suspiraba tristemente. Un día cansado de su ruda tarea exclamó:

—¡Oh! ¿Por qué no seré yo bastante rico para pasar la vida tumbado sobre un blando lecho, provisto de cortinas que me libren de los mosquitos?

Entonces un ángel descendió del cielo y le dijo:

—Que tu deseo sea satisfecho.

Y el hombre fué rico, y reposaba en blando lecho, provisto de cortínas de seda roja. Pero he aquí que el Rey de aquel país llega en su magnífica carroza, precedido y seguido de lujosos caballeros y rodeado de servidores que sostienen una sombrilla de oro sobre su cabeza.

El rico se sintió entristecido por este espectáculo y dijo suspirando:

—¡Oh, si yo pudiera ser rey!

Y el ángel descendió del Cielo, y le dijo:

—¡Que tu deseo sea satisfecho!

El hombre fué Rey y se paseaba en una magnífica carroza precedida y seguida de lujosos caballeros, y le rodeaban servidores que sostenían sobre su cabeza la sombrilla de oro.

El Sol brillaba de tal modo que sus rayos quemaban la hierba. El rey se abrasaba de calor y decía que quería ser como el hermoso astro.

Y el ángel descendiendo del Cielo le dijo:

—¡Qué tu deseo sea satisfecho!

Y el Rey fué trasformado en Sol, y sus rayos se derramaban sobre la tierra, abrasando las hierbecillas y haciendo brotar el sudor del rostro de los Reyes. Pero una nube se eleva en los aires y tapa su luz. El Sol se irrita al ver su poder menospreciado, y grita que se cambiaría por la nube.

Y el ángel desciende del Cielo y le dice:

—¡Que tu deseo sea satisfecho!

Y el Sol se convierte en nube que sombra á la tierra, y las hierbecillas reverdecen.

Y la nube se abrió y de sus flancos corrieron torrentes de agua que inundaron los valles, devastaron las mieses y ahogaron las bestias; pero nada podían contra una roca, á pesar de embestirla el oleaje por todos lados.

Entonces gritó la nube:

—Esa roca es más poderosa que yo; quisiera ser roca.

Y el ángel desciende del Cielo y le dice:

—¡Que tu deseo sea satisfecho!

Y la nube fué convertida en roca, y ni el ardor del Sol, ni la violencia de las lluvias podían conmoverla. Pero llega un obrero que comienza á golpearla, haciéndola pedazos con su martillo, y la roca exclama:

—Este obrero es más poderoso que yo. ¡Quisiera ser este obrero!

Y el ángel desciende del Cielo y le dice:

—¡Que tu deseo sea satisfecho!

Y el pobre hombre, transformado tantas veses, vuelve á ser el picapedrero que trabaja rudamente por un mezquino salario y vive al día contento con su suerte.

¡Oh hombres! comprended que cuando Dios os colocó en un lugar, aunque diéseis vuelta á todos los de la naturaleza, en ninguna parte encontraréis descanso, sino en tornar al lugar en que estabais, porque allí cumplíais la voluntad de Dios, fuera de la

cual no puede haber orden ni descanso en el Cielo ni en la tierra!

¡Bien aventurados los que comprenden esta altísima verdad y saben cumplir sometiéndose á los fallos de la Providencia, porque ellos habrán descubierto el secreto de vivir en paz!

Fernán Caballero.

CCXXXV.—El Pájaro de dos picos.

Vivía en cierto lugar un pájaro llamado Bharanda que tenía un solo vientre, pero dos cuellos. Paseando una vez por la orilla del mar, encontró un fruto semejante á la ambrosia, que las olas habían arrojado, y comiéndoselo decía:—¡Oh! muchos frutos semejantes á la ambrosia y llevados por las olas del mar he comido; pero el sabor de éste es maravilloso.

Mientras el primer pico hablaba así, le dijo el segundo:—Ce, si es así, dame un poquito para que mi lengua se regocije también. Soltó entonces el primer pico una carcajada, y dijo:—Como no tenemos más que un vientre, la misma hartura sirve para los dos. ¿Para qué comer separadamente?

El segundo pico, á partir de este día, quedó afligido y triste; pero luego encontró un fruto venenoso, y al verlo, dijo al primero:—¡Ce, cruel y vil criatura! sin querer he encontrado un fruto venenoso que voy á comer por el desprecio que de mí hiciste. El otro respondió:—Necio, no lo hagas, que si lo haces,

moriremos los dos. Pero mientras esto decía, su compañero, en venganza, comió el fruto. En pocas palabras, los dos murieron. Por eso digo yo:

Los desavenidos son como los pájaros Bharandas, que con un solo vientre y dos cuellos separados, comieron frutos el uno para el otro.

José Alemany y Bulufer

Catedrático de la Universidad Central (1).

CCXXXV.—La Nieve y el Carbonero.

Venía un mozo de carbonero, con la espuerta al hombro, por el medio de la calle nevada, blanca y deslumbradora crugiente al verse herida por sus anchos zapatones llenos de clavos. Gustóle tanto la blancura que pisaba, que se bajó al suelo é hizo una gran pelota de nieve para gozar el placer de poseerla.

Pero apenas hubo puesto por obra lo pensado, disgustóse mucho al ver que solamente había logrado poseer un tosco amasijo muy sucio y muy feo.

Arrojólo de golpe al suelo, mientras le decía con acento de reproche:

—Huye de mí falsa nieve, que tu blancura no es sino engaño.

Entonces le contestó la nieve:

(1) *Panchatantra* ó cinco series de cuentos traducidos del Sanscrito. 2.ª edición. Madrid, 1908.

—Yo no te he engañado, eres injusto. Culpa á lo puerco de tus manos.

—No tengo otras.

—Pues renuncia á hacer con ellas bolas de nieve blanca. No se ha hecho la miel para la boca del asno.

—No estás al tanto de los dogmas democráticos: ¿acaso no sabes que las manos de un carbonero que sirve bien á su amo y no roba al parroquiano en el peso, son tan dignas como las de un rey?

—Me acusas de no conocer los dogmas democráticos—dijo la nieve—y eres tú quien no los entiendes. Si antes te hubieras lavado bien las manos, hubiérasme poseído. Tus manos son tan dignas como las de un rey, es cierto; pero para emplearlas en apañar nieves, es menester que te las laves antes muchas veces.

—Tienes razón—dijo el mozo—y voy ahora mismo á ponerlas al chorro de aquella fuente.

Hízolo como lo dijo, y volvió á poco al sitio mismo en que la nieve le hablara. Esta se le echó entonces á reir y riéndose le contestó:

—Aún no están bien limpias, tienes que lavarlas más.

Volvió el mozo á lavarse, y aun hubo de hacerlo otras dos veces. La nieve no estaba contenta todavía.

No basta con lavar las manos. Es preciso que tires esa espuerta y te desnudes de esa ropa, porque una y otra sueltan una nube de polvo negro.

—¿Quieres burlarte de mí?—le preguntó el mu-

chacho con enojo. Si me desnudo me quedaré helado.

—Pues lo mejor será que renuncies á poseerme si te asusta el frío. Aprende ahora cual es el espíritu del dogma democrático que há poco invocabas. Un carbonero es muy digno de amasar la nieve, pero solamente cuando es capaz de quedarse muy lavado y tan limpio como ella. Las altas empresas á nadie están vedadas; mas es preciso que el que á ellas aspira sea capaz de acometerlas y defenderlas.

—En ese caso—dijo el mozo con sincera compunción—¿no me queda más recurso que volverme á mi espuerta?

—Puede que te queden tal vez otros recursos, pero este es el más prudente. Vuelve á tu espuerta, no con enojo, sino con mucho amor y firme voluntad de trabajar. En tu trabajo puedes tal vez hacerte rico, vestir más limpio y volver otro invierno á amasarme.

—Sí; pero como gano poco, cuando ese invierno llegue, ya seré muy viejo.

—En ese caso, seré yo misma quien premie tu afán, coronando de canas tu cabeza.

—Adiós, entonces,—exclamó tristemente el mozo;—¡quién sabe hasta cuando!

—Hasta que Dios quiera: que es quien dispone de mí y de tí, y quien puede convertir tus locas concupiscencias en nobles y legítimas ambiciones.

Aurelio Ribalta.

CCXXXVII.—El Patito feo.

(Extractado de Andersen).

Un Pato doméstico empollaba sus huevos cerca del estanque de un viejo castillo. Los cascarones se rompieron á su debido término, saliendo de ellos una serie de lindos patitos, que, después de dirigir una curiosa ojeada al corral poblado de aves, se escondieron bajo el mullido seno de su madre exclamando: *¡rip, rip! ¡rip, rip!*

La hembra continuaba dando su calor vivificante á un huevo que no tenía trazas de romperse, lo que contrariaba mucho, no tanto á la paciente incubadora, como á los recientes nacidos, que no resistían ya el deseo de ver mundo.

Rompióse al fin el huevo tardío, dando paso á un patito algo mayor que los demás, pero tan mal conformado y feo, que su madre, para cerciorarse si era un pato, se apresuró á conducir al estanque toda la pollada, diciendo: *¡rip, rap!*, *¡rip*, *rap!*

Todos los patitos se arrojaron al agua sin la menor vacilación, nadando con increible soltura; y el feo lo hizo tan bien, que su madre quedó convencida que era tan hijo suyo como los otros, y le quiso con esa simpatía admirable que las madres sienten por sus hijos desgraciados, especialmente sin son buenos.

Los hermanos por el contrario, luego que advir-

tieron la deformidad del pobre patito feo comenzaron á hostigarle y despreciarle. Un día, el más vanidoso de todos le insultó de este modo:—«¡Vaya un ente estrafalario!.. ¿Habrase visto un tipo como éste que anda tambaleándose, de cuello desgarbado, de negro y haraposo plumaje, y por todo extremo antipático?»

Como si estuviesen en el secreto de una conjuración, todos exclamaron á la vez:—«¡¡Afuera el estafermo!!» Y esto diciendo, se precipitaron sobre él á picotazo limpio, propinándole una paliza tan tremenda, que allí le hubieran dejado por muerto, si no hubiese acudido á socorrerle la madre, á cuya presencia se intimidaron, pues aunque perversos, no se había ahogado en su pecho el noble sentimiento del amor filial.

Aquella buena madre, lo primero que hizo fué acariciar al herido; luego reprendió llena de indignación, á los desalmados patuelos en estos severos términos:—«¡Bribones! ¿Qué habéis hecho? ¿Qué falta tan grave ha cometido este infeliz, para que le maltratéis de este modo? ¿Acaso es culpable de su falta de hermosura? ¡Puede ser que algún día la adquiera! ¡Cuántas veces el más feo es el más hermoso! De todos modos, no hay motivo para despreciarle ni menos maltratarle; por el contrario, es muy digno de aprecio, pues tiene un excelente carácter, se porta muy bien y nada mejor que vosotros. Tengo dicho: No consentiré que le volváis á tocar al pelo de la ropa. ¡Pues, no faltaba más! *¡¡Rip, rap!!*».

A pesar de esta enérgica reprimenda de la madre, el Patito feo continuó siendo el blanco de los despre-

cios y malos tratos de sus hermanos; y no habiendo conseguido tampoco atraerse las simpatías de las demás aves del corral, no obstante, su humildad y buen comportamiento con todos, resolvió abandonar sus patrios lugares, donde no tenía una hora de felicidad ni de reposo.

Cuando contó con robustas alas, un día las agitó con resolución, y después de volar algún tiempo sin rumbo fijo, descendió á una laguna, donde hubo de pasar el invierno.

Tampoco le faltaron allí penalidades, porque la comarca era pobre, triste y sombría, pero al menos robusteció su organismo, fué tratado con respeto por los ánades silvestres sus nuevos vecinos, y en fin, comenzó á disfrutar las delicias de la paz que jamás había saboreado.

Al despuntar las primeras flores de la primavera, volvió á remontar su vuelo, pero de esta vez á una altura que en su modestia jamás se había imaginado; y comenzó á recorrer enormes distancias á través del espacio, desde cuyas alturas iba contemplando maravillado, soberbios panoramas y paisajes, sobre los que el sol naciente enviaba raudales infinitos de luz y de alegría.

Volando, volando, vió por fin en el centro de fértil llanura, un magnífico palacio rodeado de floridos jardines y un pintoresco lago, en cuyas trasparentes ondas nadaban tres aves de peregrina hermosura. Él nunca las había visto y aun ignoraba que se llamaban cisnes, pero sin saber por qué sintió que su corazón latía de gozo, y que una misteriosa fuerza le

atraía hacia ellos. Así que, aun temiendo ser víctima de nuevos sufrimientos y repulsas, no pudo menos de lanzarse á la tersa superficie de aquel lago.

Los cisnes corrieron á su encuentro besándole con sus picos, y cuando él bajaba el suyo en señal de reconocimiento, ¡oh sorpresa! vió en el espejo de aquellas cristalinas aguas su propia figura, que lejos de ser parduzca y deforme, como creían los patos del corral, era esbelta y gallarda, blanca como los copos de la nieve, exactamente lo mismo que la de las hermosas aves que la acariciaban.

Los niños del palacio corrieron á ver al recién llegado, y después de obsequiarle con pasteles y otras golosinas, le proclamaron como el cisne más hermoso del Parque.

Pero él, lejos de envanecerse como muchos que de la nada se elevan á un alto puesto, sólo pensó en la eterna gratitud que guardaría á los niños y cisnes de aquel edén, diciendo para sus adentros:—«¡Cómo podía haberme figurado, cuando era el pobre Patito feo del corral, que llegaría á ser el príncipe de este delicioso lago!... ¿Qué importa ser empollado por un pato si procedo del huevo de un cisne? ¿Qué son los sufrimientos de mis primeros años comparados con este dichoso término y los goces de esta mansión encantadora?»

M. Vidal.

Del P. Van Trich.

CCXXXVIII.—El Cazador de Leones.

Una noche en que la luna se levantaba clara y serena sobre las llanuras de Argel, un Cazador de leones tomó su fusil, y echándolo á la espalda, partió para el lugar del bosque donde aquella tarde había visto la pista de las fieras.

Caminaba reposadamente, con el dedo puesto sobre el gatillo, dirigiendo su penetrante mirada á todas partes... cuando de repente crugieron las matas, y su corazón comenzó á palpitar con violencia. No tardó en serenarse, viendo cruzar por el otero la negra silueta de una leona, en la que se destacaban sus redondos ojos como dos llamas. En ellas fijó su puntería. Resonó el estruendo de un disparo por las hondonadas del bosque, y al mismo tiempo que rodaba por la pendiente una masa sombría, oyóse un prolongado rugido.

La masa sombría desapareció arrastrándose trabajosamente y dejando en pos de sí un reguero de sangre.

El animoso Cazador la fué siguiendo y, por fin, merced á la claridad de la luna, vió á la leona agonizante, tapando con el cuerpo la entrada de su cueva entre unas rocas. Sus ojos lanzaban rayos, sus fauces entreabriertas y convulsas dejaban ver la terrible armadura de unos dientes devoradores, y de su pecho salían espantosos rugidos en medio de bruscas sacudidas.

El Cazador la remata, y acercándose al cadáver, vió que dos leoncillos escondidos detrás de la madre muerta, se deslizaron sobre su costado buscando en vano un alimento que ya no existía.

CCXXXIX.—La Vaca del pobre.

Una humilde familia del campo tenía una Vaca llamada Butron, tan abundante de leche, que después de usarla en todas las comidas, todavía les quedaba más de la mitad para la elaboración de quesos y mantecas, que destinaban á la venta en su mayor parte.

Era además esta Vaca, mansa como un cordero, dejándose conducir sin la menor resistencia por una niña de nueve años, que arrollando el extremo de la soga á su cintura, la llevaba todos los días á pastar por los bordes de los caminos y de los arroyos.

De este modo, el gasto que producía su principal, y acaso su única fuente de riqueza, era insignificante.

Cualquiera, aunque sea un millonario, comprenderá que aquella familia no podía menos de mirar á Butron como su segunda providencia, y profesarle un cariño entrañable.

Un día, sin saber cómo, la Vaca tan fecunda, tan mansa y tan querida en aquel hogar, se extravió, y todos se pusieron en movimiento buscándola, no ya con afán, sino con lágrimas en los ojos. Cuando perdieron la esperanza de encontrarla, una verdadera consternación se apoderó de aquellos pobres campesinos.

Un anciano, de porte distinguido, inteligente mirada y semblante apacible, que paseaba por el monte, halló á la Vaca vagando al azar, y adivinando la tristeza que su pérdida causaría en el hogar de sus humildes poseedores, se acercó á ella, que le miraba fijamente con sus negros ojos, y después de pasarle la mano por el lomo, la tomó del cabestro, caminando varias horas hasta que dió con la cabaña de sus dueños que estaban inconsolables. Al recobrar su Vaca tan impensadamente, levantaron las manos al Cielo dando gracias á la Divina Providencia y al generoso bienhechor que les devolvía la vida.

El noble y feliz conductor, después de haber disfrutado viendo como los niños de aquella familia saltaban de alegría abrazándose al cuello de Butron y besándole el testúz, partió rebosando de gozo por aquella bella acción que acababa de realizar, sin decirles quién era: Francisco Saliñae de Mot Fenelón, el Preceptor del Duque de Borgoña, el Arzobispo de Cambray, el célebre autor de las *Aventuras de Telémaco.*

M. V.

CCXL.—La Fuente.

Acercáronse tres viajeros al caño de una Fuente adornada con esta inscripción: *Imitad esta fuente.*

—Admito el consejo—exclamó el de mayor edad, que por las trazas era mercader.—La Fuente corre,

corre sin cesar, recoge cuantos raudales encuentra, se hace arroyo, sigue corriendo, creciendo, y llega por fin á ser río caudaloso; de manera que su ejemplo dice á los humanos: Trabajad y prosperaréis.

El segundo viajero era un joven de aspecto grave á la par que bondadoso. Sonrióse al oir la explicación del mercader, y dijo:

—Yo entiendo la lección de otra manera. Esta Fuente va por el valle haciendo bien, y no pide recompensa, de modo que su ejemplo nos dice que la caridad debemos ejercitarla por amor de Dios.

El tercer viajero era un rubio adolescente, que por vez primera se había separado de su virtuosa madre. Con la timidez propia de los primeros años, oía y callaba; pero instado por sus compañeros, atrevióse á dar su explicación, y dijo:

—¿De qué nos serviría esta Fuente si sus aguas estuvieran corrompidas? La pureza de sus cristales me dice: Conserva limpio tu corazón, y sólo así reflejarás como yo las estrellas del cielo y las flores de la tierra.

CCXLI.—El Sabio y el Barquero.

Embarcóse un Sabio para pasar cierto caudaloso río, y acaso por distraerse, preguntó al Barquero:

—¿Sabes Filosofía?

—No, señor, contestó aquél.

—Pues hazte cuenta tal vez que has perdido la tercera parte de la vida. ¿Sabes Matemáticas?

—Tampoco.

—Pues hazte cuenta, que has perdido la mitad de la vida. ¿Sabes Historia?

—Tampoco.

—Pues hazte cuenta que has perdido las tres cuartas partes de tu vida.

Entonces, un golpe de viento hizo zozobrar la embarcación y el Barquero le interrogó sinceramente:

—Diga, señor mío: ¿Sabe usted nadar?

—No; respondió el Sabio.

—Pues entonces, replicó el Barquero, hágase usted de cuenta, que ha perdido la vida entera.

El hombre que ignora la ciencia suprema, que nos enseña á conseguir la felicidad eterna, prometida por Dios á los buenos después de esta vida efímera, por sabio que sea, puede hacerse cuenta que es un desventurado que ha perdido la vida entera.

CCXLII.—La Espiga del Centeno.

Si pasáis por el campo á poco de haber descargado la tormenta, veréis que las espigas del Centeno están mustias y como tostadas: esto, según refiere un escritor alemán, sucede á causa de su orgullo. He aquí la leyenda:

Un día el sáuce, la golondrina, el trigo, la margarita y el Centeno se hallaban reunidos en un valle á tiempo que las nubes aglomeradas hacían presagiar una próxima tormenta.

La golondrina, como era la avisada, fué la prime-

ra que buscó un lugar de refugio en el tronco del viejo sáuce. Éste, á quien los años habían dado experiencia, inclinó su ramaje casi hasta besar el suelo. El trigo inclinó sus preñadas espigas; sólo el Centeno permaneció erguido y como desafiando á la tormenta.

—Bájate, le decían sus compañeros, bájate, no seas necio; el hombre, aunque más fuerte que nosotros, no se atreve á desafiar al rayo.

—¿Quién ha dicho eso de que los hombres son más fuertes que nosotros? Yo por mí no reconozco superior; nada me intimida, y lo probaré mirando frente á frente al relámpago.

Dijo, y en aquel punto mismo estalló la tormenta, hendió el rayo las nubes, la lluvia y el granizo descendieron á la tierra, y el orgulloso Centeno quedóse mustio y humillado en presencia de sus compañeros.

Después que pasó la tempestad, el Señor tendió su arco en el cielo. El sáuce volvió á elevar su ramas, la golondrina salió de su escondite y cantó regocijada, la margarita desplegó sus pétalos embellecidos con las gotas de la lluvia, el trigo enderezó sus rubias espigas; sólo el Centeno permaneció abatido y como quemado en justa pena de su loca vanidad.

Desde aquel día, siempre á igual pecado sigue igual penitencia, porque no en vano se dijo: «Todo el que se ensalce será humillado.»

De Euelio Dioria (1).

CCXLIII.—La Esclava.

Le dijo el Agua un día
A la recta y pendiente cañería:
—«De tanta esclavitud estoy cansada.
Yo romperé esta cárcel endiablada
Y estas insoportables ligaduras.
Lo que es para subir á las alturas
Sin torcerme, no creo necesario
Emplear un esfuerzo extraordinario.
Y sin pensarlo más, dió una embestida
Silvando enfurecida,
Y hallóse de su cárcel libertada;
Más ¡ay! sin conseguir, ¡desventurada!
A pesar de estar libre, mantenerse
A la altura en que puede envanecerse.
En vano se obstinaba con porfía
En su rudo trabajo;
Faltándole las fuerzas, vino abajo,
Y al tocar en el suelo, se sumía
Por la absorbente arena,
Maldiciendo con pena
La hora en que se rompió su cañería.

Oigan los que de libres se envanecen:
Cadenas hay que ensalzan y ennoblecen.

Manuel Lassa.

(1) *Música Vieja*, con un prólogo de Narciso Oller. Traductores Manuel Larsa y Luis de la Guardia. Fernando Fe. Madrid, 1901.

CCXLIV.—El mal Escultor.

Un infeliz que de hambre se moría,
Exclamó cierto día:
Viendo un bloque de mármol de Carrara:
—¡Gran Dios, si yo lograra
Esculpir esta piedra, comería!
Y picando, picando,
Con el afán de un loco,
De aquí de allí quitando,
Pulverizó la piedra poco á poco.

Lo que vino á probar que no en hallarla
Estriba la fortuna solamente:
Hace falta, lector, principalmente,
saber aprovecharla.

Luis de la Guardia (1).

(1) No habiendo logrado ver hasta última hora el libro del simpático fabulista catalán Evelio Doria que debia figurar en el Libro sexto de esta Autología, lo pongo aquí para no dejar de ilustrarla con alguna muestra del ingenio de este autor que ha tenido la suerte de hallar dos excelentes traductores, y de quien hay que esperar mucho cuando, en sus años juveniles, tan buenas fábulas escribe. N. del A.

CCXLV.—El Topo y el Gusano de Luz.

Por una estrecha hendidura
Sacó la cabeza un Topo,
Con poca carne en los huesos
Y mucha piel en los ojos.
No sabe si es noche ó día;
Pero siente en el contorno
A un Gusanillo de Luz,
Y le dice de este modo:
—«Ufano puedes estar,
Tamaño como un gorgojo,
Llevando en parte vedada
La linterna por adorno:
Ya la muestras, ya la ocultas,
Tan altivo y orgulloso
Como farol que en la torre
Enseña el puerto al piloto.»
—«No tal, contestó el gusano,
Que mi pequeñez conozco;
Mas á ninguno hago daño,
Y algún bien procuro á otros:
Doy luz oculto en la hierba,
Sobre las plantas me poso,
Y los insectos acuden
A guarecerse en su tronco;
Ni destruyo las raíces
Ni las semillas me como,
Ni por temor á los hombres
Bajo la tierra me escondo.»

Esto dijo el Gusanillo,
Y lo dijo con tal tono,
Que el dañino animalejo
Quedó aún más ciego de enojo:
Fué á suplicar, y no pudo;
Sintió encendérsele el rostro;
Y murmurando entre dientes,
Metióse dentro de un hoyo.
Así en el mundo sucede:
Que los más torpes y tontos
Al que brilla poco ó mucho
Le zahieren envidiosos.

M. Martínez de la Rosa.

CCXLVI.—El Alamo derribado.

Gallardo alzaba la pomposa frente,
Yedras y antiguas parras tremolando
El álamo de Alcides, despreciando
La parda nube, y trueno y rayo ardiente;
Cuando de la alta sierra de repente
Desprendido huracán bajó silvando,
Que el ancho tronco por el pie tronchando,
Lo arrebató en su rápida corriente.
Ejemplo sea del mortal, que vano
Se alza orgulloso hasta tocar la luna,
Y se juzga seguro en su altiveza:
Cuando esté más soberbio y más ufano
Vendrá un contrario soplo de fortuna,
Y adiós oro, poder, favor, grandeza.

Duque de Rivas.

CCXLVII.—La Violeta.

Por las flores proclamado
Rey de una hermosa pradera,
Un clavel afortunado
Dió principio á su reinado
Al nacer la primavera.
Con majestad soberana
Llevaba y un noble brío
El regio manto de grana,
Y sobre la frente ufana
La corona de rocío.
La comitiva de honor
Mandóla, por ser costumbre
El céfiro volador,
Y había en su servidumbre
Hierbas y malvas de olor.
Su voluntad poderosa,
Porque también era uso,
Quiso una flor por esposa,
Y regiamente dispuso
Elegir la más hermosa.
Como era costumbre y ley
Y porque causa delicia
En la numerosa grey,
Pronto cundió la noticia
En los estados del rey.
Y en revuelta actividad
Cada flor abre el arcano

De su fecunda beldad,
Por prender la voluntad
Del hermoso soberano.
  Y hasta las menos apuestas
Engalanarse veían,
Con harta envidia, dispuestas
A ver las solemnes fiestas
Que celebrarse debían.
  Lujosa la corte brilla,
Y el rey admirado duda,
Cuando ocultarse sencilla
Vió una tierna florecilla
Entre la hierba menuda.
  Y por si el regio esplendor
De su corona le inquieta,
Pregúntole con amor:
—«¿Cómo te llamas?—«Violeta»,
Dijo temblando la flor.
  —«¿Y te ocultas cuidadosa
Y no luces tus colores
Violeta dulce y medrosa,
Hoy que entre todas las flores
Va el rey elegir esposa?»
  Siempre temblando la flor,
Aunque llena de placer,
Suspiró y dijo: —«Señor
Yo no puedo merecer
Tan distinguido favor.»
  El rey suspenso la mira
Y se inclina dulcemente;
Tanta modestia la admira;

Su blanda esencia respira,
Y dice alzando la frente:
—«Me deparan mi ventura
Esposa noble y apuesta;
Sepa, si alguno murmura,
Que la mejor hermosura
Es la hermosura modesta.»
Dijo, y el aura afanosa
Publicó en forma de ley,
Con voz dulce y melodiosa,
Que la Violeta es la esposa
Elegida por el Rey.
Hubo magníficas fiestas;
Ambos esposos se dieron
Pruebas de amor manifiestas;
Y en aquel instante fueron
Todas las flores modestas.

J. Selgas.

CCXLVIII.—La Cometa.

Por la región del viento
Una bella cometa se encumbraba,
Y ufana de mirarse á tanta altura
Sobre el terreno asiento,
Que habita el hombre y el vil jumento,
De esta manera entre sí misma hablaba:
«¿Por qué la libertad y la soltura,
Dada á toda volátil criatura,
Esta cuerda maldita
Tan sin razón me quita?

¡Ah! ¡Qué feliz estado fuera el mio,
Si esparcirme pudiera á mi albedrío
Por esa esfera luminosa y vaga
Del aire, imprescindible patrimonio
De lo volante, en brazos de Favonio,
Que amoroso me halaga;
Y, ya á guisa de águila altanera
Al sol me remontase, ya rastrera
Girase, como suelto pajarillo,
De jardín en jardín, de prado en prado,
Entre el nardo, la rosa y el tomillo.
¿A qué el instinto volador me es dado,
Si he de vivir encadenada al suelo,
Juguete de un imbécil tiranuelo
Que, según se le antoja,
O me tira la rienda ó me la afloja?
«¡Pluguiese á Dios viniera
Una ráfaga fiera
Que os hiciese pedazos
Innominiosos lazos!»
Oyó el tunante el temerario voto;
Viene bufando el Noto:
La cuerda silva, estalla... ¡adiós Cometa!
La pobrecilla da una voltereta;
Cabecea, ya á un lado,
Ya al otro; y mal su grado,
Entre las risotadas y clamores
De los espectadores,
Que celebran su mísero destino,
De cabeza fué á dar en un espino.
De esta pandorga, tú, vulgo insensato,

Eres vivo retrato,
Cuando á la santa ley que el vicio enfrena
Llamas servil cadena,
Y en licenciosa libertad, venturas
Y glorias te figuras.

Andrés Bello.

CCXLIX.—El Estornino astuto.

Vió un Estornino sediento,
De agua pura una botella;
Mas para beber en ella,
Halló grave impedimento.
Que al cuello apenas llegaba
El licor para él tan rico;
Introdujo, pues, el pico;
Mas al agua no alcanzaba.
Concibió en tan gran apuro
Practicar un agujero:
Picoteó el vaso; pero
Era de un cristal muy duro.
El pájaro porfiado
Volcarlo luego pensó:
Tampoco lo consiguió,
Que era el vaso muy pesado.
Pero al cabo un pensamiento
A las mientes se le vino,
Y el pertinaz Estornino
Pudo conseguir su intento.

Piedrecitas dentro echó,
Subió el agua lentamente,
Y el ave cómodamente
La sed al fin apagó.
Más vale maña que fuerza,
Que fácil la reflexión
Hará aquello en que su acción,
Con firme constancia ejerza.

Eduardo Benot.

CCL.—La Pluma, la Mano y la Cabeza.

No recuerdo en qué lugar,
Ni á qué fin, ni qué razón,
Se hallaron en un rincón
Reunidos al azar.
Una Pluma muy usada
Por el tajo ennegrecida,
Una mano desprendida,
Y una cabeza cortada.
Comprarlas quiso un inglés:
A verlas se aproximó,
Y sorprendido quedó
Oyendo hablar á las tres.
En su cartera apuntando,
Fué sus frases una á una,
Cartera que, tiempo andando,
A mí llegó por fortuna,
Sin saber cómo ni cuando.

La Pluma.

Olvidada duermo aquí;
Pero aunque en el polvo estoy,
No me quita lo que soy
La gloria de lo que fuí.
Yo la historia enriquecí,
Los misterios aclaré,
Las luces multipliqué,
Y de la nada en lo obscuro,
Brotaron á mi conjuro
Amor, entusiasmo y fe.

La Mano.

Mucho te enorgulleciste
Y yo tu poder no acato,
Que sólo de mi mandato
Dócil instrumento fuiste.
Para obedecer naciste
Y de mí marchaste en pos:
¿Quién vale más de los dos?
¿Cuál debe ser más sagrada?
¿La Pluma, por mí guiada,
O yo movida por Dios?

La Cabeza.

Callad: vuestro orgullo vano
Yo desharé como espuma;
¿Qué fuera sin mí la Pluma?
¿Qué sin mí fuera la mano?
Sin el soplo soberano

Del genio que alienta en mí,
¿A qué viniérais aquí?
¿Disfrutárais, ni aun de lejos,
El esplendor, los reflejos
De mi gloria que os dí?

El Inglés.

Dice la Cabeza bien,
Y sus razones son graves,
Que plumas tienen las aves
Y el cerdo manos también.
Pero cabeza en que ardiente
Brille del ingenio el sol,
¿Quién la tiene? ¿Mucha gente?
Los ingleses solamente
Y acaso algún español.

—

Lector, quienquiera que seas,
De cuantas cabezas veas,
Pocas hallarás vacías;
Pero diez tienen ideas,
Y noventa, tonterías.

Manuel del Palacio.

CCLI.—La Fuente y la Mariposa.

Sobre el cristal de una Fuente
Una rosa se inclinaba,
Y en la ninfa contemplándose
Y haciendo espejo del agua,

Su propia imagen veía
De sí propia enamorada.
  En esto, con giros rápidos,
Una Mariposa cándida
Llegó al borde de la Fuente,
Y recogiendo sus alas
Paró su vuelo un instante,
Caprichosa ó fatigada.
  Vió mecerse las dos rosas
Entre los soplos del aura,
La del rosal verdadero,
La que el cristal imitaba,
Y escogiendo la fingida
Para el centro de sus ansias,
Dirigió su vuelo
A la cristalina taza,
Hundiendo en líquida tumba
Su cuerpecillo y sus alas
El tul que las trasparenta
y el iris que las esmalta.
  ¡Ay del que busca ilusiones
Y realidades aparta!
Será cual la Mariposa
Aturdida de esta fábula,
Que se hundirá en el abismo
De la mentira y la nada.
¡Por cada rosa de arriba
Hay otra que finge el agua!

José Echegaray.

CCLII.—La Roca.

Furiosa la ola del mar
Contra la Roca al chocar
Decía á la Roca así:
¿Por qué cuando vengo á tí
Siempre me he de estrellar?

Y dijo la Roca: á fe
Que no te maltrataré
Si vienes mansa á ceñirme;
Mas si vienes á escupirme,
Siempre te rechazaré.

Así es la verdad. Si ante ella
Como ante la Roca aquella
La torpe razón avanza
Y llega humilde, la alcanza;
Si llega altiva, se estrella.

Luis Rau de Vin.
Varón de Hervés.

CCLIII.—El Zorro y la Hormiga (1)

«Ganarás el pan con el sudor
de tu frente.»

Hallábase una Hormiga
Ocupada en llevar á su agujero
Los granos de una espiga,

(1) Premiado en los *Juegos Florales* de Orense de 1901.

Cuando, alegre y zumbón, llegó á su lado,
Un Zorro muy taimado
Que buscaba un vecino gallinero.
—Buenos días, hermana—
Le dijo, entre cortés y maleante—
Observo que empezáis muy de mañana
Vuestra ruda tarea,
Y, á fe, que me parece loca idea
Que esa carga llevéis más adelante,
Pues de aquí á vuestra cueva hay para rato,
Y, aunque yo en nada trato
De causaros un mal con mi consejo,
Os prevengo que no es un desatino
Que á mitad de camino
Dejéis el equipaje y el pellejo.
—¡Ay! señor—contestóle humildemente
La Hormiga infatigable;
En verdad sois amable,
Por más que de otra cosa hable la gente,
Pues yo, mísera obrera,
Que jamás he sabido lo que hay fuera
De estos pobres lugares que recorro,
Me admiro de que observe en tal manera
Mis costumbres sencillas
¡Personajes de tantas campanilla
Como vuesa merced... señor don Zorro!
Mas de paso, le digo
Que no estamos conformes, buen amigo.
Convengo en que es muy cómodo y muy grato
Meter todo á barato
Mientras ruede, cual hoy, la humana bola,

Y vivir á lo grande y con fortuna
Sin más ocupación que ver la luna
Y tumbarse después á la bartola.
  Pero yo, pobre Hormiga,
¿Cómo puedo entregarme á tal holganza
Sin una mano amiga
Que quiera sufragarme la pitanza?
Porque habéis de saber, doctor hermano,
Que es tan triste la suerte que me toca,
Que aunque llueva el maná y abra la boca
No pillo un solo grano;
En cambio sé de pájaros sin cuento
Que en el aire los pescan al momento.
Por esto, mi señor, que es muy corriente,
si bien no sea propio,
A fuerza de tentáculo hago acopio
Trabajando constante y diligente.
En fin, á vuestra vieja teoría
Opongo como mía
La que alguien inventó muy sabiamente,
Al decir que el sudor de nuestra frente
Nos ha de dar el pan de cada día...
  —¿Y vos, no trabajáis, señor raposo?
—Añadió el jornalero diminuto
Tras ligera parada.—
—¿Yo?—repuso el coloso,
Y, olfateando solícito y astuto,
Prorrumpió en estentórea carcajada.—
Permitidme—exclamó—joven señora,
Que, ante todo, me reía alegremente
De ese vuestro candor que me enamora.

Habláis de trabajar, y, francamente,
Me cogéis en pañales;
Para mí el mejor don de los mortales
Es *¡il dolce far niente!*.

. . . . . .

Quizá porque sois niña
Os pasma proceder tan ordinario;
Vedme aquí, que no envidio á un millonario
Y vivo nada más de la rapiña.
¡Ay, Hormiga inocente,
Para aquel que lo entiende mayormente
El mundo es una viña!
Y con esto hago punto,
Porque traigo entre manos un asunto
En que pienso obtener pingüe ganancia,
Y mi olfato certero
Me anuncia que no estoy á gran distancia
De cierto populoso gallinero:
—Haced lo que gustéis—la Hormiga dijo—
Pues sería prolijo
Convencer á un señor de vuestro rango;
Bien sé que no dejáis ni un mal despojo
Los que siempre tenéis á vuestro antojo
La sartén por el mango.
Pero yo, que por obra del destino
pertenezco á la plebe,
No entiendo de chanchullo ni un comino,
Estoy como en la nieve.
Aquí en estos lugares
Sin pena ni temor paso la vida
dando vueltas y vueltas á millares

Para hallar mi despensa bien surtida,
Y en verdad, caballero, que me ufano
De no cumplir en vano
El tributo que impone Jove eterno,
Pues presumo que al medio del verano
Ya tendré provisión para el invierno.
Por eso me veréis siempre afanosa
recorrer en tarea cuotidiana
La llanura cercana,
Subir á la alta peña
Y bajar á la orilla cenagosa,
Ejerciendo esta industria tan honrosa
Que me dieron mis padres de pequeña.
Comprendo que también tiene sus males,
Pues, en trances fatales,
Por no ver los de arriba á los de abajo,
El hombre nos aplasta...
Y no rige en mi casta
La ley sobre accidentes del trabajo.
Mas yo no desfallezco,
Al peligro me crezco
Y mi rumbo prosigo por sistema;
Del trabajo constante soy emblema
Y quiero demostrar que lo merezco.
¿No véis como trabajan tantos séres
Que, con voz imperiosa, á sus quehaceres
El gran Júpiter llama?
Mirad aquel castor habilidoso
Que construye, hacendoso,
Su caseta de barro y de retama.
Ved allí la crisálida fecunda

Que fabrica la seda y el enjambre
Que produce la miel dulce y sabrosa.
¡Oh, trabajo, virtud que todo inunda
De luz esplendorosa,
A tu mágico estrépito huye el hambre
Contigo todo abunda!...
Llegaba á su apogeo
Esta plática amena y sabihonda,
Cuando, claro y vibrante,
Resonó un bullicioso cacareo
Recorriendo una legua á la redonda.
Aquello fué un instante,
El Zorro, ya jadeante,
Relamióse con bárbara alegría,
Descortés á la Hormiga dejó hablando,
Y rastreando, rastreando,
Con mucha zorrería,
Se introdujo en la granja sigiloso,
Tendió sobre el corral torva mirada
Y horible y espantoso,
Arrojóse voraz á la pollada...
¿Pero qué pasó allí? Feroz aullido
Los ámbitos hirió lúgubre y fuerte,
Formó el pio chillón confuso ruído,
Siguióle un alarido
Y después el silencio de la muerte.
¡Oh, Jove poderoso!
El dueño del cercado, cauteloso,
Había puesto un cepo con destreza,
Y, cayendo en la trampa de cabeza,
Partido por mitad quedó el raposo...

En tanto, á su agujero,
Con sus granos de espiga,
Cual si en ellos llevase el mundo entero,
Regresaba la Hormiga.

. . . . . .

. . . . . .

Ya vísteis este apólogo sencillo:
El trabajo es un bien que nunca engaña.
¡Ah, quién pudiera ver el áureo brillo
Del día en que hormiguero sea España!

Enrique Cantón Alvarado.

CCLIV.—La Estrella y el Lago.

(A la señorita Margarita Ramírez-Dampierre y López.)

Ve Margarita una Estrella
En el Lago transparente,
Y por si el astro esplendente
Competir quiere con ella,
El Lago azul removió
Celosa y fuera de sí,
Y la Estrella huyó de allí
Porque el agua se enturbió.
Que es el Lago espejo fiel,
Y si en su disco de plata
A dos hermosas retrata
La envidia rebosa en él.

. . . . . .

Al ver cieno en lo más hondo
Y al astro envuelto en negrura
Y borrarse su figura
Que copió el Lago en su fondo,
Pensó... ¡Con igual presteza
Se deshace una ilusión!...
Astros de la vida son
Amor, ventura y belleza...
Nos encantan con su halago,
Le sirve el alma de espejo
Y pasan como el reflejo
De esa Estrella por el Lago...
. . . . . .
Pensó bien... Esos raudales
Que ofrecen engañadores
Al amor luz y colores,
Y al Lago azules cristales,
Apagan su transparencia
Cuando encrespa el torbellino
El Lago azul cristalino
Y el Lago de la existencia...
. . . . . .
Brilló el astro, su luz viva
Inundó la inmensidad,
Y ella dijo... «La verdad
Se halla mirando hacia arriba.»
Desde entonces, si en su anhelo
Sueña amor y encantos fragua,
Por si alguien enturbia el agua
Mira Margarita al Cielo.

Ricardo Guijarro y Gonzalo del Río.

LIBRO NOVENO

Apólogos selectos de Esopo y Fedro.

De Esopo.

CCLV.—Hércules y el Carretero.

Guiando su carro un Carretero por un camino agreste y pantanoso, atascáronsele las ruedas en tal forma, que todo el arranque de las bestias fué inútil para salir del paso. Sentóse el Carretero al borde del camino y comenzó á llamar á Hércules, en todos los tonos, para que le ayudase.—«¡Insolente bribón! (gritóle Hércules indignado). Baja al lodazal, arrea las caballerías y mete el hombro en la rueda al mismo tiempo: si así no consigues lo que necesitas, llámame y entonces acudiré. Con gritos no se ha desatascado nunca ningún carro.»

CCLVI.—El Pino y la Calabaza.

Por una casualidad, muy frecuente en el campo, cayó cierta primavera una semilla de Calabaza al pie de un Pino de corta estatura. Como el sol era tibio, las brisas suaves y fecunda el agua, vióse la Calabaza brotar y crecer con lozanía, en términos de que antes de mucho sobrepujaba en corpulencia y verdor á su compañero.—«¡Miserable! (le dijo): llevas una porción de años en esta tierra, sin que apenas te llamen árbol, y yo en solos cuatro días, puedo ya desafiarte y vencerte».—El pobre Pino se calló su boca y aguardó tiempos mejores. Efectivamente, tras de la primavera viene el verano, y como entonces el Sol abrasa, los vientos queman y el agua desaparece, la Calabaza, que ya no había hecho más que estimar su figura, se agostó al momento; mientras que el Pino pasaba su juventud ahondando la tierra, extrajo de ella los jugos que le negaba la atmósfera y vivió largos años tan verde y tan hermoso.

CCLVII.—La Gallina de los huevos de oro.

Por más que parezca raro, había en un corral cierta Gallina que ponía los huevos de oro. El dueño de ella, que todas las mañanas tomaba una buena suma en casa de un platero, se hizo el siguiente raciocinio:—«Si los huevos de la Gallina son de oro, la hovera en donde se crían será un filón capaz de

enriquecerme.»—Matóla, pues, con la codicia de hacerse rico en un momento, y al ver que la Gallina era por dentro como todas las otras, echó de menos el huevo diario con que lenta pero verdaderamente se enriquecía.

CCLVIII.—El Labrador y la Cigüeña.

Cierto Labrador puso una espesa red en su campo para cazar los gansos y las grullas que lo asolaban. Entre aquellos animales dañinos cayó cautiva una Cigüeña, la cual, no exenta de razón, habló así al hombre:—«Ya ves, amigo mío, que estoy aquí presa por casualidad: tú pretendes coger gansos y grullas que te ofenden, pero no á mí, que ningún daño te hago.»—«Dejárate libre (contestó el Labrador) si no hubieses venido con esas gentes; pero hoy pagas, amiga Cigüeña, el andar con malas compañías.»

CCLIX.—El Novillo y el Buey.

Un Torete lustroso y rollizo, de esos que jamás han aceptado yugo alguno, paróse delante de cierto Buey que araba en el campo, y le dijo:—«¿No te avergüenzas, compañero, de llevar esas cuerdas en tu testuz, de arrastrar ese arado y de dar vueltas sobre el terreno todo el día, sin utilidad de ninguna especie para tí, sino en beneficio de un amo que no te lo agradece? ¡Cuán diversa es mi vida! (añadió). Ando por donde quiero, me caliento al Sol cuando

hace frío, gozo de la sombra en el verano, como donde me agrada y vivo donde se me antoja. ¿No te causo envidia?» —El Buey, sin hacer caso de este discurso, prosiguió tranquilamente sus labores; y á la tarde, cuando libre ya del yugo, se retiraba al establo en busca de una abundante cena, vió al Novillo que, cubierto de guirnaldas de flores, lo llevaban al templo para ser sacrificado. No era rencoroso el Buey; pero por si la lección resultaba útil para alguien, acercósele á la oreja y murmuró:—«Y ahora, joven, ¿qué os parece mejor? ¿El trabajo que conduce á la cena, ó la holganza que conduce al sacrificio?»

CCLX.—Los dos Hermanos.

Un joven á quien la Naturaleza había dotado de grande hermosura, decía así burlándose de su pobre hermana, que era muy fea: —«De pulga son tus ojos, muchacha; de perro dogo tu nariz, tu boca de cabra: ¿eres niña, ó eres mona?»—La muchacha, llena de furor por aquellos dicterios, corrió á denunciar á su padre el crimen de su hermano:—«Hijos míos (dijo el padre desentendiéndose de las razones de uno y otro), la hermosura insolente es como el diamante engarzado en vil metal; al paso que la virtud y la mansedumbre son poderosos talismanes contra las injurias del rostro.»

CCLXI.—El Carbonero y el Blanqueador.

Un Carbonero que habita en casa grande, propuso á cierto Blanqueador, amigo suyo, partir con él su vivienda, para que ambos saliesen á la mitad de alquileres:—«Con mucho gusto lo haría (dijo el segundo al primero), más me asalta el temor de que tus carbones se blanqueen con mis cales, y mis cales se ennegrezcan con tus carbones.»

CCLXII.—El Muchacho y la Fortuna.

Fatigado por el juego un Niño de corta edad, echóse en tierra y se quedó profundamente dormido junto á la boca de un pozo. Aparecióse la Fortuna, y despertándole dulcemente, le dijo:—«Recuerda, ¡oh, hijo mío! que acabo de salvarte la vida. Si hubieses caído dentro del pozo, todos me hubieran culpado y maldecido; pero dime la verdad, ¿tendrían razón?»

La pobre Fortuna, en efecto, nada siempre calumniada por los imprevisores.

CCLXIII.—El Avaro y el Envidioso.

Dos hombres despreciables, avariento el uno, y dominado el otro por la más negra envidia, pidieron de consuno á Júpiter que les concediera alguna cosa. El dios, sonriendo, les manifestó que lo que otorgara al primero que pidiese le sería duplicado al se-

gundo. El Avaro se guardó muy bien de abrir la boca, porque esperaba doble merced que su compañero; más el Envidioso, que antes de su propio bien deseaba siempre el daño de sus semejantes, pidió que le sacaran un ojo. No hay que decir que al Avaro le sacaron los dos.

CCLXIV.—El Tordo y la Golondrina.

Un Tordo nuevo, que vivía en cierto jardín de casa opulenta, trabó estrechas amistades con una Golondrina transeunte. Era ésta tan amable con él, y al inocentuelo le pareció tan galana y discreta, que lecho, comida y amor, todo se lo cedió entusiasmado.—«No hay amiga en el mundo, ¡oh madre! (exclamó un día), como la que yo me he echado esta primavera.»— «Lo que no hay (replicóle su madre) es un hijo tan tonto como tú. ¿No piensas, infeliz, que cuando llegue el frío, ella se marchará de retozo con los suyos á la caliente tierra de que procede?

Para conceder amistades tan latas, hay que esperar un verano y un invierno.

CCLV.—Las Ovejas y el Perro.

Cansadas las Ovejas de un rebaño de presenciar ciertas injusticias, dirigieron á su pastor el siguiente capítulo de cargos:—«Nosotras nos desprendemos de nuestra lana cada primavera, y esto te produce

mucho; entregamos después nuestros corderillos al matadero, y también ésto te produce bastante; damos, en fin, leche, queso y hasta nuestra propia existencia para aumento de tu peculio, en pago de lo cual, tú sólo nos otorgas la hierba que espontáneamente crece en estos valles. Mientras tanto, ese Perro que carece de lanas, cuyos perrillos no se comen, y que pasa la vida en la molicie, disfruta de tu amor, se alimenta con tus propios manjares y siempre está oyendo alabanzas. ¿Es esto justo?» — El Perro, que había estado escuchando toda la arenga, gritó entonces:—«¡Callad, estúpidas! Si yo no vigilase el rebaño noche y día contra ladrones y lobos, ¿tendríais lana, tendríais corderas, tendríais quesos y leche? Vosotras sois el pueblo trabajador; yo soy la fuerza pública.»

CCLXVI.—Los Pescadores.

Pesaba tanto la red de unos Pescadores, que creyendo traerse media playa, comenzaron á saltar y brincar de puro gozo. Pero cuando la red salió á la orilla, vieron que los peces eran escasos y que el peso procedía de una enorme piedra. Comenzaron entonces á maldecir y entristecerse; por lo cual un anciano que los contemplaba, les dijo:—«Compañeros: el placer y el dolor andan juntos por la tierra; ni tanta alegría antes, ni tanta desesperación ahora; que siempre que se baila demasiado, hay después que llorar no poco.»

CCLXVII.—El León y los Toros.

Juntos cuatro hermosos Toros que se tenían jurada eterna amistad, desafiaban de continuo la furia de un León, burlándose constantemente de sus acometidas. Al verlo venir, formaban cuadro con sus cabezas, y no un León, cien Leones habrían tenido que rendirse ante tan formidable cuadrilátero. Filósofo el León, tanto como guerrero, imaginó desistir de sus visitas; pero puso en juego varias artes para que naciese rivalidad entre los Toros, y consiguió en poquísimo tiempo que cada uno tomase por su lado. Entonces, no hay para qué decir que se los fué comiendo en detalle.

CCLXVIII.—La Hormiga y la Crisálida.

Cierta Hormiga, que corría ligera al salir el Sol en busca de alimento, tropezó con una Crisálida muy próxima á su muda. El movimiento extraño de aquella cola aprisionada en su cascarón, y la falta de libertad de los miembros encerrados en duros anillos, hicieron exclamar á la Hormiga:—«¡Pobre ser, cuán digno eres de lástima! Vives en perpétua prisión, y mueres en terrible agonía. Apenas te arrastras por el suelo, mientras que yo ejecuto mis acciones libremente, y hasta trepo cuando se me antoja á las copas de los árboles. ¡Qué diferencia de fortuna!»—Algún

tiempo después, volvió á pasar la Hormiga por aquel sitio, y sólo halló de la Crisálida una mísera envoltura; pero alzando un poco los ojos, divisó de improviso las matizadas alas de una bella mariposa que producía el iris atravesando los rayos del Sol y refrescaba el ambiente con el suave movimiento de su libre carrera.—«Y ahora, ¿me compadeces también? (dijo á la Hormiga, que permanecía muda de confusión y asombro). Quédate ahí ejecutando tus acciones libremente, mientras que yo me pierdo de tu vista en la inmensidad de los espacios.»—Y diciendo esto, desapareció entre las nubes.

¿Será la Hormiga el emblema de la materia, y la Crisálida el símbolo del alma inmortal?

Eduardo de Mier.

CCLXIX.—El Haz de varas.

Un padre de muchos hijos, deseando convencerles de lo necesario que era para su prosperidad, que permaneciesen siempre estrechamente unidos, les llamó un día presentándole un Haz de varas, y mandóles que lo rompiesen.

Cogiéronlo unos por un extremo y otros por el otro, y después de varias y enérgicas tentativas hubieron de confesar la inutilidad de sus esfuerzos.

Entonces el padre desató el Haz, y dándoles á cada uno una vara, les invitó de nuevo á que las rompiesen; lo que todos realizaron en el acto con facilidad extraordinaria.

«Con esto quise probaros, dijo el padre, que la unión entre aquéllos que tienen vínculos estrechos y comunes, es una fuerza incontrastable que hace fuertes á los séres más débiles; y que la desunión, por el contrario, debilita y destruye á los más fuertes.»

CCLXX.—El Vientre y los Miembros.

Cuéntase que disgustados un día los Miembros del cuerpo humano de que todo el trabajo pesaba sobre ellos, mientras que el Vientre, por el que todos se sacrificaban, vivía en la ociosidad, sin preocuparse de otra cosa que disfrutar las sustancias alimenticias y refrigerantes que por la boca entraban, tramaron una conjuración, negándose cada cual á prestar sus servicios.

Los ojos y la lengua, las manos y los piés, en una palabra, todos los Miembros cesaron á la vez en sus respectivas funciones. El Vientre comenzó á debilitarse y no tardó en morir; pero su muerte ocasionó al instante la de todos los conjurados.

Descontento en una ocasión el pueblo romano por creerse perjudicado contribuyendo al sostenimiento del Estado, sin participar de los altos empleos públicos, se sublevó negándose al pago de los tributos. Mennio Agripa consiguió reducirlo al orden refiriéndoles este sencillo apólogo de los *Miembros y el Vientre*, que explica, como más bien el Estado nos sostiene que le sostenemos nosotros; y cómo la so-

lidaridad social nos obliga en primer término, á contribuir á su vida y florecimiento con el trabajo individual y el cumplimiento del deber, con los auxilios materiales y la fiel observancia de las leyes.

CCLXXI.—El Gallo y la Perla.

Cierto Gallo escarbando en un muladar halló casualmente una Perla, y pareciéndole que ésta en su poder era lo mismo que un libro en manos de un tonto, la arrojó con desprecio diciendo:—«¡Lástima que no fueras un gusano ó una semilla!...»

La Perla es símbolo de las artes y las ciencias; y los necios que las desprecian están representados en el Gallo del estercolero, pues el cultivo de aquéllas es una de las principales diferencias entre los hombres y las bestias.

CCLXXII.—La Mujer y la Gallina.

Cierta Mujer tenía una excelente Gallina ponedora que le proporcionaba un huevo diario. Creyendo la infeliz que engordándola mucho le pondría dos en vez de uno, le triplicó la ración de la pitanza; pero con esto engordó tanto, que dejó de poner huevos.

Así tenía que suceder, pues para trabajar y producir la gula es gravísimo impedimento.

CCLXXIII.—Las dos Cabras.

Dos Cabras pastaban en los bordes opuestos de un torrente sobre el que había una viga atravesada, que en caso de necesidad, y con no pequeño riesgo, podía servir de pasadizo. Viéronlo las Cabras y ocurriósele á un mismo tiempo utilizarle como puente para pasar á la banda opuesta. Encontráronse en medio de la viga y era indispensable que una retrocediese. Ninguna de las dos quiso ceder, y al intentar el cruce, ambas se despeñaron en el fondo del torrente.

Nada hay más estúpido que la terquedad, cuando nos negamos á ceder sin ningún motivo razonable.

CCLXXIV—El Hortelano y el Poderoso.

Cierto Hortelano estaba furioso porque una liebre no salía de sus tierras, despuntándole todos los días algunas hortalizas. Juró que á todo trance había de exterminarla, y para ello solicitó el auxilio de un Poderoso que tenía fama de gran cazador. Este condescendió con sus deseos, organizando una partida de amigos, monteros, tiradores, galgos y podencos. Presentáronse todos el día señalado en casa del Hortelano, quien desde luego tuvo que invitarles á un abundante almuerzo en que consumió las mejores provisiones de su despensa. Dieron luego principio á la batida, derribando vallas y paredes, destrozan-

do árboles y flores, y comiéndose de paso toda la fruta sazonada; en una palabra, todo lo arrasaron con intención ó sin ella.

Se descubrió por fin la liebre, y algunos autores aseguran que logró huir por el agujero de un alto muro que le puso á salvo de los cazadores y los perros.

Es lo cierto que al fin de la jornada el torpe Hortelano exclamaba llevándose las manos á la cabeza: —«¡Oh qué caro cuesta el auxilio de los Poderosos! ¡Más daños me causaron éstos en una hora, que en veinte años todas las liebres de la comarca!»

M. Vidal.

De Fedro.

CCLXXV.—El naufragio de Simónides.

Un suceso de la vida de Simónides prueba con elocuencia la verdad de aquel dicho de los antiguos acerca de la sabiduría: que *todas las cosas lleva consigo: Ommia mecum porto.*

Después de haber compuesto aquel excelente poeta versos dulcísimos en alabanza de los héroes, se resolvió á cantarlos recorriendo las principales ciudades de Grecia, con el fin de remediar la pobreza en que vivía. Habiéndose hecho rico con el ejercicio de este noble arte, regresó por mar á su patria que era, según se cree, la isla de Ceos; pero la nave que le conducía estaba muy deteriorada y fué deshecha por una tormenta.

Todos los pasajeros trataron de ponerse en salvo, recogiendo precipitadamente los objetos más preciosos que pudieron, menos Simónides que lo abandonó todo con la mayor indiferencia. Preguntado por qué no procuraba salvar alguna parte de sus bienes, dijo que él *todas las cosas llevaba consigo.*

Los más perecieron con el peso de las riquezas que pretendieron conservar, y los pocos que se salvaron fueron despojados, incluso de sus vestiduras, por los ladrones que merodeaban en las orillas del mar.

Los náufragos se dirigieron á la antigua ciudad de Clazómenes, que era la más próxima á la costa, é imploraron el socorro de sus habitantes mostrándoles las señales del naufrugio.

Muy diferente fué la suerte de Simónides, pues habiéndole conocido por su manera de expresarse, un ciudadano instruído en las letras y admirador de sus versos, se consideró muy dichoso en llevarle á su casa y obsequiarle, proveyéndole de preciosas vestiduras, de dinero, y cuanto hubo menester, hasta de esclavos.

Habiendo luego el poeta encontrado á sus compañeros de naufragio les dijo:—«He aquí como el hombre que cultiva las riquezas del saber, no las pierde nunca, pues las lleva siempre consigo; mientras que vosotros que sólo habéis tratado de adquirir las riquezas materiales, todo lo habéis perdido en un instante.»

CCLXXVI.—El Caballo y el Jabalí.

Revolcándose un Jabalí, enturbió el agua de una fuente en que solía beber el Caballo silvestre, dando esto origen á una reñida contienda entre los dos.

El Caballo, inflamado de ira, pidió auxilio al hombre, y tomándole sobre su lomo, partió á combatir á la fiera, que fué muerta á flechazos por el jinete, el cual, después del servicio prestado, le habló así: —«Me alegro de haber condescendido con tus ruegos, pues hice una presa, y además ví la gran utilidad que puedes prestarme.» Esto diciendo, puso el freno al Caballo, bien contra su voluntad, obligándole á llevarlo para siempre. Cuando le tascaba por primera vez, se dice que exclamó: ¡Insensato de mí, que buscando la venganza de una pequeña incomodidad, encontré una eterna servidumbre!»

CCLXXVII.—La Zorra y el Cuervo.

Los que se complacen en ser adulados, no tardan en recibir el castigo de un vergonzoso y tardío arrepentimiento.

Habiendo visto una Zorra un Cuervo que comía un queso robado de la ventana de cierta cocinera descuidada, le habló de este modo: —«¡Oh Cuervo! ¡Qué suave es el brillo de tus hermosas plumas! ¡Qué rostro tan agraciado!... ¡Qué gentil presencia!... ¡Lástima que no tengas voz!... de haberla tenido, serías indudablemente la Reina de las aves.»

El Cuervo estúpido cayó en el lazo al primer asalto de la adulación, creyendo á piés juntillas estas alabanzas tan diversas de la realidad, y para probar que además de tan bellas prendas tenía una excelente voz, lanzó un prolongado graznido. El queso comenzó á rodar, cayendo en los ávidos dientes de la Zorra, la cual, después de ponerlo en salvo, se echó á reir á carcajadas de la necedad del Cuervo iluso, como se ríen los aduladores de los tontos que les pagan espléndidamente sus lisonjas.

Mientras tanto, la reina de las aves, confundida por la vergüenza, no hacía más que gemir y lamentarse de que la astucia de la Zorra le hubiese burlado.

CCLXXVIII.—El Aguila y la Zorra.

Los fuertes y poderosos, por mucho que lo sean, deben guardarse de oprimir á los débiles, porque el ingenio, ya que no la fuerza, puede suministrarles terribles armas de venganza.

Una vez el Aguila arrebató los cachorrillos de una Zorra, llevándolos á su nido para que sirviesen de presa á sus aguiluchos. La afligida madre, habiendo seguido al Aguila, le suplicó con los mayores encarecimientos, que no le ocasionase tan tremenda desgracia, y tuviese compasión de su dolor, devolviéndole sus hijos. Pero ella, creyéndose segura por tener su nido en la copa de un árbol corpulento, despreció sus súplicas. La Zorra, entonces, tomó de un

altar una tea encendida, y corrió al arbol con el propósito de incendiar su tronco, para que así pereciesen abrasados los hijos del Aguila. Esta, ante el temor de aquella terrible venganza, se rindió á la Zorra, devolviendole incólumes sus hijos.

CCLXXIX.—Demetrio y Menandro.

Demetrio Falereo, tirano de Atenas, iba un día rodeado de su corte, por la plaza pública, recogiendo los homenajes de todo el pueblo que le victoreaba, aunque llorando en su interior las tristes mudanzas de la fortuna.

Hasta los más tibios y perezosos, por no ser notados, atropellaban á los demás para prosternarse en su acatamiento. Sólo un transeunte, vestido de brillante y perfumado ropaje, caminaba reposadamente, mostrando la mayor indiferencia.

Era el famoso poeta cómico Menandro, á quien no conocía el Tirano, si bien había leído sus versos y admiraba mucho su ingenio.

Cuando el poeta, por fin, se acercó, caminando afectadamente, preguntó Demetrio á los que le acompañaban: quien era aquel mono que se atrevía á comparecer en su presencia; y habiéndole contestado que era Menandro el escritor, el Tirano trocó al punto el desprecio en admiración, y rogándole que se acercase le tomó la mano y se la estrechó efusivamente.

M. Vidal.

LIBRO DÉCIMO

Apólogos selectos de fabulistas extranjeros.

CCLXXX.—La Garza Real (1).

Iba un día, no sé adonde, la Garza Real con sus largas patas, su largo cuello y su largo pico. Costeaba cierto río y estaba el agua clara y trasparente, como en los mejores días. La Carpa jugueteaba con su compadre el Sollo. La Garza podía cogerlos fácilmente, pues se acercaban á la orilla, al alcance de su pico; pero le pareció mejor aguardar á que le entrase el apetito; era animal muy arreglado y no comía más que á sus horas. Al cabo de algún rato, le vino el apetito, y acercándose al agua vió varias Tencas que salían de su oculto albergue. No le agradó aquel manjar: esperaba algo mejor, y mostrándose tan desdeñosa, como el ratón del buen Horacio:

(1) V. la magnífica edición ilustrada: *Fábulas de Juan de La Fontaine*, traducidas por D. Teodoro Llorente. Montaner y Simon, editores. Barcelona, 1890.

—«¡Tencas á mí! exclamó; ¿Cómo ha de contentarse con tan grosera vianda una Garza Real? ¡Por quién me tomarían?

Rehusada la Tenca, encontró un mísero Gobio.

—«Tampoco es esa comida para una Garza Real. ¿Abrir yo el pico por tan poca cosa? ¡No lo quiera Dios!»

Y tuvo que abrir el pico por algo menos; pues no quiso la suerte que viese ya ningún otro pez, malo ni bueno. El hambre apretaba y tuvo á gran fortuna encontrar una Babosa.

—

No seamos exigentes. Las más acomodaticios son los que lo entienden. Quien mucho quiere alcanzar, suele perderlo todo. No desdeñéis nada, sobre todo cuando la cuenta no salga del todo mal. No es á las Garzas á quienes me dirijo; en nuestra humana raza he aprendido esta lección.

CCLXXXI.—El Sabio y el Rico.

Entre dos vecinos surgió una disputa.

Era el uno pobre, pero sabio; el otro rico, pero ignorante. Pretendía éste triunfar de su contrario, alegando que toda persona razonable debía prestarle acatamiento. ¡Qué tontería! ¿Merece reverencia acaso la riqueza desprovista de otros méritos?

—«Amigo mío, decia á menudo el Rico al Sabio; os juzgáis persona respetable, pero decidme: ¿tenéis buena mesa? ¿De qué sirve á los doctos gastar los

ojos leyendo sin cesar, si tienen que vivir siempre en tercer piso, ó van vestidos de invierno en verano, y de verano en invierno, y no tienen por lacayo más que su propia sombra? ¡Buen servicio prestará al pro comun gente que no tiene que gastar! Hombres útiles no son más que los que hacen bien á todos con su lujo. Nuestros goces dan trabajo al mercader y al artesano, y á vosotros mismos, cuando dedicáis á los hombres de dinero míseros libros, que os son muy bien pagados.»

Estas impertinentes palabras tuvieron la contestación que merecían. El docto calló; tenía demasiado que decir; pero mejor que lo hubiera hecho una sátira lo vengó una guerra que entonces sobrevino.

Marte destruyó la ciudad que habitaban ambos vecinos, y tuvieron que abandonarla uno y otro.

Quedó el ignorante sin albergue, y en todas partes fué mal recibido. El Sabio encontró todas las puertas abiertas.

Así terminó la contienda. Digan los necios lo que quieran, el saber vale mucho.

CCLXXXII.—Los dos Perros y Asno muerto.

Dos mastines vieron á lo lejos un Asno muerto flotando en las olas del mar. El viento lo alejaba de nuestros dos canes.—«Amigo, dijo uno de ellos, tienes mejor vista que yo. Fíjate en aquello que se vé agua adentro. ¿Es buey ó caballo?» —«¿Y qué importa que sea una ú otra cosa? Contestóle. Todo es carne.

La dificultad está en atraparla, porque la distancia es grande, y hay que nadar contra la corriente. Bebamos toda esta agua; nuestras sedientes fauces le darán pronto fin. Aquel cuerpo quedará en seco, y tendremos provisiones para toda la semana.» Pusiéronse á beber los dos Perros, perdieron el aliento, y después la vida, reventando miserablemente.

—

Así es el hombre. Cuando le enardece el deseo, nada encuentra imposible. ¡Cuantos votos hace, cuanto tiempo pierde, afanándose por adquirir bienes, ó conquistar gloria! ¡Si pudiera redondear mis propiedades! exclama uno. ¡Si pudiera llenar mis copas de duros! piensa otro. ¡Si aprendiese el hebreo! ¡Si profundizase las ciencias ó la historia! Todo esto es como beber la mar; pero al hambre nada le basta. Para realizar los proyectos que forma cualquiera de nosotros, necesitaría cuatro vidas, y aún me parece que quedaría á la mitad del camino. Cuatro Matusalenes, uno tras otro, no podrían ejecutar lo que un solo hombre imagina.

Teodoro Llorente.

De Juan Gay.

CCLXXXIII.—El León y el Cachorro.

Un Cachorrillo joven descendiente de leones fieros; pero de cabeza desequilibrada evitaba el trato de todos los *Leones* formales; amigo del aura popular, concurría á las juergas de los animales de más baja estofa, pasaba las horas muertas en compañía

de unos *burros* como espectador perpetuo de aquel garito, en donde aprendiendo sus ademanes, modales y gestos, llegó á ser un burro cabal en todo menos en las orejas.

Si su alteza comenzaba á decir un chiste, una salva de aplausos le precedía: á cada palabra, ¡qué de vítores! ¡Santo cielo! ¡qué propiamente rebuzna!

Orgulloso en extremo por tal adulación y ensoberbecido por su arrogancia, se retira por fin á su guarida y pretendiendo mostrar á su familia sus habilidades, rebuznó con tal estrépito que alarmó á los *Leones,* sus compañeros.

—Tonto, le dice uno mayor, ese rebuzno estemporáneo, denuncia tu arrastrada vida y tus amistades nada recomendables; todo lo cual es señal de tu vergonzosa degradación.

—¿Por qué te portas conmigo con tanta severidad? Replicó el Cachorro: las reuniones á que asisto siempre me han tenido por un sabio.

¡Qué necio es el orgullo! repuso el León: todos los tontos se envanecen cuando los necios los admiran: mas ten presente; *que lo que los estúpidos borricos alaban, la noble raza de Leones lo desaprueba.*

CCLXXXIV.—El Mastín y el Lobo.

Érase un Lobo hambriento, atrevido y fiero, que saqueaba la majada y menguaba el redil, atracándose por el día en el bosque oscuro del pillaje y botín que por la noche en él había enterrado. En vano el solícito desvelo del pastor, que desplegando toda su

actividad, acechaba los lazos que para cazarle había puesto escondido; en vano el Mastín seguía sus huellas: el hábil ladrón burlaba toda vigilancia. Así las cosas, sorprendido el perro en una de sus acostumbradas excursiones: suspendamos, dijo, por un momento toda hostilidad y razonemos como buenos amigos.

¿Pides parlamento? Replicó el Lobo; pues concedido. Entonces empezó el Mastín á explicarse de este modo: ¿Es digno de tu arrojo y valentía, meterte con débiles é indefensos animales? Esas mandíbulas necesitaban más noble alimento; debías beber sangre de leones y otras fieras. Las almas grandes y generosas, se enternecen por la compasión que los cobardes tiranuelos nunca supieron sentir; considera cuando cuán inofensivos son nuestros subordinados; sé valiente, más al mismo tiempo no dejes de ser compasivo.

¡Camarada! repuso el Lobo; el asunto y el negocio este son cosas serias; la Naturaleza me ha hecho bestia de tal condición, que si no robo no como, y por tanto, cuando el hambre aprieta, no puedo decirle que espere. Si tu corazón se compadece de los lastimosos balidos de mis víctimas y tu tirano dueño te regaña, le dices lo siguiente: el Lobo de vez en cuando se come una ovejilla y los hombres se las comen á millares: *peor mil veces es un fingido amigo y protector que un declarado enemigo.*

C. Damián Bilbao Ugurriza, Pbro.

De Gotoldo Efrain Lessing.

CCLXXXV.—El Abejaruco.

«Tengo una pregunta que hacerte, dijo una Aguila nuevecilla á una lechuza grave, y sólidamente docta. Se dice que hay una ave, llamada *Mèrops* en griego y en latín, y *Abejaruco* en castellano, la cual vuela al revés, con la cola hacia delante, y la cabeza mirando al suelo. ¿Es verdad?

—¡Cá! no, respondió la lechuza: es una invención absurda del hombre. El, sí, que pudiera ser el tal pajarraco, porque solo él quisiera volar al cielo, sin perder un momento de vista de tierra.»

CCLXXXVI.—La Zarza.

«Pero dime, preguntó el sauce á la Zarza; ¿por qué eres tan codiciosa de los vestidos de los hombres que pasan junto á tí? ¿Para qué los quieres? ¿De qué pueden servirte?

—De nada, respondió la agarrona. Ni tampoco se los quiero quitar; no quiero más que desgarrárselos.»

CCLXXXVII.—El Grillo y el Ruiseñor.

«Te aseguro, decíale al Ruiseñor el Grillo, que no falta quien admire mi canto.

—¿Quién? Preguntó el Ruiseñor.—Me oyen con sumo gusto, contestó el Grillo, los laboriosos segadores, gente (no me lo negarás) muy útil en la humana república.

—No lo negaré yo, repuso el Ruiseñor; pero, por lo mismo, no te debe dejar su voto muy satisfecho. Gentes honradas que no piensan más que en su trabajo, pueden muy bien ser poco delicadas de gusto. No presumas, pues, de tu canto, hasta que el des cansado pastor, diestro además en tañer el caramillo, te escuche con silencioso encanto.»

CCLXXXVIII.—La Aveja y la Golondrina.

Voló á una Oveja una Golondrina, á quitarle un poquito de lana para su nido. Brincó al repelón, incomodada la Aveja.—«¿Cómo tan cicatera conmigo sola! dijo la Golondrina. Al pastor le permites que te despoje de tu vellón entero una y otra vez; y á mí ¿me repugnas una triste vedija! ¿En qué consiste esto?

—Consiste, respondió la Aveja, en que no sabes quitarme la lana con la habilidad que el pastor.»

CCLXXXIX.—El Pavo Real y el Gallo.

El Pavo Real dijo á la gallina una vez:—«Mira, mira, ¡qué arrogante y soberbio camina tu Gallo»! Y con todo, no dicen los hombres: «el orgulloso Galllo», sino «el orgulloso Pavo Real.»

—«Consiste, dijo la gallina, en que el hombre disculpa el orgullo fundado. El Gallo lo funda en su vigilancia y virilidad; pero tú, ¿en qué?—En colores y plumas.»

CCXC.—El Hombre y la Aveja.

«¿Tienes entre los animales, bienhechor más grande que nosotras? Preguntó al Hombre la Aveja.

—Sí, por cierto, respondió aquél.

—¿Quién?

—La Aveja: porque su vellón me es necesario; y tu miel no pasa de serme agradable.»

«¿Y quieres además saber por qué tengo á la Oveja por bienhechora mía, superior á tí, Aveja? Porque ella me cede su lana sin la menor dificultad; y aunque tú me regales tu miel, tengo siempre que temer tu aguijón.»

CCXCI.—El Aguila.

Preguntaron al Aguila ¿por qué criaba á sus hijos en las alturas, allá casi en el aire?

Y respondió:—«¿Se atreverían, ya criados, á remontarse al Sol, si los criara en sombrías profundidades de la tierra?»

CCXCII.—El Avaro.

«¡Infeliz de mí! decía lamentándose un Avaro á un vecino: me han robado esta noche el tesoro que enterré en el jardín, y en su lugar me han dejado un maldito pedrusco. – Hombre, le contestó el vecino, tú no lo aprovechabas; figúrate que la piedra es te-

soro, y tienes lo mismo.—Lo mismo tendré, replicó el miserable; pero ése que me lo quita ¿no tiene más? ¡Otro con más! Cosa es de volverse loco.»

Juan E. Hartzembusch.

De Luis Clasio (1).

CCXCIII.—El Humo y la Nube.

El Humo de una gran chimenea salía una vez formando parduscos y densos globos, y al llegar á cierto punto de la atmósfera, se encontró con una brillante Nube que cabalgaba sobre las alas del viento, á la cual dijo á gritos, lleno de soberbia: —«¿Quién eres tú para que así me obstruyas el paso? ¡Eh! Fuera de aquí, que no tolero los obstáculos de gente de baja ralea.»

La Nube respondió:—«¿Quién eres tú que así te atreves á molestarme con ese desdeñoso tono de grandeza?» El altivo dijo:—«Yo soy el Humo, hijo del Fuego, que es hermano del Sol, á merced del cual puedes tú levantarte de la tierra ostentando esos prestados matices. Nada más te digo, pues por la nobleza de mi origen debes comprender mi superioridad y excelencia.»

La Nuvecilla entonces replicó al fatuo:—«¡Oh, me sorprende un origen tan excelso en quien tiene un aspecto tan repugnante y grosero! No pretendo mortificaros con mis palabras; pero la verdad es que

(1) *Favole e Sonetti* di Luigi Fiacchi detto Clasio. Edicione 12.ª Torino, 1905.

parecéis descendiente legítimo del Carbón, más bien que hijo del Fuego. Así qué, señor sobrino del Sol, permitidme no os tribute esos honores que pretendéis, entre tanto no os parezcáis en algo al brillante Fuego vuestro padre.

No debe vanagloriarse de sus antepasados, quien no se les asemeja en sus talentos y virtudes.

CCXCIV.—El Niño y el Gato.

Un Niño se divertía constantemente en juguetear con un lindo Gatito que había en su casa, tendiéndole una y otra vez su mano amiga, que éste mordía suavemente. Estas cariñosas provocaciones eran continuas, y el juguetón animalito hacía unos gestos tan graciosos, que parecía en realidad un pequeño bufón de los gatos. Ya se estaba quietecito, ya se movía con lentitud, ya se lanzaba rápidamente sobre la mano del inocente Niño. Si huía, pronto tornaba á repetir el juego, atraído por los graciosos movimientos que su amigo le hacía con los dedos.

Así siguieron por algún tiempo aquellas diversiones y fingidas riñas; pero un día el pérfido Gatito, con toda intención, dió un terrible rasguño á la incauta mano del Niño. Este comenzó á llorar, y entonces su padre le dijo con cierta severidad:—«El que acostumbra á morder por broma, al fin muerde de verdad; así la ficción del vicio, se convierte en vicio verdadero. Bien dice el refrán: «A perro que lame ceniza, no le confies la harina.»

CCXCV.—Las Orejas y la Lengua.

Un famoso médico refiere que la Lengua cierto día habló así á las Orejas:—«¡Eh, señoras oyentes! ¿Por qué vosotras que estáis más desocupadas, sois dos, y yo que formo la palabra soy única?»—Porque tenemos que oir mucho», respondieron aquéllas.—«¿Y no hablo yo también mucho, por ventura?» Replicó la Lengua.—«Cierto, replicaron las Orejas, pero es boca de los necios.»

CCXCVI.—El Cuervo y el Cazador.

Acosado del hambre un Cuervo comenzó á buscar alimento por el campo, y después de algunas diligencias estériles se trocó su suerte, hallando nada menos que un pan. Si algún censor impertinente quiere criticarme por este hallazgo de un pan en el campo, le diré que lo había perdido un Cazador. Cuando se pasa rápidamente de la indigencia á la riqueza parece obra de un sueño; pero el Cuervo debió creerlo una bella realidad y se arrojó sobre el pan dando gritos de júbilo. Comenzó á comerlo, pero era tal su entusiasmo, que entre bocado y bocado lanzaba una alegre exclamación.

Al ruído de aquellos gritos insólitos acudió el Cazador, que le disparó un tiro dejándole muerto.

Acuérdate de la funesta charlatanería del Cuervo; gozando en silencio de los bienes que te depare la suerte.

CCXCVII.—Los dos Calendarios.

Un Calendario joven habló de este modo á un Calendario viejo:—«¿Por qué son tan austeros tus pensamientos? Yo sólo pienso en vivir y gozar.» «Pues yo, contestó el viejo, sólo pienso en llorar y en morir.» «¡Pensar en morir! sólo conviene á los viejos; yo joven lozano no estoy dispuesto á eso todavía. «¿No? Pues muy pronto lo estarás—dijo sentenciosamente el Calendario viejo—porque las horas y los días vuelan con rapidez vertiginosa.»

¡Oh jóvenes, no os dejéis engañar por las ilusiones de una vida muy duradera, pues ésta huye insensiblemente y termina apenas empieza.

CCXCVIII.—La Cigarra y el Grillo.

Cierta tarde calurosa de Julio una Cigarra estuvo cantando sin cesar un momento. No hay que decir que los demás insectos, sus vecinos, aburridos con su monótona cantilena, que no es ciertamente la de un ruiseñor, pasaron las de Caín la tarde aquella, pero sufrieron con paciencia sin pronunciar una palabra de protesta.

Por fin cesó de cantar al venir la noche. Entonces un Grillo, que tenía su palacio al pie del árbol, en cuyo tronco había formado la Cigarra su palco musical, salió por entre la hierba á tomar el fresco de las auras nocturnas, y con voz trémula se puso á cantar su acostumbrada canción amorosa.

Le oyó la Cigarra desde su elevada sede y le dijo

en tono desdeñoso y con aire de majestad:—«¿Cómo te atreves tú vil animalillo á interrumpir mi sueño? Si al menos fuese harmoniosa tu voz y tu canto variado, aún podría oirte con alguna paciencia; pero repitiendo siempre esos acentos monótonos, agudos y extridentes, es imposible tolerarlos.» Levantando la cabeza el Grillo le replicó:—«Hermana, yo dudo mucho que tu voz sea mejor y tu canto más harmonioso que el nuestro; lo que sé es que todo el día pasas cantando (esta misma tarde has cantado por veinte), sin que te halla dado la menor queja. Por lo tanto, si canto ahora, aguántate; si yo sufro tu cantar, sufre tú el mío.

Hay sujetos que pretenden molestar impunemente á sus semejantes; pero si ellos reciben la menor molestia ponen el grito en el cielo.

CCXCIX.—La Roca y el Diamante.

Un día dijo al Diamante la Roca:—«Yo no brillo, pero soy gigante.»

El Diamante repuso:—«Yo soy pequeño pero brillo.»

El mundo es vario y en él todos los seres son apreciables por alguna buena cualidad.

CCC.—La Cera y el Ladrillo.

En cierta ocasión dijo la Cera al Ladrillo:—«¿Quién te ha hecho tan duro? Sería feliz si participase de tu dureza.»

El ladrillo le respondió:—«El hombre me metió en

un horno, y me endureció cociéndome al fuego durante ocho días.

Oyendo esto la Cera se arrojó á una hoguera, pero su suerte fué tan diversa que se derritió al momento, convirtiéndose en humo y en llamas.

No seas precipitado imitando todo lo que veas hacer á otro; porque á veces lo que para él es útil, puede ser nocivo para tí.

CCCI.—La Doncella y la Sensitiva.

Cierta joven hermosa y sencilla, puso su mano sobre una Sensitiva que florecía á orillas de un río. Aunque el contacto fué blando y delicado como la blanca mano de que procedía, la planta se extremeció y cerró sus pétalos, manifestando bien á las claras que su pudor se ofendía.

La niña ruborizada y resentida para la bella flor que había rehusado sus caricias le dijo:—¿Por qué así te enojas, esquiva planta, cuando te halago? ¿Cómo es posible que te ocasione la muerte, ni el más leve daño con mi tacto suave y delicado?

La Sensitiva le respondió dulcemente:—«Oh, bella niña, yo no soy esquiva, ni caprichosa como tú piensas; cuando al más leve contacto me ruborizo recogiendo mis pétalos, no hago más que seguir la inclinación de la naturaleza que me dió el soberano Artífice de todas las cosas. Para tu bien, sin embargo, me has interrogado: pues mi conducta te ofrece un sabio ejemplo de modestia, que si lo imitas, te hará dichosa.»

M. Vidal.

De Fenelón. (1).

CCCII.—La Aveja y la Mosca.

Una Aveja cierto día viendo á una Mosca cerca de su colmena le dijo con furioso acento:—«¿Qué vienes hacer aquí? ¿Cómo te atreves, miserable, á meterte entre nosotras las reinas del aire, que formando una república admirable, regida por sabias leyes, solamente nos ocupamos en recoger flores y hacer una miel deliciosa como el néctar? Quítate pues allá importuna mosca vil, que no haces más que zumbar y buscarte la vida entre inmundicias.»

«Nosotras, replicó la Mosca, vivimos como podemos: la pobreza no es una deshonra como el vicio, ni un defecto como el mal carácter. Verdad es que vosotras fabricáis una sabrosa miel, pero tenéis el corazón amargado; son sabias vuestras leyes, pero bárbaras vuestras costumbres; y esa insana crueldad que os domina es vuestro propio verdugo, pues recibís la muerte del aguijón con desahogáis vuestra implacable cólera.»

Sin moderación ¿que valen las más brillantes cualidades?

CCCIII.—El Dragón y las dos Zorras.

Cierto Dragón guardaba un tesoro en su profunda cueva, y no dormía ni de día ni de noche por el temor de que se lo robasen. Dos Zorras muy duchas

(1) *Fables composées pour l'education de fen monseigneur le Duc de Borbogne.*

en achaques de engaños y adulación, se insinuaron con él tan hábilmente, que llegaron á ser sus confidentes. Dábanle el tratamiento de grande señor, admiraban todos sus caprichos, y eran siempre de su opinión, lo cual no obstaba para que se burlasen de su vanidad cuando estaban á solas. Un día se durmió el Dragón entre las Zorras y éstas aprovechándose de la ocasión, se apoderaron del tesoro.

Los hombres que complacen en todo y se muestran demasiado oficiosos por servir, no son los más seguros.

CCCIV.—El Lobo y el Cordero.

Mientras que los carneros rumiaban tranquilamente en el aprisco, los perros dormían y los pastores tocaban la flauta á la sombra de un frondoso olmo, un lobo hambriento atisbaba el rebaño por los resquicios de la cerca; y habiéndole sorprendido un Cordero, que jamás le había visto y estaba el pobrecillo enteramente ayuno de experiencia de la vida, le preguntó que deseaba. El Lobo le contestó en estos términos:—«Yo busco solamente un poco de hierba fresca y lozana; porque en realidad no hay nada hoy más dulce que satisfacer el hambre en una verde pradera esmaltada de flores, y apagar la sed en un arroyuelo de aguas cristalinas; y como por otra parte, amo la Filosofía que nos enseña la sobriedad, me atraen estos apacibles campos donde tengo cuanto puedo desear.»

«Yo creía, repuso el infeliz, que el alimento codiciado de los señores Lobos era la sabrosa carne de los animales, pero vuestro lenguaje me encanta, persuadiéndome del error en que estaba. Así que siendo como sois tan virtuoso que os contentáis con nuestras frugales hierbas, salgamos juntos al campo, donde pastaremos como hermanos.»

Cuando estuvieron solos en la pradera, el virtuoso filósofo hizo pedazos al Cordero, engulléndoselo en breves momentos.

Desconfiad de las palabras seductoras de los que hacen ostentación de su virtud; juzgad por sus obras y no por sus discursos.

M. Vidal.

OCIA Y LABRICIO (1)

RESUMEN

En Síbaris, ciudad de la Magna Grecia, que después de un brillante poderío se hallaba en la más deplorable situación á causa de haberse entregado enteramente á la holganza y á los placeres, vivía una ilustre dama, joven, agraciada y opulenta, que se captaba las simpatías de propios y extraños con su agradable trato y sus formas distinguidas y cortesanas, habiéndose hecho famosa en todo el Occidente por su brillante posición y por ser el prototipo de las costumbres frívolas de aquella sociedad decadente y afeminada.

Su verdadero nombre era el de Ociosidad, pero fuese por concisión ó por elegancia, había adoptado el de Ocia.

(1) Con este título he publicado una imitación y comentario de la moralidad y argumento del celebrado *Apólogo de la Ociosidad y el Trabajo*, de Luis Mejía, escritor de la primera mitad del siglo XVI, y en la imposibilidad de reproducirlo íntegro en este volumen, como sería mi deseo, publico el presente resumen, que es, aproximadamente, una tercera parte del original.—*M. V.*

La popularidad que tenía en Síbaris llegó á su apogeo el día de una solemne función religiosa, en la cual el Oráculo del templo declaró que si la señora Ocia se casase con un príncipe ilustre por sus talentos y virtudes, no sólo sería la más feliz de las mujeres, sino que mediante este venturoso enlace, la ciudad y su república recobrarían con creces su antiguo esplendor; mientras que si no lo realizaba, pronto dejaría de existir á consecuencia de la tremenda decadencia que la devoraba.

Esta inesperada resolución produjo verdadero entusiasmo en el contado número de personas instruídas y sensatas de Síbaris, que estaban consternadas ante la triste postración en que yacía toda la república y habían perdido las esperanzas de salvarla.

También el pueblo recibió la fausta nueva con regocijo, pues en medio del deplorable estado de costumbres, no había perdido el instinto de conservación que es lo último que se pierde; de este modo todos pusieron los ojos en Ocia, saludándola como la esperanza del engrandecimiento de la patria.

Por aquel tiempo vivía en un rincón de la península Ibérica cierto caballero español, que se consideraba dichoso labrando, por sus propias manos, las paternas heredades y ejercitándose en diversas artes útiles en el gran taller que tenía en su misma casa, situada en medio de los campos.

Se pregunta de que región de España era natural, ó por lo menos en la que habitualmente residía, y tengo para mí que Galicia, pues era Labricio, hombre de grandes virtudes, distinguiéndose especialmente

por su modestia, extraordinaria laboriosidad é inteligencia, que son cabalmente las tres cualidades más salientes de los hijos de aquella noble tierra, que por ellas han escalado, en mayor número que ninguna otra región, los más elevados puestos en todos órdenes de la vida social española.

Pudiera aducir algunas pruebas más en apoyo de esta opinión, pero no lo hago, para evitar que se piense que tengo algún interés especial en hacer gallego al distinguido campesino; á mí me basta que sea español.

Aunque de modestas apariencias, descendía Labricio de una ilustre prosapia, contando al propio Hércules entre sus más próximos ascendientes.

Su rico patrimonio, centuplicado por su incansable laboriosidad, se hallaba muy disminuído por las devastaciones y latrocinios de los diferentes pueblos que invadían la península atraídos por sus grandes riquezas; pero aún le producía de sobra para disfrutar la *dorada medianía* que basta para la satisfacción de los hombres de ideas elevadas, morigeradas costumbres y espíritu sano y equilibrado.

Se llamaba el Trabajo, pero á causa de que en su patria todos tienen grandes aptitudes para él y se le estima muy poco, había adoptado el nombre de *Labricio Portundo* que significa: *el trabajo que abre ó allana todas las puertas;* las puertas de la abundancia y de la riqueza, de las buenas costumbres, de la salud y de la alegría, del orden y prosperidad de los estados, de las artes y las ciencias, y en una palabra, de la dicha y de la gloria.

A pesar de tan extraordinarios méritos y virtudes, Labricio Portundo solamente era conocido en el reducido círculo de su región, pasando completamente desapercibido para los españoles; lo cual, por extraño que sea, no deja de ser verosímil, pues vemos que todavía hoy muchos de nuestros hombres eminentes, son más conocidos y admirados en el extranjero que entre nosotros.

Así sucedió á Labricio, cuyo nombre ignorado en el resto de su patria, había volado á los más apartados confines del Occidente en alas de la fama.

Las excepcionales cualidades de Labricio eran tan conocidas en Síbaris, que al oirse el feliz angurio del Oráculo, todas las personas sensatas pensaron en él, resolviendo nombrar una comisión de los sujetos más respetables de la república para que propusiesen á Ocia este enlace tan ventajoso para ella y para su patria, y luego de obtener su beneplácito, entablase con el ilustre español las oportunas negociaciones diplomáticas.

Componíase la comisión, del Magistrado de la república, el Sacerdote del Oráculo, algunos senadores y tres ó cuatro ciudadanos distinguidos por su ciencia y por sus costumbres ejemplares. Se dirigieron al palacio de Ocia, quien les recibió con los honores debidos á las personas más eminentes de Síbaris, dando á la recepción el carácter más solemne.

El Sacerdote le expuso en breves términos el objeto de la audiencia, recordando el feliz anuncio del Oráculo, la sabiduría y el acierto de todas sus

predicciones, y la gran felicidad que representaba la que acaba de hacer respecto á los gloriosos destinos de la ciudad, cuyo resurgimiento todos anhelaban.

El Magistrado le expuso las grandes virtudes de Labricio, especialmente la del trabajo, que los faraones del Egipto y los legisladores de Roma y las repúblicas helénicas, habían eregido en ley, estableciendo premios para los que en él se distinguiesen, y terribles castigos para los que no le ejercitasen; y que sólo con esta sabia legislación habían hecho ricos y famosos sus estados.

Luego se extendió en ponderar el mérito de Labricio que encarnaba aquella virtud, cuyo olvido les había sumido en aquella decadencia que todos lamentaban, tanto más, cuanto que se ocultaba bajo el velo de unas costumbres agradables y unas brillantes apariencias, y en fin, que el trabajo era el único medio para recobrar el antiguo esplendor y poderío de la república.

Ocia oyó con interés y respecto cuanto le dijeron aquellos prudentes y experimentados varones, y prometiéndoles una inmediata contestación, les despidió con su acostumbrada amabilidad y cortesanía, expresándoles la gratitud á que les quedaba obligada por sus buenos servicios y la honra que le dispensaban, y el aplauso que merecían por sentimientos elevados y patrióticos.

La Hipocresía, la Pereza y la Ignorancia, el Juego y Fraude, y otros no menos famosos personajes de tan ilustre ralea, se alarmaron con la noticia de aque-

lla boda, porque peligraba el dominio de la ciudad, que disfrutaban en excelente harmonía, y porque profesaban un odio mortal al trabajo, como puede juzgarse por el que vemos le profesan sus hijos legítimos los aduladores, los perezosos, los necios, los vagos y los ignorantes. Tenían gran valimiento en el palacio de Ocia y procuraron persuadirla á que de ningún modo consintiese en aquel enlace matrimonial que sería la muerte de los saraos, placeres y regocijos de que ella era la reina, ó por mejor decir, el árbitro; pero habían sido tantas y tan extraordinarias las alabanzas que los dignos comisionados de la parte sana de Síbaris le habían hecho de la política del trabajo, y tales los elogios de la persona de Labricio, que la tenía por divisa, que consintió en la boda propuesta, poniéndolo en conocimiento de la comisión, que partió al momento para España á tratar aquel vital asunto, con el noble hijo de aquella nación hidalga y heróica.

Labricio aceptó muy complacido al enterarse de los gloriosos destinos que iba á realizar por medio de su enlace con una joven tan ilustre, que se había hecho famosa en todo el Occidente. De las prendas de espíritu que adornarían á su prometida, no tenía la menor noticia, y al ser encarecida por aquellos graves y sabios varones de su patria, creyó innecesario entrar en delicadas averiguaciones, no dudando un momento, que por lo menos, su educación y sus costumbres domésticas serían irreprochables, y se avendrían con los hábitos de la virtud social que personificaba.

Por los elevados trámites que convenían á tan distinguidos personajes, fué pedida y concedida la mano de la famosa cortesana de Síbaris.

Labricio envió á Ocia un mensaje dandole las gracias y ofreciéndole los regalos de boda con que quería significarle su amor y la alta estimación en que tenía su persona.

Pero Ocia, que en medio de sus brillantes cualidades esteriores era de inteligencia superficial, carecía de instrucción sólida y se había formado en el medio ambiente de una ciudad frívola y naturalmente viciosa, no pensaba más que en festines y devaneos, y su ideal consistía en seguir haciendo una vida regalada, muelle y fastuosa; de suerte, que al ver los regalos de boda que le enviaba su prometido, los cuales no eran otra cosa que símbolos y atributos del trabajo, se los devolvió indignada diciéndole, que hombre tan rústico y grosero como él no tenía derecho á pensar en una dama tan ilustre, distinguida y delicada como ella.

Los excelentes varones de Síbaris que tan fundadas esperanzas habían concedido de la regeneración de su patria con la adquisición de un príncipe tan sabio como Labricio, quedaron aterrados al saber la inexperada resolución de Ocia.

No desmayaron, sin embargo. Reforzaron la comisión con otros dos ilustres personajes que acababan de llegar á Síbaris, el General del ejército y un anciano de luenga y planteada cabellera, á quien se consideraba como el ciudadano más sabio de la república, porque después de permanecer muchos años

en Roma, Atenas y Alejandría, había emprendido largos viajes por Egipto, diversas regiones de Europa y del Asia, y vivía retirado de los negocios públicos, enteramente entregado al estudio. Puestos de acuerdo sobre lo que cada uno había de hablar, obtuvieron de nuevo una audiencia de Ocia.

Ocia, que en medio de su frivolidad tenía formas distinguidas y cortesanas, oyó con respeto y fingida benevolencia, cuanto quisieron decirle aquellos sabios y venerables varones; pero la resolución que había tomado de rechazar la boda con Labricio era irrevocable.

Enteramente identificada con las costumbres dominantes en Síbaris, de las cuales era, como dijimos, su representante más gemina, jamás había pensado en casarse, porque esto demandaba no pocos sacrificios y cuidados. Si días antes cediera á las repetidas instancias de aquellos respetables ciudadanos, había sido por mera razón de estado, y creyendo que Labricio era realmente un Príncipe esclarecido y poderoso que le proporcionaría una vida todavía más fastuosa, brillante y regalada. La rusticidad de los regalos que le enviara más propios, según ella, de un grosero labrador que de un aristócrata, fué suficiente para rechazarle y aborrecerle con resolución tan espontánea, que no fueron necesarios los consejos de sus amigas y contertulios, y tan firme, que no hicieron el más leve efecto en su ánimo, ni la razonada exposición del digno decano del Senado, ni arenga militar ilustrada con hechos tan ejemplares y recientes de la historia, que pronunció el veterano

General del ejército, ni el grandilocuente discurso del ciudadano más sabio de la república.

Las amigas y consejeros de Ocia celebraron una reunión magna bajo su presidencia, en la que primeramente la felicitaron con entusiasmo por su noble firmeza (así la calificaban ellos) en rechazar la boda con aquel rústico labrador, que en reealidad no era otra cosa Labricio. Luego convinieron en organizar un partido que sostuviese las nuevas costumbres de Síbaris en contra de unos cuantos reaccionarios que trabajaban por rehabilitar las antiguas tradiciones de la república. Tratóse del programa en sendos discursos, entre los cuales los hubo tan desatentados como el de un orador que propuso que la mejor norma de los asociados sería no preocuparse de cosa alguna, ni del cultivo de los campos, ni del ejercicio de las artes, ni de la construcción de edificios, en una palabra, que debía sacudirse el yugo de la civilización y volverse al salvajismo.

Esta proposición monstruosa, consecuencia lógica del imperio de la molicie y del ocio, era demasiado radical y no podía llevarse por de pronto á la práctica, pero fué muy aplaudida y ensalzada como un brillante ideal para el porvenir.

¡Tal era el espíritu de vesanía y degradación de aquella salvática asamblea!

El partido de Ocia tenía infinitos secuaces en aquella ciudad corrompida, y triunfó para su desgracia, no tardando en rodar al abismo de la desgradación más espantosa.

Sobrevino una guerra con los Crotoniatas, pueblo

virtuoso y aguerrido, que en el primer combate destrozó el desmoralizado ejército de los sibaritas, y en el primer asalto se apoderó de Síbaris, de cuyos habitantes, unos apelaron á la vergonzosa fuga, y otros, se entregaron sin el menor sentimiento, lo que es todavía más vil que entregarse sin resistencia.

Los Crotoniatas, temerosos de que las buenas costumbres de su república se corrompiesen con la pertilencia moral que flotaba en el ambiente de aquella ciudad abyecta, la arrasaron, no dejando piedra sobre piedra, y para que ni aun rastro de ella quedara, pasaron por encima de sus escombros el arado.

Los vencedores hubieran querido borrar hasta la memoria de Síbaris, pero una egregia dama, eternamente joven, sabia y previsora, llamada Clio, recogió el suceso para ejemplo de las sociedades, registrándolo en los pergaminos de su archivo secular, que tiene por nombre Historia, de donde la posteridad tomó aquel infausto nombre para aplicarlo á los *sibaritas*, que son los hombres más despreciables, y al *sibaritismo*, vicio social de los más deprimentes y fatales.

Se cree que Ocia, miserablemente abandonada por sus viles artesanos y aduladores, pereció en el saqueo de la ciudad, quedando sepultada bajo las ruinas que ella, más que ningún otro, había precipitado.

Muy diferente fué la suerte del simpático y meritísimo Labricio, quien á poco de recibir el mensaje de los bondadosos caballeros de Síbaris, determinó consultar acerca de sus destinos á Minerva, su egregia protectora, partiendo hacia *Portu-Vigo*, que era

el punto de mar más cercano á su Granja y Taller, situados, según todas las probabilidades, un pintoresco valle, que todavía se admira hoy, cubierto de viñedos y árboles frutales en la vertiente oriental del monte Alegre, á cuyos pies se agrupaba ya entonces la bella *Auriensis*.

En aquel soberbio puerto, admiración del mundo, ornamento de España, y florón de la corona de Galicia, se embarcó Labricio, quien doblando las columnas de Hércules se internó en el Mediterráneo, y después de navegar á la vista de las argentadas playas del sur de Italia, donde estaba enclavada la desdichada ciudad de Sibaris, tomó rumbo hacia el mar de la Grecia.

El primer autor de esta interesante histôria dice que Labricio se dirigió al mar Tirreno, ganando la embocadura del Tiber y dirigiéndose directamente á Roma, donde se verificaron su entrevista con Minerva y otros memorables acontecimientos. Pero yo tengo razones para creer que dicho autor en este punto no ha sido bien informado y que la ciudad á donde Labricio se dirigió no fué Roma, sino Atenas, residencia predilecta de Minerva, que por haberle dado su nombre y sobre todo su protección, haciéndola la primer capital del mundo artístico y científico de la antigüedad, le erigió un soberbio monumento, el Partenon, templo de Parthene ó de la Vírgen, y le dedicó en él una estatua de grandes proporciones esculpida en oro y mármoles por el famoso Fidias.

Cuando tan cercano estaba la disolución del imperio de los Dioses, especialmente en Roma, es de

creer que por aquella época se hubiesen ya refugiado en el Olimpo, su patria nativa, y en Atenas, cabeza de sus dominios, donde todavía conservaron por algún tiempo su influencia.

Pero donde quiera que fuese, es lo cierto que Minerva dispensó á Labricio un afectuoso recibimiento, prometiéndole una esposa ilustre, digna de sus virtudes, y toda suerte de mercedes y honores.

La mujer que la simpática diosa destinó para compañera de Labricio tenía por nombre la Diligencia, y era hermana, nada menos, que del sabio Maestro á quien la propia Minerva había obedecido desde niña.

No satisfecha esta con haber desplegado tanto celo en proporcionar á su protegido cuanto había menester para su felicidad, como si hubiese sido su propia madre, obtuvo del Supremo Júpiter permiso para celebrar en honor de Labricio una gran fiesta revestida de tales honores que, más bien que la de un venturoso enlace matrimonial ó de un triunfo, fuese en cierto modo una apoteosis, que presidiría ella misma acompañada de Mercurio, el Mensajero, del Padre de los dioses y Hercules deudo del novio y patrono de todos los trabajadores.

Verificado el casamiento de Labricio y Diligencia, con arreglo á los ritos paganos, dispuso Minerva la fiesta nupcial en la cumbre del Helincón, engalanada con infinidad de arcos triunfales.

Consistía aquélla en un banquete regio al que asistió un considerable número de hombres célebres que quisieron honrar á Labricio, contribuyendo con su

presencia, al solenme homenaje que iba á tributársele con motivo de su boda.

Allí estaban nuestro padre Adam, Solón de Atenas, Tales de Mileto y los siete sabios de Grecia; los grandes Capitanes de la Historia, Aníbal, Julio César y Alejandro Magno; el gran Pompeyo y Quinto Fabio Ametater; el príncipe de la elocuencia latina Cicerón y el espléndido Lúculo; y en una palabra, «muchos de cuantos sudaron de día y se quemaron las cejas de noche para lumbre y utilidad de la república.»

Por fin Minerva, tomando una corona de roble, que era el premio del valor y de la virtud, la puso sobre la cabeza de Labricio y pronunció un solemne discurso, en el que ensalzó el trabajo, diciendo que Júpiter le había señalado por premio el Cielo y desterrado el ocio á las islas Aqueronteas.

MANUEL VIDAL.

VOCABULARIO

de las palabras menos conocidas del castellano antiguo que se encuentran en el libro primero de escritores anteriores al siglo XVI.

Acaescer, acaecer.
Acontescer, acontecer.
Afincar, apretar, obligar.
Afacimiento, costumbre, familiaridad.
Afincamiento, sumisión, abatimiento.
Aguisado, seguro, razonable.
Agora, ahora.
Agrás, agraz.
Aina, aun, pronto.
Al, otro, otra cosa, lo contrario.
Allende, al otro lado.
Amos, ambos.
Animalias, animales.
Ansi, así.
Ante, antes.
Apesar, pesar.
Asmar, juzgar, estimar.
Asaz, bastante.
Atambor, tambor.
Atramuces, altramuces.
Axacar, imputar falsamente.
Ayuntar, juntar.
Ayuso, abajo.

Beodeces, borrachera
Bezos, labios.

Ca, que, porque, pues.
Cabanna, cabaña.
Comiagelos, comíaselos.
Commo, como.
Catar, mirar.
Cay, cae.

Conortar, consolar.
Conquerir, conquistar.
Contra, hacia, parco con en vista de.
Cuita, pena.

Desarrado, triste, desconsolado.
Desi, despues, enseguida.
Desque, desde que.
Diógelo, dióselo.
Dubdar, dudar.

É, y.
Embeodar, emborracharse.
Embargo, obstáculo, impedimento.
Empecer, dañar, estorbar.
Ende, de allí, por ello.
Enganno, engaño.
Enantes, antes.
Enxemplo y ensiemplo, ejemplo.
Escarabaco, escarabajo.
Estó, estoy.
Estonce, entónces.
Et, y.

Faba, haba.
Fablar, hablar.
Facer, hacer.
Facienda, obra, ocupación, negocio.
Fambienta, hambrienta.
Faria, haría.
Fecho, hecho.
Fender, hender, dividir.
Ferir, herir.
Ferrada, herrada, cubo.
Fianza, confianza.
Fincar, quedar, permanecer.
Finchar, llenar.
Fijo, hijo.
Filo, hilo.
Fincia, confianza.
Folgar, holgar, gustar.
Folgura, holgura.
Formica, hormiga.
Forado, agujero.
Fuir, huir.
Fruente, frente.

Garganteria, glotonería.
Ge, se; *gelo*, se lo.
Guisa, manera.
Gordez, gordura.
Gradesciogelo, agradeciócselo.
Grand, grande.
Gulpeja, zorra.

Home y homme, hombre.
Hondrado, honrado.
Hora (á la), inmediatamente.
Hovo, hubo.
I, allí.

Laceria, miseria.
Lazrar, padecer, sufrir, penar.
Lazretelo, sufralo.
Lazdrados, padecidos.
Leise, leese.
Lieva, lleva.

Maguer, aunque.
Malandante.
Muesos, mordiscos.
Mur, ratón.

Natura, naturaleza.
Nín, ni.
Ninno, niño.
Non. no.

Ovo, hubo.
Onde, donde.
Otrosí, además.

Pás, paz.
Pechados, pagados.
Poblesa, pobreza.
Pesquisar, investigar.
Pro, provecho, honra.
Probeat, pobreza.
Profacen, murmuran.

Pozales, cubos para sacar agua.

Quexo, queja, angustia.

Rasanna, araña.
Recabdo, recado, cuidado, cuenta.
Riso, risa, juego.

Senatu, senado.
Sennor, señor.
Seyendo, siendo.
So, bajo.
Só, soy.
Suso, arriba, hacia arriba.
Sennos, sendos.

Tien, ten.
Topar, hallar.

Vegada, vez.
Venino, veneno.
Verná, vendrá.
Vey, ve.
Veyen, ven.
Viesos, versos.

Yantar, comer.

Nota bibliográfica.

Entre los autores de apólogos del siglo XIII, merece especial mención el sapientísimo Doctor iluminado Raimundo Julio, que ilustró su *Arbor Scienciae* y sus obras novelísticas, especialmente el *Libro de las Bestias*, escrito en catalán, con numerosos apólogos, casi todos de procedencia oriental.

D. Eduardo de Mier, y algún otro escritor, citan una traducción de las *Fábulas de Fedro* por el ilustre humanista Pedro Simón Abril, y otra de las de Pilpay por el sabio benedictino P. Sarmiento.

En el siglo XVIII, también escribieron fábulas los poetas D. Migel Villanueva y D. Francisco Gregorio Salas; pueden verse en el tomo 67 de la Biblioteca de *Autores españoles*.

En el siglo XIX son numerosos los autores de fábulas. A los citados en el texto hay que agregar:

El Amante de los maestros. Colección de fábulas en verso castellano, por D. Andrés Codoñer, profesor de instrucción primaria. Valencia, 1894.

Fábulas para grandes y chicos, de Carlos Richet, puestos en variedad de metros castellanos, por Luis Marco, con un prólogo del Dr. Tolosa Latour. Madrid, 1899.

Fábulas morales para niños, en prosa y en verso, por D. M. González, Pbro.

Fábulas morales, políticas y literarias, por el Dr. D. Hilario Blanco, Capellán y predicador de Su Majestad. Madrid, 1866.

Fábulas y leyendas, por D. Vicente Regulez. 2.ª edición. Madrid, 1871.

Lecciones de mundo. Páginas morales en verso. Máximas y consejos; fábulas y cuentos, por D. Teodoro Guerrero. 7.ª edición. Madrid, 1871.

Fábulas y cuentos, por D. José Estremera. Madrid, 1890.

Fábulas, por D. Juan de Escriquiz.

Fábulas, por D. Antonio Campo Carreras, con prólogo de D. R. de Campoamor.

Sr. Conde de Farraquer.

D. José María Heredia.

D. Rafael García Goyena.

D. José de la Concepción Valdés.

D. R. Carrasquilla.

Fr. Matías de Córdoba.

D. Manuel García Agüero.

D. Rodolfo Menéndez, y

D. Mariano Pardo Figueroa.

La mayor parte de las fábulas de los citados autores, no ha podido verlas el de esta colección, á pesar de haberlo procurado con diligencia, especialmente las atribuídas á Pedro Simón Abril, y al P. Sarmiento, por tratarse de dos nombres tan ilustres en los anales de la literatura patria.

ÍNDICE ALFABÉTICO

de enseñanzas morales y sociales contenidas en la presente colección de apólogos. (1)

Los números romanos indican el apólogo, y los arábigos la página.

Adulación; castigo de los que se complacen en ella: XLV, 62.

Aduladores y oficiosos; los: CCCIII, 372.

Alma; su inmortalidad predicada por la vejez: CXCII, 243.

Alma; ejemplo de su inmortalidad tomado de la naturaleza: CCLXVIII, 346.

Amabilidad en el trato social: CXXII, 154; CXXX, 164; CXLVI, 187.

Amabilidad en el modo de mandar: CLXXXI, 232.

Amabilidad en el modo de dar: CCCII, 372.

Amabilidad en el modo de pedir: CCLXXXVIII, 364.

(1) En este indice no están incluidos todos los apólogos de la colección.

Los seis que llevan asterisco están equivocados; atiéndase al número de la página y al de los apólogos anterior y posterior.

Amistades; cuánto tiempo hay que esperar para concederlas: CCLXIV, 344.
Amigos; cuáles deben elegirse: CLXXXIV, 234.
Amigos; de cien, cuántos hay verdaderos: IV, 3.
Ambiciones desmedidas, las: CLII, 193.
Amor propio; injusticia con que juzga á los demás: XCVI, 127; CXCV, 246.
Apariencias; no debemos juzgar por ellas: CXCVI, 247.
Apariencias vanas, las: LXXIV, 101; LXXV, 102.
Apetitos desordenados, á donde conducen: XCVIII, 130.
Arte; lo que gana el ingenio con él: C, 130.
Arte; importancia de sus reglas: LXXXIII, 117.
Aseo, el: CLXVI, 211.
Ateo, el: CLXI, 205.
Avaro, el; su terrible pesadilla: CCXCII, 365.
Caridad, la: CLXIII, 207.
Capital; su armonía con el trabajo: CXCIV, 245.
Capricho, el; suerte de los que le obedecen: CLXXXII, 232.
Ciencias y artes; quiénes las desprecian: CCLXXI, 349.
Civiles, las discordias: CXLVII, 189.
Compañías amistosas, las: XXIX, 41; CXV, 148.
Compañías, las malas: CCLXI, 343.
Daños graves; manera de superarlos: V, 6.
Deber, el; satisfacción que oculta su cumplimiento: XXXI, 42.
Deber, el; dignidad de la firmeza en cumplirle: XII, 24.

Defectos pequeños; no deben notarse en obras grandes: LXXXVII, 121.

Deseos; debemos moderarlos: CCXXVI, 290; CCXXVII, 291; CCLXXXII, 359.

Deseo (el) y el goce: CCXXIII, 154.

Despreocupados, los: LVI, 71.

Detractores, los: LXXVI, 104.

Detractores; porque algunos lo son: CLXXXIX, 240.

Dios; sabiduría de su Providencia: X, 18.

Dios; facilidad que tenemos para servirle: XLIII, 60.

Dios; lo que puede el hombre sin El: CCV, 262.

Discordia, la: CCXXXV, 303.

Disputas por cosas baladíes, las, LXXXIV, 118; CXX, 150.

Educación; su necesidad: XXIII, 36.

Educación; su eficacia: XXXIII, 45.

Educación y trabajo; sus felices resultados: CXLIII, 182.

Educación; por qué debemos aceptar con gusto las pequeñas molestias que impone: CCXXII, 286.

Ejército y fuerza pública; su necesidad para el mantenimiento del orden y la defensa de la patria: CCLV, 344.

Empresas; cuanto debe hablarse para realizarlas: CLXXXIII, 233.

Encarguitos, los; CLXXXVIII, 240.

Enemigos, los: CLXXIX, 230.

Enemigos; ventajas indirectas que nos proporcionan: CCXVIII, 281.

Entonados, los: I, 1; XLIV, 62.

Envidia, la: CII, 132; CCVIII, 266; CCXLV, 319.
Envidia y avaricia, la: CCLXIII, 343.
Estudio, el: cuanto se facilita con la costumbre: L, 67.
Experiencia; no deben olvidarse sus enseñanzas: CXVIII, 149.
Experiencia de los mayores; cuanto debe atenderse: CLI, 191.
Experiencia y la teoría, la: CXLIX, 190.
Exigentes, los: CCXCVIII, 369.
Exigentes, los; suerte que les aguarda: LXXX 357.
Fama esclarecida, la: CCXX, 285.
Familiaridad excesiva en las amistades, la: CXI, 142.
Faltas pequeñas, las: CXCVII, 248; CCVII, 265.
Fealdad; remedio eficaz para ella: CCLX, 342.
Fe en Dios, la: XVII, 31; CLXXIII, 219.
Feliz, el hombre más: XXXVI, 48.
Felicidad verdadera; quien la alcanza: CXCIX, 252.
Fin último del hombre: CCXII, 275.
Fortuna, la: hay que ayudarla: XXXIX, 55.
Fortuna, la: medio de atraerla: LII, 72.
Fortuna; no basta tenerla, hay que aprovecharla: CCXLIV, 318.
Fortuna; quiénes la calumnian: CCLXII, 343.
Generosidad en el modo de dar, la: LXXIX, 108.
Gloria, la ambición de: CXV, 147.
Goces criminales; en que acaban: CCIX, 268.
Gratitud, la: XVIII, 32.
Gula, la: CCLXXII, 349.
Habilidades que causan perjuicio, las: XCIX, 130.

Habladores, los; LXII, 79; CCXCVI, 368.
Hermosura intelectual, la: CCXXXVII, 307.
Holganza; el vilipendio que arroja sobre el buen nombre: IX, 16.
Holgazanes; los: LXV, 85.
Humildad; la: XLIII, 60; CXXVII, 158.
Humildes; no deben menospreciarse: LXVIII, 90; XCIV, 125; CLIX, 202; CCLXXVIII, 354.
Ideas disolventes; sus terribles consecuencias: CXLVII, 189.
Instrucción; su valor respecto de la ignorancia: CLVI, 197.
Ignorantes; efecto de sus detracciones contra los sabios: CIV, 134.
Ignorantes metidos á censores, los: CXIX, 150.
Igualdad de fuerzas y talentos; lo que sucedió á la rana por pretenderla: XLVII, 65.
Igualdad de derechos, la: CCXXXVI *, 304.
Igualdad, la: CCXXVIII, 292.
Injurias; nobleza que indica su perdón, XIX, 33.
Ilusiones, las; VI, 8; CXCI, 242; CCXXXI, 294; CCLI, 328.
Impiedad; desesperado abismo á que conduce: CCXIX, 282.
Intemperancia, la: XCVII, 129.
Labrador, el; cuanto debemos estimarle: CLVII, 200
Lengua; lo que es la de los maledicentes: CCII, 256.
Leyes; sus ventajas sociales: CXCIII, 244, CCXLVIII, 323.
Libertad la: CCXLIII, 317; LXXXII, 114.

Libertad; consecuencias de su abuso: LXXII, 97.
Libertad y licencia, CXL, 178.
Locos; por la pena son cuerdos: XLII, 59.
Madres; hasta que punto aman á sus hijos: CCXXXVIII, 311.
Maledicentes, los: CCLXXXVI, 363.
Medio, el justo: CCXIV, 277.
Mentira, la: XXXVII, 49.
Mentirosos, los; LII, 68; LV, 70.
Mérito verdadero, el; no es el que más se ostenta: CLXXVII, 227.
Mérito; lo que deben pensar los que se elevan sin él: XCIII, 124; CXXXIX, 176.
Mesura, la: CLXXXII, 232.
Misterios de la Religión: los: LXIII, 80.
Moderación en las penas y alegrías, la: XCV, 126, CCLVI, 345; CCXCVI, 368.
Moderación en adquirir la riqueza: CLVII, 340.
Modestia, la: CXVI, 148; CLXVII, 213; CCXLVII, 321.
Necios; significado de su aplauso: CCLXXXIII, 360.
Necios; su mayor castigo: CXXXIII, 169.
Niños grandes; CLXX, 215.
Niñas; para las: CCXVII, 279.
Nobleza de la sangre; como debe justificarse, CCXCIII, 366.
Obediencia y disciplina; su necesidad: CXXIX, 163.
Obstáculos: cuántos ha vencido la impaciencia: CCLV, 339.
Ociosidad, la: CLXVIII, 213; CLXXIV, 222; CLXXVI, 226.

Oirse; lo que no debe: LXIX, 92.
Oración, la; cómo ha de ser: CCIV, 261.
Orgullosos; cuánto deben temer: CCLVI, 246.
Paciencia; su necesidad en todos tiempos y lugares: XXI, 34.
Padres; cuán laudable es el honrarles: XXXIV, 46.
Patria; amor á la: XXV, 37.
Patria; debemos preferir su literatura, sus productos, sus playas y todas sus cosas: LXXXVIII, 121.
Patria; lo que cada uno tiene que hacer para procurar su engrandecimiento: CCXXXIII, 299.
Placeres; su duración: CC, 254.
Paz; medio eficaz para conseguirla: CCXXXIV *, 300.
Pedantes, los; CVI, 137.
Perversos, los: el valor de sus censuras: CLIV, 195.
Pleiteantes, los: LIV, 70; CXXXI *, 167.
Previsión, la: CCXXXII, 169.
Público, el: CCXXXII *, 297.
Pudor, el: CXXIV, 155.
Pureza, la: CLXIX, 214; CCCI, 371.
Pobres; interés que deben inspirarnos: CCXXXIX, 312.
Poderosos; inconvenientes de su amistad: LXVI, 85; CCLXXIV, 350.
Posición muy elevada; no carece de inconvenientes: LXXI, 96; CCXX, 285.
Precocidad excesiva, la; suerte de los que se apartan de la ley general de la naturaleza que nada hace *per saltum:* LXXVIII, 107; CCXXIX, 293; CCLVI, 340.
Providencia divina, la; su sabiduría: XXXVIII, 54.

Saber, el; sus ventajas: CCLXXV, 351; CCLXXIX, 355; CCLXXXI, 358.

Saber una cosa bien, es mejor que muchas mal: LXXXV, 119.

Saber una sola cosa, indica cierta nulidad en el sujeto: LXXXVI, 120.

Saber, el; felicidad que nos proporciona en todas las épocas de la vida: CXLVIII, 190.

Saber; estela de gloria que deja en pos de sí: CCXIII, 276.

Sabio; su conducta: LXX, 94.

Sabio vicioso, el: CXXXIV, 170.

Sabios; por qué algunos niegan ciertas verdades: CXXXVIII, 175.

Sabiduría indispensable, la: CCXLI, 314.

Singularidad personal, la: CXIII, 143.

Soberbia; su insensatez: XX, 34.

Soberbia; su castigo: CCXLII, 315.

Sobriedad, la; CXXVIII, 161.

Solidaridad social: CCLXX, 348.

Solterones, los: CXXI, 152.

Suerte adversa; nunca debe desesperarnos: VIII, 14; XLIX *, 66; CXXXVII, 173.

Suerte; lo que sucedió á la rana por no conformarse con la suya: XLI, 58.

Suerte; número de sus detractores: CXLIV, 183.

Suerte ajena; no debe envidiarse: CXC: 241.

Suerte; lo que debemos hacer para volverla favorable: LVII, 72.

Terquedad, la: CCLXXIII, 350.

Tentaciones del mal; deben combatirse en sus principios: CCXI, 273.
Tiempo; su valor: CCI, 254.
Trabajo; ley que siempre obliga: XI, 21.
Trabajo; no se puede huir de él: LI, 68; CCLIX, 341.
Trabajo; respeto que debe guardársele: CLX, 203.
Trabajo; suerte de los que lo rehusan. Lo que debería ser España por el trabajo: CCLIII, 330.
Trabajo y el capital, el; CXCIV, 245.
Trabajadores y aduladores: CCXXXVI, 171.
Trabajo, el; debe llevarse á cabo con método: CCXXIV, 287.
Traición; cuanto tiene de aborrecible: XCI, 123.
Tributos al Estado, los: CCLXX, 348.
Unión entre hermanos; su fuerza: CCVI, 278; CCLXVII, 346; CCLXIX, 347.
Vagos, los: XLVIII, 65.
Vagos; suerte que merecen: CXLI, 180.
Vanidosos, los: CI, 132; CCXXV, 155.
Venganza; ruindad de condición que supone en quien la ejecuta: CXLV, 186.
Venganza; sus consecuencias: CCLXXVI, 353.
Verdad, la; se impone siempre: XXXVII, 49; CCXXX, 294.
Verdad, la: como se alcanza: CCLII, 330.
Verdad, la: donde debe buscarse: CCLIV, 336.
Vicio; dificultad que ofrece el romper sus prisiones: CXIV, 145.
Vicio, el; XC, 123.
Vicio; debe atajarse en sus comienzos: CLVIII, 201.

Vicio, gravedad de su pendiente: CLXXVIII, 229.
Vicio; como labra con sus manos el suplicio: CCXXIII, 286.
Vicio; sus peligros, aunque sea fingido: CCXCIV, 367.
Vida futura; nuestro gran destino: CCXXI, 285.
Vida; su duración: CCXCVII, 369.
Vino; graves daños de su abuso: XVI, 30; LXXXI, 112.
Virtud, la; CLXXI, 217.
Virtud; felicidad que proporciona después de superar las aparentes dificultades de su entrada: CXCVIII, 251.
Virtud; cuando debe desconfiarse de ella: CCCIV, 373.
Virtud, lo que es la vida sin ella: CCX, 270.
Virgen María; grandeza de su poder: CCIII, 258.
Visitas temprano, las: CLXXXVII, 238.
Visitas largas, las: CLXXXVI, 239.

FIN

OBRAS DEL AUTOR

Institutos y Congregaciones religiosas.—*Los beneficios que reportan á la sociedad.*—Obra premiada. 166 páginas en 8.°, 1,50 pesetas.

La pasión del juego.—Conferencia. 43 páginas en 8.° 0,50 pesetas.

La Salve explicada.—Desde el punto de vista teológico, literario y social, precedida de un estudio acerca de esta plegaria, por el Ilmo. Sr. D. Javier Vales. 400 páginas en 8.°, 3 pesetas en rústica, 4 encuadernada en tela; edición de lujo, 5 pesetas en rústica, 7 encuadernada en piel.

Don Porrazo ó mi cubierto de plata.—A guisa de novela de costumbres gallegas. 176 páginas en 8.° 1 peseta en España y Portugal; en América 2 pesetas, libre de franqueo y certificado.

De venta en las principales librerías.

Los pedidos á la Sra. Viuda de Rico. Librerías: Pontejos, 8, y Travesía del Arenal, 2.

Las dos últimas obras del Sr. Vidal.

De los numerosos artículos encomiásticos que les ha dedicado la Prensa, recogidos y publicados por nuestra casa, tenemos el gusto de reproducir algunos párrafos de los suscriptos por las autorizadas plumas de los señores siguientes:

Viuda de Rico.

La Salve explicada.

«¡Vaya un libro hermoso! Su labor vale sencillamente, lo que que puede valer una obra maestra. He hojeado sus páginas sintiendo á cada momento el cosquilleo de un deleite grandioso. Y es que este libro es sobrado vivido, como ahora se dice, para que deje de inocularnos la intensidad psíquica que bulle enérgica en todas sus páginas. Y luego que el escritor no se limita á hurgar en el corazón. Ya puesto á correr por el campo del sentimiento, lo mismo le da á esta víscera manotazos que la estrujan, que clavando en ella sus dedos la esponja y ensancha. Después que, como excelente lógico, tiene sumo cuidado de rendir al entendimiento ante la fuerza abrumadora de su raciocinio.

»Sin embargo, á cualquiera se le ocurrirá, ¿pero son posibles todas estas cosas para hablarnos de la dulcísima plegaria? Necesarias, me atrevo á contestar yo, porque la pluma del laureado escritor estudia la bellísima plegaria desde este triple aspecto: como monumento teológico, literario y social.

»El literato sorprende á Pedro Mezonzo, como sólo podía sorprenderlo un artista de cuerpo entero. Cada pa-

labra de la Salve ofrécele ocasión de salpicar de imágenes bellísimas y pensamientos delicados, los comentarios que le sugiere su fantasia, unas veces tornasolada por arrebatos de místico, otras enérgica como una fulminación, cuándo fresca y dulce como el agua de las fuentes, ya reposada y grave como el sello de su personalidad.

»Tiene su estilo la misma riqueza de jugosidad cuando hace vivir dulcísimos recuerdos ante el poema que sintetiza la expresión *Madre*, que al extraer de los epítetos *Esperanza* y *Abogada* ternuras no soñadas por lo consoladoras. Filigranas de fondo y de forma campean en el estudio que dedica al vocablo *Vita*, pero en donde el autor se nos manifiesta en toda su grandeza, es cuando se entretiene en bosquejar bellísimos cuadros, para agigantar la dulce fuerza de esta frase, compendio de la oración sabatina por lo que atañe á la vida terrena: *Vuelve á nosotros esos tus ojos*. En esta página el clasicismo de que hace gala se da la mano con la sublimidad de los pensamientos, cuya irresistible atracción nos hizo conmover intensamente. Se está viendo á la Virgen en un supremo deliquio de sus inmensos amores dirigir sus ojos purísimos hacia los afligidos, pero en la sensación que supo poner en el alma del lector se siente pasar por el valle de lágrimas un soplo tan caliente de vida consoladora, que hay momentos en que por las mejillas corren gotas que no rescaldan porque parecen nacer en el Cielo.»

Basilio Alvarez.

«No le faltan al autor elocuencia, frase castiza, formas literarias, que todas estas cualidades engalanan su libro y le acompañan desde la primera hoja hasta la última; pero esta obra es algo más que un libro *bien escrito*: hay sentimiento y dulzura, que á la manera de bálsamo se

escapa de cada uno de sus capítulos. Este libro es una obra que atrae y subyuga; todo aquel que sufra y llore, que lo lea; todo aquel que lleve una cruz sobre sus hombros, que lo lea; y al concluir de leer, sentirá aliviado el peso de sus dolores, suavizadas las asperezas del ánimo y cubiertas con la flor de la resignación, las espinas punzantes que hieren en la enfermedad, en la miseria, en el abandono, en la indiferencia, en todos los males que nos aquejan y contra los cuales se rebela la naturaleza humana.

»Junto al lecho, donde combate por la vida persona unida á mí por estrechos vínculos de la sangre, lo leí una noche, y pasaban las horas y seguía leyendo, y en mi alma, rendida por el peso de la cruz que la abruma, y ulcerada por el constante padecer moral, cayeron como gotas de rocío que viniera del Cielo estas páginas que tanto bien me han producido, como producirán á todos los desgraciados que beben el cáliz de la amargura.»

María de Echarri.

Don Porrazo ó mi cubierto de plata.

«Con este título ha dado á la estampa el culto publicista D. Manuel Vidal una narración encantadora, por la pureza de su estilo, y por la magistral habilidad con que se sostiene el interés, y por el suelto donaire con que se cautiva al lector.

»Más que una verdadera novela, es una serie de episodios que giran alrededor de una idea primordial, en apariencia insignificante, pero substantiva y fuerte.

»En ellos andan tipos y costumbres genuínamente gallegos, destacados con un vigor que recuerda muchas veces la pluma de Pereda, el inmortal maestro de todos los costumbristas regionales.

»Abundan las notas regocijadas y los diálogos chispeantes, escritos en «fala», y unos y otros combinados con escenas de sobrio sentimentalismo, que dejan en el ánimo una impresión plácida y sedante.

»Los amantes de la literatura regional tienen en *Don Porrazo* una joyita.»

Alfredo Vicenti.

«*Don Porrazo* nos presenta, además, una pintura tan fiel y exacta de las costumbres gallegas, que cree uno presenciar realmente las escenas descriptas, en las cuales intervienen tipos *exebres* y tan bien caracterizados como el protagonista: su ama de llaves, D. Bernabé el hidalgo tronado, D. Teodoro el organista, el tío Xubete de Barrademiño, el tío Caldeláu y Blanco de Chayoso.

»Los diálogos hacen doblemente sugestivo é interesante el relato de la vida de *Don Porrazo,* sembrada de incidentes emocionantes, descriptos con amenidad y gracejo extraordinarios.

»Desde las primeras páginas, el ánimo siente regocijarse en un ambiente saturado del oxígeno de nuestros campos.»

Emilio Sias Comas.

«Fulguran en las abrillantadas páginas de este libro entretenidas y razonadas digresiones, y en todo él palpita la vida gallega con estremecimientos de realidad y sensación equilibrada.

»En esta tierra de Orense, y en esa comarca de Maceda, donde tienen fácil asiento los valles profundos y los verdes prados, las estepas áridas, y silenciosas y el monte *Medo,* agreste y glacial; al amparo del vótivo monasterio de los *Milagros,* respirando las bocanadas de la acerada brisa serrana, empeñose—empeño plácido!—el

discreto novelador de *Don Porrazo*, en consignar con su autorizada rúbrica, la auténtica narración de la vida extravagante y connobítica del protagonista de su libro; la fiel reproducción de un paisage orensano radioso de luz, platórico de vegetación, adormecido por el cantar suave y enamorado de su río Arnoya, y en el ensueño de la leyenda antigua volando con alas de fantasía por las añosas torres del empinado castillo de los Condes y por el arco desnivelado y grietoso del puente romano de Molgos.

»El libro de Manuel Vidal, no puede pasar desapercibido para nosotros los insaciables de cariño hacia Galicia; si no es una obra primorosa y erudita, rellena de empalagosos vocablos académicos, y enrevesado fraseo modernista, flota de línea á línea, la niebla campesina, la nube azula, el aire saturado de olores de romero y manzanilla; y reproducen el arte exquisito, y la visión de la musa de la deleitadora enramada los aldeanos se sitires del virgiliano retiro de Melias.

No puede darse nada más delicioso, real y ameno que esta novelita que los amantes de la tierra gallega, especialmente los residentes en América, ha de leer con alegria en el semblante y lágrimas en los ojos.»

Juan Neira Caneela.

BRARY

University of California Library
Los Angeles
This book is DUE on the last date stamped below.

Phone Renewals
310/825-9188

NOV 14 2001

REC'D YRL OCT 31 '01

MAY 1 2002

JUL 0 7 '02

University of California, Los Angeles
L 006 024 199 9
PN
988
V66a